



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

ÁVALON BRITANNIA

LIBRO CUATRO

El elegido de
la Reina



SUMA
de letras



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

ÁVALON BRITANNIA

LIBRO CUATRO

El elegido de
la Reina

SUMA
del autor



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

ÁVALON BRITANNIA

LIBRO CUATRO



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*«Vemos las cosas no como
son sino como somos
nosotros mismos».*

Talmud

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

LIBRO I
El viaje interior

Capítulo 1

Era tan profunda la sensación de bienestar, que Gwenn habría dado cualquier cosa por seguir dormida, o al menos sumida en aquel estado de semiinconsciencia en el que solo era capaz de sentir el ritmo lento, quizá demasiado lento, de su corazón. Pero algo tiraba de ella desde fuera, intentaba desesperadamente arrancarla del sueño.

Se resistió. No deseaba despertar. El

esfuerzo le produjo un dolor intenso en el costado izquierdo. Por un momento se creyó capaz de detener su propia respiración. Sus pulmones, sin embargo, no tardaron en rebelarse. El aire los hinchó por dentro, alcanzó hasta el último rincón de su masa esponjosa con la violencia de una racha helada de viento. Los ojos se le abrieron antes de que pudiera hacer nada para evitarlo.

La luz era blanca, fría. No recordaba haber visto jamás una luz como aquella.

—Ha despertado —dijo una voz de mujer a su derecha.

Gwenn captó la suavidad cantarina del acento, pero no lo identificó. ¿Una mujer de las islas del Canal, tal vez?

Intentó volver la cabeza para mirar, pero su cuerpo se hallaba inmovilizado. Empezó a ser consciente de la maraña de tubos que la mantenían atada a la cama. Algunos se los habían clavado a la piel, a la altura de las muñecas. Y sobre la boca y la nariz le habían puesto una especie de bozal rígido que le hacía daño, pero no le impedía tomar aliento. Inspiró hondo.

La silueta de una cabeza se recortó, en sombras, contra aquella luz imposible. Aunque no distinguía los rasgos, por la envergadura de los hombros dedujo que se trataba de un hombre.

—Si puedes oírnos, parpadea dos

veces —dijo con el mismo acento aterciopelado que había empleado antes la mujer.

Gwenn cerró los ojos. No estaba segura de querer obedecer la orden de aquel desconocido.

—No lo hagas —murmuró otra voz en su interior—. No tienes por qué hacerlo.

El miedo le atenazó la garganta, y su dolor en el costado se intensificó. Había reconocido de dónde venía aquella otra orden. Era el Grial.

Lo tenía dentro. Incrustado en su cabeza, como la punta de una flecha en la carne de un herido. Aquel ente monstruoso que no era, en el fondo, más que un largo fragmento de código con

vida propia existía ahora en el interior de su mente. Recordó el inmenso salón, los tapices de las paredes, la Tabla Redonda... Todas aquellas miradas hostiles fijas en ella. Miradas que, en otro tiempo, había considerado amigas. Y unos segundos más tarde, el momento del sacrificio, cuando tomó el cáliz entre las manos.

Lo peor no era que el Grial le hablase con su propia voz. Lo peor era que le sugería lo que ella secretamente deseaba: volver a sumirse en la inconsciencia, no enfrentarse a aquel mundo extraño de luces frías y blancas. Regresar.

Se obligó a ignorar el consejo y

parpadeó dos veces.

No entendió muy bien el murmullo de voces que acogió su reacción. A juzgar por su tono, parecían agradablemente sorprendidas, incluso excitadas. Fuesen quienes fuesen aquellas personas, se alegraban de tenerla entre ellos. No era un mal principio.

Trató de preguntar dónde estaba, pero el bozal le impedía vocalizar y amortiguaba los sonidos que brotaban de sus labios. Oyó su propia voz deformada, como si resonara dentro de una campana.

Alguien, entonces, le arrancó aquella molesta mordaza. Al liberarse de ella se dio cuenta de lo reseco que tenía los

labios. Se imaginó su superficie agrietada; de repente, podía percibir el dolor en cada uno de aquellos minúsculos desgarros en la piel.

—¿Por qué estoy atada? —preguntó —. ¿Dónde está Arturo?

Una cabeza distinta, femenina, se inclinó sobre la suya. A contraluz distinguió un rostro joven y amable.

—¿Quién es Arturo? —preguntó la mujer—. ¿Tu novio? ¿Un familiar?

—Arturo es mi marido, y el rey de Britannia —replicó Gwenn con toda la firmeza que pudo reunir.

Le extrañó el silencio que acogió sus palabras. Y más aún los susurros que vinieron a continuación.

—¿Qué ocurre? —consiguió articular—. No es aconsejable conspirar abiertamente en presencia de la reina.

—Un caso más —dijo la voz masculina, y emitió un suspiro de cansancio—. Habrá que derivarla a Psiquiatría.

Una voz de mujer, pero más autoritaria que la que había oído antes, contestó de inmediato.

—A Psiquiatría no —dictaminó en un tono que no admitía réplica—. Hay que avisar a la Unidad de Investigación de Arimatea. Están pendientes.

—Pero ¿no deberíamos trasladarla antes a planta y dejar que se recupere un poco? —preguntó la mujer más joven—.

Tampoco creo que haya tanta prisa...

—Eso no lo sabemos ni tú ni yo — contestó la otra—. La directora fue bastante explícita cuando habló conmigo: «En cuanto despierte, que nos avisen». Pasaremos a recogerla. Así que no hay más que discutir: preparadla.

—Me parece prematuro —observó el hombre, alterado—. La dirección de aquí debería opinar también. Al fin y al cabo Arimatea es una institución privada. No tenemos ninguna obligación con ellos.

—Nuestra obligación, Frank, es hacer lo que esté en nuestras manos por acabar con esta epidemia. Y seamos realistas... Si Arimatea no lo consigue, no lo hará

nadie.

—Eso es verdad —admitió la mujer joven.

Siguió un silencio tenso, que contrastaba vivamente con las voces alegres de antes.

—¿Adónde me van a llevar? —quiso saber Gwenn.

Una mano había comenzado a liberarla de algunos de los tubos que la sujetaban. Los de las muñecas, sin embargo, no se los quitaron.

Al menos pudo incorporarse. El vértigo se apoderó unos instantes de su cabeza, lo vio todo borroso. Cuando se le pasó, distinguió por fin a las tres personas a las que había oído antes.

Eran, como suponía, un hombre y dos mujeres. Pero lo que más le sorprendió fue su indumentaria: los tres llevaban mantos de un blanco immaculado que se abotonaban por delante. Eran prendas cortas, bajo las cuales se veían las piernas enfundadas en extrañas calzas rectas y oscuras.

Se preguntó si serían sacerdotes o druidas pertenecientes a alguna secta desconocida para ella.

—¿No has oído hablar de Arimatea? —preguntó la mujer joven, extrañada—. Muchos estarían encantados de ir a parar a uno de sus centros, aunque solo fuese para presumir luego.

—Las pruebas cerebrales que se te

hicieron cuando ingresaste han arrojado resultados... interesantes, digamos — explicó la otra mujer en tono pausado—. En Arimatea creen que tienes potencial para participar en el programa de protección de Britannia. Yo no sé más, es lo que nos han comunicado. Les avisaré de que estás lista para el traslado.

—Antes, decidme quiénes sois — exigió Gwenn—. ¿Dónde está Arturo?

Sintió en el dorso de la mano el contacto de los dedos de la mujer joven, que se acababa de sentar en la cama.

—Es normal que te sientas confusa — dijo, y le sonrió con expresión alentadora—. No eres la única. Quizá no

lo recuerdes, pero hay miles de personas afectadas. Procura descansar hasta que llegue la ambulancia. Los de Arimatea localizarán a tu gente, no te preocupes. Ellos tienen medios para eso. Medios que nosotros no tenemos.

Gwenn cerró los ojos. Se sentía exhausta, y no quería oír nada más. Aquellas personas parecían sinceras, y era evidente que no la habían reconocido. Ella tampoco había visto jamás a nadie como ellos.

«Una hermandad de sanadores», se dijo a sí misma. «Eso es lo que son. Arturo me ha dejado con ellos para que me salven. Debió de asustarse mucho cuando absorbí toda la información del

Grial. Quizá no me identifican porque viven aislados del mundo...».

Apretó los párpados hasta que la negrura que la envolvía se pobló de destellos brillantes. Aquella explicación que trataba de urdir hacía aguas por todas partes. No sabía dónde estaba, pero tenía la certeza casi absoluta de que no se encontraba en Britannia.

Aun así, logró reunir el coraje suficiente para preguntar.

—¿Esto es Britannia?

El hombre que respondía al nombre de Frank emitió un gorjeo que aspiraba a ser una carcajada.

—Todo es Britannia —dijo—. Eso no ha cambiado mientras estabas dormida.

Es curioso que lo preguntes...

—Quizá se desconectó mientras estaba inconsciente —aventuró la mujer joven—. He oído que les pasa a muchos enfermos.

—Ya vienen a buscarla —informó la otra mujer—. Eve, pide una camilla y que la bajen al aparcamiento de urgencias.

En los minutos que siguieron, Gwenn se vio trasladada a un artilugio metálico con ruedas que parecía moverse solo. La muchacha llamada Eve solicitó permiso para acompañarla hasta que llegase el transporte que parecían esperar.

La cama rodante se introdujo en una caja metálica de grandes dimensiones

con un panel de botones redondos en la pared. Eve entró después y pulsó uno de los botones. Una lámina de acero u otro metal semejante cerró la caja, y Gwenn notó que descendían.

La lámina se descorrió de nuevo y emergieron a un patio exterior donde se entrecruzaban varios caminos grises. Había carros de extrañísimas formas y de los más variados colores detenidos a los lados de los caminos. Todos ellos eran bastante pequeños, y no llevaban enganches para los caballos. Gwenn descubrió enseguida el motivo: al igual que la cama de ruedas, aquellos artilugios se movían solos, sin necesidad de que ningún animal o

persona tirase de ellos.

—No tengas miedo —le dijo Eve—. Esa gente de Arimatea sabe lo que hace. Les sobran voluntarios en todo el mundo, pero, ya ves, te quieren a ti... Eso es bueno, ¿no te parece?

Antes de que Gwenn pudiera responder, uno de aquellos carros sin caballos se detuvo junto a ellas. Descendieron dos hombres. Uno de ellos abrió una portezuela en la parte trasera del vehículo, y se desplegó una rampa que descendía hasta el suelo. Los hombres empujaron la cama rodante al interior del carro, que estaba hecho de cristal y algún tipo de metal esmaltado.

Desde el exterior, Eve le dedicó una

última sonrisa. El viento agitaba sus largos cabellos rojizos. Detrás de ella, Gwenn miró las nubes densas y grises. Pronto llovería.

—Preguntaré por ti —dijo la muchacha—. Buena suerte, seas quien seas...

La puerta del carro se cerró, y los dos hombres se encaramaron a la parte delantera. El vehículo se puso en movimiento con una suavidad que parecía mágica.

Medio incorporada en la cama, Gwenn observó la figura esbelta de Eve, que se iba empequeñeciendo en la distancia. Ni siquiera le había llegado a decir que se llamaba Gwenn. Ella no se

lo había preguntado...

Probablemente nunca volvería a
verla.

Capítulo 2

A través de los cristales de las puertas del vehículo, Gwenn veía pasar a toda velocidad fragmentos de la ciudad que estaban cruzando. Los edificios eran casi todos de acero y cristal, torres sencillas que se alzaban hacia el cielo como si sus constructores hubiesen decidido desafiar la ley de la gravedad. Con un escalofrío, recordó las ciudades que había visto en el Sith.

—Es eso, entonces —murmuró—.
Estoy muerta. Estoy en el Otro Lado.

Oyó su propia risa dentro de su mente y su estremecimiento se intensificó. Era el Grial quien se estaba riendo. Tomaba prestado su cerebro y hasta la forma en que percibía su propia voz para comunicarse con ella.

—No seas absurda, Gwenn. No existe el Otro Lado —le dijo—. Nunca ha existido.

—Pero yo estuve allí —murmuró Gwenn—. Lo vi con mis propios ojos.

—Lo que viste fue tu propio mundo en diferentes épocas. ¿Cómo es posible que no te dieras cuenta?

Gwenn se obligó a no responder a la

voz. Después de todo, ¿cómo podía estar segura de que no le estaba mintiendo? Era el Grial, el forjador de historias ficticias. Y sin embargo, algo en su interior le decía que su explicación del Sith tenía sentido. En algún momento, ella misma había llegado a intuir la verdad. Navegar por el Sith, en el fondo, no era otra cosa que viajar en el tiempo.

Instintivamente, protegió aquella conclusión de la atención depredadora del Grial. Su mente era capaz de levantar barreras para protegerse de él y mantenerlo aislado, y cada vez las manejaba mejor. Sabía, no obstante, que aquel conocimiento le brindaba tan solo una protección endeble. Antes o

después, el Grial siempre rompía las barreras y se asomaba a su conciencia. Afortunadamente, lo más que podía hacer aquella inteligencia extraña incrustada en la suya era hablar, tratar de influir en ella. Por más que lo intentase, no iba a adueñarse de su voluntad. Pero Gwenn era consciente de que tampoco ella podía apropiarse de la voluntad del Grial. Aquella conciencia extraña conservaba su independencia dentro de su mente, aunque aislada, eso sí, del mundo exterior.

Para acallar al Grial, Gwenn se concentró en las calles que el vehículo iba recorriendo. Habían llegado a una zona de edificios de piedra, más bajos

que las torres de cristal de antes. Al detenerse en una plaza redonda para ceder el paso a otros carros sin caballos, Gwenn distinguió a su derecha el panorama de un ancho río atravesado por varios puentes. Al otro lado se veía una rueda gigante parecida a las norias que los campesinos del sur utilizaban para sacar agua del suelo.

El vehículo rodó hasta un puente que se tendía sobre aquel río inmenso. El sol brillaba débilmente tras una fina capa de nubes, y sus reflejos blancos temblaban en el agua. Desde el centro del puente, Gwenn vio la extraña rueda a un lado y un palacio con una torre puntiaguda al otro. A pesar de la distancia, distinguió

un reloj de agujas en lo alto de la torre.

—Estamos en Londres —oyó que le decía el Grial con su propia voz—. ¿No lo reconoces?

Gwenn tragó saliva para tratar de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Sí, reconocía aquella curva amplia del río, pero nada más. Ninguno de los edificios de las orillas le resultaba familiar.

—¿Londres cuándo? —preguntó a media voz—. ¿En la era de los Antiguos?

Esta vez, el Grial no le contestó. Gwenn se sintió aliviada al constatar su silencio.

Siguió mirando por las ventanillas del

carro blanco hasta que se quedó adormilada. A veces, los frenazos la despertaban brevemente, pero de inmediato volvía a sumirse en un sueño inquieto, en el que todavía era consciente de la posición de su cabeza y de cómo esta se bamboleaba adelante y atrás con los vaivenes del vehículo.

Se despertó definitivamente cuando la estaban sacando del carro. La camilla descendió por la rampa a un terreno liso y gris flanqueado por altos árboles.

Una mujer de cabellos muy cortos y oscuros se acercó sonriendo.

—Déjenme con ella —les ordenó a los dos hombres que la habían acompañado en el carro—. Yo me

encargo.

El más joven de los dos hombres le entregó un pequeño objeto que parecía controlar los movimientos de la cama con ruedas. La mujer pulsó un botón y la cama comenzó a deslizarse hacia una gran puerta de cristal.

—Me llamo Tess —dijo la mujer corriendo un poco para mantenerse todo el tiempo a la altura de la cama de Gwenn. Bienvenida. ¿Cuál es tu nombre? En el informe no lo ponía.

—Me llamo Gwenn. Gwenn de Gorlois.

—Gwenn. Un nombre poco común. Encantada de saludarte... Me han encargado que te acompañe a tu

habitación y que te haga algunas preguntas para rellenar el formulario de ingreso. No nos llevará mucho rato.

La cama se introdujo de nuevo en una caja metálica semejante a la que ya habían utilizado en el otro hospital. Por encima de la puerta corrediza de acero había una inscripción que ponía: «CENTRO ARIMATEA DE INVESTIGACIONES NEUROLÓGICAS».

La caja subió y la puerta se abrió al cabo de unos pocos segundos, permitiéndoles acceder a un larguísimo pasillo pintado de verde claro y con puertas a ambos lados.

Casi todas las puertas estaban cerradas, pero había algunas

entreabiertas, y se oían voces dentro de las habitaciones.

La camilla se detuvo frente a una puerta cerrada con el número 678 como única decoración. Tess apoyó el dedo índice de su mano derecha en el picaporte y la puerta se abrió.

En el interior del cuarto había otra cama más grande, con cortinajes de muselina blanca que colgaban de un armazón de hierro. Unas curiosas máquinas rodearon a Gwenn, la ayudaron a incorporarse y la deslizaron en aquel nuevo lecho, cuidando sobre todo de que no se le desprendieran los tubos que todavía llevaba pinchados en ambas muñecas. Durante aquella

maniobra, Gwenn se fijó por primera vez en la ropa que llevaba puesta: se trataba de una camisola amplia de color azul celeste, atada con cintas por la espalda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tess mientras una de las máquinas la tapaba con un cobertor blanco—. Según el informe hace poco más de dos horas que recuperaste la conciencia después de..., déjame ver..., sí, tres semanas en coma. De todas formas, no nos sorprende. Preveíamos que tu recuperación sería rápida. Está en tu acervo genético.

—¿Mi qué? —preguntó Gwenn, que jamás había oído aquella expresión.

—Antes o después te lo comunicarán, o sea que no creo que suponga ningún problema adelantártelo. En los estudios genéticos de rutina tus resultados han sido... sorprendentes. Supongo que sabes que estás genéticamente programada para conectar con nanoimplantes biónicos dotados de diferentes funcionalidades...

—No entiendo ni una palabra de lo que me dices —interrumpió Gwenn, impaciente.

Tess la miró con curiosidad. Finalmente se encogió de hombros.

—Bueno. Como quieras. En todo caso, eso no es de mi competencia. Luego vendrán a informarte sobre el

programa Ávalon y sobre por qué piensan que puedes encajar en él.

—Espera... ¿El programa Ávalon? Entonces, eso significa... ¿Está aquí Viviana?

Tess sonrió.

—Por supuesto, ¡es la directora del programa! Entonces, ¿la conoces? Genial, eso simplificará todos los trámites. Pero antes necesito que me ayudes a cumplimentar el formulario —añadió.

A un movimiento de su mano, apareció en el aire un rectángulo dorado con varias líneas de texto escritas en él.

—Veamos —dijo—. Tu nombre completo... Gwenn de Gorlois, eso ya

me lo has dicho. ¿Edad?

Gwenn trató de recordar. Habían ocurrido tantas cosas en los últimos meses, que casi había llegado a perder la noción del paso del tiempo.

—Veintiuno, creo —aventuró.

—¿Estado civil? —preguntó Tess mientras movía las manos sobre el rectángulo de luz que flotaba en el aire, escribiendo algo.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Estás casada?

Gwenn asintió. Estuvo a punto de mencionar el nombre de Arturo, como había hecho en el otro hospital, pero se contuvo.

Tess, mientras tanto, no paraba de

hacer gestos en el aire que, aparentemente, servían para ir escribiendo palabras sobre el rectángulo de luz.

—Háblame de tu familia —pidió—. ¿Viven tus padres? ¿Tienes hermanos?

—Mis padres murieron y no, no tengo hermanos —contestó.

En el mismo momento de hacerlo le vino a la cabeza la imagen de la máscara de oro sobre la tumba de su madre. Tenía un hermano, después de todo. Pero apenas lo conocía, y lo que sabía de él le había quitado las ganas de averiguar más. Aunque por sus venas corriese la misma sangre, ella nunca consideraría a Mordred como un hermano, de modo

que no había mentido.

Las preguntas derivaron hacia cuestiones relacionadas con sus hábitos, como el número de comidas que solía realizar al día o las horas que dormía cada noche. Gwenn, un poco perpleja, contestó a todas.

Tess acababa de interesarse por la cantidad de vegetales frescos que solía ingerir a lo largo de una jornada, cuando la puerta se abrió sin llamar y una muchacha apareció en el umbral.

Gwenn sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Nimúe —murmuró, sin poder contenerse.

El parecido era innegable, a pesar de

que la expresión cálida y luminosa del rostro de la joven en nada se asemejaba a las rígidas facciones que tan bien recordaba.

La muchacha, extrañada, frunció levemente el ceño. Con un gesto maquinal, se echó hacia atrás su abundante cabellera rizada.

—¿Nos conocemos? —preguntó, mirándola a los ojos.

Gwenn, azorada, le devolvió la sonrisa.

—Me suena tu nombre, aunque no recuerdo de qué —mintió—. ¿Estás en el programa Ávalon?

—Así es. Justamente por eso he venido. He leído tu informe y es

francamente prometedor. Con tu perfil, vas a encajar perfectamente en el grupo. Me siento afortunada, ¿sabes? Porque me han encargado a mí que te enseñe todo esto..., y que te explique cuál es la misión que estamos realizando aquí.

Capítulo 3

Mientras caminaba por un jardín de altos árboles junto a la versión joven de Nimúe, a Gwenn le invadió una intensa sensación de irrealidad. Acababa de despertar de un estado de inconsciencia que, según le habían dicho, había durado varias semanas, y sin embargo allí estaba, moviéndose con soltura, sin ninguna secuela después de su prolongada inmovilidad. Allí estaba, sí:

en Londres. En un Londres irreconocible, sofisticado y lleno de sorprendentes máquinas. Y ahora, además, formaba parte de un programa llamado «Ávalon».

De las explicaciones que iba desgranando Nimúe, Gwenn comprendía apenas la mitad. Lo que sí captó con nitidez desde el principio fue que todo aquel proyecto del que iba a formar parte tenía que ver con el Grial y con el peligro que suponía para Britannia.

—Cada día son más las personas afectadas —le explicó Nimúe con el rostro serio—. No se trata solo de visiones, eso es únicamente la punta del iceberg. El problema es que esas

historias que el Grial le mete a la gente en el cerebro cambian su concepción del mundo; les hacen aceptar como verdades cosas que no lo son, colorear la realidad conforme a sus miedos y sus gustos. Por eso está pasando lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando? —se atrevió a preguntar Gwenn.

Nimúe se volvió a mirarla con curiosidad.

—¿Cuánto recuerdas de antes de que te ingresaran? Tendremos que examinarte a fondo —dijo—. La pérdida de memoria, en principio, no suele ser uno de los síntomas que provoca el Grial. Es más bien... ¿Cómo te lo explicaría? Una infección de la

imaginación. Pero claro, quizá en tu caso las cosas funcionen de manera un poco diferente. Después de todo, vienes equipada «de serie» con las conexiones biónicas que a nosotras nos están intentando implantar.

—No entiendo —confesó Gwenn—. ¿Eso significa que hay algo raro en mi cerebro?

Nimúe se echó a reír.

—«Raro», sí; esa es la palabra —recalcó—. De todas formas, te pongo al día sobre lo que has olvidado: el mundo parece haberse vuelto loco. Que la gente vote a magnates sin escrúpulos que se ríen de ellos, por ejemplo, o que se les dé la oportunidad de decidir si se pone

fin a una guerra y voten en contra de la paz... ¿Crees que es casualidad que esté ocurriendo ahora? No lo es, Gwenn. El Grial está usando Britannia para manipular el comportamiento de las personas, y nadie sabe cómo pararlo. Nuestro programa es el único que tiene alguna posibilidad de éxito..., aunque es tan arriesgado que nuestro coordinador ha preferido mantener en secreto los detalles.

—¿Arriesgado para quién? — preguntó Gwenn.

—En primer lugar, para nosotras, las que participamos en él directamente. Pero no nos asusta. Y a ti tampoco te asustará cuando estés lista para

entenderlo.

Gwenn asintió en silencio. Notaba la presencia del Grial en un rincón aislado de su mente. Se mantenía latente... Era como si no tuviese ningún interés en hacerse notar.

Se preguntó qué harían Nimúe y sus compañeros si llegaban a sospechar siquiera que ella portaba una versión del Grial de otra época en su cerebro. El objetivo de aquel programa era justamente acabar con su poder. Si descubrían que lo llevaba dentro, quizá decidiesen matarla o silenciar su mente de alguna forma para inactivar de manera definitiva al Grial. No podía arriesgarse a que se enteraran.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —se decidió a preguntar por fin—. Lo de controlar al Grial... ¿Cuál es el plan?

—Bueno, lo irás descubriendo poco a poco —contestó Nimúe con gravedad—. Pero te adelanto que no es nada de lo que la gente se imagina. Creen que nos estamos entrenando para entrar en Britannia e interactuar con él, para desconectarlo. Como si eso fuera posible... Ya se ha intentado, y no salió bien. Nuestro enfoque es completamente distinto.

—¿En qué?

—No se trata de desconectar el Grial, eso por el momento está fuera de nuestro alcance. Pero lo que sí podemos hacer

es prever sus movimientos y anticiparnos a ellos. Los implantes que hemos recibido, las modificaciones epigenéticas... Todo está dirigido a convertirnos en una especie de «adivinas».

—Pero eso sería magia —argumentó Gwenn, sorprendida—. ¿Tenéis poderes mágicos? Sin magia, es imposible adivinar el futuro.

Nimúe sonrió.

—Probablemente muchos lo llamarían magia, sí —aceptó—; pero es tecnología. Una tecnología excepcionalmente compleja.

—¿Que permite ver lo que va a pasar? Pero ¿cómo es eso posible?

—Lo sabrás en su momento —repuso Nimúe crípticamente—. Solo te adelantaré una idea: la única forma de ver el futuro es... estando en el futuro.

Gwenn se estremeció. Viajar en el tiempo: según el Grial, eso era justamente lo que ella había hecho. Pero Nimúe no lo sabía; no podía saberlo. En ningún momento la había reconocido, de eso estaba segura. Aquella muchacha era una versión joven de la dama, que todavía no se había encontrado con Gwenn.

Claro que, si nadie sabía de dónde venía ella, ¿cómo era posible que estuviesen pensando en incluirla en un programa relacionado con viajes en el

tiempo? No podía tratarse de una coincidencia.

—Todo esto debe de resultar abrumador para ti —observó Nimúe al notar su silencio—. Demasiada información, lo entiendo... Pero no ha sido idea mía ir tan rápido, sino de Joseph. Fue él, después de ver tus informes, quien decidió que debías incorporarte cuanto antes al proyecto.

—¿Joseph? ¿Quién es Joseph?

Los vivos ojos azules de Nimúe se clavaron en Gwenn con sorpresa.

—Verdaderamente, tu pérdida de memoria debe de ser grave. Es imposible que no hayas oído hablar de Joseph, el creador de la Corporación

Arimatea... y, antes de eso, del Grial.

Gwenn recordó las historias de Pelinor sobre su linaje, que se remontaba a los tiempos antiguos. Sí; un tal Joseph de Arimatea era su fundador. Había oído la historia más de una vez, pero siempre se había imaginado a Joseph como un personaje legendario, no como alguien de carne y hueso.

—Si es el creador del Grial, ¿por qué ya no lo controla?

—Porque el Grial es ahora una conciencia independiente. Se ha infiltrado en Britannia y es imposible someterla a ningún tipo de protocolo humano. Joseph te lo explicará mejor cuando lo conozcas. Suele visitar el

centro al menos una vez a la semana, y se comunica diariamente con Viviana, nuestra directora. Ven por aquí, te enseñaré la zona de ocio y la biblioteca. Dejaremos para el final el área de trabajo.

El primer pabellón que visitaron era una construcción diáfana, con paredes de cristal y muchísima luz. Desde una de las paredes se veía el Támesis con las torres de cristal y la gran rueda de la orilla. Había extrañas máquinas de acero y hierro en el centro.

—Este es el gimnasio —explicó Nimúe—. Ahora está vacío porque mis compañeras se encuentran en la zona de investigación, pero por las tardes casi

todas vienen un rato aquí. Te enseñaré cómo funcionan las máquinas, son muy fáciles de utilizar.

A continuación pasaron a una galería con pequeñas celdas de paredes oscuras a los lados.

—Esta es el área de meditación. Cada cabina es individual y está equipada con paredes programables para proyectar sobre ellas lo que más te ayude a relajarte o a concentrarte. Yo, por ejemplo, vengo siempre un rato antes de dormirme y proyecto a mi alrededor un cielo estrellado. Me encanta. Por supuesto, Britannia ayuda mucho a intensificar la experiencia.

—¿Cómo os conectáis a ella? —

preguntó Gwenn—. ¿Usáis gemas?
¿Hacéis libaciones?

Inmediatamente se arrepintió del modo en que había formulado la pregunta: en segunda persona del plural, excluyéndose a sí misma. Se preguntó si Nimúe se habría percatado de ello.

Nimúe meneó la cabeza con expresión perpleja.

—¿Gemas? ¿Te refieres a piedras preciosas? —preguntó—. No entiendo... ¿Para qué?

—Para conectarse a Britannia — insistió Gwenn—. ¿Cómo lo hacéis, si no?

—Aquí siempre hemos disfrutado de plena libertad de conexión. Los

implantes biónicos para acceder son gratuitos, y prácticamente todo el mundo los tiene. Pero he oído que en algunas zonas del Imperio es diferente: la conexión es temporal, y se paga. Allí no tienen Britannia, claro, sino algo parecido que se conoce como «el velo». Por tus palabras deduzco, entonces, que eres extranjera. Ya lo imaginaba, por tu acento.

Gwenn se limitó a sonreír. Desde luego, se sentía extranjera, pero no en el sentido en el que lo decía Nimúe.

En todo caso, no pensaba confirmar ni desmentir nada.

Después de visitar la biblioteca, que estaba llena de códices cuidadosamente

encajados en gigantescos armarios, accedieron a algo que Nimúe denominó la «cafetería» y luego a una sala de conciertos. Gwenn escuchaba solo a medias las explicaciones de su acompañante. Se sentía agotada, y a cada instante le costaba más trabajo fijar su atención. Quizá el esfuerzo inconsciente que tenía que hacer todo el tiempo para proteger su mente de las injerencias del Grial comenzaba a pasarle factura.

Nimúe debió de advertir su cansancio, porque le propuso dejar el resto de la visita para otro momento.

—Creo que ya ha sido bastante por hoy —dijo—. Me da igual lo que opine

Joseph, tú necesitas dormir y recuperarte. Ya tendrás tiempo de conocer a las compañeras mañana. Ven conmigo, podemos regresar a tu habitación directamente por aquí, atravesando este patio.

El patio en cuestión era un recinto muy agradable, con arbustos cuajados de flores blancas alrededor y un estanque en el centro.

A la derecha del edificio que acababan de abandonar, Gwenn vio una construcción de madera con ventanas oscuras y una hiedra que cubría de verde buena parte de la fachada.

—Qué bonito —observó—. ¿Esa parte se puede visitar?

Nimúe siguió la dirección de su mirada.

—No, Gwenn, esa es un área privada —contestó, bajando instintivamente la voz—. Ninguna de nosotras tiene acceso, aparte de Viviana. Y no les gusta que hagamos preguntas sobre ella, te lo digo por experiencia. Por lo visto, es un área del proyecto que lleva Joseph personalmente... Es todo lo que sé, y todo lo que te puedo decir.

Capítulo 4

Gwenn se despertó en mitad de la noche con los cabellos encharcados de sudor, aterrorizada. En sueños, se había visto a sí misma ardiendo en una hoguera mientras, alrededor, los consejeros de la Tabla Redonda la contemplaban con odio, los reflejos de las llamas danzando sobre sus rostros. Era la misma escena que el Grial había mostrado a todos en la corte, la historia

que el Grial se había inventado para acabar con ella.

Cuando recordó dónde estaba, su miedo, en lugar de ceder, se intensificó. El programa Ávalon. Nimúe; aquella Nimúe llena de ilusión y de vida que no podía imaginar siquiera la larguísima existencia que le esperaba. O tal vez sí. Quizá la longevidad de las damas fuese una consecuencia directa de las investigaciones de aquel proyecto. Lo que Nimúe no sabía, por supuesto, era que todo aquel esfuerzo estaba condenado al fracaso. Las damas de Ávalon no conseguirían frenar el Grial, y se convertirían en sus primeras víctimas.

La angustia le hizo saltar de la cama y correr descalza hasta la ventana, que desde dentro no se podía abrir. En algún lugar había un panel inteligente para subir, al menos, la persiana. Buscó con la mirada, pero no lo encontró.

Cada vez más alterada, entró en el cuarto de baño y jugueteó con los grifos hasta dejarlos abiertos. Como en trance, contempló aturdida los chorros de agua del lavabo, y el de la ducha. Tras pensárselo un momento, se metió debajo de este último. El agua estaba ardiendo, pero le daba igual. Para dar salida a sus nervios, se impregnó el cabello con uno de los jabones líquidos que encontró en un frasco y se frotó el cuero cabelludo

hasta hacerse daño. Por fin se le ocurrió probar de nuevo con el grifo y logró controlar la temperatura del agua. Se quedó allí quieta, bajo el chorro tibio, dejando que el agua se llevase toda la espuma que se había formado en su pelo. Cuando salió para secarse, ya había decidido lo que iba a hacer. Era de noche, nadie la vigilaba: no encontraría mejor momento para investigar por su cuenta.

Lo único que tenía claro era que no quería quedarse en aquel lugar el tiempo suficiente para que descubriesen de dónde venía y el parásito que se alojaba en su mente. Debía ocultar al Grial como fuese, si no quería que su vida

corriese peligro. Y además, tenía que encontrar el modo de volver a su tiempo, a su vida. Su presencia en el pasado era una anomalía, una monstruosidad que solo podía acarrearles problemas a todos.

Después de vestirse con la ropa que Nimúe le había dado (unas calzas rectas azules y un jubón elástico, de un tejido que parecía aterciopelado), probó a abrir la puerta de su habitación. Con gran alivio, descubrió que no se encontraba cerrada.

Sabía de antemano adónde quería ir: el pabellón de madera, el área donde Joseph estaba desarrollando sus investigaciones privadas. Si tenía alguna

opción de descubrir en qué consistían, debía ser esa noche. Una vez que le presentasen al resto de las damas y la involucrasen de lleno en el programa, tal vez no le dejarían la misma libertad de movimientos.

—Gwenn. No vayas —dijo el Grial en su interior con un susurro que imitaba su propia voz—. Puede ser peligroso.

Se concentró al máximo para alzar una pared imaginaria entre la voz y su conciencia. Necesitaba centrar toda su atención en lo que iba a hacer; no podía permitir que el Grial la distrajera.

No le costó ningún trabajo encontrar el patio del estanque y las flores blancas. Desde allí, el único acceso al

pabellón de madera era a través de una puerta de hierro sencilla, lisa.

Durante unos segundos se quedó contemplándola sin saber qué hacer. Luego recordó cómo había abierto Tess la puerta de su cuarto, y colocó su dedo índice en el pequeño rectángulo iluminado a la derecha de la puerta. No esperaba que ocurriera nada... Y sin embargo, la puerta se abrió.

El interior del edificio estaba pintado de azul claro y decorado con vistosos carteles de personajes dibujados. Había una mesa con un monitor y un teclado, un sofá blanco situado frente a otra pantalla de grandes dimensiones. En una pared vio una falsa luna en cuarto creciente

que emitía una débil luz dorada.

Pasó a la habitación contigua, pero se detuvo bruscamente al oír la respiración acompasada de una persona dormida.

Había una cama, en efecto, y un bulto acostado en ella. De puntillas, Gwenn se acercó para ver de quién se trataba.

Era un niño.

Estaba dudando si debía despertarlo o no, cuando el pequeño se incorporó bruscamente en su lecho. Debía de haber detectado su presencia.

Un instante después la habitación se llenó de luz. Gwenn cerró los ojos, molesta. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con los intensos ojos claros del niño clavados en su rostro. Debía de

tener unos diez u once años.

—¿Eres la nueva? —preguntó—. Viviana ha estado hablando de ti. No conmigo. Con Joseph. Han encontrado algo en ti que les interesa. Te harán lo mismo que a mí. Te encerrarán y no te dejarán salir, seguro.

Gwenn recorrió la distancia que la separaba de la cama y se sentó en ella. No podía dejar de mirar al niño. Había algo en su rostro que le resultaba desconcertantemente familiar.

—¿Estás solo aquí? —preguntó—. ¿Dónde están tus padres?

—Mi padre murió. Y a mi madre no la conozco, pero es una reina. Ella cree que estoy muerto, me parece. Algún día,

si consigo volver, iré a verla y le contaré la verdad.

—¿Por qué te tienen aquí? ¿Te están estudiando?

—Sí. No sé cómo pasó —dijo el niño, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Hice algo que no debía hacer. Pensé en algo que no debía pensar, y de repente aparecí aquí. Yo creo que podría volver si ellos me dejaran, pero aquí dentro mi cabeza no funciona bien. No puedo concentrarme. Y no me dejan salir.

Gwenn lo miró asombrada.

—¿No sales nunca de aquí? ¿Desde cuándo?

—No lo sé. Unos meses, creo. Me

tratan bien, la comida que me dan es muy rica. Y si no llueve me dejan salir a un patio que hay detrás, pero nunca solo.

El niño se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Fue un gesto brusco, decidido. No quería mostrarse débil.

—Yo he entrado aquí sin problemas —dijo Gwenn—. ¿Por qué no puedes salir tú? ¿Lo has intentado?

—Sí. Al principio no estaba encerrado. Una noche me escapé y llegué hasta un camino grande y gris, pero me atraparon unos hombres de uniforme y me devolvieron aquí. Desde entonces, cuando me acerco a la puerta de entrada se activa una alarma que arma un gran escándalo. Y la puerta se

bloquea.

—Pero no pueden retenerte aquí a la fuerza... Existen leyes contra eso.

—¿Y quién les va a obligar a aplicarlas? —preguntó el niño con tristeza—. Yo estoy solo, no conozco a nadie en el Sith.

Al oír aquella palabra, a Gwenn se le aceleró el corazón.

—¿Crees que esto es el Sith? Entonces, tú vienes de mi mundo, de Britannia. ¿Conoces al rey Arturo? ¿Has oído hablar de él?

El niño hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En mi país la reina se llama Igraine, y es mi madre, ya te lo dije.

Aunque yo no vivo con ella... Cuando tenía cinco años me vendieron como esclavo a los sajones.

Gwenn entreabrió los labios y se olvidó de cerrarlos. No podía ser. No era posible. Y sin embargo...

—Te llamas Mordred —afirmó en voz baja.

—Sí —confirmó el niño, y los ojos le brillaron de esperanza—. ¿Cómo lo sabes? ¿Me conoces?

Gwenn no se sintió capaz de responder. Intentaba desesperadamente procesar aquella locura. Mordred... ¿Qué hacía allí? Ni siquiera era consciente de estar en el pasado. Creía que había ido a parar al Otro Lado. Por

algo que él había pensado, según le había dicho.

—¿Esto te había ocurrido otras veces? —preguntó—. ¿Este tipo de... viaje?

—Nunca durante tanto tiempo —contestó el niño—. Al principio duraba solo unos segundos. Luego me asustaba y volvía. Después, empecé a tardar un poco más. Y un día, antes de que pudiera regresar, ellos me descubrieron. No sé qué me pasó, me distraje... Quería ver cómo era el Sith, no pensé que fuera urgente volver. Y luego, cuando me quise dar cuenta, ya no podía. El problema es que me han puesto algo en la cabeza, algo que no me deja pensar el

camino de vuelta.

—Pero a mí no me han puesto nada... Todavía. Y vengo del mismo sitio que tú —explicó Gwenn, muy excitada—. Mordred, si tú pudieras ayudarme... Si me dijese cómo hacerlo, cómo volver... Yo encontraría la manera de llevarte conmigo.

Mordred la miró con expresión dubitativa.

—No lo conseguirás a la primera —dijo—. Pero, si lo logras, ¿me prometes que volverás a por mí?

—Te lo prometo —aseguró Gwenn, sin pensar muy bien en lo que hacía—. ¿Qué tengo que hacer?

—Espera. —El niño tomó una de las

manos de Gwenn entre las suyas—. Yo creo que puedo ayudarte. Mírame a los ojos. Pase lo que pase, no dejes de mirarme.

Gwenn hizo lo que Mordred le decía. Lo miró a los ojos. Se dejó atrapar por aquellos iris grises que, ahora lo veía, estaban salpicados de pequeñas motas doradas, como los suyos.

Miró y miró hasta perderse en los ojos de su hermano. Hasta que ya no supo dónde estaba.

Parpadeó, en un intento de ahuyentar las sombras que habían invadido su campo visual, pero fue inútil. A su alrededor, todo se había vuelto negro.

Capítulo 5

Gwenn pensó que aquella negrura que se lo había tragado todo terminaría absorbiendo también su conciencia, pero no ocurrió así. En lugar de eso, permaneció largo tiempo alerta, con sus cinco sentidos despiertos, en medio de la angustiada oscuridad.

Al principio, el pánico hizo que se le desbocara el corazón. Aunque no era capaz de ver ni su propio cuerpo, sentía

el sudor pegajoso en las sienes, en la frente, en la raíz de los cabellos. Poco a poco, no obstante, fue serenándose. En un rincón de su mente, el Grial permanecía mudo, inerte. Quizá también él estaba asustado.

En algún momento las tinieblas comenzaron a disolverse en una penumbra cobriza y temblorosa. Velas encendidas: la luz provenía de ellas. Gwenn distinguió un cortinaje verde en las sombras, un alto candelabro de plata. Estaba en casa; o, al menos, en su época.

Intentó incorporarse, pero los músculos no le obedecían. La cabeza le dolía como si se la estuviesen martilleando por dentro.

—¿Dónde estoy? —consiguió decir.

Los labios reseco le quemaban. Se estaba muriendo de sed.

Una sombra se inclinó sobre ella. De inmediato reconoció a Arturo.

—Agua —pidió.

La sombra se retiró y regresó un instante después con un cuenco de agua. Lo acercó a los labios de Gwenn y, pasándole un brazo por detrás del cuello, la ayudó a levantar la cabeza lo suficiente para poder beber.

Gwenn apuró el contenido del recipiente con avidez.

—¿Más? —preguntó Arturo.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. Le resultaba más fácil que

hablar.

Arturo. Estaba con Arturo. La emoción se manifestaba como un peso doloroso en su pecho.

De todos los lugares del mundo, en el pasado y en el futuro, era allí solamente donde quería estar.

Tardó un rato en darse cuenta de que él le había cogido una mano entre las suyas.

—¿Me oyes, Gwenn? ¿De verdad has vuelto?

Intentó distinguir su rostro, pero veía borroso. Había notado, eso sí, la vibración angustiada de su voz.

—He vuelto —consiguió decir ella—. A mi casa.

—Estamos en Ávalon —precisó Arturo. Se había sentado junto a ella en la cama, y aunque seguía sin verlo bien, podía sentir el calor de su cuerpo, su proximidad—. Aquí hay tecnología antigua que pensamos que te ayudaría. El Grial... ¿Sigues contigo?

—Sigues dentro de mí —contestó Gwenn, ganando algo de soltura a medida que hablaba—. Ahora está callado. Supongo que he aprendido a aislarlo.

—Lo sacaremos de ahí, Gwenn. Las damas están estudiando la manera de hacerlo —aseguró Arturo—. Y todo volverá a ser como antes... o no. Depende de lo que tú quieras.

—Quiero volver a ser yo —murmuró ella.

Cerró los ojos. Hablar la agotaba, mucho más que cuando se encontraba al Otro Lado, en el pasado.

Sabía que las palabras de Arturo se referían indirectamente a su historia con Lance. ¿Dónde estaría él en ese momento?

Como si le hubiese leído el pensamiento, Arturo prosiguió:

—He enviado a Lance al sur, porque hemos detectado movimientos de las tropas sajonas. Él se ofreció. Acepté, entre otras cosas, porque pensé que salir de Ávalon le vendría bien. Esta espera le estaba asfixiando. De todas formas, si

quieres que venga enviaré mensajeros con la orden de que regrese de inmediato.

—No —murmuró Gwenn—. ¿Para qué? Vernos juntos solo le hará sufrir más.

Intentó una vez más descifrar los rasgos de Arturo en la penumbra, y notó que esta se había ensombrecido. Era como si la oscuridad que se la había tragado cuando su hermano la tocó estuviese regresando. El niño había dicho que no conseguiría quedarse en su época, que la primera vez el viaje nunca salía bien.

Apretó la mano de Arturo con tanta fuerza como pudo entre sus finos dedos.

No quería perderlo otra vez. La idea la desesperaba.

Si se iba, si se veía arrastrada al pasado de nuevo y luego no encontraba el camino de regreso... Quizá fuese su última vez con él. Tenía que aprovecharla.

—Sobre Lance... —comenzó a decir.

Las palabras murieron en sus labios mientras buscaba mentalmente una forma de expresar lo que deseaba.

—Lo sé —dijo Arturo en voz baja, pausada—. Nos quieres a los dos. Lo dijiste bien claro aquella noche, cuando fui a buscaros.

—No —replicó ella, ansiosa—. Es decir..., es verdad que le quiero

también. He sentido auténtica pasión por él. Pero no es como contigo, Arturo. Nunca será como contigo.

—¿Qué quieres decir?

La voz de Arturo se había quebrado al formular la pregunta.

—Contigo no es solo amor. Es una vida, una razón para levantarme cada mañana. Lo que queremos construir..., lo que ya hemos hecho. No me di cuenta de lo valioso que era eso para mí hasta que lo perdí.

Gwenn calló, exhausta de hablar. Sentía la boca seca, pastosa. Y le parecía que la oscuridad ganaba terreno por momentos. Intentó aferrarse mentalmente a aquel lecho, a la

presencia de Arturo. No quería irse todavía.

—Gwenn, si eso es así, tenemos todo el futuro por delante —murmuró Arturo en tono apasionado—. Haremos todo lo que soñamos para Britannia. La convertiremos en el sistema justo e igualitario que soñaron Uther y Merlín. Está todo por hacer. En cuanto te cures...

—Esto no es una enfermedad —le interrumpió Gwenn. Tenía que poner toda su voluntad en cada sílaba que pronunciaba, porque cada vez le costaba más trabajo vocalizar—. Es otra cosa. Algo le ha ocurrido a mi mente, Arturo. Mientras estaba inconsciente... he

viajado a otro lugar. A otro tiempo. Al pasado, al mundo de los Antiguos.

Arturo tardó un momento en responder.

—Gwenn, eso son solo sueños —contestó por fin—. Yo te aseguro que, desde que te trajimos a Ávalon, no te has movido de esta cama. Lo sé porque yo tampoco me he apartado apenas de tu lado.

—No, Arturo —replicó Gwenn con dificultad—. He viajado de verdad. He visto a Nimúe, a la Nimúe del pasado, tal y como era. Una muchacha.

Le pareció que Arturo le apretaba la mano, aunque sentía la piel adormecida, cada vez con una menor sensibilidad.

—Habrá tiempo de pensar en todo eso cuando te encuentres mejor —le oyó decir—. Pero antes tienes que recuperarte.

—Escúchame, Arturo. Quizá después no pueda..., quizá no nos veamos más. No estaba solo Nimúe. También vi a Mordred. Era un niño. Él también había viajado en el tiempo. Y el Grial..., estaban intentando controlarlo. Fue Mordred quien me ayudó a volver.

—Mordred está en la costa oriental, reclutando gente para una nueva sublevación —dijo Arturo en tono sombrío—. Eso que cuentas... no sé lo que significa, pero no es la realidad.

—Arturo, es la realidad. Pero una

realidad de otro tiempo.

—¿Gwenn?

El tono interrogante de Arturo estaba teñido de preocupación.

—¿Gwenn, me oyes?

—Te oigo, Arturo. ¿Me oyes tú a mí?

Solo después de pronunciar las palabras comprendió que su sonido no había llegado a brotar de sus labios. Se le había quedado dentro, pugnando por salir.

Notó la quemazón de las lágrimas en los ojos. La oscuridad apenas le permitía ya distinguir la silueta de Arturo.

—No quiero perderte —sollozó—. Otra vez no.

Luchó con todas sus fuerzas por aferrarse a aquella figura borrosa. Pero muy pronto su contorno comenzó a desdibujarse.

—Ayúdame, por favor.

Se dio cuenta de que se lo estaba pidiendo al Grial. Pero el Grial permanecía callado en su interior, expectante. No iba a ayudarla a permanecer en su mundo. Se limitaba a observar.

En un último intento, dirigió sus palabras a la negrura.

—Buscaré el camino de vuelta —dijo—. Espérame, Arturo.

Después, ya no fue capaz de decir nada. La oscuridad había terminado

tragándose también su voz.

Capítulo 6

Creía que tenía los ojos cerrados, pero no; los tenía abiertos. Lo supo cuando una luz plateada inundó su campo visual, cegándola al principio.

Por la frialdad de la luz se dio cuenta de que había regresado al pasado.

Se preguntó si con un solo acto de voluntad sería capaz de detener los latidos de su corazón. Deseaba creer que era posible. Eso, al menos, le habría

brindado una salida.

Antes de que le diese tiempo a intentarlo, la luz se concretó en una forma reconocible: una forma humana. Alguien, por lo visto, la estaba esperando al otro lado. Y no era el niño, su hermano. Se trataba de un desconocido.

Había en su rostro, sin embargo, una viveza encantadora que a Gwenn le resultaba vagamente familiar. ¿Dónde había visto aquella expresión cándida, intensa?

Repasó mentalmente los rostros de la corte, los de los caballeros de la Tabla Redonda. No tardó mucho en encontrar la respuesta que buscaba.

Aquellos ojos eran los de Perceval; o, al menos, se parecían muchísimo. Se enmarcaban, eso sí, en un rostro más maduro, aunque no por ello exento de atractivo.

Su cerebro se precipitó a atar cabos. Perceval pertenecía al linaje del Rey Pescador, cuyo fundador era Joseph de Arimatea. Joseph, el impulsor del programa Ávalon, según le había explicado Nimúe. Era él quien la estaba esperando.

Se incorporó en la cama y comprobó sorprendida que esta vez no le costaba ningún esfuerzo. Su mente estaba despejada, alerta. Sus sentidos, una vez pasado el deslumbramiento producido

por el primer fogonazo de luz, funcionaban a la perfección. Y cuando empezó a hablar, los sonidos brotaron de sus labios sin ningún esfuerzo.

—¿Cómo he vuelto? —preguntó, mirando al hombre que, a su vez, la observaba con absoluta concentración—. ¿Me habéis traído vosotros de vuelta?

El hombre suspiró y esbozó una media sonrisa.

—Ojalá supiésemos cómo hacer eso —contestó con una voz serena y ligeramente enronquecida que agradó a Gwenn—. No, querida. Has regresado tú sola.

Gwenn buscó aquella mirada limpia,

directa.

—¿Tú sabes dónde he estado? —
quiso saber.

—Lo imagino. En el tiempo del que
procedéis tú y tu hermano Mordred.

Aquella respuesta dejó perpleja a la
muchacha.

—¿Sabes que somos hermanos? ¿Te
lo dijo él?

Joseph meneó la cabeza.

—No, él no lo sabe —dijo—. Lo
sabemos por las pruebas que se os han
practicado. La comparación de vuestros
perfiles genéticos es concluyente: misma
madre, distinto padre.

—Sí —confirmó Gwenn, abstraída—.
Él es hijo de Uther Pendragon. Yo, del

duque Gorlois. ¿Esos nombres os suenan?

—Mordred ha mencionado a Uther en varias ocasiones. Al parecer, murió antes de que él naciera. Al menos eso es lo que él dice. También asegura que es hijo de una reina, pero que se ha criado lejos de ella. ¿Es cierto?

—Sí. Mi madre, Igraine, fue reina de Britannia. Ella pensaba que Mordred había muerto al nacer. Pero en la época de la que yo vengo, Mordred es un adulto. Es mayor que yo. ¿Cómo es posible?

Joseph se sentó en una silla junto a la cama y la observó con los ojos brillantes de interés.

—Eso que dices suena muy interesante —observó—. Podría encajar con mi teoría sobre el niño.

—¿Qué teoría?

—Que Mordred está aquí solo a medias. Es una conciencia escindida. Una parte de él continúa allá en el futuro. Tu caso es diferente.

Gwenn sintió que el miedo la inundaba como una ola salvaje, que se colaba en cada rincón de su ser.

—Explícame cómo es —murmuró—. Por qué estoy aquí ahora, si hace un momento estaba en mi mundo, junto a mi marido, que me sostenía la mano. ¿Cómo puede viajar mi cuerpo a través del tiempo? ¿Cómo es eso posible?

—Tu cuerpo no viaja, Gwenn — contestó Joseph después de una breve pausa—. Sigue en tu mundo, sumido probablemente en estado de coma. Es tu conciencia la que se ha desplazado al pasado. Y el cómo es lo que queremos comprender nosotros, el objetivo fundamental del programa Ávalon.

Instintivamente, Gwenn se palpó las manos, aterrada.

—No es cierto —dijo—. Yo estoy aquí en cuerpo y espíritu, no soy ningún fantasma. Puedes tocarme, ¿no lo ves?

—Por supuesto. Puedo percibirte a través de mis sentidos, igual que tú puedes percibirte a ti misma. Pero eso no significa que seas un cuerpo. Eres la

simulación de un cuerpo, Gwenn, un avatar. Extraordinariamente sofisticado, por supuesto, pero un avatar al fin y al cabo. La única parte real de ti que ha viajado en el tiempo es tu conciencia. Información, no materia.

—Eso no puede ser. ¿Mi cuerpo sigue allí con Arturo?

Gwenn dejó que su mirada se deslizara sobre el sencillo mobiliario de la habitación, incrédula.

—Entonces, es lo que Arturo dijo —concluyó—. Un sueño.

—No, no es un sueño, no te confundas —aseguró Joseph con repentina vehemencia—. Tu conciencia eres tú, y, por lo tanto, tú estás aquí realmente. Y

al mismo tiempo, estás en tu mundo, en ese futuro del que vienes. Lo que debemos averiguar ahora es cómo lo has hecho. Tenemos muchas claves ya, pero nos faltan datos para unificarlo todo. Hasta ahora, ninguna de nuestras voluntarias ha conseguido que funcione. Y eso que se les ha sometido a todo tipo de innovaciones epigenéticas y nanobiónicas. Se supone que hemos encontrado la manera de convertir su cerebro en un generador cuántico de agujeros de gusano intertemporales. El problema es que esos túneles que generan son demasiado inestables todavía. Sus conciencias no tienen tiempo de viajar por ellos. Nos falta aún

un largo camino por recorrer.

—Pero ¿cómo es posible esa clase de magia? ¿Y por qué la tengo yo?

—A lo primero puedo responderte, a lo segundo no. Eso que tú llamas magia es tecnología biónica de última generación. Resulta inquietante que en tu mundo no hayas oído hablar de ello.

—En mi mundo la tecnología es cosa del pasado. Hay un gremio, el de los alquimistas, que conserva algunos de esos saberes antiguos. Casi siempre son aspectos del velo, de Britannia.

Joseph la contemplaba con el ceño fruncido.

—Entonces, Britannia sigue existiendo, al menos —dedujo—. Eso

me hace pensar que quizá no todo esté perdido. Si la tecnología sobrevive, es porque vamos a conseguir derrotar al Grial... Porque de eso se trata, Gwenn: de neutralizar el poder de esa conciencia artificial que se ha infiltrado en Britannia y que amenaza con destruir todo lo que hemos construido. Para eso hemos creado el programa Ávalon, y para eso necesitamos tu ayuda.

Gwenn tragó saliva, inquieta. ¿Por qué le decía eso el fundador del linaje del Rey Pescador? ¿Sabía que ella llevaba una versión del Grial incrustada en su conciencia? Quizá las pruebas que le habían realizado en el hospital habían revelado su secreto.

Fue como si aquel pensamiento despertase el Grial en su interior. Al igual que otras veces, le oyó hablar con su propia voz.

—No te fíes de Joseph, Gwenn. Solo quiere utilizarte, igual que está utilizando a Mordred.

Tratando de ignorar la advertencia, Gwenn fijó la mirada, una vez más, en Joseph.

—¿Para qué me necesitáis? ¿Qué esperáis que haga yo? —preguntó.

—Queremos estudiarte; descubrir qué ocurre en tu cerebro cuando viajas en el tiempo. Ellas, las mujeres del proyecto, tienen en teoría toda la estructura biónica necesaria para generar los

microtúneles temporales y desplazar su conciencia a través de ellos. Britannia se encarga del resto: se han incluido algunas modificaciones específicas para que, en cuanto detecte una conciencia aislada, genere el avatar de un cuerpo para ella.

—Pero yo no sé lo que he hecho para viajar en el tiempo. La primera vez ocurrió sin que yo me lo propusiera, y la segunda me ayudó Mordred.

Evitó mencionar que su primer viaje había ocurrido justo después de que el Grial se descargase íntegramente en su cerebro, convirtiéndose en su parásito interior, del que no sabía cómo librarse. Si Joseph no lo mencionaba, era porque

hasta ese momento no había establecido ninguna relación entre el Grial y ella: y prefería que siguiese siendo así.

—El niño tiene cierto control sobre los viajes que realiza, pero no hemos progresado mucho con él —explicó Joseph.

—Mordred cree que le habéis hecho algo para impedir que regrese definitivamente a nuestra época.

Joseph asintió.

—No queremos perderlo, y una vez estuvo a punto de ocurrir. Su avatar dejó de responder, parecía que iba a disolverse... Finalmente regresó, por fortuna. Desde entonces, se encuentra confinado en un área que permite solo

una desconexión parcial de Britannia. Al no poder despojarse del todo de su avatar, los viajes que realiza son incompletos. De ese modo podemos estudiar mejor todo el proceso.

—Pero es un niño —dijo Gwenn, horrorizada por la crueldad del planteamiento—. No podéis utilizarlo de esa manera, ni convertirlo en vuestro prisionero.

—Esto es algo temporal —replicó Joseph con una sonrisa indiferente—. Además, por lo que nos ha contado, el chico está mucho mejor aquí que allí. Lo están adiestrando como niño soldado. Es monstruoso. Por cierto, él ni siquiera sabe que lo que hace es viajar en el

tiempo. Cree que todo esto pertenece a un mundo mágico al que llama «el Sith».

—Lo sé —murmuró Gwenn—. Me lo contó.

Joseph ladeó la cabeza para observarla.

—¿Por qué se te ocurrió colarte en el área de seguridad donde lo tenemos? —preguntó—. No te lo reprocho, al final esa visita podría sernos de gran utilidad a todos. A ti te ha ayudado a ganar algo de control sobre tu viaje de conciencia. Y eso, si decides cooperar, se lo podrás enseñar a las voluntarias del proyecto. Pero ¿qué te hizo colarte en mitad de la noche en el lugar donde tenemos a Mordred? ¿Sabías algo?

—No. Supongo que fue solo una corazonada.

Le pareció que, dentro de su mente, el Grial se reía bajito. Y solo entonces se le ocurrió que tal vez había sido él quien, sin que ella se diera cuenta, la había guiado hasta su hermano.

—Colaboraré con vosotros —dijo, decidida—. Pero, a cambio, quiero que me des tu palabra de que, cuando hayáis estudiado en mí lo que necesitéis, me dejaréis regresar a mi mundo.

—Tienes mi palabra —afirmó Joseph solemnemente—. Y ahora, manos a la obra. Ya que estás dispuesta a colaborar, te presentaré al resto del equipo... Cuanto antes comprendas cómo

funcionan las cosas por aquí, mejor.

Capítulo 7

El ser humano se acostumbra a todo. Eso pensaba Gwenn algunas veces, cuando, en medio de una sesión de investigación en el área restringida del programa Ávalon, recordaba su desesperación de los primeros días. Después de tres semanas de colaboración con Joseph y Viviana, su situación casi había llegado a parecerle normal. Se había acostumbrado a la idea de que aquello

que percibía como su cuerpo era solo una ilusión, mientras su verdadero organismo yacía inerte en algún lugar de la isla de Ávalon, en el futuro. ¿Cuántos años en el futuro? Eso era algo que Joseph aún no había logrado desentrañar. Unos cuatrocientos, había aventurado una vez. Seiscientos, le había oído decir a Viviana. En realidad, no tenían nada en lo que basarse para lanzar aquellas hipótesis. Buena parte del trabajo con Gwenn consistía en interrogarla incansablemente, con la esperanza de reunir datos que les permitieran fijar una fecha para su reinado y el de Arturo. Gwenn les había hablado de la Britannia que ella

conocía, de la rudeza de las costumbres, de las ciudades en ruinas del Mundo Antiguo, pero tenía la sensación de que tanto Viviana como Joseph se negaban a procesar todo aquello. La historia que Gwenn les contaba era una demostración de que su civilización tecnológica estaba condenada a desaparecer, al menos en buena medida; y eso era algo que ninguno de los dos jefes del programa Ávalon parecía dispuesto a aceptar.

A pesar de su amabilidad con ella y de lo espontánea y entusiasta que se mostraba todo el tiempo, Gwenn no conseguía fiarse de Viviana. La versión de la dama que ella conocía —fría,

calculadora y capaz de utilizar cualquier medio con tal de cumplir sus objetivos — pesaba demasiado en sus recuerdos. Y además, desde el principio se dio cuenta de que ella no le contaba toda la verdad. Le explicaba algunos aspectos de la tecnología que se había implantado en los cerebros de las voluntarias, ofrecía detalles acerca del avance de la investigación, pero nunca era clara cuando se refería a Mordred y a su línea de experimentación con él.

A Gwenn se le permitía ver al niño diariamente, y él acogía con agrado sus visitas. Mordred le explicaba las cosas en las que pensaba cuando quería emprender uno de sus «viajes al Sith»,

como solía llamarlos. Describía pormenorizadamente los detalles que se imaginaba, para que ella luego pudiese reproducir un recorrido parecido. Con su ayuda, la muchacha logró devolver su conciencia al futuro en dos ocasiones más; pero las dos veces se despertó en una habitación vacía, y se vio arrojada de nuevo al pasado antes de poder abandonarla. Gwenn apuntaba todo lo que ocurría en aquellas sesiones con Mordred en un pergamino de agua que Viviana le había proporcionado, y después compartía la información con el resto de las voluntarias. Una de ellas, llamada Shannon, fue la primera que consiguió desplazar su conciencia hacia

el futuro durante unos instantes. A su regreso, aseguró que había estado en una fecha posterior en dos semanas a la de su experiencia. Joseph se mostró encantado con aquel resultado. Después de todo, lo que a ellos les interesaba no era averiguar lo que ocurriría cientos de años después, sino lo que les aguardaba en el futuro próximo. Su idea consistía en espiar los movimientos del Grial para así poder preverlos y evitarlos en lo posible. El éxito de Shannon suponía un progreso considerable en aquel aspecto. Joseph decidió celebrarlo invitando a todas las colaboradoras a una espléndida cena en uno de los jardines del complejo, que para la

ocasión fue transformado por el *software* de Britannia en una magnífica pradera bajo el cielo estrellado.

Para Gwenn supuso todo un desafío compartir aquella fiesta con las que algún día se convertirían en las damas de Ávalon. Las conocía a todas, al menos de vista: eran las mismas que un día la habían condenado al Sith sin que en sus ojos se atisbara ni un destello de piedad. Viajar por el Sith, ahora lo comprendía, era desplazar su conciencia a través de diferentes épocas y lugares. Pero las propias damas, con el paso de los siglos, parecían haberlo olvidado. En aquellas criaturas perfectas y hieráticas que se habían encerrado en

Ávalon apenas quedaba nada de las muchachas llenas de altruismo e interés por el conocimiento que se hallaban reunidas bajo aquella noche estival generada por Britannia. El paso de los siglos las había convertido en máscaras vacías, incapaces de sentir como el resto de los seres humanos.

Algo que extrañó a Gwenn desde el principio fue la ausencia de Dana en aquel grupo. Después de todo, su antepasada era una de las damas; pero nadie parecía conocerla en el grupo de voluntarias. Quizá no había llegado aún el momento de su incorporación al proyecto. Se preguntó si llegaría a encontrarse con ella... La perspectiva,

lejos de entusiasmarla, la inquietaba.

Lo más difícil de todo, no obstante, era el trato con Nimúe. Gwenn no podía aceptar que aquella joven de su edad, tan inteligente y cálida, estuviese condenada a una existencia gris durante cientos de años.

Además, resultaba duro estar junto a ella como si se tratase de una desconocida. ¡Eran tantas las cosas que había compartido con Nimúe! Para bien o para mal, la dama había estado presente en algunos de los momentos más importantes de su vida.

Aun así, Gwenn se había propuesto no aludir nunca a lo que sabía sobre el futuro de Nimúe. Le parecía que

compartir su conocimiento sobre el destino que esperaba a las damas podía resultar peligroso, porque suponía, al fin y al cabo, una influencia del futuro sobre el pasado. Si ellas averiguaban lo que les esperaba, lo más probable era que abandonasen el programa Ávalon de inmediato. Y entonces ¿qué sucedería con los planes de Joseph para contener al Grial? Gwenn sabía que, hasta cierto punto, sus planes habían tenido éxito, puesto que habían terminado extirpando aquella conciencia artificial de Britannia. Pero también conocía el precio que había tenido que pagar el Mundo Antiguo a cambio: la pérdida de su tecnología..., e incluso el recuerdo

de que había existido.

Pese a su determinación de no contar lo que sabía sobre todo aquello, la noche de la fiesta, hablando con Nimúe, terminó revelándole algunos de sus secretos.

Las dos se habían ido paseando hacia uno de los rincones más apartados del jardín, alejándose del resto del grupo. El cielo estrellado que les había regalado Joseph brillaba en todo su esplendor por encima de sus cabezas. Durante un buen rato se dedicaron a contemplarlo, maravilladas.

—Cuando todo esto termine te llevaré a conocer la casa de mis padres —dijo Nimúe, algo achispada por la copa de

champán que se había bebido—. Viven en Escocia, en una zona de lagos y colinas cubiertas de brezo. Allí los cielos son todavía más increíbles que este. Y reales; sin el maquillaje de Britannia.

—Me gustaría conocer ese sitio. Pero cuando todo esto acabe regresaré a mi tiempo. Yo no pertenezco a este mundo, Nimúe.

La joven la miró con una sonrisa confiada.

—Las cosas se arreglarán más pronto de lo que crees. Joseph ha terminado el cáliz. ¿Sabes lo que es? El primer artefacto construido con madera inteligente. Está diseñado para atrapar

el Grial y mantenerlo prisionero. En cuanto logremos extirparlo de Britannia, Joseph lo introducirá en el cáliz y esta pesadilla se habrá terminado. Puede que ocurra antes de que el programa Ávalon empiece a funcionar de verdad.

La mirada escéptica de Gwenn desdibujó la sonrisa en el rostro de Nimúe.

—Tú no crees que haya motivos para ser optimista —observó, escrutando su rostro—. ¿Por qué? ¿Qué sabes?

Gwenn se lo pensó unos segundos antes de contestar.

—¿No has pensado nunca en salirte del programa? —preguntó finalmente—. Todo lo que os están haciendo, los

implantes biónicos, las alteraciones genéticas... ¿No te has planteado que podrían tener efectos sobre tu vida que ahora mismo ni siquiera te imaginas?

Nimúe le sostuvo la mirada en silencio.

—Sé que es un riesgo, sí —admitió finalmente—. Pero nunca me he planteado salirme. Estamos haciendo algo valiente y significativo, algo que merece la pena..., aunque nos cueste algunos pequeños sacrificios.

—No serán pequeños —dijo Gwenn en voz baja—. Os cambiarán. A todas. Os convertiréis en sombras de lo que sois ahora.

Se arrepintió de haber dicho aquello

en el mismo momento en que estaba pronunciando las últimas palabras. Pero ya no podía volverse atrás.

Nimúe había palidecido.

—¿Tú nos has conocido? ¿En el futuro?

Gwenn asintió.

—No he querido darle detalles a Joseph, aunque sé que le vendrían bien para calcular el tiempo que separa vuestra época de la mía. Pero es que es demasiado terrible, Nimúe. Vosotras existís también allí. Y seguís siendo jóvenes; hermosas. Pero distintas.

—Sombras. Has dicho que somos unas sombras. ¿Por qué?

Gwenn se pasó una mano por la frente

mientras elegía con cuidado su respuesta.

—Me he expresado mal al decir eso. No perderéis vuestra inteligencia. Y vuestra sabiduría..., bueno, se multiplicará con el tiempo. Además, parecerá aún mayor porque viviréis rodeadas de ignorancia, de gente que desconoce incluso el significado de la palabra «tecnología».

—Si es así..., ¿cuál es el problema? La mayor parte de los humanos firmaría un futuro así —dijo Nimúe sonriendo—. Permanecer jóvenes durante cientos de años, con la mente despierta...

—Olvidaréis todo esto —interrumpió Gwenn casi en un susurro—. Olvidaréis

quiénes sois y lo que os llevó a convertiros en criaturas casi sobrehumanas. No entenderéis a la gente normal, ni ellos os entenderán a vosotras. Viviréis aisladas, al margen de los demás... Pero tú eres distinta. Al final encontrarás la manera de escapar de esa existencia fría. Te enamorarás.

Había dicho aquello para suavizar el panorama que había detallado ante la muchacha. Ella, sin embargo, se tomó la última frase como la amenaza más peligrosa de todas.

—¿Enamorarme? —dijo, y dejó escapar una sonora carcajada—. ¡Yo no quiero enamorarme! Quiero disfrutar de la vida, seguir aprendiendo, viajar..., y

vivir todas las cosas que me quedan por vivir.

Capítulo 8

Aquella noche Gwenn no era capaz de conciliar el sueño. La conversación con Nimúe la había puesto nerviosa. Se sentía más culpable que nunca por las cosas que estaba ocultándole a aquella gente, pero, al mismo tiempo, era consciente de que se hallaba atrapada entre ellos, aislada en un mundo que apenas lograba comprender.

Durante la celebración le habían

ofrecido una bebida que desconocía, y se había tomado dos copas. Su sabor, agradable y suave, enmascaraba un potente efecto sobre la mente. Era mucho más intenso que el del vino que ella conocía. Lo que no podía entender era que aquella sustancia fuese capaz de ejercer semejante influencia sobre ella. Se suponía que, más allá de su conciencia, lo que interactuaba con aquellas gentes del pasado no era su cuerpo, sino un avatar conectado a Britannia. Pero ¿qué clase de conexión era aquella que le permitía experimentar la sensación de que comía y bebía como si tuviese un cuerpo de verdad? ¿Podía emborracharse una conciencia? A juzgar

por el mareo que sentía, la respuesta parecía ser afirmativa. Incluso notaba la boca reseca y un regusto amargo en la lengua...

Apretó los párpados y trató de detener el torbellino de pensamientos que bullía en su mente. Necesitaba descansar. En aquel estado de inquietud no podía plantearse las cosas con claridad. Si se calmaba, lograría dormir.

Pero alguien, por lo visto, tenía un plan diferente para ella.

Escuchó la voz sin reconocerla al principio. A veces llegaba a olvidar que lo tenía en su interior, incrustado como un cuerpo extraño. Permanecía largas horas en estado latente, sin dar ninguna

señal de su presencia. Pero, si algo había demostrado ya en otras ocasiones, era que sabía aprovechar sus momentos de debilidad.

—Tiene que ser ahora, Gwenn —le urgió la voz, apremiante—. Ya te he dicho que no se nos presentarán muchas oportunidades como esta.

Gwenn se dio cuenta de que se había perdido el comienzo de la conversación. No había oído las primeras palabras del Grial.

—Déjame dormir —le contestó mentalmente—. No voy a seguirte el juego. Ni ahora ni nunca.

—Antes escúchame —insistió la voz—. Tú y yo no tenemos por qué ser

enemigos. Los dos somos poderosos, y queremos cosas diferentes. Podemos ayudarnos el uno al otro.

—Eso no son más que palabras vacías —se oyó responder Gwenn—. No estamos en igualdad de condiciones. Tú eres mi prisionero. No tienes nada que ofrecerme.

—¡Te equivocas en tantas cosas! En primer lugar, yo puedo ser un prisionero, pero ¿acaso tú no lo eres también? Estás atrapada en una época que no es la tuya. Y en segundo lugar..., claro que puedo ofrecerte algo. Algo que necesitas más de lo que puedes imaginar.

—¿Qué quieres de mí? No voy a liberarte, si es eso lo que pretendes.

—Pretendo que dejes de retenerme, sí —afirmó el Grial en tono firme y a la vez persuasivo—. Si me dejas, podré sincronizarme con la versión del Grial de esta época a la que hemos venido a parar los dos. ¿Comprendes lo que eso significa? Una actualización de cientos de años para un sistema que ya es casi imparable... No tendría que volver a preocuparme por los tejemanejes de los hombres.

—No es algo que me tranquilice precisamente —observó Gwenn con impaciencia—. Ya he visto de lo que eres capaz, y una versión de ti todavía más poderosa que la que yo conozco no es una idea que me seduzca, para serte

franca.

—Lo sé. Pero ¿y si yo te aseguro que mi nuevo poder no va a interferir en tu vida, ni en tus objetivos? Porque tu vida, al fin y al cabo, no está aquí. Se encuentra en el futuro, en tu mundo. Es allí donde tienes que librar tus batallas. Y yo estoy en condiciones de darte algo para ganarlas. Algo capaz de frenar a tu enemigo, al hombre que puede destruir todo lo que Arturo y tú habéis logrado.

—Te refieres... a Mordred.

Gwenn bajó instintivamente la voz al pronunciar el nombre de su hermano.

—Tú has visto de lo que es capaz. Una parte de él crea las condiciones para desplazar su conciencia en el

tiempo. Pero su conciencia, a diferencia de la tuya, se escinde al hacerlo. El Mordred que tú has conocido en el futuro es un hombre a medias, al que le falta la parte de sí mismo que permanece retenida aquí, en el pasado. ¿Te imaginas lo que pasará cuando esas dos mitades vuelvan a unirse?

—Quizá no llegue a suceder nunca.

—Ocurrirá —afirmó el Grial con absoluta convicción—. Y cuando ocurra, Mordred será imparable. Sabrá más que ningún ser humano de su tiempo acerca del pasado. Y, lo que es peor, dominará la capacidad de desplazar su conciencia provisionalmente al futuro... para averiguar qué pasa en él. Eso lo

convertirá en una especie de adivino.

—Sería muy peligroso, sí —admitió Gwenn—. Pero si dices que va a ocurrir hagamos lo que hagamos..., no veo de qué sirve preocuparse.

—No puedes impedir que los dos fragmentos de la conciencia de Mordred se unan, pero puedes aprovecharte de las tensiones que esa unión generará. Con mi ayuda, claro. Puedo proporcionarte un *software* que, implementado en Excalibur, te permita usar esas grietas en su personalidad para vencerlo.

—Un *software*: eso es código, ¿no es cierto?

—Sí, Gwenn. Puedo descargarlo en tu

mente para que lo utilices cuando llegue el momento. Ese es el trato que te propongo: tú me dejas ir, yo te ofrezco esa arma contra Mordred como regalo de despedida.

—¿Y de qué me servirá tu regalo si, cuando te liberes, aprovechas tu poder para poner en peligro toda la historia de la Humanidad?

En respuesta a su pregunta, Gwenn escuchó una risa cristalina, casi infantil.

—¿En serio crees eso? Tú has estado en el futuro, Gwenn. Lo que yo haga no va a cambiarlo, eso es físicamente imposible. Las cosas ocurren una sola vez.

—No entiendo bien eso que me dices.

Ni siquiera soy capaz de concebir cómo es posible viajar a través del tiempo. Solo sé que a esta gente le acecha una amenaza terrible, que toda su civilización está a punto de colapsar... y que, al menos en parte, es por tu culpa.

—Eso no lo sabemos con certeza. Conocemos las versiones de lo ocurrido que los hombres han convertido en mitos. ¿Y si al final yo fuese la salvación de lo poco que se conserva de esta civilización en el futuro, y no su ruina?

Gwenn trató de ordenar sus ideas. Cuanto más hablaba el Grial, más confusa y aturdida se sentía.

—Solo te digo una cosa —insistió él

— No tomes una decisión pensando en estas gentes. Decide pensando en tu época. En Arturo. En ti.

Gwenn se descubrió a sí misma dudando. ¿Y si aceptaba? Los argumentos del Grial eran sólidos. Y le estaba ofreciendo un arma contra Mordred.

—¿Cómo puedo estar segura de que cumplirás tu palabra? —preguntó.

—No puedes. Por eso, haremos el intercambio de información de manera simultánea. Tú me dejas ir al tiempo que yo te dejo mi regalo. Lo notarás y sabrás que no te estoy engañando.

—De todas formas, esa arma contra Mordred... no me servirá de nada si no

consigo volver.

—Volverás, Gwenn. Es cuestión de tiempo, como lo de Mordred. Y sin el peso de toda mi información en tu mente, no tardarás en encontrar el camino de regreso. Confía en mí.

Era una petición absurda: Gwenn jamás podría confiar en el Grial. Y sin embargo, en el mismo momento en que oyó aquellas palabras, supo que, a pesar de su desconfianza, iba a aceptar el trato. Iba a acceder porque no tenía ninguna alternativa mejor. Su mundo no era aquel; el suyo se hallaba en el futuro, con Arturo. Y si existía alguna posibilidad de salvarlo, estaba dispuesta a aprovecharla.

No hizo falta que dijera nada para que el Grial comprendiese que había conseguido lo que quería. Su reacción no fue triunfal, sino extrañamente comedida.

—Está bien —susurró—. Comencemos. Tú me dejas ir. Yo te doy lo que necesitas.

El flujo de información en ambos sentidos se disparó en ese mismo momento. Gwenn ni siquiera era consciente de lo que había hecho para permitir que el Grial comenzase a desligarse de ella. Su cerebro, al parecer, había tomado la determinación de soltarlo antes incluso de que se lo ordenase.

Notó de inmediato que el Grial estaba cumpliendo su promesa. Líneas y líneas de código atravesaban su imaginación sin que esta llegase a comprender su significado. No estaba siendo engañada.

El proceso casi había llegado a su fin cuando se dio cuenta de que el Grial mantenía un último hilo de conexión con su mente y no se decidía a soltarlo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gwenn.

Esta vez, en lugar de oír una voz, vio un texto escrito en su mente.

—No lo sé —decía—. Mi versión del pasado se ha actualizado, pero eso ha desencadenado... algo. Había una trampa. Esa gente, esos malditos... Se

habían adelantado.

—No te entiendo. ¿Qué han hecho?

—Mis cambios han provocado una cascada de reacciones en Britannia. Se está autodesconectando. Es su manera de protegerse de mí. Me voy a quedar prisionero en ella. Y tú también, Gwenn.

Gwenn intentó removerse en el lecho y se dio cuenta de que había perdido el control sobre su cuerpo... o sobre el avatar que lo sustituía.

Maquinalmente se llevó una mano a la otra para tocársela. Pero no encontró nada.

Se estaba desmaterializando.

Capítulo 9

El pánico invadió a Gwenn. No podía controlar lo que le estaba ocurriendo. Era como si se estuviese convirtiendo en un fantasma.

Y mientras tanto, el Grial seguía escribiendo frenéticamente dentro de ella.

—Tienes que salvarme. Me destruirán si no haces nada. Tienes que salvarme o no te dejaré ir.

Sin saber muy bien lo que hacía, Gwenn consiguió levantarse de la cama. No veía su cuerpo, pero sí percibía todo lo que había a su alrededor como si sus ojos funcionasen con normalidad.

—¿Qué hago? —gimió en voz alta—. ¿Adónde voy?

—El cáliz. Joseph lo tiene en su laboratorio —escribió el Grial—. Está diseñado para contenerme y aislarme. Ahí, al menos, no me destruirán.

—¿Quieres que busque el cáliz?

—Sí. Quiero que me lleves hasta él.

—Pero no puedo —contestó Gwenn mentalmente—. No tengo un cuerpo, no puedo moverme.

—Sí puedes. La desconexión total de

Britannia no se ha producido todavía. Tardará aún unos minutos, quizá horas. Utiliza lo que queda para ir hasta el laboratorio.

Gwenn se lanzó a la desesperada hacia la puerta del cuarto. No tenía un cuerpo al que dar instrucciones, o al menos no lo sentía. Solo contaba con su mirada, que le indicaba cuándo iba en la dirección correcta. Era esa mirada la que tenía que dirigir.

Consiguió, sin saber cómo, salir de su cuarto. Oyó gritos, carreras atropelladas, una mezcla confusa de voces y llantos en algún otro lugar de las instalaciones.

Entonces se acordó de Mordred. ¿Le

estaría pasando lo mismo que a ella?

En respuesta a aquella pregunta que ni siquiera había llegado a formular, le llegaron nuevas palabras escritas del Grial.

—Se ha ido. Mordred se ha ido al liberarse de su avatar. Piensa que él controla su don mejor que tú. Y además, hay una parte de su conciencia tirando de él desde el otro lado.

—Entonces, he provocado justo lo que quería evitar —pensó Gwenn—. He ayudado a Mordred.

—Habría regresado de todas maneras. No pierdas el tiempo con eso. Por ahí, a la derecha. Encontrarás la puerta del laboratorio abierta. Al

hundirse Britannia, han colapsado todas las medidas de seguridad.

Gwenn siguió haciendo avanzar a su mirada, lo único sobre lo que conservaba aún el control. En algunos momentos, mientras se desplazaba, volvía a percibir fugazmente su cuerpo, pero la sensación se desvanecía con rapidez. Se preguntó si desde fuera podrían verla.

En todo caso, no se cruzó con nadie en los pasillos que trabajosamente iba recorriendo. Las voces resonaban ahora más débiles, amortiguadas por la distancia. Tal vez porque se estaba alejando de ellas... o tal vez porque sus sentidos también comenzaban a

debilitarse.

Supo que estaba dentro del laboratorio de Joseph cuando el Grial se lo dijo.

—Ahí, en esa vitrina. La encontrarás abierta. El cáliz. Coge el cáliz.

Gwenn distinguió en la creciente oscuridad el contorno de un cuenco en un estante. Se obligó a alargar un brazo que ni percibía ni veía. Y el cáliz se movió hacia su mirada.

Aparecieron, nítidas, nuevas palabras escritas en su pensamiento.

—Lo has logrado. Gracias.

Un instante después, el hilo que la mantenía unida al Grial se rompió. Y Gwenn se quedó sola.

Intentó gritar. Tal vez su garganta, en algún lugar del futuro, emitió un chillido desesperado. En todo caso, ella no lo oyó.

Jamás pensó que llegaría a echar de menos a aquella criatura artificial que se había alojado durante tanto tiempo en su mente. Nunca había llegado a comprenderlo, ni siquiera a ver en su interior. El Grial era una conciencia inhumana, y por eso resultaba imposible adivinar sus motivaciones y sus objetivos. En todo caso, se había acostumbrado a él. Y ahora que se había ido no le quedaba nada.

Poco a poco, los contornos de los objetos que la rodeaban habían ido

perdiendo definición. Su mirada, lo único que había conservado hasta ese momento, también comenzaba a apagarse.

Pero antes de que todo se sumiese en la negrura alcanzó a distinguir una silueta humana. Incluso la reconoció: era Joseph.

Lo vio dirigirse hacia el cuenco de madera inteligente, que había caído al suelo. Lo recogió. Inmediatamente se dio cuenta de lo que contenía.

Le pareció que suspiraba aliviado.

—Mejor así —le oyó murmurar—. Todo ha ocurrido demasiado pronto. Si hubiera contado con unas semanas más...

El hombre no llegó a terminar la frase. Gwenn sintió sus ojos fijos sobre ella. ¿La estaba viendo?

Algo, desde luego, debía de haber percibido, porque sus rasgos reflejaron un profundo sobresalto.

—Gwenn —acertó a decir—. ¿Eres tú?

El sonido de su nombre pronunciado por unos labios humanos le hizo sacar fuerzas de donde no las había. Encontró, asombrosamente, la forma de responder.

—Lo he destruido todo —dijo. Y oyó su propia voz, deshecha en murmullos que podrían haberse confundido con el rumor del viento.

—¿Qué has hecho, Gwenn? —

preguntó Joseph horrorizado—. El Grial invadió Britannia de pronto. Los protocolos que habíamos introducido para impedirle que la utilizase, y que todavía se encontraban en fase de pruebas, han funcionado. Pero es el fin de Britannia... ¿Tú has tenido algo que ver?

—El cambio en el Grial... lo provoqué yo. Yo traía el Grial conmigo. Una versión del futuro. Toda la información del Grial estaba dentro de mí, en mi mente.

No estaba segura de que Joseph hubiese oído su explicación. Ni ella misma se escuchaba, en algunos momentos.

Debió, no obstante, de captar lo suficiente como para comprender que ella había desencadenado la catástrofe.

—No estábamos preparados —observó, abatido—. Ellas, sobre todo: las mujeres del programa Ávalon. Apenas estaban comenzando a aprender a utilizar sus capacidades. Ahora, sin Britannia, no creo que lo consigan. Tendrán que arreglárselas solas con las modificaciones biónicas que les hemos implantado. Enloquecerán.

—No. Sobrevivirán —dijo Gwenn—. Aunque cambiarán. También eso debí de advertírtelo. Todo ha sido un desastre.

Se interrumpió al darse cuenta de que Joseph miraba a su alrededor,

desorientado.

—¿Adónde has ido? Ya no puedo verte. Ni te oigo.

—Estoy aquí, en el mismo sitio. Joseph, por favor, ayúdame a volver a mi tiempo. Aquí ya no soy nada, solo un fantasma. Dime qué puedo hacer.

Joseph siguió buscando con la mirada en torno suyo. Era evidente que no la había oído.

Gwenn concentró toda su voluntad en aquella voz que apenas dominaba. Necesitaba que Joseph la oyese. Si dejaba de percibirla, la abandonaría allí. Y no quería quedarse aislada en aquel lugar, prisionera en el tiempo y el espacio, como un espíritu despojado de

su cuerpo.

—Joseph, por favor. Quiero volver a mi tiempo. Tú has estudiado a Mordred. Él ha vuelto. Dime cómo lo hizo.

Joseph permaneció en silencio, observando con expresión atenta cuanto le rodeaba. Gwenn lo veía ahora oscurecido, fundiéndose casi con la penumbra del laboratorio.

—Espero que hayas conseguido regresar —suspiró el hombre por fin—. Estés donde estés, que los dioses te perdonen, muchacha.

Si añadió algo, Gwenn no llegó a oírlo. Tampoco distinguía ya su figura. Sus sentidos se estaban desconectando.

—Me quedaré aquí para siempre —

pensó—. Hasta que mi cuerpo, allá en el futuro, muera. Espero que suceda pronto.

Pero en el mismo momento en que la idea de la muerte acudió a su mente, decidió que no iba a rendirse sin luchar. Mientras le quedase un residuo de conciencia, le quedaría voluntad. Se esforzaría. Buscaría el camino. Aún no sabía cómo, pero antes o después encontraría el modo de volver.

LIBRO II
El niño y el hombre

Capítulo 10

El ruido sordo de un cuerpo al chocar contra la tierra hizo volver la cabeza a Mordred. Uno más de sus hombres había caído, alcanzado por las flechas de la tribu adversaria. Mordred apretó espuelas y lanzó su caballo al galope, cuidando de agachar la cabeza para no ser golpeado por las ramas de los árboles. Su única oportunidad de escapar con vida consistía en jugar la

carta de la velocidad. Mientras la masa del bosque se convertía en una mancha difusa que desfilaba a ambos lados de su campo visual, se maldijo interiormente por haberse dejado atrapar en aquella emboscada como un principiante. Debería haber desconfiado de los informantes que Gupta, el jefe del clan al que servía, había puesto a su disposición. Ese era el riesgo de luchar bajo el mando de un caudillo inepto e ignorante. La próxima vez tendría que escoger mejor sus alianzas. Pero Gupta pagaba bien, y el dinero representaba una parte importante de su plan a medio plazo. Cuando hubiese reunido el suficiente, sería él quien reclutase un

ejército de mercenarios. Si algo tenía claro era que sabría elegirlos. Y estaba dispuesto a pagar bien. Sabía por experiencia lo que valía tener buenos compañeros de armas al lado cuando se presentaba el momento crucial.

Aquellos pensamientos atravesaron su mente al mismo ritmo vertiginoso al que galopaba. Estaba acostumbrado a dejar que las ideas bullesen en su cerebro mientras una buena parte del mismo permanecía atenta a todas las señales exteriores, rastreando cualquier sonido, cualquier sombra, y tratando de dilucidar si indicaba una presencia amiga, indiferente u hostil.

La ausencia de señales era también

una señal. Mordred aflojó las riendas y escuchó con mayor atención, pero ya no se oían los caballos de sus perseguidores.

Los había dejado atrás: ahora necesitaba saber exactamente dónde estaba y cómo regresar al campamento de Gupta.

También debía tener preparada una explicación.

Los informes que les había proporcionado acerca de las posiciones enemigas eran incorrectos; pero eso no le impediría a Gupta echarle la culpa por la pérdida de un destacamento de treinta hombres. Aparte de él, era improbable que alguno más hubiese

logrado huir. Los que no habían muerto en la emboscada habrían sido hechos prisioneros..., algo que a su jefe no le haría ninguna gracia.

Mordred suspiró. Sus argucias de hombre sutil entrenado en los ambientes cortesanos del rey Aellas no iban a servirle de mucho con aquel andrajoso picto. Tendría que encontrar la manera de mostrarse convincente. No dejaría que llegase a acusarlo de nada. Antes, atacaría. Se burlaría de sus espías, de sus guerreros. Le diría la verdad: que no estaban a la altura.

Un brutal pinchazo de dolor en la nuca le nubló la vista durante unos instantes. No era la primera vez que le

ocurría; y siempre le asustaba.

En esta ocasión, sin embargo, el pinchazo no se fue como había venido. Dejó un malestar difuso en su cabeza, y una sensación de aturdimiento que poco a poco se fue extendiendo hacia el resto de su cuerpo.

Al notar los músculos agarrotados empezó a alarmarse de verdad. Por si acaso, detuvo el caballo y desmontó.

Seguía viendo borroso. Y las piernas..., no controlaba del todo sus movimientos. Era como si se resistiesen a obedecerle. Lentas..., torpes...

En cuanto oyó la voz infantil, se llevó la mano derecha a la espada. Miró a su alrededor. No habría sabido decir a

ciencia cierta de dónde procedía el sonido. ¿Había brotado en su interior?

No. Había un niño. Un niño rubio, de ojos claros e insolentes, plantado frente a él.

El miedo le agarrotó la mano sobre el puño de la espada y le contrajo la boca del estómago. Conocía bien a aquel muchacho. ¿Cómo no iba a conocerlo?

Era él.

Toda su vida había intentado huir de aquel niño callado, resistente, capaz de guardarse dentro todas las preguntas y de soportar todas las humillaciones. Para no pensar en él se había acostumbrado a no estarse quieto jamás. Un hombre de acción: eso era en lo que

se había convertido.

Y a pesar de todo, allí estaba. Delante de él, mirándolo con curiosidad. ¿Qué le había dicho?

Le había formulado una pregunta. Le había preguntado si le recordaba.

Mordred cerró los ojos y se pasó una mano por la frente sudorosa. A aquellas tierras del norte no llegaba todavía el velo, e incluso si lo hubiera hecho, este no habría podido conjurar una presencia como aquella después de la desaparición del Grial.

No, solo había una explicación para lo que le estaba pasando. Era su mente. Había intentado contener sus desvaríos durante mucho tiempo, pero ya no era

posible. Había enloquecido. La herencia de Igraine, su madre, se manifestaba en toda su terrible crueldad. A las mujeres, al parecer, les proporcionaba misteriosos dones relacionados con Britannia. A él solo le procuraba dolor.

—Que yo esté aquí no quiere decir que estés loco —dijo su *alter ego* infantil con voz serena—. Tiene una explicación, aunque me llevará tiempo hacer que lo entiendas. Yo soy una parte de ti, Mordred. Una parte que habías perdido. Me aventuré en uno de esos túneles de la conciencia y no supe volver. He estado atrás, muy atrás, en el pasado. He estado prisionero. Pero por fin he conseguido volver. Tienes que

dejarme entrar. Solo así nuestra mente estará completa por fin.

Mordred miró aturdido al pequeño. Se recordaba a sí mismo con esa edad, una tarde de verano, en un embarrado campamento sajón en la costa oriental. Estaba jugando a lo que él llamaba «los túneles»: buscaba pensamientos que le abrían puertas a mundos lejanos en su interior y le permitían escapar, al menos durante unos momentos, de la pesadilla que lo rodeaba. Pero esa tarde el juego salió mal. El túnel comenzó a cerrarse y él tuvo que regresar a toda prisa. Solo que, al despertar, algo dentro había cambiado. No recordaba dónde había estado, ni por qué había ido. Sobre todo,

no recordaba por qué le gustaba aquel juego. Olvidó cómo practicarlo. Y cómo estar a solas consigo mismo, reflexionando, imaginando, contándose historias. A partir de ese día, tenía la sensación de que ya no podía sentir nada. Dejó de ser un niño.

Se convirtió en el mercenario despiadado que todos conocían. Aunque no de la noche a la mañana, probablemente. No, debió de llevarle un tiempo.

Y ahora el niño que viajaba por los túneles, el muchacho soñador y aventurero, quería regresar. Quería instalarse de nuevo en su mente.

No lo permitiría.

El niño debía de leer sus pensamientos como él podía leer los suyos.

—¿No entiendes que eso te haría más poderoso? —le dijo—. Los túneles. Ahora sé moverme por ellos a voluntad. No conducen a lugares imaginarios, Mordred. Conducen al pasado. Y al futuro. Son canales que atraviesan el tiempo.

—Eso es imposible —balbuceó Mordred en voz alta.

—Déjame entrar y lo comprobarás. No los mantendré abiertos más que unos instantes, no quiero que me ocurra como la última vez. Pero será suficiente para ver lo que ocurre en el futuro.

¿Entiendes lo que eso significa? Lograrás adelantarte a tus enemigos. No existirá ningún guerrero que te pueda plantar cara.

Mordred comprendió por fin. Miró al niño a los ojos y lo dejó entrar. Un segundo después, ya no lo tenía enfrente. Había dejado de ser una imagen, una visión. Lo tenía dentro de su mente.

Quizá debería haber previsto que aquello tendría un coste. El dolor de cabeza se volvió tan intenso que, desesperado, se arrodilló en el suelo y comenzó a golpearse la frente contra la tierra. Curiosamente, aquel dolor externo le servía para paliar, en parte, el sufrimiento interior.

Dejó de darse cabezazos cuando notó el sabor salado de la sangre en su boca. Resbalaba desde su frente, surcándole la mejilla derecha y filtrándose entre sus labios.

Dentro de él, el niño reía suavemente, casi en un susurro.

—No te asustes —le dijo—. Te acostumbrarás.

Mordred se preguntó si podría echarlo, en caso de cambiar de opinión. Probablemente no. Era parte de sí mismo, al fin y al cabo.

En todo caso, no deseaba expulsarlo de su conciencia. No, al menos, sin comprobar hasta dónde era cierto lo que le había prometido.

Viajes mentales en el tiempo. Lo convertirían prácticamente en un adivino. Le costase lo que le costase, no iba a renunciar a eso.

Pero tenía que trazarse un plan. Si algo tenía claro, era que no podía permitir que nadie lo viese en semejante estado. Hasta que se acostumbrara a aquella presencia dentro de su mente debía refugiarse en un sitio seguro.

Dejó escapar una sonora carcajada que a él mismo le desagradó. Un sitio seguro, como si tal cosa existiese. No había ningún lugar donde pudiera estar a salvo. Solo era un mercenario sin tierras en un rincón apartado del reino de Alba.

A menos que...

Pensó en el hogar de sus ancestros: la nave de piedra, el castillo de Morgause, donde había nacido su madre. Ella ya no estaba, pero su tía Morgause, hasta donde él sabía, seguía con vida.

¿A qué distancia podía hallarse de sus dominios? Quizá tres o cuatro jornadas caminando en dirección sureste a través de los bosques.

Tendría que cubrir aquella distancia evitando las aldeas y los caminos y alimentándose de lo que encontrase en la espesura. No podía dejar que nadie lo viese así.

En aquel momento, ni siquiera tenía muy claro hacia dónde debía dirigir sus pasos.

Aun así, tomó de las riendas a su caballo y comenzó a andar. Antes o después, encontraría la forma de orientarse. Y al final, estaba seguro, llegaría adonde quería ir.

Capítulo 11

—Al fin. Comenzaba a pensar que esos bonitos ojos tuyos no volverían a abrirse.

Mordred parpadeó, desorientado. Aquella voz expresiva y chirriante no le resultaba conocida. Intentó enfocar el rostro que se inclinaba sobre él, enmarcado en un complicado peinado de tirabuzones blancos.

Los ojos verdes de la anciana sí los

reconoció. Tenían un tono y un brillo difíciles de olvidar.

—Morgause —consiguió pronunciar.

—A una vieja como yo no se le hace esto —continuó su tía con acento desenfadado—. Seis días has tardado en recobrar el conocimiento. Podría haberme muerto esperando. Prácticamente tengo ya un pie en la tumba.

La vivacidad de la anciana consiguió disipar en la mente de Mordred las últimas telarañas de la inconsciencia. Trató de hacer memoria. ¿Cómo había ido a parar allí? Recordaba las penosas jornadas de camino, su sensación de que no iba a conseguir alcanzar la fortaleza,

de que andaba perdido... Sin embargo, de algún modo se las había arreglado finalmente para llegar.

Aquellos primeros días después del regreso de su yo infantil habían sido un infierno. El niño se le había instalado dentro, y luchaba por controlar un espacio cada vez mayor de su voluntad. Le había plantado cara, al menos al principio; pero el enfrentamiento de las dos partes de su conciencia solo le provocaba un desgarró que se traducía en un insoportable dolor de cabeza y en una gran inseguridad. Así que, poco a poco, fue dejando que el niño encontrara su sitio. Eso no le garantizaba la paz: el niño se comportaba aún con cierta

autonomía, y había tenido que sufrirlo incluso los días en los que había permanecido inconsciente. Irrumpía en sus sueños siempre que quería. Pero al menos ya no lo veía fuera de sí mismo, como una amenaza al acecho.

—He estado loco —le dijo a Morgause—. Pero no ha sido culpa mía.

—¿Desde cuándo la gente es culpable de enloquecer? No te tortures, Mordred —contestó Morgause—. Tienes la misma tendencia a torturarte que tenía tu madre.

—No me he explicado bien —insistió Mordred con voz débil—. Hay algo en mí que puede hacer que mis comportamientos se asemejen a los de

un loco, pero se trata de otra cosa.

—Me lo explicarás cuando estés mejor —replicó Morgause con una sensatez inusual en ella—. Si no me he muerto en estos seis días, no lo haré en las próximas horas; así que recupérate y, cuando estés listo, me lo contarás todo.

Mordred agradeció la sugerencia de Morgause. Era cierto: antes de intentar narrar lo que había vivido en las últimas jornadas necesitaba recuperar fuerzas. Pasó el resto de la mañana acostumbrándose de nuevo al movimiento, y a mediodía se atrevió a salir, acompañado de un criado, al patio de armas. El aspecto del castillo de sus antepasados, con varias torres quemadas

y la muralla ennegrecida por el humo, le produjo una aguda sensación de tristeza. Él no se había criado allí, pero a pesar de todo sentía el lugar como propio. Su extraño don, el poder de abrir túneles en el tiempo a través de su conciencia, debía de venirle del linaje de Igraine. Tenía que preguntarle a Morgause. Quizá ella supiese algo.

Lo hizo aquella misma noche, durante la cena. Su estado había mejorado considerablemente en las horas anteriores, y, pese a que aún se sentía débil, podía hablar y seguir la conversación casi con total normalidad.

Esperó a los postres para contarle a su tía el regreso de su conciencia

infantil, de aquella parte de sí mismo que había perdido en la costa oriental a los diez años. No era una experiencia fácil de describir... y, sin embargo, la comprensión en los ojos de Morgause hizo que lograra llegar hasta el final de su relato.

Cuando terminó, el arrugadísimo rostro de su tía parecía sumido en una profunda meditación.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Mordred.

—Lo que me has dicho acerca de poder viajar con tu mente en el tiempo... No es la primera vez que lo oigo. Hay una leyenda sobre Dana, la fundadora de nuestro linaje. Según contaba mi abuela,

Dana viajó una vez con la mente al futuro..., y a su regreso decidió renunciar a sus dones y llevar la existencia de una mujer normal.

Mordred frunció el entrecejo.

—¿Te contó tu abuela cómo lo hizo?
¿Si era capaz de controlarlo?

Morgause se echó a reír.

—Mi abuela lo narraba como un viejo cuento sin ningún fundamento real. Y sobre lo que me preguntas, no entraba en detalles. En todo caso, a mí me basta para creerte.

Morgause recuperó la seriedad y clavó en Mordred sus ojos, enmarcados en una telaraña de finas arrugas.

—El niño..., ¿lo tienes controlado?

¿Crees que te puede dar problemas, si llega el momento?

—Creo que puedo controlarlo. Pero si decido utilizar su poder, intentar que mi pensamiento viaje por uno de esos túneles..., ahí será él quien lleve las riendas.

—Mi consejo es que practiques; que lo intentes alguna vez como experimento. No esperes al momento decisivo para hacer la prueba. Así, cuando llegue ese momento, estarás preparado.

—¿Ese momento? ¿Qué momento? —Mordred sonrió con amargura—. Supongo que estarás pensando en que desafíe a Arturo a un duelo, o algo así.

—¿Por qué no? —replicó Morgause muy seria—. Es un usurpador. Ocupa el trono que legítimamente te corresponde. Y ahora que Gwenn no está..., es mejor momento que nunca para cuestionar sus derechos.

La mención de Gwenn le trajo a Mordred una imagen muy viva que se quedó unos segundos reverberando en su mente. Supo de inmediato que procedía de la parte infantil de su conciencia. Y comprendió lo que significaba.

—Sobre Gwenn... Yo sé dónde está —dijo.

—Todo el mundo lo sabe. La tienen en Ávalon, esperando a que despierte del coma. Supongo que las damas

estarán intentando utilizar sus dotes médicas para que eso ocurra. Pero si no han tenido éxito hasta ahora...

—Gwenn tiene el mismo poder que yo —interrumpió Mordred—. Puede viajar con la conciencia. Yo la vi, estaba allí, en el pasado. En el mismo pasado en el que a mí me retuvieron. Pero luego, cuando todo colapsó, cuando su Britannia se vino abajo... Yo pude regresar. No creo que ella pudiera. No tenía apenas práctica con los túneles, no sabía cómo utilizarlos. Así que es probable que se haya quedado atrapada allí.

—Pero igual que tú has podido volver, ella regresará antes o después,

¿no? —preguntó Morgause.

—No sé —respondió Mordred, dubitativo—. La Britannia de esa época se derrumbó, y fue justo entonces cuando yo pude volver. Sin Britannia, allí no somos nada, ¿comprendes? Ella nos reviste con avatares que nos permiten ver, oír..., interactuar con la gente y con el entorno. Pero si ya no hay avatares... Gwenn se habrá quedado incomunicada. La verdad, no creo que consiga encontrar el camino de vuelta.

Morgause se sacudió hacia atrás sus rizos blancos con decisión.

—Entonces, sin Gwenn en el medio, no hay ningún motivo para que no le disputes el trono a Arturo —afirmó,

convencida.

—Ya se lo disputé una vez, ¿recuerdas? Y él me arrebató Excalibur, la espada de mi padre. Y con ella, el reino.

—No estabas preparado. Te faltaba la mitad de ti mismo. Ahora será distinto —insistió Morgause—. Debes intentarlo..., pero no de cualquier manera; no. Arturo no es ya el muchacho desarrapado con el que te enfrentaste aquella primera vez. Es un gran rey, rodeado de algunos de los caballeros más valiosos de la isla... Y lo que es aún peor: domina el lenguaje del velo. Todo eso jugará a su favor.

—Entonces, ¿qué posibilidades tengo

de vencerle? —preguntó Mordred con impaciencia—. Te estás contradiciendo a ti misma.

—Para ganar a Arturo no bastaría con vencerle en un duelo. Hay que destruir su prestigio, su leyenda —contestó Morgause pensativa—. Eso no puede lograrlo un hombre solo. Por fortuna, no eres el único que desea la caída del rey. Cada vez hay más nobles descontentos. Que Britannia sea ahora un bien accesible para todos ha dejado a mucha gente sin sus privilegios. Ahora son como las gentes del pueblo llano, incluso tienen una peor conexión al velo, si sus méritos no alcanzan para conseguir un pase de primer orden.

—Aunque todo eso haya enfadado a mucha gente, no significa que se vayan a levantar contra Arturo.

—Te equivocas, Mordred. La paciencia de la gente tiene un límite. Van a alzarse, claro que lo harán. Y lo sé porque yo he sido invitada a unirme a la revuelta.

Mordred la observó con asombro.

—¿Tú? ¿Por quién?

—Por Meleagant, el hijo de Baudemagus; el autoproclamado rey de Gorre.

—Conozco la región de Gorre, no está muy lejos de Camelot —recordó Mordred—. Pero ¿desde cuándo es un reino?

—Desde que Meleagant, por sus méritos, consiguió que Britannia le concediese una total independencia. No recuerdo que ese caballero me haya sido presentado nunca, pero debe de ser un joven con gran personalidad, para haber logrado que el velo se rinda ante él. A su padre sí lo conocí en tiempos de Uther. Por lo que sé, es uno de los fieles de Arturo en Camelot. ¡Estará contento con las conspiraciones de su hijo!

—A ver si lo entiendo: Meleagant no depende de Britannia, pero eso no le basta. Y está planeando una revuelta contra Arturo —resumió Mordred—. ¿Es eso?

Morgause asintió.

—Como Britannia no rige lo que ocurre en sus dominios, muchos descontentos han aprovechado para refugiarse entre sus fronteras. Allí se les permite conspirar a placer; Arturo no puede usar el velo para espiarlos. Como te decía, no piensan quedarse en las palabras. Meleagant está dispuesto a atacar Camelot.

—Y tú estás sugiriendo...

—Que te unas a él —concluyó Morgause con una luz juvenil en sus cansados ojos verdes—. Guiarás a mis hombres. No son muchos, pero todos son guerreros experimentados. Te presentarás ante Meleagant en mi nombre, pero eso será solo el principio.

Tienes que hacerle ver que tú eres el hombre que necesita para derrotar definitivamente a Arturo. Tú eres hijo de Uther y de Igraine. Y, sobre todo, tienes poderes que, bien utilizados, os pueden brindar la victoria. Háblale de esos dones. Hazle una demostración, aunque sin revelar demasiado. Meleagant parece un tipo práctico, no rechazará tu ayuda. Aunque no debes olvidar que su objetivo es conquistar la corona de Britannia para sí mismo. No te engañes respecto a eso, y, aunque le sirvas, no confíes jamás en él.

Capítulo 12

El castillo de Baudemagus debía de haber sido espléndido en otros tiempos, con sus ocho torres redondas y su imponente trazado de murallas. Los salones interiores aún conservaban vestigios de aquel esplendor pasado, pero, sin la pátina embellecedora del velo, su decadencia resultaba tan evidente que era lo que más llamaba la atención. Mordred contempló admirado

la ancha escalera de roble que conducía desde la sala de audiencias hasta las habitaciones del piso superior. Pese a su deterioro, los relieves del pasamanos seguían resultando magníficos, y los tapices que cubrían las paredes, oscurecidos por el humo de la chimenea y la falta de cuidados, aún dejaban entrever la calidad de sus sedas de colores y la maestría de los artesanos que se habían servido de ellas para representar distintas escenas de la naturaleza.

Meleagant se había esforzado por darle un relieve especial a la ocasión, y para ello había hecho traer candelabros de todos los rincones de la fortaleza,

llenando la estancia de una infinidad de velas que animaban con su brillo cálido y parpadeante las desangeladas bóvedas. La delicadeza de la iluminación contrastaba con los ásperos rostros de los guerreros que vociferaban en corrillos. Había allí gente de toda condición social, desde nobles con amplias posesiones territoriales a valvasores de frontera, comerciantes de Corinium e incluso campesinos pudientes que querían aprovechar la revuelta para obtener un título; pero si algo tenían en común todos ellos, era su odio hacia lo que representaba la Britannia de Arturo, con sus mecanismos para igualar a pobres y ricos y su forma

de escatimar privilegios a quienes, según el velo, no los merecían.

Meleagant, evidentemente, no se encontraba entre los postergados por Britannia. Al contrario: el velo le había concedido la autonomía que él había demandado, debilitando su influjo en Gorre hasta no ser apenas ni una sombra de lo que era en los territorios circundantes. Lejos de conformarse con aquella independencia, Meleagant estaba decidido a encabezar la revuelta armada contra Camelot. Era un hombre alto, de anchas espaldas, y su forma de moverse, con paso seguro y nunca apresurado, emanaba autoridad. Mordred observó con interés su rostro

atractivo, de mentón enérgico y expresivas cejas. Bastaba que se acercase a uno de los grupos para que las conversaciones se acallasen y se creara un silencio expectante.

Iba a resultar difícil disputarle el liderazgo a un hombre como aquel. Incluso presentándose bajo su verdadero nombre y filiación. Nadie en el salón ignoraba que él era el verdadero hijo de Uther, y sin embargo, si algo suscitaba su presencia allí era recelo. Muchos de aquellos nobles no habían olvidado su prolongado servicio a los sajones, ni el rastro de muerte y destrucción que solía dejar su destacamento de mercenarios allí por donde pasaba.

Acostumbrado a estar solo, Mordred observaba con cierta impertinencia los movimientos de acercamiento a Meleagant de algunos de los nobles más prominentes. Parecían ansiosos por tomar la palabra, pero Meleagant no quería iniciar las conversaciones sin haberse asegurado de que todos los presentes hubiesen probado el añejo vino de sus bodegas.

Cuando el ambiente se hubo relajado del todo, el hijo de Baudemagus se subió ágilmente a una mesa y se dirigió a sus invitados.

—Amigos, estáis aquí como hombres libres que no quieren ni pueden dejarse embaucar por los espejismos de la corte

de Camelot y su Tabla Redonda. Los cuentos de hadas están bien para los niños, pero los hombres sabemos que son solo historias que aletargan la voluntad de los débiles. Yo no creo en Arturo. Quizá sea alguien honesto, eso no lo discutiré, pero no es el semidiós que las gentes sencillas de Britannia adoran. Ha extendido los dominios del velo, es cierto, pero a costa de debilitar la posición de los ciudadanos más insignes del reino. Postergar a los grandes para ensalzar a los pequeños: ahí reside el secreto de su carisma. Nosotros no estamos dispuestos a seguir consintiéndolo. Queremos recuperar nuestros derechos.

Una algarada entusiasta acogió las últimas palabras de Meleagant. El autoproclamado rey de Gorre aguardó tranquilo a que esta se calmase.

—Muchos nos toman por locos — continuó—. Creen que plantarle cara a Arturo es una quimera. Y sin embargo, yo os digo que es posible. Su gran escudo, Britannia, puede convertirse también en su mayor debilidad. Aquí, por ejemplo, Britannia nada puede hacer para conferirles a los miembros de la Tabla Redonda esa superioridad a la que están acostumbrados. No os prometo que vayamos a ganar este pulso en una sola batalla. Habrá más de una; y muchas no serán auténticas batallas, sino

escaramuzas que nos permitirán ir ganando terreno. Sed pacientes: esas pequeñas victorias son el camino hacia Camelot. Cuando el resto de los nobles vea que podemos ganar a Arturo, muchos se unirán a nuestra causa.

—La paciencia está muy bien — intervino Mordred desde un extremo del salón—. Pero la rapidez también puede utilizarse como un arma estratégica. Arturo aún no está preparado para hacernos frente. ¿Qué mejor momento para atacarle que ahora?

Si algo consiguió el hijo de Uther, fue que todos los rostros se volviesen a mirarlo. La mayoría, no obstante, reflejaba una mezcla de escepticismo y

asombro ante semejante interrupción.

—¿Sugerís que, con nuestras fuerzas actuales, nos dirijamos a Camelot e intentemos un asalto? —preguntó el viejo Mark, duque de Cornualles—. Es un plan ridículo. No tendríamos ninguna posibilidad.

—No tenemos por qué ir a enfrentarnos a Arturo en su territorio. Eso sería un suicidio —replicó Mordred—. Atraigámoslo fuera de Camelot, hagamos algo que lo obligue a salir de su refugio.

—¿Qué proponéis exactamente? —preguntó Meleagant.

—Ataquemos Ávalon. Decís que Britannia es el punto débil de Arturo...

Pero solo si sabemos cómo atacarla. En Ávalon existe tecnología de los Antiguos que nos puede servir para eso. Sería un arma a la altura del velo. Equilibraría la balanza.

Los murmullos que siguieron a la propuesta de Mordred mostraban, en general, el desacuerdo de los nobles rebeldes. Meleagant, sin embargo, contestó en tono reflexivo.

—Sería un golpe de efecto, eso hay que reconocerlo —admitió—. Ávalon... significa mucho en el imaginario de las gentes de Britannia. Y además, dicen que allí se custodia el cuerpo dormido de la reina.

—El cuerpo de mi hermana Gwenn,

en efecto —corroboró Mordred, aprovechando la oportunidad para recordarles a todos su linaje y sus derechos dinásticos—. Una parte importante del mito que rodea a Arturo. Imaginad lo que supondría desmontarlo, demostrar a todos que la reina está muerta, que murió como cualquier otro ser humano y que nunca regresará.

—¿Es así? —preguntó un joven rubio al que Mordred reconoció como uno de los señores guerreros de la costa oriental.

Mordred respondió a la pregunta con una provocadora carcajada.

—¿Lo preguntáis en serio, mi señor? Imagino que no, porque solo los

campesinos analfabetos se dejarían embaucar por semejante historia.

El aludido se llevó la mano a la empuñadura de la espada. La habría desenvainado de no ser por un gesto imperceptible de Meleagant.

Se hizo un profundo silencio entre los nobles. Todos esperaban la reacción de Meleagant.

—No permitiré las disensiones entre nosotros —dijo el rey de Gorre en tono apacible—. Si queremos tener alguna posibilidad contra Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, debemos buscar lo que nos une, y no lo que nos separa. Pensadlo bien: ellos son más fuertes que nosotros. No solo

poseen la mejor arma, Britannia, además de una destreza probada en los campos de batalla. Tienen algo mucho más valioso y difícil de conquistar: el prestigio. La gente común cree en ellos. Los ven como a héroes.

Meleagant saltó al suelo y comenzó a caminar hacia Mordred. Los nobles se fueron apartando para dejarle llegar hasta donde se encontraba el hijo de Uther.

Una vez frente a él, Meleagant le sostuvo la mirada. No lo hizo con expresión desafiante ni intimidatoria. Más bien parecía estar estudiándolo.

—Mordred, vos podéis ser un refuerzo de gran importancia para

nuestra causa —dijo—. Pero no os engañéis: aquí el nombre de vuestro padre no os dará más peso que al resto. Si queréis influencia, tendréis que ganárosla. Hasta ahora no habéis demostrado nada. No me miréis así, conozco vuestro historial de mercenario tan bien como cualquiera de los aquí presentes; en ese aspecto no tenéis nada que demostrar. Lo que queremos saber es si vuestras ideas estratégicas valen tanto como vuestra ferocidad en el campo de batalla. No tenemos ningún motivo para pensar que sea así. La única vez que le disputasteis a Arturo sus derechos dinásticos perdisteis, aunque lo teníais todo de vuestro lado para

ganar. Fue un error de cálculo imperdonable. Y desde entonces, no habéis hecho gran cosa, aparte de merodear por el norte al mando de un puñado de pictos salvajes.

—No ha sido tiempo perdido —respondió Mordred sosteniéndole la mirada—. Me he estado preparando.

Meleagant arqueó las cejas.

—¿Es cierto eso? En ese caso, deduzco que llegáis a esta contienda en envidiable forma. Yo así lo espero, por el bien de todos. Pero no me conformaré con vuestras palabras: tendréis que demostrármelo. ¿Queréis exponernos vuestro plan de atacar Ávalon? Probad que sois digno de confianza y yo os

prometo que, al menos, os escucharemos. Pero, mientras no podáis brindarme esa prueba que exijo, no volváis a interrumpirme cuando hablo. Es un consejo que, por vuestro bien, deberíais seguir.

Capítulo 13

La habitación que le habían asignado en el castillo de Meleagant dejaba claro el estatus que este asignaba a Mordred entre los nobles que se habían unido a su causa. Se trataba de una estancia en el extremo izquierdo del palacio, tan pequeña que parecía destinada a un mayordomo u otro miembro de la servidumbre en lugar de a un invitado. El mobiliario era correcto, aunque

sencillo, y contaba, eso sí, con una antigua alfombra de colores cálidos e intensos, más aún teniendo en cuenta que el velo no actuaba en Gorre para realzar las percepciones. Otra prueba del bajo rango que ocupaba el aposento en el castillo la encontró Mordred en la ventana. En lugar de vidrios emplomados, un pergamino encerado cubría el hueco, evitando las corrientes de aire.

En un arrebató de cólera, Mordred fue hacia la ventana y arrancó el pergamino. El viento entró en la habitación y agitó los cortinajes de la cama. Mordred observó el azul oscuro del cielo dejando que aquella ráfaga helada templase sus

encendidas mejillas. Necesitaba calmarse. La ira no le serviría para persuadir a Meleagant de que le escuchara. Era un hombre frío, táctico, aunque en su distante serenidad se adivinaba un fondo impetuoso que él reprimía cuidadosamente. Para llegar a él, había que emplear argumentos sólidos. Había pedido una prueba. Era una gran oportunidad, bien mirado. Mordred podía servirse de ella para demostrarle lo que era capaz de hacer.

Pero, para eso, antes tendría que demostrárselo a sí mismo.

No sabía muy bien por dónde empezar, de modo que se tumbó en la cama y se quedó un rato observando los

reflejos del fuego de la chimenea sobre las vigas del techo sin pensar en nada. Quizá estaba esperando, inconscientemente, a que la parte infantil de su conciencia se atreviese a asomar.

La había mantenido férreamente encerrada desde el momento en que abandonó el castillo de Morgause. El viaje hacia el sur al frente de los cincuenta guerreros de su tía no había resultado fácil, y no podía arriesgarse a que la irrupción de su *alter ego* le provocase momentos de descontrol, haciéndole perder autoridad ante sus hombres. Poco a poco, había aprendido a reprimir todo lo que el niño intentaba hacer dentro de su mente; no se fiaba de

él.

Ahora, sin embargo, lo necesitaba. Y no tuvo que esperar mucho para que el pequeño se decidiese a aparecer.

No esperaba verlo como si fuera real. Después de todo, allí no funcionaba Britannia. Y sin embargo, el joven Mordred apareció de repente a los pies de su cama. Estaba sentado, balanceando las piernas en el aire, y sonreía con aire absorto mientras contemplaba el fuego.

—Ayúdame —le dijo—. Necesito información. Algo que pueda interesarle a Meleagant. Algo que él pueda comprobar que es verdadero.

El niño se volvió lentamente a

mirarlo. En el instante en que sus ojos se encontraron con los de Mordred, estalló dentro de la cabeza de este un violento dolor.

—¿Es necesario? —gimió.

El niño se encogió de hombros.

—No es culpa mía. No es culpa de nadie —dijo—. Lo que nosotros hacemos con la mente tiene su precio.

—No quiero enloquecer —murmuró Mordred—. Y este dolor me va a volver loco.

—Te acostumbrarás. Yo tampoco podía soportarlo al principio.

—No sé si quiero acostumbrarme. Quiero que pase. Quiero que termine.

—Eso no es lo que me has dicho —

dijo el niño con un deje irónico en la voz—. Me has dicho que quieres algo para Meleagant. ¿O es que ya no lo quieres?

—Sí. Sí, claro que lo quiero —aseguró Mordred—. ¿Puedes dármelo?

—Puedo intentarlo —contestó el niño—. Sé cómo buscar y cómo abrir el túnel. Supongo que te das cuenta de que tengo que utilizar tu cerebro para eso. El cerebro que compartimos.

—No me interesan los detalles. Haz lo que tengas que hacer.

El niño asintió sonriendo y cerró los ojos. Mordred comprendió que se estaba concentrando. Lo supo porque el dolor en su cabeza se fue volviendo cada vez

más intenso. Cuando creía que ya no era posible que el sufrimiento creciese, aún siguió aumentando.

«Basta», habría querido gritar. Pero se contuvo y apretó los dientes. No debía hacer nada que pudiese interrumpir el proceso.

No le sorprendió que la vista se le empezase a nublar. Por un momento, pensó que iba a desmayarse. Deseó fervientemente que así fuera.

En lugar de eso, sin embargo, empezó a distinguir detalles de la habitación que un momento antes no estaban allí: la cabeza polvorienta de un jabalí decorando una pared forrada de madera; un mostrador lleno de manchas, y un par

de vasos de peltre sobre él.

También había dos hombres al fondo, sentados a una mesa. Uno de ellos le daba la espalda. Al otro lo reconoció de inmediato: era el rey Aellas.

—¿Qué te hace pensar que es inminente? —estaba diciendo—. Si de algo me precio es de contar con una buena red de espías, y por lo que me cuentan, aún están muy lejos de tener siquiera un plan de ataque contra ti.

—Por eso justamente hay que actuar ahora —contestó su interlocutor—. No debemos esperar a que lo tengan.

A Mordred se le erizó la piel al reconocer aquella voz. Era Arturo.

Debía averiguar dónde estaban.

Buscó en las paredes de la grasienta taberna algún signo, algo que pudiera indicarle cuál era el lugar de la reunión. Y allí, delante de una chimenea de piedra apagada, vio una vez más al niño.

—Isca, en la costa sur —dijo el muchacho en un susurro apenas audible—. La taberna se llama El jabalí blanco. Está a las afueras de la ciudad, cerca de la puerta de Witancester.

Mordred se fijó una vez más en los dos reyes que durante tanto tiempo habían combatido en bandos enemigos. ¿Estaban forjando una alianza?

—Además de la integración total en Britannia, quiero una flota. Los sajones somos gente de mar —dijo Aellas—. La

inacción nos reseca la voluntad y los músculos.

—Y esa flota sería para...

—Para abrir nuevas rutas comerciales. ¿Para qué si no? —Aellas se echó a reír, mostrando sus dientes ennegrecidos—. Dime que puedo contar con ella.

—Entre los aliados de Meleagant está Mark, el duque de Cornualles —contestó Arturo—. En su territorio se encuentran los mejores armadores de barcos del reino. Ayúdame a vencerlos y te entregaré los dominios de Mark. A condición, eso sí, de que ningún hombre libre se vea obligado a embarcar con vosotros.

—No necesito hombres —replicó Aellas, visiblemente satisfecho—. Me basta con los barcos. ¿Cuándo quieres tenerlo todo listo?

—Tu ejército debería avanzar hacia el norte. El mío puede atacar por el oeste. Gorre no podrá hacer frente a los dos ataques coordinados. Quiero una batalla rápida y decisiva. Sin que corra más sangre de la necesaria.

—El civilizado Arturo. No te preocupes por eso, yo tampoco quiero más muertos de los necesarios. Me van a hacer falta los remeros.

—¿Cuánto tiempo necesitas para reunir a tus tropas?

Aellas suspiró.

—Más del que me gustaría. Nunca pensé que diría esto, pero mis sajones se han encariñado con tu Witancester. ¡Algunos se están haciendo granjeros! Me va a costar volver a ponerlos en pie de guerra, y más teniendo en cuenta que esta vez no es una cuestión de supervivencia.

—Hazles ver lo mucho que tienen que ganar. Todavía no saben hasta dónde pueden llegar los beneficios del velo.

—Lo que no saben se lo imaginan; y será suficiente para movilizarlos, créeme —dijo Aellas—. Pero voy a necesitar tres meses como mínimo.

—Procura que sean dos —exigió Arturo—. Debemos jugar la baza de la

sorpresa.

Mordred vio a Aellas mover los labios en respuesta a Arturo, pero no consiguió oír lo que decía.

Desviando la mirada hacia la chimenea, buscó los ojos del niño.

—Lo siento —dijo él, sonriendo con tristeza—. No puedo mantenerlo abierto más tiempo.

Mordred sintió que la oscuridad se lo tragaba. El dolor regresó, mordiéndole con más fiereza que nunca. Durante los instantes siguientes, ocupó toda su conciencia. Lo único que deseaba era dejar de sufrir.

Afortunadamente cesó con la misma brusquedad con la que había empezado.

Mordred se pasó la mano por la frente. Tenía los cabellos empapados de sudor. Se los echó hacia atrás.

Se incorporó en la cama. El niño continuaba sentado a sus pies, como si nunca se hubiese movido de allí.

—¿Cuándo se han reunido? — preguntó—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

El niño dejó escapar una cristalina carcajada.

—No lo entiendes. No se han reunido todavía. Lo que has visto ocurrirá dentro de tres semanas. Es tiempo suficiente para que Meleagant envíe espías y compruebe que la información que vas a darle es veraz.

Capítulo 14

Mordred despertó a la mañana siguiente tiritando de frío y sudando al mismo tiempo. Cuando se tocó la frente, comprobó que la cabeza le ardía. Tenía una fiebre muy alta.

Intentó abrir los ojos y las paredes de la habitación comenzaron a girar vertiginosamente, provocándole la sensación de que rodaba sin parar desde una esquina a otra. Apretó los párpados

para detener aquella visión enloquecedora. El mareo no cesó de inmediato. Le habían entrado ganas de vomitar.

Cerró los ojos y se fue adormilando de nuevo. De buena gana habría permanecido así, semiinconsciente, hasta sentirse mejor. Pero no había tiempo para eso. Todo lo que había hecho tenía un único propósito: convencer a Meleagant de que podía brindarle información de un valor inestimable en aquella guerra. Se había arriesgado mucho para obtener la prueba que el rey de Gorre le había pedido, y ahora que la tenía, no iba a quedarse en la cama esperando a encontrarse mejor

para utilizarla.

Tambaleándose por causa del vértigo, se obligó a ponerse en pie y a cubrir la distancia que lo separaba de la puerta de la estancia. Se asomó y tuvo la suerte de ver a un lacayo al final del pasillo. Lo llamó con una rudeza que tenía mucho de desesperación.

El lacayo, un anciano alto que caminaba muy erguido, a pesar de la edad que delataban sus arrugas, se acercó de mala gana a preguntarle qué quería.

—Agua para lavarme —consiguió contestar Mordred—. Caliente.

Con una reverencia no exenta de ironía, el anciano se retiró a cumplir la

orden que acababa de recibir. Mordred regresó a su cuarto y se tendió en la cama.

Mientras aguardaba a que le trajeran el agua, oyó la voz del niño en su interior.

—Déjame salir —suplicaba, quejoso—. Me lo debes.

—No. Tú me debilitas —replicó Mordred en voz alta—. Mira en qué estado me has dejado.

—Eres un desagradecido. Sin mí no habrías averiguado lo del pacto de Arturo con Aellas. ¿Y así es como me lo pagas, encerrándome otra vez?

Mordred sonrió cínicamente. El sudor formaba gruesas gotas sobre sus labios;

se las limpió con el dorso de la mano.

—Ve acostumbrándote —le dijo a su *alter ego* infantil—. Aunque reconozco que me has sido muy útil.

Dos recios golpes en la puerta silenciaron al niño. Mordred dio orden de que pasasen. Entraron dos jóvenes pajes portando una palangana vacía y una pesada jarra de loza llena de agua.

En cuanto se fueron, Mordred se desvistió y se metió desnudo en la palangana. El frío disipó bruscamente las brumas de su cerebro, aunque no el dolor de cabeza ni la sensación febril. Cogiendo el jarro con las dos manos, lo alzó por encima de sus hombros y lo inclinó para dejar que un chorro cálido

le cayese por la espalda. Se frotó con energía los brazos, las piernas. Después, se envolvió en la desgastada toalla que le habían dejado para entrar en calor.

Se sentó en la cama y comenzó a vestirse. Cuando terminó, se calzó las botas. Se convenció a sí mismo de que se sentía un poco mejor.

No pudo, sin embargo, engañarse por mucho tiempo. En cuanto bajó al patio de armas, el griterío y las carcajadas de los invitados de Meleagant lo aturdieron de nuevo. La fiebre empañaba las escenas que lo rodeaban, confiriéndoles una nitidez irreal, como de pesadilla. Maquinalmente, iba respondiendo a los saludos que le dirigían. No reconocía la

mayor parte de aquellos rostros, y por ello no se detuvo a charlar con nadie, aun a riesgo de resultar descortés.

Su único empeño consistía en llegar hasta Meleagant cuanto antes.

Lo distinguió en medio de un grupo que parecía estar inspeccionando unos caballos recién llegados a la fortaleza, y fue directamente hacia él.

Sin ninguna ceremonia, se abrió paso entre los cortesanos que rodeaban al señor de Gorre e interrumpió al comerciante que estaba exponiendo ante él sus argumentos.

—Tengo lo que me pedisteis — anunció a bocajarro.

Meleagant lo miró con el ceño

fruncido. Era más alto que Mordred, y de cerca, su complexión atlética resultaba un tanto intimidante.

—Esperad a que termine —contestó con deliberada frialdad—. Como veis, estoy ocupado.

—No puedo esperar —afirmó Mordred atropelladamente—. Siento interrumpiros, pero he obtenido cierta información que necesitáis conocer cuanto antes.

Meleagant observó largamente aquel rostro joven y apasionado, con los ojos encendidos de fiebre.

—¿Estáis bien, Mordred? —preguntó—. Si es un médico lo que necesitáis, puedo enviar a buscar a uno de

inmediato.

—Os lo agradezco, pero no... Más tarde, tal vez. Como os decía, la información que tengo para vos es urgente.

Con un suspiro, Meleagant se separó del grupo, en medio de algunos murmullos de curiosidad.

—Vayamos a un lugar seguro, donde nadie pueda oírnos —murmuró—. Espero por vuestro bien que todo esto no sea una argucia para acaparar mi atención...

—Cuando sepáis de qué se trata, me diréis si lo es o no —afirmó Mordred.

Meleagant se dirigió hacia las bodegas del castillo. Desprendió de su

cinturón una pesada llave y la hizo girar en la cerradura de la puerta, que se abrió con un chirrido.

Una claraboya abierta en la bóveda iluminaba con luz natural los peldaños de piedra que se adentraban en las profundidades de la tierra. Meleagant empujó la puerta y la atrancó por dentro con una barra de hierro.

—No hace falta que bajemos —dijo en voz baja—. Aquí nadie nos molestará. ¿Qué es eso tan importante que teníais que decirme?

—Se va a forjar una alianza entre Arturo y el rey de los sajones.

En la penumbra, Mordred vio los ojos de Meleagant redondos de sorpresa.

Pero solo durante un instante..., porque enseguida la sorpresa se transformó en diversión.

—¿Me estáis tomando el pelo? Eso es ridículo —afirmó—. Arturo jamás pactaría con sus antiguos enemigos.

—Se nota que no conocéis a Arturo. Ni tampoco al rey Aellas —replicó Mordred sosteniéndole la mirada—. Van a pactar. Y puedo demostrároslo.

—¿Cómo?

—¿Tenéis buenos espías? ¿Gente que sepa moverse con sigilo y en la que podáis confiar con seguridad?

—Así lo creo, sí —contestó Meleagant, repentinamente serio—. Pero no arriesgo a hombres así por juego, os

lo advierto.

—Esto no es ningún juego. Enviadlos a Isca, en la costa sur. Junto a la puerta de Witancester hay una pequeña taberna que se llama El jabalí blanco. Que estén allí dentro de tres semanas. Ellos os confirmarán lo que ahora voy a deciros.

—Y lo que vais a decirme es...

—Que Arturo y Aellas se reunirán en esa taberna, a solas, exactamente dentro de veintiún días. De lo acordado en esa reunión darán fe vuestros espías, pero, si queréis, yo os lo puedo adelantar. Arturo le va a ofrecer a Aellas una integración total en Britannia para sus territorios y una flota de barcos armados en Cornualles a cambio de que participe

en una ofensiva contra vuestro reino. Su objetivo es sorprenderos antes de que tengáis tiempo de atacar Britannia.

El rostro de Meleagant reflejaba una mezcla de perplejidad y escepticismo.

—Y supongo que ahora tendréis a bien explicarme de qué manera habéis obtenido información sobre un acontecimiento que, según vos mismo reconocéis, aún no ha tenido lugar.

Mordred dejó que todo el sufrimiento que estaba experimentando aflorase a su semblante.

—Si creéis que el precio ha sido bajo, no podríais estar más equivocado —murmuró—. Quizá sepáis que el linaje de mi madre, Igraine, está

lejanamente emparentado con las damas de Ávalon, y que, a lo largo de generaciones, en esa familia han ido surgiendo mujeres dotadas de extraordinarios poderes y consideradas por el vulgo como hechiceras.

—He oído contar esas leyendas, sí — admitió Meleagant—. Pero sus protagonistas son siempre, como bien habéis dicho, mujeres. Nunca he oído que un hombre de ese linaje tuviese dones mágicos.

—Mágicos o no, el hecho es que estáis ante uno que sí los tiene. Aunque debo confesaros que su uso me produce un terrible sufrimiento, como podéis constatar con solo mirarme.

Meleagant lo observó con la cabeza ladeada.

—¿Y en qué consiste vuestro don? ¿Sois adivino? —quiso saber.

—Algo así. Mi mente puede desplazarse en el tiempo y presenciar sucesos que todavía no han ocurrido. No tenéis por qué creerme... Me conformo con que enviéis esos observadores a la taberna que os he dicho en Isca. Cuando regresen, sabréis si digo la verdad o no.

Meleagant permaneció unos instantes en silencio, con los ojos fijos en Mordred.

—Es una historia demasiado descabellada para que os la hayáis inventado —concluyó por fin—. Y por

eso, aunque sea una locura, pienso que puede ser cierta. En todo caso, como vos decís, lo sabremos cuando mis informadores regresen de Isca. Eso sí, más os vale que no les ocurra nada, porque si fuese así pensaría que les habéis tendido una trampa, y jamás volvería a confiar en vos.

Capítulo 15

Pasaron dos semanas después de la fecha señalada hasta que los observadores de Meleagant llegaron al castillo. Su relato confirmó punto por punto las predicciones de Mordred. Así se lo explicó el rey de Gorre cuando lo llamó a su presencia, después de una larga entrevista con los espías.

—No sé cómo es posible, pero habéis acertado —le dijo a modo de saludo—.

Allí estaban los dos, el poderoso Arturo y el viejo rey Aellas, frente a frente en una mugrienta taberna, y sus palabras confirmaron los planes que ya me habíais adelantado.

—¿Cómo hicieron vuestros hombres para escuchar la conversación? — preguntó Mordred con interés.

—Uno de ellos consiguió empleo de mozo en la taberna, después de provocar el despido del muchacho que hacía previamente el trabajo simulando un robo. Se las ingenió para dejar abierta la puerta de la bodega desde la mañana, de modo que mi segundo testigo pudo colarse en el local y escuchar sin ser visto la conversación.

—Descuidadas, Sus Majestades.

Meleagant sonrió.

—Supongo que no podían prever que alguien supiese ya lo que iba a ocurrir incluso cuando ellos mismos lo ignoraban. No voy a fingir, Mordred: me habéis impresionado. Alguien capaz de vaticinar el futuro es más valioso para un ejército que el cuerpo de guerreros mejor entrenado.

Mordred aceptó el cumplido con una leve inclinación de cabeza.

—Mucho me honran vuestras palabras —confesó—. Y espero que reflejen vuestra voluntad de establecer una larga y fructífera alianza entre nosotros.

—Una alianza, sí —aceptó

Meleagant, mirándolo con curiosidad—. Pero ¿a cambio de qué? ¿Qué es lo que queréis vos, Mordred?

—Quiero el trono —contestó Mordred sin dudar—. El trono de Arturo.

Meleagant rompió a reír.

—Vaya, no os andáis por las ramas —dijo—. El trono de Britannia. ¿Y no se os ha ocurrido pensar que yo quiero lo mismo?

Mordred estudió un instante el rostro del señor de Gorre antes de contestar.

—Creo que no es eso lo que queréis en realidad —replicó—. Queréis vencer a Arturo. Queréis restaurar el equilibrio que él rompió al modificar el velo, y

queréis, sobre todo, vuestra libertad, que es lo que habéis defendido siempre. Ser rey de Britannia os quitaría buena parte de esa libertad, y lo sabéis. Por eso, creo que el arreglo que yo propongo sería perfecto tanto para vos como para mí.

—Ya. Yo os brindo un ejército para derrotar a Arturo, y vos os lleváis la gloria y la corona.

—No. La gloria para vos. Y el poder también. La riqueza. Os cederé el control *de facto* de toda la costa occidental y del norte, hasta el reino de Lothian y el país de Alba. Yo no necesito un territorio tan amplio. Me conformo con las fronteras de la

Britannia de Uther Pendragón, mi padre.

—¿Por qué?

—Porque no me queda otro remedio —admitió Mordred con descaro—. No tengo ninguna oportunidad contra Arturo sin vuestra ayuda, ni siquiera con todas mis dotes de adivinación. Debo ofreceros una alianza leal a cambio de todo lo que vos podéis ofrecerme a mí. Pensadlo. Un reino de Gorre tan poderoso como la propia Britannia. Y en el trono de Camelot, un aliado que jamás os causará problemas. ¿No es un buen reparto?

Meleagant se lo pensó un momento antes de responder.

—Debo confesar que el plan me tienta

—dijo por fin—. Soy consciente de que Britannia no puede conquistarse solo con las armas; hay que ganarse el apoyo no solo de los nobles, sino del pueblo. Ellos encumbraron a Arturo, y solo el heredero legítimo de Uther podría hacerles olvidar esa admiración que le profesan. Quizá podáis conseguirlo: sois el vivo retrato de vuestro padre, y, a vuestra manera, no carecéis de carisma. Si a eso le unís un par de demostraciones públicas de vuestro talento para predecir el futuro, tenéis la batalla del prestigio ganada. Arturo no es el mismo desde que su esposa murió..., o lo que fuera. Ha descuidado el velo, algunas regiones han vuelto a

perder la conexión que él se esforzó por extender hasta sus territorios. Es una estrella en declive. Y vos, una en ascenso. Es decir; podríais serlo. Con mi apoyo, claro está.

—Entonces, estamos de acuerdo — concluyó Mordred, complacido.

—No todavía. Antes, tenemos que fijar los términos de nuestra colaboración. Estoy dispuesto a aceptar vuestro plan siempre y cuando no interfiráis en mis planes militares. Un ejército no puede tener dos comandantes en jefe.

—Ni yo pretendo tal cosa. Olvidáis, Meleagant, que me he pasado la mitad de mi vida sirviendo como mercenario a

generales que me pagaban por obedecer sus órdenes... y por saber interpretarlas. Yo no voy a disputaros el mando de las tropas. Pero sí necesito que me oigáis antes de tomar decisiones estratégicas. Entre otras cosas, porque, como habéis visto, yo puedo ver el futuro. Eso me da cierta autoridad a la hora de planear batallas, ¿no os parece?

Meleagant lo contempló unos instantes con fijeza.

—¿Podéis ver el futuro siempre que os lo proponéis? ¿Cualquier cosa? ¿En cualquier época?

Mordred no pudo evitar que el rey de Gorre advirtiese su vacilación antes de responder.

—He podido ver lo que necesitaba en esta ocasión —contestó—. Y espero que así sea en adelante. Pero no puedo garantizaros que vaya a ver cualquier instante del futuro a voluntad, solo con proponérmelo.

—Alguna vez tendréis que explicarme cómo lo hacéis. Parece cosa de brujería.

—Algún día, quizá, consiga explicármelo a mí mismo. Lo que sí puedo deciros es que es un arma que debo utilizar con cautela. Vos me visteis a la mañana siguiente de mi «adivinación». La fiebre me devoraba, sentía que me estaba muriendo. Los efectos de esas sesiones sobre mi salud pueden resultar... devastadores.

—Administrad entonces ese don como estiméis conveniente —repuso Meleagant con indiferencia—. Tenéis tanto interés en obtener la victoria sobre Arturo como yo..., si no más. Eso me basta como garantía. De momento, voy a organizar a mis tropas para que se dividan en dos facciones. Una hará frente a los sajones de Aellas y otra al ejército de Arturo. Ellos no esperan encontrarnos preparados para el ataque, lo que nos otorga cierta ventaja. Y he enviado espías a seguir sus movimientos. Con un poco de previsión, podremos elegir nosotros el lugar del choque con los dos ejércitos. Eso es tener media guerra ganada.

—¿Pensáis salir a su encuentro? No lo hagáis —dijo Mordred—. Tengo un plan mejor.

—Vuestra idea de ir a Ávalon —recordó Meleagant en tono escéptico—. Sería un golpe de efecto, ya lo reconocí en su día. Pero no podemos arriesgarnos a que, mientras tanto, el enemigo atraviese las fronteras de Gorre.

—Olvidáis que contáis con la mejor protección posible frente a Arturo: en Gorre no funciona el velo de Britannia. Sus guerreros, lo mismo que los sajones, se han acostumbrado a contar con esa ayuda a la hora de combatir. Arturo no se arriesgará a meterlos en vuestro territorio si puede evitarlo.

—Aun así, debemos estar preparados. No dirigiré todas mis fuerzas contra Ávalon, Mordred. Sería absurdo. Pero lo que sí puedo hacer es ofreceros un pequeño destacamento que os permita hacer allí... lo que sea que queréis hacer.

—Deseo hacerme con el dominio de la isla. En vuestro nombre, por supuesto. Expulsar a las damas... Eliminarlas, si es necesario. O bien utilizarlas para que nos enseñen a usar la tecnología que custodian allí.

—¿Lo veis posible?

Mordred se encogió de hombros.

—Tal vez. Es cuestión de ser lo suficientemente persuasivo.

La mirada de Meleagant se volvió, por un momento, desafiante.

—¿Por qué no me decís la verdad? — preguntó—. ¿Por qué no me decís que es vuestra hermana lo que os atrae a Ávalon? Tengo una teoría al respecto, ¿sabéis? Creo que queréis aseguraros de que realmente está muerta. Y, si no lo está todavía..., os aseguraréis de matarla.

Mordred sintió una oleada de calor en sus mejillas. No recordaba haberse trazado ningún plan concreto respecto a Gwenn, pero aun así... se reconocía en las palabras de Meleagant. Se dio cuenta de que, en el fondo, aquella motivación había estado desde el primer momento

en el corazón de sus planes.

—¿Os parece mal? —preguntó, sosteniendo la mirada del señor de Gorre.

Meleagant pareció reflexionar antes de emitir su respuesta.

—Si la reina estuviese viva de verdad, creedme, tendría mejores planes para ella que acabar con su vida. Es una mujer magnífica, vuestra hermana; y poseerla significaría poder aspirar a la legitimidad del trono de Britannia..., la misma legitimidad que podéis esgrimir vos. Pero, sinceramente, creo que las historias sobre su estado de inconsciencia después del episodio del Grial en Camelot son solo leyendas. Ha

pasado casi un año desde que ocurrió; si no la hemos vuelto a ver, es porque ni las damas ni toda la tecnología de Ávalon han conseguido despertarla.

—Aun así es probable que su cuerpo siga respirando —dijo Mordred—. Que se mantenga vivo..., aunque inconsciente.

—Si la encontráis en ese estado, haced con ella lo que mejor os parezca. Tal vez nos convendría encontrar la forma de despertarla y utilizarla como rehén frente a Arturo, pero dudo que eso sea posible. De serlo, ya lo habrían logrado ellos. Aun así pensadlo bien antes de enviar a vuestra hermana definitivamente al Sith. Pensad en lo útil

que nos podría resultar, y no os dejéis llevar por el rencor. Confío en vuestro buen criterio, Mordred. Demostradme con esto de Ávalon que sois tan buen estratega como adivino y haré pública nuestra alianza. De lo contrario, no querré más tratos con vos. Es todo cuanto os puedo decir.

Capítulo 16

El ruinoso castillo junto al lago parecía abandonado, pero Mordred sabía que no lo estaba. Con los ojos del niño que custodiaba en su interior, había visto la habitación ovalada en la que mantenían vigilado día y noche el cuerpo de Gwenn. Más de la mitad del tiempo era Lance, la mano derecha de Arturo, quien permanecía a su lado. El resto de las horas de vigilancia estaban a cargo de

Nimúe, que había regresado de Camelot para cumplir aquella tarea. Ocasionalmente, alguna de las damas de Ávalon sustituía por un breve intervalo a los dos guardianes principales; pero lo normal era que o bien Lance o bien Nimúe se encontrasen junto a Gwenn.

Oculto en el bosquecillo de manzanos, Mordred maldijo entre dientes a Meleagant por no haberle facilitado el número de hombres que habría garantizado el éxito de su misión. Setenta guerreros no eran suficientes para tomar la isla. Cuando Meleagant le hizo el ofrecimiento pensó que bastarían, pero, antes de que el grueso de su destacamento llegase hasta el lago,

los rastreadores que habían enviado por delante regresaron con malas noticias. Según ellos, Ávalon estaba blindada. Cuatro campamentos de soldados se repartían la vigilancia de las orillas, impidiendo que nadie embarcase sin su conocimiento. En cada uno de los campamentos había entre trescientos y quinientos hombres. No valía la pena intentar una invasión militar.

Al ver sus planes frustrados, Mordred había comprendido que no podía seguir dándole la espalda a su don. Necesitaba información precisa para sacar algo de aquella aventura, por muy doloroso que resultase el proceso de obtenerla. Así que, mientras él y sus hombres

permanecían escondidos en el bosque a una distancia prudente del lago, se obligó a viajar en el tiempo durante varias noches sucesivas. Así pudo saber cuál sería la siguiente madrugada de niebla y estudiar la posición exacta de los centinelas de la orilla en esa noche. También vio el castillo, el cuerpo de Gwenn, a Lance y al exiguo destacamento que lo acompañaba, y la vida monacal que llevaban en su edificio de piedra las damas de Ávalon. Con toda esa información, se trazó un plan. Utilizaría lo que había descubierto para navegar, él solo, hasta la isla. Una vez allí, trataría de robar parte de la tecnología antigua que las damas

conservaban en sus instalaciones. De esa forma, al menos, el viaje no habría sido en vano.

Contó con el tiempo justo para recuperarse del dolor y la fiebre antes de la noche elegida para su incursión. Pese al malestar que todavía le acompañaba, lo tenía todo dispuesto, y el plan salió tal y como estaba previsto. Excepto en un pequeño detalle: sus pasos no le habían llevado finalmente hasta el edificio de las damas, donde estaban los artilugios antiguos que quería robar, sino al castillo en ruinas. Se aproximaba la hora a la que Lance sustituiría a Nimúe en la vigilancia de Gwenn. Sabía que Nimúe y Lance

permanecerían unos momentos hablando en la antecámara, y que durante ese tiempo dejarían a Gwenn sola. Era todo lo que necesitaba.

No lo había planeado de antemano. Al menos, no era consciente de haberlo hecho. Y sin embargo, ahora que se hallaba a la entrada del castillo se daba cuenta de que tenía pensado punto por punto lo que debía hacer. Conocía la ruta a través de pasillos y escaleras que debía seguir. Tenía claro dónde podía esconderse si alguien se cruzaba en su camino. Y sabía que, si se colaba en las habitaciones de servicio, podría acceder a la cámara oval por una puerta disimulada en la pared sin toparse con

Lance o con Nimúe.

Paso a paso, siguió el camino que se había trazado. Desde la puerta oculta de la cámara oval, espió cómo Lance se despedía de Gwenn tomando una mano de la muchacha entre las suyas y llevándosela a los labios. Después, oyó sus pasos al salir, y un momento más tarde, la voz de Nimúe en la antecámara, saludándolo.

Sabía que disponía de unos cuantos minutos para colarse en la habitación sin estorbos ni interrupciones. Lo había visto. De modo que empujó la portezuela disimulada entre los relieves de yeso dorado de la pared y se coló dentro.

Con paso decidido, se acercó al lecho donde yacía su hermana. Una de sus muñecas estaba conectada a un tubo largo y transparente que terminaba en una bolsa llena de líquido y colgada de una percha metálica. Recordaba haber visto dispositivos semejantes en el pasado, en las instalaciones donde Joseph experimentaba con las versiones jóvenes de las damas de Ávalon. Servían para alimentar por vía intravenosa a las personas que no podían tomar alimento de manera natural.

Mordred se inclinó sobre el rostro inerte de Gwenn y estudió con atención sus rasgos. Los ojos, la nariz fina y

recta..., se parecía a él más de lo que habría querido admitir, pese a que ambos eran hijos de padres distintos.

Meleagant tenía razón. Se había empeñado en ir a Ávalon por ella. El niño la temía. Creía que, si lograba volver de aquel pasado en el que ambos habían coincidido, no pararía hasta destruirle. Si alguien podía hacerlo era Gwenn. Tenía el mismo don que él..., o el mismo maleficio, dependiendo del punto de vista. Podía trasladar su conciencia en el tiempo, asistir a acontecimientos del futuro para luego utilizar esa información y anticiparse a ellos. Aún no había encontrado el camino de vuelta. Pero cuando lo

hallase...

Debía actuar antes de que eso ocurriera.

Mordred se fijó en los ojos cerrados de su hermana. Parecía completamente insensible, ajena a todo.

—Hazlo ahora —dijo la voz del niño en su pensamiento—. Nimúe entrará dentro de poco. Ahora es el momento.

Mordred extrajo de su cinturón una daga. Se la había quitado a un sajón, compañero suyo de armas que había muerto en una escaramuza. Cuando ocurrió debía de tener solo doce o trece años.

Con el arma en la mano, se aproximó aún más a Gwenn. Iba a resultarle muy

fácil matarla.

Sostuvo el puñal en la palma de la mano y se quedó un rato mirándolo con expresión absorta. Le tenía cariño a aquel pedazo de acero. Le había salvado el pellejo muchas veces. ¿A cuántos hombres habría matado con él? A más de veinte, seguro. Lo había utilizado tanto o más que su espada.

En todas aquellas ocasiones había corrido algún peligro. En todas, salvo en la última. Solo tenía que hundir la hoja en el corazón de su hermana y largarse. Así de sencillo.

Solo que una parte de él no quería hacerlo.

El niño vociferaba dentro de su

conciencia, desesperado.

—No volverás a tener una ocasión como esta. Ella quiere matarnos, Mordred. Quiere acabar con nosotros.

—Eso no lo sabemos. En el pasado te ayudó. Aun sabiendo quién eras.

—Eso no significa nada. Da igual cuáles sean sus intenciones o sus sentimientos hacia nosotros. Nos hará daño, aunque sea involuntariamente.

—Si eso ocurre, siempre tendremos tiempo de usar la daga.

—No. Ahora es más fácil. —La voz del niño se entrecortaba, ahogada por su agitada respiración—. Por favor...

—No. Ahora no.

En la mente de Mordred se hizo un

profundo silencio. Era como si el niño se hubiese esfumado, ya no podía percibirlo.

Sonrió. Hacía semanas que no experimentaba un alivio semejante.

Se había ido. Quizá no para siempre, pero por el momento, al menos, no tendría que soportarlo.

Sabía que debía darse prisa si no quería ser sorprendido en aquella actitud junto al cuerpo de Gwenn. Pese a todo, no se movió. Un plan nuevo comenzaba a germinar en su cabeza.

Escuchó sereno la conversación que llegaba a su fin al otro lado de la puerta. No entendía las palabras, pero el tono de las voces indicaba que Nimúe y

Lance se estaban despidiendo.

Tuvo el reflejo de situarse a la derecha de la puerta principal, pegado a la pared, un instante antes de que esta se abriese.

Nimúe entró, se acercó con paso relajado al sillón de cuero que solía ocupar junto a la cabecera de la cama. Mordred lo tuvo muy fácil para abalanzarse sobre ella desde atrás y ponerle la daga en el cuello.

Antes de que la dama pudiera gritar, le tapó la boca con la otra mano.

—Ven conmigo —le dijo—. No te pasará nada si no te resistes.

La dama dejó de forcejear con él. Arrastrarla hacia la puerta oculta y

sacarla de la cámara oval resultó tan fácil como un juego de niños.

Al menos se iría de Ávalon con algo que ofrecerle a Meleagant. No era su hermana, pero sí una rehén que podía resultarles casi igual de valiosa.

Capítulo 17

Mordred habría preferido no tener que recurrir al niño para salir de la isla, pero necesitaba información para eludir a los centinelas de Lance. El pequeño se resistió a colaborar al principio; seguía enfurruñado porque no le había hecho caso con respecto a Gwenn. Al final, sin embargo, no pudo ignorarle, y abrió para él un túnel en el tiempo que le permitió estudiar el lugar donde había

dejado la barca durante las horas siguientes. Así fue capaz de elegir el mejor momento para embarcar con Nimúe y alejarse del peligro.

Mantener a la dama callada resultó más complicado de lo que había previsto. Tuvo que amordazarla con un retazo de tela arrancado del propio vestido de su prisionera. Por fortuna, Nimúe era tan ligera y frágil que, incluso cuando forcejeaba, resultaba relativamente sencillo dominarla. Durante buena parte del trayecto hasta la orilla del lago, Mordred la llevó cargada a su espalda, como si fuera un saco. Los puños de Nimúe apedreaban sus brazos como granizo, hasta que se

cansó de golpear. Finalmente, debió de llegar a la conclusión de que le convenía administrar mejor sus fuerzas, porque se quedó quieta y se dejó llevar hasta la barca como un peso muerto.

Ya en su interior, mientras Mordred se disponía a empuñar los remos, observó los movimientos de la dama para desestabilizar la embarcación. Alarmado, cogió un cabo de cuerda que encontró junto al timón y la ató de pies y manos. Nimúe comprendió que aquella estrategia tampoco iba a servirle, y durante el resto de la travesía no intentó nada más.

Una vez llegados a la otra orilla del lago, Mordred respiró aliviado. Caía la

noche, y a aquella hora las tropas de Arturo regresaban a sus cuarteles para compartir la cena, dejando solo la vigilancia imprescindible en las zonas de embarque principales. Él había tenido buen cuidado en dirigir la barca hacia el mismo lugar del que había partido, un punto ciego entre los juncos donde previamente había ordenado a sus hombres construir un tosco muelle de madera.

Desde aquel sitio al molino abandonado donde había dejado a dos de sus hombres de confianza con provisiones y caballos no tardó ni una hora, a pesar de tener que cargar con Nimúe.

Ya en el molino, Mordred desató a la dama y le quitó la mordaza. Se encontraban en una desvencijada cocina que antaño había formado parte de la vivienda del molinero. Uno de sus guerreros estaba colocando sobre la mesa un poco de queso, vino y carne en salazón, tal y como le había ordenado nada más llegar. Cuando terminó, Mordred le exigió que saliese y lo dejase a solas con la dama. Después partió con su daga un pedazo de queso y se lo ofreció a Nimúe.

—Deberías comer —le dijo—. Yo, por lo menos, estoy hambriento. Come. Quizá no tengas ocasión de hacerlo en las próximas horas.

—Devuélveme a la isla. —Fue la respuesta de la dama—. Esto es ridículo, Mordred. Notarán mi ausencia, vendrán a por mí.

La voz de Nimúe sonaba enronquecida después de haber permanecido amordazada durante tantas horas.

—No es tan fácil como crees —contestó Mordred—. No estoy solo. Formo parte del ejército de Meleagant. Nos dirigimos a su castillo en Gorre. ¿Crees que Merlín podrá sacarte de allí?

La dama se mordió el labio inferior. Por lo visto, le había sorprendido desagradablemente que Mordred estuviese al tanto de su relación con

Merlín.

—¿Qué quieres? —le preguntó, clavándole sus serenos ojos azules—. Si no me has matado allá en Ávalon, debe de ser porque quieres algo de mí. Cuanto antes me digas lo que es, antes terminaremos con esto.

—Meleagant me pidió que le llevara a alguien que pudiera ser utilizada como rehén. Y de repente lo vi claro: tenías que ser tú. Merlín hará cualquier cosa para rescatarte. Todos sabemos que tú eres su principal debilidad... desde hace mucho tiempo.

—Merlín es más astuto que Meleagant y tú juntos —replicó Nimúe con sorna—. No caerá en una trampa tuya así

como así. Ni siquiera conmigo de por medio.

Mordred se concentró en el bocado de carne ahumada que estaba masticando. No quería dejarse arrastrar por las provocaciones de la dama. Era consciente de la superioridad de Nimúe en lo que a técnicas de manipulación se refería. No pensaba competir con ella. Debía concentrarse en lo que necesitaba que la dama le contara y no permitir que ella dirigiese la conversación hacia territorios en los que no se sentía seguro.

—¿Cómo está Gwenn? —preguntó—. No tenía mal aspecto. Sinceramente, había llegado a pensar que los rumores

sobre su estado eran falsos, que Arturo los había hecho correr a propósito, y que en realidad había muerto.

—Ya has visto que no —replicó Nimúe con aspereza—. Su estado físico no es malo. Es su mente la que no..., bueno, no quiere despertar.

Mordred asintió pensativo.

—Quizá lo consiga —murmuró—. O quizá no. Tú debes de saberlo mejor que yo.

Sus ojos se encontraron una vez más con los de Nimúe. De repente, sintió el impulso de sincerarse con ella, de hablarle del niño y de todo lo que había vivido. Al fin y al cabo, ella procedía de aquel mundo donde su conciencia

infantil había permanecido atrapada durante años, aunque en su recuerdo solo habían sido meses.

—Te recuerdo como eras entonces — prosiguió sin dejar de mirarla—. Tu rostro no ha cambiado mucho, pero la expresión... no tiene nada que ver. Estabas tan viva, tan llena de ilusiones. ¿Lo recuerdas?

Una sombra oscureció las facciones de Nimúe.

—Empecé a recordar cuando Gwenn nos liberó del Grial. Pero hace tanto tiempo... Muchos detalles se han borrado para siempre. Y gran parte de lo que queda es confuso, no tiene ningún sentido para mí.

—¿No recuerdas al niño al que estaban estudiando en las instalaciones del complejo? ¿No la recuerdas a ella?

Nimúe lo miró con miedo.

—El niño —dijo—. Tengo un vago recuerdo, sí. Y sobre ella... Recuerdo una fiesta, justo antes de la caída de Britannia. Estaba con Dana, creo. Pero a veces, en mi memoria, el rostro de Dana se confunde con el de Gwenn. Es extraordinario cómo se parece a su antepasada.

—Nuestra antepasada —corrigió Mordred—. También yo desciendo de ella. Y sobre esa fiesta..., creo que no era Dana la que habló contigo. Yo no estuve presente, claro. Joseph me tenía

encerrado, no me permitían interactuar mucho con vosotras, especialmente al final. En todo caso, juraría que Dana no estaba en el complejo en la época en que Gwenn estuvo allí.

—Nada de lo que dices tiene sentido—replicó Nimúe lentamente—. Estás intentando confundirme. Deja el pasado en paz. Eso fue hace cientos de años, y ni tú ni Gwenn podíais estar allí.

Mordred reprimió una sonrisa. Por pura intuición, había escogido el único tema de conversación capaz de alterar a Nimúe: el pasado y aquellos recuerdos que, en su mente, no cuadraban.

—Estuvimos los dos. Yo más tiempo que ella. Pero yo pude regresar cuando

llegó el cataclismo, y Gwenn..., me temo que no. Me pregunto cómo será estar allí sin avatar. Porque nosotros solo viajamos con la conciencia a aquel tiempo. Todo lo que utilizábamos para interactuar con Joseph y con vosotras era información cargada en Britannia. Nos veíais, podíais incluso tocarnos..., pero solo hasta que Britannia cayó.

—Me estás diciendo que, cuando eso ocurrió, tú conseguiste volver, y que ella..., que Gwenn...

—No tenía tanta práctica como yo. Piensa que su primer y único viaje con la conciencia tuvo lugar cuando el Grial «descendió sobre ella», como dicen las canciones del vulgo. Me imagino lo que

debió de ser perder a su avatar. Yo lo viví con angustia, pero al mismo tiempo fue una liberación, el impulso que necesitaba para encontrar el camino de vuelta. Ella... No sé. No volví a saber nada de Gwenn.

—Si se quedó atrapada en el complejo después de que cayera Britannia..., debió de quedarse sola —murmuró Nimúe. El tono atemorizado de su voz reflejaba el horror que sentía—. Nosotras nos fuimos al día siguiente. Joseph nos sacó de allí. No volvimos nunca. Tengo recuerdos muy dispersos de los meses que siguieron. Tuvimos problemas de salud, no había forma de monitorizar los implantes biónicos que

nos habían introducido. Lo pasamos mal.

—Tuvo que ser duro —dijo Mordred con una frialdad que desmentía la empatía de su observación.

Nimúe buscó una vez más su mirada.

—¿Podrías volver a por ella? —preguntó—. ¿Despertarla?

Mordred sintió un escalofrío. Nunca se le había ocurrido esa posibilidad.

—No volvería allí por nada del mundo —respondió secamente—. Olvídalo.

—En ese caso, nunca podrá regresar. Es como si estuviese muerta.

—Sí. Es exactamente así.

Advirtió el desánimo de la dama, su profunda tristeza. Debía aprovechar el

momento: quizá no se presentaría otro tan propicio.

Llamó a uno de sus hombres e hizo traer pergamino y un tintero. Puso ambas cosas delante de Nimúe.

Ella alzó la vista hacia él con expresión interrogante.

—¿Para qué es esto? —preguntó.

—Escribe a Merlín —ordenó Mordred—. Dile que me espere la segunda noche después de la luna nueva a la entrada de la aldea de Finchale, junto a la ermita en ruinas. Le dará tiempo de sobra a llegar desde Camelot. Dile que, si quiere volver a verte con vida, tendrá que reunirse allí conmigo. Y aclárale que debe ir solo, y que si algo

me ocurre a mí, Meleagant se encargará de que seas torturada hasta la muerte.

—¿Pretendes que yo le escriba eso? Mordred...

—Puedo obligarte, Nimúe. Solo nos costará más tiempo por ambas partes, y a ti más dolor. Créeme, no te conviene ponerme a prueba. Escribe. No tengo mucha paciencia, quizá ya lo hayas oído decir.

Nimúe lo contempló fijamente durante unos instantes. Después, con dedos temblorosos, cogió la pluma y la hundió en el tintero.

Durante un rato solo se oyó el chirrido de la pluma sobre el pergamino. La dama escribía con destreza, y no

tardó demasiado en completar el mensaje destinado a Merlín.

Cuando dio por concluida la carta, sopló sobre la tinta suavemente para que se secase. A continuación, tomó el pergamino por un extremo y se lo entregó a su captor.

Capítulo 18

La ermita de Finchale era una humilde construcción de piedra con una torre semiderruida de la que los bandidos habían robado incluso la campana. Mordred la había elegido como lugar para el encuentro con Merlín porque las gentes de los alrededores la consideraban un lugar maldito desde hacía décadas, y los aldeanos no se atrevían a acercarse a ella de noche. Él

la había descubierto por casualidad, durante una incursión con su grupo de mercenarios, poco antes de la batalla del monte Badón. El enclave se le quedó grabado en la imaginación por su aspecto lúgubre, con una fachada principal que se mantenía milagrosamente en pie exhibiendo sus toscos arcos labrados y un nogal de enormes proporciones que había crecido en lo que antaño había sido el interior del templo, después de que se derrumbasen las bóvedas.

Cuando llegó era noche cerrada, y la luna, una hoz de hoja finísima, no brillaba lo suficiente como para ahogar en su luz el resplandor de las estrellas.

Se oía el chirrido de un insecto nocturno, a pesar de que el verano había quedado atrás hacía semanas.

Mordred dejó su caballo atado a la orilla del camino y se aproximó con cautela a la construcción en ruinas. Tal y como esperaba, Merlín ya le estaba aguardando. Recorría frenético, de un lado a otro, la longitud de la fachada de la ermita, sin detenerse jamás y sin despegar los ojos del suelo.

Mordred dio una vuelta alrededor del edificio para asegurarse de que el mago había cumplido sus condiciones y estaba solo. Cuando comprobó que así era, caminó resueltamente hacia Merlín, sin intentar ocultarse en ningún momento.

En cuanto lo vio, Merlín fue a su encuentro con un gesto entre amenazador y desesperado.

—Pequeño intrigante —saludó, conteniendo a duras penas su rabia—. No estarías vivo si no fuera por mí. ¿Dónde la tienes? Si le has hecho algo, te juro que...

—Yo también me alegro de verte, Merlín —le interrumpió Mordred en tono burlón—. Como te puedes imaginar, no la he traído conmigo. Pero está bien, te lo aseguro. No soy ninguna bestia sanguinaria. Cuando torturo a alguien, lo hago con un propósito. En este caso, todavía no he tenido motivos para ensañarme con Nimúe.

—Todavía —bufó Merlín—. Quieres asustarme. Piensas que así me vas a poder manipular, pero te equivocas.

—De momento, estás aquí. Y si has venido, es porque estás dispuesto a escucharme. Lo contrario sería, además de absurdo, muy peligroso para ti y para tu dama.

—Que vaya a escucharte no quiere decir que vaya a seguir tus órdenes. Pon los pies en la tierra, Mordred. Soy Merlín. Puedo usar mi magia no solo para protegerme de ti, sino también para darte tu merecido.

Mordred observó a Merlín en silencio. La escasa luz de las estrellas apenas le permitía distinguir su rostro.

De repente, todo el cansancio de las últimas jornadas se le vino encima. Se sentía hastiado, no quería prolongar aquel juego de desafíos y amenazas durante más tiempo del necesario.

Después de su primera conversación con Nimúe, una idea había ido germinando en su mente: enviar al niño otra vez al pasado, traer de vuelta a su hermana... ¿Por qué no? Si se lo proponía, estaba seguro de que podía hacerlo.

Era un plan arriesgado, pero había considerado cuidadosamente todas las alternativas. A pesar de lo que le había dicho a Nimúe, estaba convencido de que lo más probable era que Gwenn

encontrase antes o después la forma de regresar a su cuerpo y a su época. Al fin y al cabo, su conciencia no era más que información, y tenía todo el tiempo del mundo para aprender, para practicar hasta dar con la manera de abrir a voluntad aquellos túneles en la conciencia que él también dominaba.

Si Gwenn iba a volver de todas formas, ¿por qué esperar a que lo hiciese por sí misma? Él podía adelantarse, traerla antes de que estuviese preparada, y en las condiciones más convenientes para él. Si conseguía que despertara, podría utilizarla a su favor. Con Gwenn como rehén, Arturo se vería atado de pies y

manos, y toda su estrategia militar tendría que cambiar.

Y además, estaba Lance. ¿Cómo reaccionaría el caballero en caso de que le ofreciera resucitar a Gwenn a cambio de su apoyo? Su lealtad a Britannia empezaba y terminaba en Gwenn: nadie ignoraba su amor por la reina. Ni siquiera era preciso que se cambiase de bando y combatiese al lado de Meleagant. Bastaría con que se abstuviese de intervenir.

Cuanto más lo pensaba, más factible le parecía aquel plan: usar a su hermana para privar a Arturo de su caballero más brillante. Si Arturo perdía de golpe a su esposa y a Lance, se hundiría

moralmente. Y con eso, el bando de Meleagant tendría media guerra ganada.

Lo único que necesitaba para poner en práctica aquella locura era asegurarse de que Lance accediese a escucharle. Y ahí era donde encajaba Merlín.

Casi todo lo que sabía del mago procedía de los rumores y leyendas que corrían sobre él, pero, si esos rumores eran ciertos, estaba bastante seguro de que la intimidación por sí sola no le bastaría para lograr que colaborase. Tenía que pedirle algo que él pudiera cumplir sin hacerle sentir que estaba traicionando a su rey o a Britannia. Algo aparentemente trivial, cuyo propósito no

estuviera del todo claro. Solo así conseguiría que aceptase la transacción que iba a proponerle.

—No quiero que Nimúe muera — afirmó con gravedad—. Te la devolveré en cuanto hagas lo que te pido.

—Si eso significa pasarme a tu bando, o engañar de algún modo a Arturo...

—No, Merlín. Es algo sencillo y puntual. Necesito que lleves un mensaje a Ávalon.

El mago arqueó las cejas, sorprendido.

—¿A Ávalon? ¿Dirigido a quién, a Viviana?

Mordred asintió.

—A Viviana, a todas las damas..., a cuantos se encargan allí de la custodia de Gwenn. Solo tienes que decirles que Meleagant y yo tenemos a Nimúe, y que tú sabes cómo recuperarla.

Merlín frunció las cejas, y una sonrisa de incredulidad afloró a sus labios.

—¿De verdad crees que voy a dejarme utilizar para conducir a Lance y a sus hombres a una emboscada?

Mordred se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras. Yo te diré dónde y cuándo ir a buscar a Nimúe, y si la quieres de vuelta tendrás que ir a por ella. Pero no te recomiendo que vayas solo. Mejor que Lance te acompañe. Y quizá necesitéis un destacamento para

protegeros. Es un consejo, nada más.

—¿Y cómo sé que no vas a engañarme? ¿Cómo me vas a garantizar que Nimúe estará allí?

—No te lo voy a garantizar, Merlín. No estás en situación de exigir garantías. Vete al sitio indicado en la fecha fijada y comprobarás si digo o no la verdad.

—El sitio fijado... ¿Cuál es?

Mordred llevaba la respuesta preparada de antemano.

—El puente de los tres arcos sobre el río Culragh. Está a menos de media jornada de Ávalon.

—Conozco el lugar —contestó Merlín pensativo—. Es bastante abierto, no se presta a una encerrona. ¿Por qué lo has

elegido?

—Porque quiero asegurarme de que transmites mi mensaje.

Merlín entrecerró levemente los ojos, como tratando de descifrar la expresión de Mordred en la oscuridad de la noche.

—Es evidente que ocultas algo. No te habrías molestado en raptar a Nimúe solo para devolvérnosla así, sin más. Quieres que arrastre a Lance a ese lugar.

—Tal vez —admitió Mordred, consciente de que negarlo habría resultado poco creíble—. Ya ves que pongo mis cartas sobre la mesa. Quiero luchar con él. Pienso que puedo ganarle. Y eso representaría un duro golpe para vuestro bando.

—Mordred, Lance es conocido en Britannia como «el mejor caballero del mundo». Y no se ha ganado ese sobrenombre por casualidad. Tú lo sabes. Lo que estás tramando es... descabellado.

Mordred sonrió.

—¿Lo es? Tanto mejor para vosotros, entonces. Tú me conoces bien, Merlín, al menos de oídas. Estoy seguro de que te han contado historias truculentas acerca de lo que les ocurría a las mujeres y los niños de las aldeas que mis guerreros y yo saqueábamos. La mitad de lo que se dice no es cierto, pero la otra mitad... Piensa en esa otra mitad, y piensa en Nimúe. Si no quieres

arriesgarte a perderla del todo, acude al puente en la siguiente luna llena. Y no vengas solo. No se te ocurra venir solo.

—No me la devolverás —murmuró Merlín. A pesar de la oscuridad, a Mordred le pareció distinguir el brillo de las lágrimas en sus ojos—. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Mordred se acercó un par de pasos al mago, hasta quedar frente a él. Lo miró con ojos retadores.

—Tienes mi palabra —dijo—. ¿No crees en ella? Haces mal, mago. Una de las cosas que más me irritan en este mundo es que la gente no se fíe de mí.

LIBRO III
Sacrificio

Capítulo 19

Lance se había acostumbrado de tal forma a permanecer durante horas junto al lecho de Gwenn, que el resto del tiempo sentía que todo lo que le rodeaba era inconsistente, irreal. La vida para él se encontraba entre aquellas cuatro paredes donde no había otra cosa que hacer aparte de contemplar el sueño de la reina. Los minutos transcurrían allí a otro ritmo, y a pesar del silencio y de la

inacción Lance no recordaba haber experimentado jamás ni un instante de aburrimiento en su encierro. A menudo le hablaba en voz alta a la reina; o se imaginaba las conversaciones. Con frecuencia se dedicaba a contemplarla en silencio, sin pensar en nada, totalmente concentrado en admirar su belleza.

Su estado de ánimo podía oscilar de un extremo al otro varias veces a lo largo del día. Pasaba del desconsuelo absoluto a la esperanza con enorme facilidad. Si creía advertir un parpadeo en el rostro dormido, si al tocar la mano de Gwenn notaba un calor mayor en su piel, si sus mejillas cambiaban de

color... Cualquier cambio, por nimio que pareciese, era interpretado por él como un avance.

Lo malo era que, después de aquel entusiasmo momentáneo, los hechos nunca terminaban justificando su optimismo. Pasaban los meses y Gwenn no mejoraba. Se hallaba exactamente en el mismo estado que el primer día. Y ello, a pesar de los intentos de Viviana y de las otras damas por utilizar la tecnología de Ávalon en su beneficio. Ninguno de los tratamientos que habían probado con ella había demostrado la menor utilidad. Y aunque no lo decían, él notaba el creciente desánimo de las damas. Se daba cuenta de que, cuanto

más tiempo pasaba, mayor era su escepticismo respecto a la posibilidad de que Gwenn recuperase algún día la conciencia. Incluso habían intentado transmitirle aquella convicción a Arturo, aunque por fortuna no lo habían logrado.

Arturo. Lance le estaba profundamente agradecido por haberle encomendado la custodia del cuerpo de Gwenn, aun sabiendo lo que aquella misión significaba para él. Desde el momento en que perdieron a la reina, comenzó a tener la sensación de que Arturo solo se sentía a gusto en su compañía y de que solo confiaba en él. Lance comprendía bien aquel cambio del rey: lo que Arturo necesitaba, en

realidad, era sentir que tenía al lado a alguien que amaba a Gwenn tanto como él. Sabía que Lance entendía su sufrimiento, y también que podía confiar ciegamente en su lealtad a la reina. Por eso le había encomendado la tarea de protegerla. Lo había dejado en el lugar en el que a él mismo le habría gustado permanecer, si se lo hubiesen permitido sus obligaciones como soberano.

Lance clavó la mirada una vez más en el rostro de Gwenn, atento a su respiración. Había adelgazado un poco en el tiempo que llevaba inconsciente, pero eso no disminuía su belleza. Los pómulos marcados acentuaban la pureza de sus facciones, revelando una

sensualidad que quizá, en otros tiempos, resultaba más difícil de percibir. No era un rostro perfecto: nunca lo había sido. Pero cada pequeña imperfección formaba parte, para Lance, de lo que lo volvía único, inolvidable. Así había sido para él desde la primera vez que la vio, la noche del asedio de Londres; y así sería mientras viviese.

Pensar en Londres lo devolvió a la realidad: Merlín estaba aguardando a que finalizase su turno para entrevistarse con él. Lance había retrasado la entrevista a propósito... Hacía rato que había oído entrar en la antecámara a Viviana, y la dama no era conocida por su paciencia. Le gustaba ser puntual

tanto en el inicio de sus guardias como en la hora de su finalización.

La perspectiva de abandonar a Gwenn para ir a hablar con el mago no le seducía en absoluto. Sabía de sobra a qué había venido: iba a pedirle cuentas sobre la desaparición de Nimúe. En el mensaje que le había enviado para anunciarle su llegada, le advertía de que Arturo respaldaba aquella visita. Merlín estaba desesperado por la desaparición de la dama; lo comprendía, y estaba dispuesto a aceptar su responsabilidad en el asunto. Pero si eso significaba alterar de alguna manera el régimen de vigilancia de la reina, pensaba negarse.

Como hacía cada vez que se despedía

de ella, apretó suavemente la mano de Gwenn y esperó un momento en silencio. Algún día, quizá, ocurriría algo... Algún día.

En todo caso, no sería esa tarde. La absoluta inmovilidad de la reina no dejaba lugar a dudas.

De mala gana, se dirigió a la puerta que comunicaba con la antecámara. Viviana se puso de pie en cuanto lo vio en el umbral.

—Iba a entrar a buscarte —dijo, áspera—. No está bien hacer esperar a un hombre en las condiciones en que se encuentra Merlín.

—¿En qué condiciones? —quiso saber Lance.

Viviana lo miró con severidad.

—Parece que ha envejecido veinte años. ¿Eso te sorprende? Tú sabes lo unidos que estaban. Todavía no consigo comprender cómo ocurrió. Solo espero que esté viva. Me da la impresión de que Merlín tiene noticias. Querrá compartirlas contigo antes que con nadie. Está claro que viene a pedirte ayuda.

—No sé qué cree que puedo hacer yo...

—Lance, por favor. Si hay alguien en Britannia que sabe cómo enfrentarse a Mordred, eres tú.

—Ni siquiera estamos seguros de que haya sido él.

—Está claro que ha estado en las inmediaciones del lago. Incluso se sabe dónde acamparon él y sus hombres. Los aldeanos no hablan por hablar. Ha sido Mordred, Lance. Y tú sabes lo que significa eso. Es capaz de cualquier cosa. Ayuda al mago; es tu deber.

Lance asintió y se despidió sin añadir una sola palabra. No necesitaba que Viviana le recordase cuál era su deber para cumplirlo, y le molestaba profundamente que la dama hubiese juzgado necesario hacerlo.

Merlín lo esperaba en el patio trasero del castillo, un agradable espacio donde crecían rosales de diversas variedades junto con otras plantas trepadoras. Al

ver al anciano envuelto todavía en su polvoriento manto gris de viaje, Lance sintió una punzada de culpabilidad. Si él hubiera estado más atento, si no hubiese tenido todos sus pensamientos puestos en Gwenn, tal vez podría haber impedido el rapto. En cualquier caso, era ya demasiado tarde para lamentarse.

Merlín se levantó del banco donde se había sentado nada más verlo.

—Lance. Por fin. Se me ha hecho eterna la espera. ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba haciendo mi turno a la cabecera de la reina —replicó Lance, forzando una sonrisa—. Siento haberos hecho esperar.

Con un gesto, invitó al mago a sentarse de nuevo, y él hizo lo propio.

Merlín se instaló renqueante en el duro asiento de piedra y meneó la cabeza, descontento.

—Uno de los mejores guerreros del reino haciendo labores de enfermero —gruñó—. Arturo y tú os habéis vuelto locos. Como si con eso fueseis a devolverle la conciencia. No volverá porque os empeñéis vosotros dos.

—Eso ya lo sabemos. Pero el rey quiere que, cuando abra los ojos, lo primero que vea sea un rostro familiar.

Merlín puso los ojos en blanco.

—«Familiar». Sí, es una forma de decirlo. Que me aspen si entiendo a

Arturo. En fin, no voy a insistir en eso, ya lo he intentado con él y no ha servido de nada. Lo que me trae aquí es otra cosa, Lance, ya lo sabes.

El caballero asintió.

—Nimúe —dijo—. ¿Habéis tenido noticias suyas?

—La tiene Mordred —contestó el mago, y guardó silencio unos segundos antes de proseguir—. Me reuní con él. Me ha dicho cómo y dónde podemos recuperarla.

—Entonces, está bien. —Lance suspiró aliviado—. ¿Tenéis alguna prueba?

—No, no la tengo. Pero no creo que le haya hecho daño... Todavía. Está

claro que Nimúe es solo un instrumento que pretende utilizar para conseguir a alguien de mayor relevancia para el reino. Y ese alguien... eres tú.

A Lance le sorprendió la claridad de Merlín.

—¿Os lo dijo él, o es algo que sospecháis? —preguntó.

—Prácticamente me lo dijo. Según sus palabras, «quiere medirse contigo». Yo que tú no me fiaría. Pero aun así, te pido que aceptes su reto. Quiere que acudamos en la próxima luna al puente de los tres arcos sobre el río Culragh. Me dio su palabra de que allí nos entregaría a Nimúe.

—¿Cómo es ese lugar? No lo

conozco.

—En principio, no es adecuado para una emboscada. Sea lo que sea lo que nos han preparado, tendrán que presentarse a cara descubierta. Cuento con la autorización de Arturo para movilizar a todos los destacamentos de la orilla del lago. Son unos mil trescientos hombres en total. Por mucha gente que traiga Mordred, no serán tantos. Arturo tiene sus informadores, sabe que el grueso de las tropas de Meleagant permanece en Gorre y no se ha movido de allí. Dejaremos una vigilancia mínima alrededor de Ávalon y acudiremos a la cita con un ejército en toda regla.

Lance miró al mago pensativo.

—¿Y no os parece un plan demasiado arriesgado para garantizar la seguridad de Nimúe? ¿De verdad creéis que Mordred se expondría a quedar atrapado por un ejército muy superior así como así?

Merlín lo miró con expresión desamparada. Su habitual seguridad se había desvanecido por completo.

—Entonces, ¿tú qué sugieres? Un destacamento más pequeño supone mayor peligro. Al menos, para ti.

Lance reflexionó un momento antes de contestar.

—Si, como decís, Mordred quiere enfrentarse conmigo, no veo para qué

necesitamos a más gente —dijo por fin—. Llevaremos la escolta imprescindible para que acompañe a Nimúe de vuelta a Ávalon, en caso de que Mordred se empeñe en retenernos. Supongo que ya habéis contado con esa posibilidad.

—Por supuesto. Y también he tenido en cuenta la alternativa: que lo que quiera no sea retenerte, sino matarte.

—Sí, eso también es posible —admitió Lance sin inmutarse—. En todo caso, sea lo que sea lo que se propone, se lo pondremos más difícil si vamos solos que si nos presentamos como un ejército. Pensadlo, Merlín. Mordred ambiciona la corona. La guerra del

prestigio es importante para él. Matar a un caballero de la Tabla Redonda que ha acudido solo a un rescate no le reportaría ninguna gloria, y retenerlo tampoco.

—Razonas como Lance, no como Mordred —suspiró Merlín—. Quizá su idea del prestigio no coincida con la tuya. Ha cultivado con esmero su reputación de cruel, y no creo que el honor se encuentre entre sus prioridades. Aun así reconozco que el plan tiene sus ventajas. Aunque solo sea porque no es lo que Mordred espera.

—Entonces, está decidido. Una escolta lo más exigua posible, y nosotros. Solo os pido una cosa, Merlín.

Dedicaremos a esta empresa el mínimo tiempo necesario. No quiero ausentarme de Ávalon más de lo que sea preciso.

—Vas a dejar aquí prácticamente a todos tus hombres. No tienes por qué inquietarte, Lance. De todas formas, me alegra tu optimismo: que me adviertas sobre la duración de la misión significa que no esperas tener problemas para volver.

Capítulo 20

La aldea más cercana al puente sobre el Culragh se llamaba Deersid y estaba formada por un puñado de casas de piedra con tejados de paja a la entrada de un valle boscoso y profundo. Lance y Merlín llegaron con el pequeño grupo que los acompañaba poco después del atardecer. La luna llena, espléndida, ya brillaba en el cielo oriental e inundaba de reflejos las rápidas aguas del río. La

única taberna del pueblo se hallaba abierta, y el destacamento hizo alto para dejar los caballos y reponer fuerzas antes de enfrentarse a la larga noche que se avecinaba.

A Merlín le faltó tiempo para preguntar al tabernero si había pasado por allí una banda de guerreros con una mujer. El tipo respondió afirmativamente.

—Una dama de piel blanca y manos finas —precisó, con una sonrisa turbia—. No hemos visto muchas de su clase por aquí. No sé qué diablos pintaba entre tanto guerrero, pero no parecía contenta. A saber lo que habrán hecho con ella. Aunque el jefe del grupo tenía

modales de caballero, eso hay que reconocerlo.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia el desfiladero. Pero eso fue hace dos días. A estas alturas deben de hallarse ya lejos. La dama no se encontraba bien. El que parecía el jefe me alquiló una habitación que tengo arriba para que ella pudiera descansar. Llegaron a mediodía y no partieron hasta el atardecer. Hicieron buen gasto, aunque había entre ellos algunos alborotadores. Me rompieron un par de jarros, y los juramentos que soltaban habrían hecho sonrojarse a una ramera... Aun así, que el cielo me envíe más como ellos. Dos visitas de esas al

mes y tendría la vida solucionada.

—Dices que la mujer no se encontraba bien. ¿Qué le ocurría? — preguntó Merlín sin disimular su angustia—. ¿Crees que le habían hecho daño?

Al captar la ansiedad de su interlocutor, el tabernero comprendió que podía sacarle algo de dinero a cambio de información, de modo que extendió la mano derecha con la palma abierta.

Con gesto nervioso, Merlín extrajo de la bolsa que colgaba de su cintura un par de monedas de plata y se las dio al tabernero, que no pudo disimular su sorpresa ante la generosidad de la

propina.

Después de guardarse el dinero rápidamente, temiendo quizá que su cliente cambiase de opinión, comenzó a improvisar una explicación sobre la dama.

—Perdonadme la forma en que hablé antes sobre ella, mi señor —comenzó—. No debéis tomaros en serio nada de lo que dije. Si os soy sincero, no creo que esos hombres le hubiesen hecho daño. Procuraban mantenerse alejados, el único que hablaba directamente con ella era el jefe, y lo hacía con deferencia. La dama se quejaba de un tobillo, y él se ofreció a examinárselo, a lo que ella se negó rotundamente. Después, como os he

dicho, subió a descansar. Yo mismo fui a avisarla cuando el grupo se disponía a partir de nuevo. Era una mujer muy educada.

Merlín iba a seguir interrogando al tabernero, pero Lance se lo impidió.

—Ya es suficiente —le susurró al oído, apartándolo del mostrador—. No os dejaré que dilapidéis otro par de monedas de plata para oír lo que se inventa este rufián. Tened paciencia, Merlín. Si todo sale bien, esta misma noche la tendréis otra vez con vos. Salgamos hacia el puente, si os parece. No vale la pena que perdamos más tiempo aquí.

Merlín no puso ninguna objeción, y él

mismo se ocupó de pagarle al tabernero lo que le debían por el vino de los hombres y el pienso de los caballos. Cuando consiguieron zafarse de las obsequiosas reverencias de despedida del individuo, fueron a por sus monturas y reanudaron la marcha.

La luna estaba ahora más alta en el cielo, y ya no se veía tan grande como antes. Su luz se filtraba entre las hojas de los avellanos que bordeaban el camino y teñía de plata las desnudas paredes de roca a ambos lados del valle.

Los hombres, conscientes de que se acercaba el momento clave de la misión, avanzaban en silencio, sin mirarse

siquiera unos a otros. Ni Lance ni Merlín les habían explicado en detalle lo que se avecinaba, pero sabían que su objetivo era rescatar a una dama de Ávalon y que, si bien no se esperaba que participasen directamente en su liberación, debían estar listos para intervenir en caso de que la ausencia de sus dos comandantes se prolongase demasiado.

La distancia entre la aldea de Deersid y el puente era de poco más de una legua. Lo divisaron por fin al llegar a un recodo del valle en el que este se ensanchaba. Se trataba de una construcción de piedra tosca, con tres amplios arcos, de los cuales solo uno, el

del centro, hundía sus pilares en las turbulentas aguas del río Culragh.

Tal y como habían convenido, Lance ordenó a sus hombres que aguardasen allí. Merlín y él desmontaron, y el escudero del mago se hizo cargo de los animales. Mientras tanto ellos dos, a pie, comenzaron a recorrer la escasa distancia que los separaba del puente.

El grupo de Mordred esperaba al otro lado del río Culragh. Estaba compuesto por unos cuarenta hombres en total, todos armados de pies a cabeza, y algunos a caballo. A Nimúe no se la distinguía, pero sí a Mordred, que en cuanto los vio aparecer se plantó en el inicio del puente para dirigirse a ellos.

—En el día fijado y a la hora fijada —exclamó. No parecía estar gritando, pero el silencio del valle hacía que sus palabras llegasen hasta Lance y Merlín con perfecta nitidez sin tener que alzar demasiado la voz—. Y solos. No se puede pedir más.

—¿Dónde tienes a Nimúe? —preguntó Merlín.

Mordred les hizo una seña para que esperaran y desapareció entre los hombres que tenía a su espalda. A los pocos instantes surgió de nuevo, acompañado esta vez de la dama.

Nimúe iba ataviada como un guerrero; ese era el motivo de que, al llegar al puente, no la hubiesen identificado. Lo

único que la distinguía en su vestimenta del resto de la tropa de Mordred era que ella, a diferencia de los demás, no iba armada. Llevaba, eso sí, un peto de cuero sobre un jubón de hombre y unas calzas negras.

Lance pudo oír el suspiro de alivio de Merlín al ver a su compañera.

—Os diré cómo haremos la entrega—anunció Mordred—. A la cuenta de tres, Nimúe empezará a caminar hacia el puente desde este lado, y tú, Lance, harás lo propio desde el tuyo. Quiero que regules el ritmo de tus pasos para que llegues al centro exactamente en el mismo momento que ella. Cuando llegues, detente. Camina por la derecha.

En ningún momento te apartes del pretil derecho del puente. Una, dos, tres... ¡Camina!

Sin tiempo para pensar, Lance comenzó a avanzar despacio hacia el centro del puente. ¿Por qué le habría dicho Mordred que se detuviera? Tenía claro que pensaba retenerlo, pero, en tal caso, lo lógico habría sido que le ordenase llegar hasta el otro extremo.

Nimúe, mientras tanto, avanzaba a su encuentro con paso vacilante. Se apoyaba en el pretil de la izquierda, y daba la impresión de que las piernas le temblaban, amenazando su estabilidad. Cuando la tuvo lo bastante cerca para distinguir sus rasgos, Lance se dio

cuenta de que estaba aterrorizada. Notó que movía los labios, como si intentara advertirle de algo en silencio.

En ese momento llegaron justo al centro del puente. Los dos se detuvieron.

En el mismo instante Lance oyó un silbido en el aire, y casi simultáneamente sintió un agudo dolor en el hombro.

Cayó al suelo, desequilibrado por el impacto de la flecha. Alzó la cabeza para comprobar que Nimúe corría insegura hacia Merlín. A ella no la habían disparado.

De rodillas sobre una de las losas del puente, Lance buscó los ojos de Merlín.

—¡Huid! —le gritó—. ¡Ahora!

No hizo falta que se lo repitiera. En cuanto tuvo a Nimúe a su lado, Merlín la tomó de la mano, y ambos corrieron tan deprisa como se lo permitían sus piernas, alejándose del puente.

Lance se llevó la mano derecha a la flecha y probó a tirar de ella. No pudo sacarla. Se había hundido tan profundamente en su carne que le había quebrado la clavícula.

La humedad cálida de la sangre le manchó los dedos. Vio que Mordred y algunos otros hombres se dirigían hacia él.

—¿Era necesario? —preguntó, clavando los ojos en Mordred.

El hijo de Uther se encogió de

hombros.

—Desde un punto de vista práctico, tal vez no. Pero me gusta enviar mensajes claros y contundentes. Quiero que entiendas lo que está en juego desde el principio, Lance. Este regalo de bienvenida es mi declaración de intenciones.

Capítulo 21

Para no pensar en el dolor, Lance trataba de concentrarse en el haz de luz blanca que se filtraba a través de los barrotes de la exigua ventana que iluminaba su mazmorra. Que él supiera, llevaba encerrado en ella cinco días, aunque era posible que fuese alguno más, porque cuando se despertó allí por primera vez tuvo la sensación de estar saliendo de un largo periodo de inconsciencia.

Aquel raquítrico rayo de sol era la única parte del mundo exterior a la que tenía acceso desde su celda. Dos veces al día, su carcelero abría la puerta para dejarle una bandeja con agua y pan, acompañado en alguna ocasión de queso. El hombre, un sajón de cráneo rapado y facciones brutales, debía de tener instrucciones para no dirigirle la palabra. Al principio, cada vez que aparecía, Lance le pedía aguardiente y hierbas para desinfectar su herida, pero o bien el hombre no le entendía, o ignoraba a propósito sus demandas. Finalmente, el prisionero optó por dejar de suplicarle a aquel desalmado. Puesto que no servía de nada, era preferible no

malgastar con él las escasas fuerzas que le quedaban.

Se preguntaba si el individuo era consciente de la gravedad de su estado, que empeoraba día a día. La herida de flecha en su clavícula no había sido limpiada ni cosida y una parte de la punta metálica aún seguía dentro, incrustada en el hueso. Inflamados y abiertos, los bordes de la llaga se habían infectado, provocándole un dolor cada día mayor.

Lo que más preocupaba a Lance era el nauseabundo olor que comenzaba a desprender el foco de la infección. La fiebre le producía escalofríos y sudores, nublando su mente en algunos momentos.

Sabía que, si no recibía atención médica, la infección terminaría contaminando su sangre y provocándole una septicemia que acabaría con su vida. Y no estaba dispuesto a resignarse a semejante final. Además, en sus momentos de mayor lucidez se decía a sí mismo que aquello no podía ser lo que Mordred tenía reservado para él. No se habría tomado tantas molestias para capturarlo vivo solo con el objetivo de dejarlo morir olvidado en una mazmorra... No tenía ningún sentido.

De lo que sí creía capaz al hijo de Uther era de esperar hasta un momento crítico para intentar salvarlo. Por lo visto, se había propuesto demostrarle

que su reputación de crueldad seguía estando tan bien fundada como siempre. El problema era que se estaba confundiendo en sus cálculos, y, si forzaba mucho las cosas, quizá no llegase a tiempo de evitar su muerte cuando finalmente se decidiese a actuar. Lance comprendió que si quería salir vivo de aquella cárcel, tendría que convencer a sus captores de que el momento crítico para él había llegado.

Mientras contemplaba el largo triángulo de luz invernal sobre las baldosas oscuras del suelo, un plan empezó a abrirse camino en su mente. Según sus cálculos, faltaban todavía cuatro o cinco horas para que se pusiese

el sol, y entonces, como cada día, su carcelero aparecería fugazmente en la celda para dejarle la bandeja de la cena. Debía encontrar la manera de aprovechar aquella breve visita para convencer al tipo de que, por una vez, el agua y el pan quedarían intactos, porque su prisionero había dejado de respirar.

Por desgracia, Lance había visto a muchos hombres muertos en el campo de batalla a consecuencia de las heridas recibidas. Había algo en las posturas antinaturales de sus extremidades en relación con el cuerpo que permitía distinguir en la distancia a un cadáver de un hombre vivo, aunque estuviese inconsciente. Todo lo que tenía que

hacer era imitar aquella rigidez, aquellos ángulos imposibles que parecían formar las articulaciones. En su imaginación, se pasó el resto de la tarde ensayando diferentes posiciones y tratando de deducir cómo se verían desde la puerta. La herida no le permitía poner en práctica las diferentes poses que le acudían a la mente, pero estaba seguro de que, cuando llegase el momento, encontraría la energía necesaria para elegir una de ellas y fingir que, para él, todo había concluido.

Se le hizo interminable la espera. Tan desesperado estaba por oír los chirridos de los cerrojos al final del corredor, que se olvidó de los escalofríos de la fiebre

y del dolor de la herida. Parecía que la noche no iba a llegar nunca. Otros días, a aquella hora comenzaba a angustiarse la creciente oscuridad, pero esa tarde espiaba su avance con absoluta concentración, alegrándose con cada pulgada que le arrancaba al sol. Y así, por fin, llegó el instante que tanto había esperado. Resonaron en la lejanía los goznes de una puerta metálica, y un momento después oyó pasos que se iban acercando. Se arrojó al suelo con rapidez y adoptó una de las posturas que había ensayado mentalmente.

Aguardó, con el corazón en vilo, a que el carcelero descorriese los cerrojos de su mazmorra. Sin respirar,

de bruces contra las heladas baldosas, esperó a ver si se producía alguna reacción.

Pasaron unos segundos en los que no sucedió nada. Después, oyó al hombre correr por el pasillo. No se había molestado en cerrar la puerta. Eso significaba que lo creía muerto.

Antes de variar su postura, Lance analizó sus opciones. Aunque lograra salir de la celda, la herida no le permitiría llegar muy lejos. Desconocía el trazado de la cárcel en la que se encontraba, pero había visto muchos lugares semejantes y sabía que las probabilidades de hallar una salida despejada eran prácticamente nulas. No

podía arriesgarse en su estado de debilidad. Decidió, pues, seguir donde estaba, esperando a que alguien acudiese.

Momentos después, en efecto, oyó los pasos de varios hombres que avanzaban por el corredor. Permaneció sin moverse, conteniendo la respiración, a la expectativa.

—Examínalo —dijo una voz que reconoció como la de Mordred.

Un individuo se arrodilló a su lado y le dio la vuelta en el suelo. Lance tenía los párpados cerrados, pero aun así notó el resplandor tembloroso de una antorcha sobre su cara.

—Está vivo —anunció el tipo con voz

ronca—. Pero no lo estará por mucho tiempo. La herida ha comenzado a gangrenarse.

—Idiota —exclamó Mordred dirigiéndose probablemente al carcelero—. Te dije que me avisases cuando ya no pudiese más.

—Ya informé de que había pedido ayuda —se defendió el aludido—. No ha habido ningún cambio en los últimos dos días.

—Llévalo arriba entre los dos, a una de las habitaciones vacías. Gurud, haz lo posible por curarlo. Es estúpido que hayamos llegado a esto. Lance, ¿puedes oírme?

Lance notó que le sacudían la cabeza

a un lado y a otro con brusquedad. Abrió los ojos y se encontró con la mirada clara e inquietante de Mordred.

—Bien. Reacciona. Dejaremos los juegos por ahora, amigo. Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente..., tienes que recuperarte lo antes posible para que podamos negociar.

El tono en el que fueron pronunciadas aquellas palabras fue incomprensiblemente amistoso. Como si el estado de Lance fuese un accidente, como si no lo hubiesen tenido encerrado en unas condiciones inhumanas mientras su herida empeoraba hasta amenazar su supervivencia. Lance cerró los ojos para no tener que seguir

contemplando aquella mirada casi compasiva fija en su rostro. O Mordred estaba loco, o su capacidad de desligar sus emociones de sus actos era mayor que la de ningún otro ser humano.

Debió de perder el conocimiento mientras lo transportaban arriba. Cuando lo recuperó, se encontraba en una cama de verdad, y una lámpara de aceite situada en el suelo iluminaba con su luz vacilante el artesonado de madera de la habitación.

Lance notó la tirantez de las vendas sobre su herida. Por primera vez desde el momento en que la flecha le alcanzó en el puente, no experimentaba dolor alguno.

Con dificultad, logró incorporarse ligeramente en la cama. Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Sentado a cierta distancia en un sillón de madera y cuero, Mordred contemplaba absorto el fuego de la chimenea.

El movimiento del herido debió de captar su atención, porque un instante después se giró a mirar a Lance. Una sonrisa asomó a sus labios cuando lo vio despierto.

—Por fin. Estaba impaciente. El matasanos me dijo que saldrías de esta, pero no las tenía todas conmigo. Debí ordenar que te atendiera antes, pero no quería pecar de blando. Necesito que

entiendas las dos caras de esta relación nuestra, Lance. Si eliges no escucharme, no tendré piedad de ti. Pero si escuchas, y fíjate en que no te pido otra cosa..., bien; si escuchas, verás que también puedo sacar mi lado humano cuando hace falta.

Era tan insultante recibir semejante declaración después de lo que había padecido en las últimas horas, que Lance ni siquiera se dignó contestar. Le faltaban las fuerzas para hacerlo apropiadamente.

El desaire no le pasó desapercibido a Mordred.

—Empezamos con mal pie —dijo, levantándose del sillón y caminando

hacia la cama—. No me gusta, Lance. Pero estoy dispuesto a mostrarme comprensivo... porque creo que las cosas están a punto de cambiar entre nosotros. Necesito que entiendas que yo nunca te he considerado mi enemigo. Al contrario: desde que descubrí que habías conseguido infiltrarte en la corte de Arturo con un pasado inventado, supe que antes o después me resultarías útil. Entonces no imaginaba que llegarías a ser considerado en Britannia «el mejor caballero del mundo»... Pero eso me alegra, lo creas o no. Me alegra porque me da una idea del vacío que dejarías en la Tabla Redonda si decidieses abandonarla.

—No voy a abandonarla. No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Antes de soltar tus proclamas de lealtad a Camelot, escucha lo que tengo que decirte. Yo sé por qué juraste fidelidad a Arturo. Y sé que tu única fidelidad, en el fondo, es para con la reina, mi hermana Gwenn... Es lo único que te importa. Atrévete a negarlo, si puedes.

Lance buscó mentalmente una réplica para desmentir la afirmación de Mordred, pero no se le ocurrió ninguna.

—Al menos tienes el coraje de admitirlo, aunque sea a través del silencio —prosiguió el hijo de Uther—. No tiene nada de malo, Lance, al

contrario. Tu amor por Gwenn es digno de admiración. Yo lo respeto.

—Si es así, no hablemos más de él —murmuró Lance—. No es algo que quiera discutir contigo.

—Pero debemos hacerlo. Porque yo puedo devolvértela. Soy el único que puede hacerlo.

Algo en la seguridad del tono de Mordred estremeció a Lance. Parecía de locos, pero tuvo la sensación de que su captor no mentía.

—¿Cómo? —preguntó después de un breve silencio.

—Sé dónde está su mente, porque yo también he viajado allí, y he hablado con ella. No olvides que somos

hermanos: nuestros poderes se parecen mucho. Ahora, Lance, piensa en lo que te estoy ofreciendo. Estoy dispuesto a despertarla para ti. Podrás llevártela adonde quieras; te facilitaré un barco para cruzar al continente. Allí podréis volver a empezar.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó Lance, perplejo—. Supongo que vas a pedirme algo más. Algo que yo no...

—No sigas —le interrumpió Mordred—. No voy a pedirte que traiciones a Arturo, porque sé que no aceptarías. No eres ese tipo de hombre. Pero sí aprobarás que tu amada recupere la vida a cambio de alejarte.

Lance no podía creer lo que estaba

oyendo.

—¿Y eso te bastaría? —preguntó—. ¿Que nos fuésemos? ¿Que abandonásemos Camelot?

—Eso sería suficiente —contestó Mordred sonriendo—. No quiero ni tu fidelidad ni la de Gwenn. No quiero que os pongáis de mi parte. Solo quiero el vacío que dejaréis.

Capítulo 22

Cuando Mordred se fue, Lance no tardó en sumirse en un profundo sueño. El médico debía de haberle administrado algún preparado de hierbas lo bastante fuerte como para dormirlo, a pesar del torbellino de emociones que la oferta que acababa de recibir había desatado en su interior.

Cuando se despertó, la luz de la mañana se filtraba entre los postigos de

la ventana. El dolor del hombro había regresado, pero mucho más suave y llevadero que antes de que le extrajesen los restos de la flecha y le cosieran la herida. Por otro lado, se sentía agradablemente descansado, y con la cabeza más despejada que nunca.

Al sentarse en la cama, Lance vio que le habían dejado junto a la chimenea una mesilla auxiliar con fruta, algo de queso y carne ahumada. Le costó ponerse en pie, pues los vendajes que le cruzaban el pecho dificultaban sus movimientos, pero una vez levantado logró llegar sin problemas hasta el sillón que Mordred había ocupado la víspera. En la chimenea quedaban algunas ascuas

encendidas, suficientes para caldear la habitación.

Lance devoró un racimo de uvas y un pedazo de queso, acompañados de vino especiado que tomó directamente de una pequeña jarra. Pronto se dio cuenta de que había comido con demasiada precipitación, después de tantos días sin apenas probar bocado. El estómago le dolía, y aunque aún tenía hambre, decidió dejar de comer para no empeorar las cosas. Torpemente, volvió a la cama.

Fue al cerrar los ojos cuando se le echó encima, de golpe, toda la angustia acerca de la decisión que tenía que tomar.

Su mente se había pasado todo el tiempo desde el despertar tratando de distraerse para no pensar en la oferta de Mordred sobre Gwenn, pero no podía seguir rehuyendo el asunto. Estaba obligado a estudiarlo desde todos los puntos de vista, procurando no dejarse llevar por sus sentimientos, lo que le iba a resultar francamente difícil.

Por supuesto, no se fiaba de Mordred. Y sin embargo, en lo tocante a Gwenn tenía la certeza de que le había dicho la verdad, o al menos una parte de ella. Mordred sabía algo acerca del estado mental de su hermana durante el coma que todos los demás ignoraban. Afirmaba que podía utilizar ese

conocimiento para hacer que su espíritu regresase a su cuerpo. Quizá fuese el único capaz de hacerlo. Y era posible que, sin su intervención, Gwenn no llegase jamás a recuperar la consciencia.

Pero esa circunstancia solo volvía aún más extraña la oferta de Mordred. ¿Por qué arriesgarse a devolver a su hermana al presente, cuando solo representaba un obstáculo en sus aspiraciones al trono? Ciertamente, lo que le había propuesto era que la alejase de Britannia. Pero ¿cómo podía estar seguro Mordred de que, una vez despierta Gwenn, cumplirían su parte del acuerdo y se irían? Incluso si él

hubiese estado dispuesto a hacerlo, no podía decidir por Gwenn. Y la conocía lo suficiente como para saber que abandonar a Arturo en plena guerra ni siquiera le parecería una opción.

En todo caso, no se sentía capaz de rechazar la proposición de Mordred sabiendo que quizá no contaría con otra oportunidad de devolverle la consciencia a la reina. ¿Y si aceptaba sin plantearse más dudas sobre el futuro? Una vez que la tuviera a su lado, ya habría tiempo para decidir qué hacían. Si Gwenn lo deseaba, incumpliría su palabra ante Mordred y la llevaría a Camelot. Suponiendo que se lo permitiesen.

Una vez más, todos sus interrogantes se centraron en Mordred. Si algo había aprendido sobre él, era que le gustaba romper las expectativas de los demás. Era manipulador y tortuoso, siempre se sacaba de la manga algún as con el que nadie había contado. Si estaba dispuesto a despertar a Gwenn y a entregársela, probablemente era porque sabía cómo asegurarse de que no se la devolviera a Arturo. Quizá había decidido que prefería controlar él el momento y el lugar en el que su hermana salía del coma, antes que dejarlo al azar. Y de un modo u otro, debía de tener un plan para aprovecharse de Gwenn y de él una vez que los hubiera reunido. El problema

era que no conseguía imaginar cuál podía ser ese plan.

Agotado de especular sobre las intenciones de Mordred, Lance se levantó de nuevo. Con el brazo sano, tomó un atizador de hierro y estuvo un rato removiendo las brasas de la chimenea hasta despertar un haz de llamas azuladas que comenzaron a lamer uno de los troncos de roble aún a medio quemar. Mientras contemplaba ensimismado el crecimiento del fuego, trató de ordenar sus ideas.

Decirle que no a Mordred supondría regresar a la mazmorra. No sabía de cuánto tiempo disponía para tomar su decisión, pero el hijo de Uther no se

caracterizaba por su paciencia. Por otro lado, decirle que sí con la intención de incumplir su parte del trato implicaba asumir un riesgo todavía mayor. Incluso si hubiese estado dispuesto a aceptar su parte en aquel acuerdo, sabía que eso no le garantizaba la lealtad de Mordred. Podía tener alguna estrategia preparada que él ni siquiera llegara a sospechar.

Iba a regresar a la cama cuando se fijó en que alguien había lustrado sus botas y se las había dejado junto a la ventana. Curiosamente, el descubrimiento le infundió una repentina esperanza. Las botas significaban la posibilidad de moverse. Eran una garantía de libertad.

Se sentó en la cama, pero, en lugar de acostarse, volvió la cabeza una vez más hacia el viejo calzado de cuero y se quedó contemplándolo un buen rato. Una idea comenzaba a germinar en su mente. Parecía una locura, y sin embargo, cuantas más vueltas le daba, más ventajas encontraba a aquel esbozo de plan.

Sabía que no podía fiarse de Mordred, que era frío y calculador, que probablemente tenía pensado algo para él y para Gwenn que no alcanzaba a sospechar. Pero tal vez hubiera una forma de cogerle desprevenido. Si había algo que no esperaba, era que Lance decidiese huir de inmediato, antes de

darle una respuesta. Apenas comenzaba a recuperarse de su herida, el trato que estaba recibiendo era bueno y se suponía que necesitaba tiempo para sopesar los pros y los contras de la oferta que había recibido. ¿Por qué iba a fugarse en esas circunstancias?

La respuesta, para Lance, estaba muy clara: porque probablemente no se le presentaría ninguna otra oportunidad de hacerlo. Tenía que aprovechar el momento.

Con decisión, fue hacia la ventana para estudiar el lugar en el que se encontraba. Su habitación se hallaba en el primer piso de una torre en lo que parecía una pequeña fortaleza. Más allá

del foso se extendía un bosque cuyos árboles comenzaban tímidamente a exhibir los primeros brotes después del largo paréntesis invernal. Y detrás del bosque se adivinaban entre la bruma los contornos de una sierra alargada, con un pico a la derecha que sobresalía por su altura entre todos los demás. No conocía el nombre de aquella formación rocosa, pero recordaba haberse fijado en ella alguna vez durante el trayecto entre Camelot y Ávalon.

Desentendiéndose del paisaje, pasó el resto de la mañana observando a los escasos centinelas que montaban guardia en el patio de armas. Solo dos hombres patrullaban el perímetro de la muralla,

caminando en sentido inverso. Existían un par de momentos durante su ronda en el que tanto uno como otro perdían la visibilidad del portón principal.

En todo caso, habría resultado muy arriesgado tratar de salir por allí él solo. Debía buscar una alternativa.

Se fijó en un carro detenido junto a los graneros, justo enfrente de las cuadras. Un hombre, probablemente el molinero del lugar, estaba descargando sacos de harina.

Sin pensárselo dos veces, cogió las botas y se las puso.

No tenía manto ni armadura ni ninguna prenda de abrigo. Tampoco espada. No le quedaba más remedio que arreglarse

con lo puesto.

Improvisando, tomó las tenazas de la chimenea para defenderse en caso de que alguien le sorprendiera huyendo. Sabía que su única posibilidad pasaba por moverse deprisa y con decisión.

Armándose de valor, caminó hacia la puerta de la estancia.

Tal y como esperaba, la encontró abierta. A Mordred no se le había pasado por la cabeza que pudiese tratar de escapar en su estado.

Sin vacilar, avanzó hacia las escaleras y comenzó a bajarlas. En la planta inferior escuchó voces de hombres jóvenes mezcladas con los ladridos de varios perros y algunas

risas. Esperó hasta que se alejaron.

Después, continuó descendiendo. Las escaleras terminaban justo frente a la puerta de la torre, que daba acceso al patio de armas.

Esperó a que los centinelas de la muralla desapareciesen de su vista para irse directamente hacia el carro del molinero. El hombre lo observó acercarse con suspicacia.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

Sin responderle, Lance se introdujo en el carro. Desde allí se dirigió a su propietario.

Tapadme con unos sacos y sacadme de aquí. Os recompensaré bien.

El hombre vaciló un momento, pero

cuando alguien lo llamó desde las cocinas contestó sin denunciar la presencia del intruso que se le había colado en el carro. A continuación, arrojó sobre Lance unos sacos para que se cubriera.

—Espero no tener que arrepentirme de esto —gruñó.

El hombre siguió descargando sacos, pero dejó algunos alrededor de Lance, formando un parapeto que lo volvía invisible desde fuera.

A partir de ahí, comenzó una espera que al caballero se le hizo interminable. El molinero entró en la bodega a tomar un trago con uno de los mozos de cuadra que, al parecer, era familiar suyo. Se

oyeron los cascos de unos caballos al irrumpir en el patio de armas, seguidos de las voces broncas de los hombres, algunos con acento sajón, que venían de patrullar la zona.

Lance comenzaba a impacientarse. Si el molinero no salía pronto, descubrirían su ausencia de la habitación antes de que llegase a traspasar la muralla de la fortaleza.

Por fortuna, el tipo regresó finalmente acompañado del mozo de cuadra. Entre los dos engancharon el carro a las mulas que debían tirar de él, y unos minutos más tarde el vehículo se puso en movimiento en medio de una sinfonía de crujidos y chirridos.

En unos instantes, Lance notó cómo el suelo de tierra del patio de armas dejaba paso a la madera del puente levadizo, y después al empedrado del camino. Respiró aliviado.

Al menos de momento estaba fuera del alcance de Mordred.

Capítulo 23

Solo cuando se vio al otro lado de la muralla empezó a pensar en el siguiente paso. En cuanto estuvo a una distancia prudente de la fortaleza, salió de entre los sacos y se encaramó al pescante, junto al molinero, que apenas pestañeó al verlo.

—Espero que tengas con qué pagarme —se limitó a decir el hombre, mirándolo de reojo.

Lance extrajo de un bolsillo interior de su sucio jubón una de las gemas para libaciones que siempre llevaba consigo. Después de la transformación del velo que las había vuelto innecesarias, se habían dejado de fabricar, y las que quedaban circulaban en el mercado negro como productos de lujo. Poco a poco se había ido extendiendo en los sectores más pudientes de la población la moda de engastar aquellas falsas piedras en sortijas, gargantillas y diademas, como si fuesen auténticos diamantes o esmeraldas, y había gente que pagaba auténticas fortunas por algunos de los modelos más difíciles de encontrar. Lance había tomado por

costumbre llevar siempre algunas de aquellas gemas encima, en lugar de dinero. Eran fáciles de ocultar, y las piedras negras de los sajones que él conservaba resultaban ser de las más demandadas. Así pues, cuando le tendió la piedra al molinero, este se apresuró a cogerla con un brillo de codicia en la mirada.

—Por este precio, como mínimo deberíais alejarme una jornada entera del castillo —observó Lance.

El hombre se guardó cuidadosamente la gema en la bolsa que pendía de su cintura antes de contestar.

—¿Tenéis más? Si tenéis más, os llevaré.

Era un abuso, pero Lance no estaba en condiciones de negociar, de modo que aceptó.

—Voy hacia Camelot —dijo—. ¿Hasta dónde podéis acercarme?

—No más allá de las lindes del bosque de Broceliande —replicó el molinero con presteza—. Ni por todo el oro del mundo me metería yo en esa espesura, y rodearla tomaría tres jornadas por lo menos. El carro es lento, no llegaremos hasta el anochecer. Eso sí, tendréis que ocultaros durante el resto del camino. Hemos tenido suerte de que nadie os vea. No quiero problemas con los del castillo, pagan bien y compran mucho.

—Cumplid vuestra parte, y al final del viaje os daré otra gema.

Lance recuperó su posición bajo los sacos vacíos y cerró los ojos. El traqueteo del carro balanceaba su cuerpo, haciéndolo vibrar bruscamente contra las tablas de madera. Tantos vaivenes le destrozaron el cuello e hicieron que se instalara en su frente un persistente dolor; aun así, después de un par de horas de trayecto, consiguió adormilarse.

Se despertó cuando el molinero se detuvo en una venta para comer y dar descanso a su mula.

—Quedaos aquí —le susurró a Lance antes de bajarse del carro. Os traeré

vino y algo de pan. Pero tendréis que pagármelo aparte. ¿Tenéis dinero?

—No os daré más que la gema que os he prometido —contestó Lance en el mismo tono—. Si no os parece suficiente para traerme algo de comida y bebida, no me deis nada.

El molinero se encogió de hombros y se alejó en dirección al comedor de la venta. Desde su escondite, Lance escuchó las voces de un arriero que discutía con el mozo de cuadra, y más lejos, las carcajadas de una muchacha.

Esperó, impaciente, a que su improvisado salvador regresase. Cuando finalmente lo hizo, venía con un pedazo de pan en una mano y una

calabaza llena de agua en la otra.

—No me pagáis lo bastante para que os traiga vino, pero no por eso os voy a dejar morir de sed.

Lance bebió con ansia de la calabaza y se guardó el agua sobrante en su escondrijo entre los sacos. Después, mientras el molinero enganchaba de nuevo las mulas, mordisqueó el pan con desgana.

El efecto de los emplastos que le habían aplicado en la fortaleza comenzaba a debilitarse, y el dolor volvía con más fuerza que nunca. A la caída del sol, comenzó a sentir escalofríos. De nuevo tenía fiebre.

Cuando se hizo completamente de

noche, salió de entre los sacos y se sentó una vez más junto al molinero. Este no protestó.

La luna, en cuarto menguante, bañaba los prados que atravesaban en su fulgor lechoso. Hacía frío, o quizá a Lance le daba esa impresión por culpa de su estado febril. El molinero no era hombre de muchas palabras, pero de vez en cuando lo miraba de soslayo.

—No tenéis buen aspecto —observó por fin—. ¿Estáis seguro de que queréis quedaros en la linde del bosque? Yo pienso detenerme a dormir en la misma venta en la que paramos antes. Si volvéis conmigo, a lo mejor allí encontraréis algún carretero que se dirija

a Camelot.

—No puedo perder tanto tiempo —
repuso Lance, tajante—. Haremos lo que
hemos acordado.

El molinero se encogió de hombros y
no añadió una palabra más. Media hora
más tarde, detuvo el carro en las
inmediaciones de un espeso robledal.

—Hemos llegado —anunció—.
Dadme mi gema.

Lance extrajo la pequeña piedra de su
bolsillo y se la entregó. Le quedaban
solo tres más. Se preguntó si le bastarían
para llegar a Camelot.

Había dudado entre aquella opción o
la de regresar a Ávalon, pero finalmente
se había decidido por exponerle

abiertamente a Arturo todo lo que le había sucedido con Mordred. Sus sentimientos por Gwenn le cegaban cuando se trataba de pensar en lo que era mejor para ella. Se había llegado a plantear seriamente aceptar la oferta del hijo de Uther. Para evitar otra situación parecida, quería exponerle a Arturo la posibilidad que Mordred le había propuesto. Necesitaba saber qué opinaba él acerca de los supuestos poderes del mercenario para despertar a la reina. No podía arriesgarse a tomar una decisión al respecto por su cuenta, porque no se fiaba de sí mismo. Deseaba tanto que Gwenn despertara que corría el riesgo de dejarse embaucar

fácilmente.

Si Arturo creía en los poderes de Mordred, podrían trazar juntos un plan para obligarlo a despertar a Gwenn. Eso sí, tendrían que actuar deprisa, porque Mordred era impredecible.

Con esa idea, se propuso atravesar el bosque a pie, confiando en que antes o después se encontraría con las gentes de Laudine, que le ayudarían a no perder el camino.

Comenzó, pues, a andar bajo los árboles centenarios. Los robles conservaban aún buena parte de su follaje otoñal, que se mezclaba en las ramas con las yemas verdes de las primeras hojas de la primavera. Allí

donde los rayos de la luna lograban penetrar, revelaban las caprichosas formas de sus copas, los nudos en la madera como articulaciones de grandes brazos monstruosos.

Pero Lance no podía sentir miedo en Broceliande. Era el lugar donde había amado por primera vez a Gwenn. Después había habido otras noches, otros amaneceres..., pero ninguno se había grabado en su memoria tan vivamente como aquel.

Mientras caminaba entre los árboles, recordó las vaporosas enaguas blancas que envolvían a Gwenn cuando la descubrió espiando entre los árboles, y cómo la había perseguido hasta

alcanzarla. Cuando la tuvo entre sus brazos, su ofuscada mente le cedió el mando al corazón. No le importó lo que ocurriría al día siguiente, no le importó el peligro... No deseaba nada más que tenerla allí con él y hacerla suya.

Broceliande había sido su lecho nupcial, su jardín del paraíso aquella noche.

El recuerdo era tan vívido que casi le dolía.

El primer beso. El cuerpo de Gwenn bajo el suyo, tan frágil que temía quebrar sus muñecas cuando se las sujetó contra la tierra. El olor a musgo y a hojas muertas mezclado con la fragancia de sus cabellos. Solo por

aquellos instantes, habría merecido la pena todo el sufrimiento que vino después.

Ebrio de recuerdos, avanzó como sonámbulo en medio de la oscuridad salpicada aquí y allá de reflejos de luna. Quizá era la fiebre la que le provocaba aquella sensación de irrealidad, como si en lugar de caminar flotase. Ya ni siquiera le dolía la herida.

El problema era que las piernas se le doblaban, demasiado débiles para sostenerlo. Cada paso le costaba más que el anterior, hasta que levantar un pie tras otro se volvió una tarea casi imposible. Tenía la sensación de que caminaba por una marisma, con los pies

hundidos hasta los tobillos en la arena, que lo succionaba hacia abajo, impidiéndole continuar.

Aun así se forzó a seguir adelante. Consiguió mantenerse en pie todavía unos minutos.

Hasta que, de golpe, sus piernas cedieron y se derrumbó, con tan mala suerte que, al caer, se golpeó en la frente con una piedra. Sintió la sangre caliente en el nacimiento del pelo, y luego los ojos se le cerraron... Ni siquiera intentó luchar por volver a abrirlos. Si tenía que morir, aquel era el mejor lugar posible.

Pero no podía permitirse el lujo de morir. Antes quería volver a ver a Gwenn..., y hacer lo posible para que

llegase a despertar.

Capítulo 24

—¿Os acordáis de mí?

Lance abrió los ojos y trató de enfocar la mirada sobre el rostro grácil y pecoso de la joven que se hallaba inclinada sobre él. Sabía que lo había visto anteriormente, pero no conseguía recordar dónde ni cuándo.

La herida del hombro le dolía como si le hubiesen roto el hueso de nuevo. Tardó unos instantes en recordar dónde

se encontraba. Broceliande... Se había caído mientras trataba de hallar un camino.

El recuerdo de Broceliande le trajo a la mente por fin el nombre de la muchacha.

—Lunette —contestó, vacilante—. ¿Qué hacéis aquí?

—Deberíais alegraros de que una de mis guerreras os haya encontrado. ¿Qué hacéis aquí solo, sir Lance, sin caballo y sin armas? Es cierto que el bosque ya no es lo que era, pero, aun así, habéis sido un imprudente adentrándoos en él sin avisar antes a mi señora Laudine. ¿En qué estabais pensando?

—Yo... no tuve tiempo para enviar

avisos. Necesito llegar a Camelot lo antes posible, y esta era la ruta más corta.

Lunette clavó los ojos en el vendaje sanguinolento que asomaba por debajo del jubón.

—A juzgar por lo que veo, no estáis en condiciones de viajar —dijo—. Permitid que os ayude a poner os en pie. Os acompañaremos hasta el castillo de mi señora.

Lance permitió que Lunette le ayudara. Una de las seis mujeres que formaban su escolta le cedió su caballo, y ella, que era de constitución ligera, montó con otra de sus compañeras.

El caballero comprendió la gravedad

de su estado cuando se dio cuenta de que apenas podía mantener el equilibrio sobre la silla de montar. Quizá la sangre que había perdido en los últimos días fuese la responsable, o tal vez la infección de la herida, al provocarle fiebre, había debilitado todo su organismo. El caso era que suponía para él todo un desafío avanzar al trote por los embarrados caminos del bosque sin quedar rezagado respecto al grupo de Lunette.

La zona de Broceliande en la que se adentraron no le resultaba familiar. Lunette le explicó que, después de la desaparición del Grial, la fuente había vuelto a sus niveles normales, lo que

hacía que Laudine ya no necesitase estar pendiente de ella en todo momento. Eso le había permitido regresar al castillo que había pertenecido a su padre, y allí se había instalado junto con Yvain.

—¿Se han casado esos dos, al fin? —preguntó Lance, sonriendo.

—Se han casado, sí —confirmó Lunette—. Aunque mi señora sostiene que su esposo no es Yvain, sino el Caballero del León, porque Yvain la defraudó, pero el Caballero del León la volvió a enamorar.

—Fuese lo que fuese lo que le hizo Yvain, Laudine se lo devolvió con creces. Nunca he visto sufrir a ningún hombre por amor como a Yvain.

—Os olvidáis de vos mismo, sir Lance —observó Lunette.

Lance la miró a los ojos, que en esa ocasión no sonreían.

—¿Tan evidente es? —preguntó.

—Lo es para todo el que sepa mirar. Lo ha sido desde vuestra primera visita aquí.

Durante el resto del trayecto no hablaron más. Lance fue acostumbrándose poco a poco al balanceo de su cuerpo sobre la silla, y dejó que el caballo lo condujese, pues conocía el camino mejor que él.

Al cabo de un par de horas llegaron a las inmediaciones de una fortaleza blanca que se erguía sobre una colina

como un islote en medio del océano de árboles de Broceliande.

Una vez dentro del castillo, Lunette envió rápidamente a dar recado a sus señores de que había encontrado a Lance herido en el bosque. Una de las mujeres guerreras le estaba ayudando a desmontar, cuando Yvain irrumpió en el patio. Llevaba los largos cabellos rubios atados a la espalda, y su aspecto salvaje parecía haberse atemperado un tanto.

Yvain abrazó a Lance con su habitual fuerza, y solo cuando notó el respingo de dolor de su amigo se dio cuenta de que le había hecho daño.

—Perdóname, Lance, soy un bruto —

se disculpó, apartándose sonriente—. ¿Cómo te has hecho eso? ¿Herida de combate?

—No puede decirse que lo sea, porque me atacaron sin que se me permitiera usar mis armas. Fue Mordred, Yvain. Pidió que acudiera con Merlín al lugar donde tenía retenida a Nimúe y me intercambió por ella.

—Pero ahora estás aquí. Y no te liberó por su propia voluntad, imagino.

—Me escapé. Pero ahora mismo no sé si fue una buena idea. La herida me está dando problemas. Si no hubiera sido por Lunette, no sé si habría sido capaz de seguir adelante.

—Antes o después te habríamos

encontrado —aseguró Yvain, convencido—. Broceliande es el reino de Laudine, sus guerreras lo recorren sin cesar de un extremo a otro. Nada pasa en el bosque sin que mi dama se entere. Y en cuanto a tu herida, no podrías haber venido a parar a un lugar mejor. Los conocimientos de Laudine sobre remedios y hierbas curativas superan incluso a los de las damas de Ávalon.

Estaba terminando de pronunciar aquella frase, cuando la aludida apareció en la puerta de la torre del homenaje. A Lance le sorprendió verla ataviada con un largo vestido de lana granate y un manto de terciopelo negro, como una dama.

Laudine lo abrazó casi con tanta fuerza como su esposo, aunque se dio cuenta antes que él del sufrimiento de Lance por culpa de la herida.

—Tenéis que dejarme examinar ese hombro ahora mismo —exigió—. No tiene buen aspecto, y eso que solo estoy viendo el vendaje.

Lance se dejó conducir a una sala abovedada que daba directamente al patio. Allí, Laudine ordenó a dos de sus damas que le ayudaran a tenderse sobre una larga mesa de banquetes. Después, le hizo quitarse el jubón y comenzó a retirar el vendaje de la herida.

—¿Quién os ha practicado esta cura? —preguntó, arrugando la nariz—. Os

han calmado el dolor, pero no han atajado la infección.

Lance se preguntó si el médico de Mordred lo habría hecho a propósito, siguiendo instrucciones de su jefe. Parecía en exceso retorcido, pero todo era tortuoso y complicado en la mente de Mordred.

Laudine le aplicó con sus propias manos un unguento que hizo arder su carne antes de anestésicarla. Después le obligó a beber una poción caliente y amarga.

—Con esto podréis dormir toda la noche de un tirón. Necesitáis descansar para que el cuerpo tenga tiempo de recuperarse.

Cuando la cura terminó, Laudine dejó a Lance en manos de Lunette, que lo condujo a un agradable aposento en la primera planta de la torre del homenaje, con asombrosas vistas del océano arbóreo de Broceliande.

Mientras se quedaba adormilado en la cama, Lance pensó en todas las cosas que debía acordar con Laudine al día siguiente. Dado su precario estado de salud, iba a necesitar que le prestasen una escolta para cubrir sin contratiempos las jornadas de viaje que todavía lo separaban de Camelot. Debía convencer a sus amigos de que necesitaba partir en el menor tiempo posible. Cuando les aclarase sus

motivos, estaba seguro de que lo entenderían.

Reconfortado por aquellos planes, Lance se dejó arrastrar hacia un sueño profundo y reparador del que no despertó en toda la noche, ni hasta bien entrada la mañana siguiente.

Cuando abrió los ojos se sintió inexplicablemente bien. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se debía a la ausencia de dolor. Tampoco tenía fiebre.

Sobre un arcón encontró ropas limpias de su medida y sus propias botas bien lustradas. Se vistió y salió a buscar a Yvain y a Laudine.

Como no conocía el castillo, no sabía

dónde encontrarlos. Una de las mujeres guerreras de la casa, cuando lo vio desorientado en un corredor, le preguntó adónde se dirigía. Al oír los nombres de los señores de la fortaleza, la joven le explicó que podría encontrarlos en la biblioteca, y lo guio hasta allí por unas escaleras.

Una vez dentro del recinto ovalado, Lance contempló asombrado las altísimas estanterías con paneles de oro que almacenaban cientos de códices y de rollos de papiro o pergamino. Laudine y su esposo se encontraban junto a la chimenea, discutiendo animadamente. Laudine, sentada, sostenía un libro en su regazo, mientras

Yvain iba y venía de un lado a otro accionando mucho con las manos, con su vehemencia habitual.

Al ver a Lance, ambos interrumpieron su charla y le dieron los buenos días.

—Pasad, Lance —le invitó Laudine—. Justamente estábamos hablando de algo que tiene que ver con vos.

—Ayer nos explicaste que quieres volver a Camelot para reorganizar con Arturo la vigilancia de Ávalon —añadió Yvain—. Pero ha surgido algo. Quizá sea mejor que te plantees volver directamente a Ávalon.

A Lance se le hizo un nudo en la garganta. Por la cara de Laudine, intuyó que había ocurrido algo grave.

—¿Qué es? ¿Y cómo os habéis enterado? —preguntó.

—A la primera cuestión no puedo contestaros con seguridad —replicó Laudine suavemente—. En cuanto a la segunda..., dispongo de un espejo mágico que me permite «ver» algunas de las cosas que han pasado en Ávalon. Ayer me encontré en su superficie una grabación de urgencia. Era Viviana. Decía que un grupo de hombres armados había irrumpido en la isla.

—Gwenn —murmuró Lance, aterrado—. ¿Está bien? ¿La habéis visto?

—No he visto nada más. Pero creo que habría que ir a comprobar qué está pasando, o qué ha pasado.

—Yo iré contigo —decidió Yvain—. Es decir, si a mi dama no le parece mal.

—A tu dama le parece perfecto, porque yo también pienso acompañaros. Daré órdenes para que nos preparen caballos y provisiones, y partiremos mañana antes de mediodía. Levaremos caballos de refresco para poder avanzar más deprisa... No sé lo que habrá ocurrido allí, pero si algo me ha dejado claro la grabación de Viviana es que se trata de una urgencia, y que no hay tiempo que perder.

Capítulo 25

Cuando Laudine propuso que un destacamento de sus mejores guerreras los acompañase a Ávalon, Lance se mostró dubitativo. Irrumpir en las proximidades de Ávalon con un grupo armado podía desatar la alarma en las aldeas de la zona, y ser interpretado como una provocación por las tropas de Mordred, si la noticia llegaba a sus oídos. Sin embargo, Laudine insistió

tanto que al final aceptó su plan.

—Entenderéis que debe ser así cuando lleguemos al lago —le dijo a Lance—. Creedme, los soldados de Mordred no necesitan provocación alguna, ya campan a sus anchas por las inmediaciones de Ávalon. Al menos, eso es lo que creo.

Decidieron, pues, partir al día siguiente con las primeras luces del alba. Lance descansó durante toda la jornada, dejando que las hierbas que le había administrado Laudine hiciesen su efecto sobre la herida del hombro mientras la fiebre iba cediendo poco a poco. Si de él hubiera dependido, habrían salido de inmediato hacia el

norte, pero Laudine se mostró inflexible en ese punto. Según ella, precipitar el viaje pondría en peligro su recuperación; a la larga les haría perder más jornadas y tardar más tiempo en llegar a su destino.

Convencido de que debía aprovechar aquel reposo obligado para mejorar tanto como le fuera posible, Lance permaneció en la cama casi todo el día. Sin poner objeciones, consumió las dos jarras grandes de caldo de hierbas que la señora de la fuente había hecho preparar para él, y que según le explicó contenían principios curativos que acelerarían la cicatrización de su herida. Además de esos principios, el caldo

debía de contener también alguna planta hipnótica, porque después de cada taza Lance quedaba sumido en un sueño apacible y sereno.

Gracias a aquellos cuidados, a la mañana siguiente el caballero se encontraba lo bastante recuperado como para subirse a su caballo sin ayuda de nadie. Yvain mostró su satisfacción al notar el cambio.

—Pareces otro —le dijo, sonriendo—. Ayer apenas podías moverte sin un gemido de dolor, y en cambio ahora... Si no fuera por el cabestrillo de tu brazo, cualquiera diría que estás en tu mejor momento.

Lance le devolvió la sonrisa, aunque

interiormente no se sentía tan bien como su amigo creía percibir. La angustia por lo que pudiera haber ocurrido en Ávalon ocupaba todos sus pensamientos.

Laudine no era capaz de ofrecer una reproducción exacta de las palabras de Viviana en el espejo. Recordaba que la dama parecía genuinamente asustada, algo poco habitual en ella, y también que hablaba en susurros, como si los invasores a los que tanto temía se encontrasen cerca y pudiesen oírla. No había mencionado el número aproximado de guerreros armados que habían participado en el asalto, ni se sabía si habían logrado entrar en el castillo, aunque, a juzgar por el pánico

de la dama, Laudine creía que sí.

Lunette, la compañera de armas de Laudine, afirmó conocer una ruta alternativa hacia Ávalon que pasaba por un valle angosto y poco transitado llamado el puerto del Águila, y que les ahorraría una jornada y media de camino. Tomaron, pues, aquella dirección, y llegaron al puerto al final de la segunda tarde de viaje. A pesar del frío, el aire estaba despejado, y no había nieve en las crestas de las montañas. La tierra del camino, apelmazada y dura, pero no helada, permitía a los caballos avanzar a buen paso, de modo que alcanzaron a cruzar el puerto aprovechando las últimas luces del

crepúsculo.

Aquella noche, una vez pasado el puerto, tuvieron que dormir al raso. Antes de acostarse, Laudine le aplicó a Lance un bálsamo en la herida y le cambió los vendajes con sus propias manos, pero a pesar de ello el caballero estuvo incómodo toda la noche. La impaciencia lo consumía por dentro: sabía que aún les faltaban dos jornadas para llegar a la orilla del lago, y se atormentaba pensando en todos los desastres que los hombres de Mordred podían provocar en ese tiempo. Aunque, conociendo su brutalidad, probablemente habrían causado la mayor parte del daño en el momento de

su llegada.

No podía dejar de preguntarse qué habría ocurrido con Gwenn. Mordred creía que podía despertarla. ¿Habría ido para eso a la isla? Pese al horror que le producía semejante posibilidad, al mismo tiempo, de un modo absurdo, le llenaba de esperanza. Gwenn consciente, la tuviesen donde la tuviesen, era mejor que Gwenn dormida. Aunque, por otro lado, su escepticismo respecto al don de Mordred no había hecho sino aumentar en los últimos días. Cuanto más pensaba en la oferta que el hijo de Uther le había hecho, más se convencía de que se trataba de un farol. Porque, de ser cierto que podía

despertar a Gwenn, ¿por qué no lo había hecho cuando se coló en Ávalon para secuestrar a Nimúe? Quizá había ido para intentarlo y no había tenido éxito, lo que le habría llevado a improvisar un plan alternativo capturando a la dama. Es decir, que, incluso aceptando que tuviese un cierto don para viajar con su conciencia a través del tiempo, probablemente su dominio sobre él no fuese completo. En todo caso, se había atrevido a ofrecerle la curación de Gwenn porque sabía que era lo que él más deseaba en el mundo, pero eso no significaba que estuviese dispuesto a cumplir su promesa, o que estuviese en condiciones de cumplirla.

Cuanto más vueltas le daba, más claro le parecía el propósito de Mordred al regresar a Ávalon: lo que quería, seguramente, era llevarse a Gwenn tal y como estaba, para poder ensayar sus supuestos poderes sobre ella en otro lugar, con tranquilidad. Eso explicaba que no hubiese ido solo, sino con todo un destacamento de guerreros. Llevarse a la reina en coma les habría resultado más complicado que secuestrar a Nimúe.

En medio de aquellas elucubraciones que consumían la mayor parte de su tiempo, transcurrieron las dos jornadas restantes de viaje. Llegaron a las inmediaciones del lago cuando el sol

aún se hallaba alto en el cielo, y, por decisión de Laudine, buscaron alojamiento en Taer Gwith, una de las aldeas de pescadores más pobladas de la orilla.

La llegada de un destacamento de más de cincuenta mujeres armadas y dos caballeros con sus estandartes no dejó indiferente a nadie en la aldea. Los niños corrían detrás de las guerreras, riendo y apuntando hacia ellas con la mano. Más discretos, los adultos observaban desde el interior de las tiendas o amparados en las sombras de sus casas. Al pasar frente a una taberna, Laudine detuvo el caballo para preguntar si había una posada en las

inmediaciones. La respuesta de la mesonera fue negativa.

—Aquí los únicos que podrían alojaros son los granjeros pudientes, que tienen casas grandes y buenos graneros —añadió la mujer—. Aunque os advierto de que no os recibirán con los brazos abiertos, después de los destrozos que hicieron los soldados de sir Mordred.

Al oír aquello, Lance hizo avanzar a su caballo hacia la mujer de la taberna y se unió a la conversación.

—¿Sir Mordred y sus hombres han pasado por aquí? —preguntó.

—¿Los estáis buscando? ¿Vais a reuniros con ellos? —preguntó la

tabernera con cautela.

—Los estamos buscando, pero no somos sus amigos —contestó Yvain tranquilamente.

La mujer dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias al cielo —exclamó—. Aquí no han dejado más que miseria y destrucción. Nos confiscaron las barcas para pasar a todas las tropas hasta la isla, y no nos las han devuelto. Aquí casi todos los hombres son pescadores. Dejarnos sin barcas es condenarnos a pasar hambre.

—¿Hace cuánto que pasaron por aquí? —quiso saber Lance.

—Estuvieron acampados cuatro o

cinco días. Más de la mitad partió hacia la isla, y de allí no han vuelto. Es posible que se hayan quedado en ella. La otra mitad levantó el campamento hace un par de noches, y a la mañana siguiente se habían ido.

El tabernero, que al oír a su mujer había salido para unirse a la conversación, intervino en ese momento.

—Cuéntales lo del viejo al que encontraron escondido en la granja de Bridennan —dijo mirando a su mujer—. Todavía sigue allí, no saben qué hacer con él. El hombre parece ido, es como si hubiese perdido el juicio.

—Si ya se lo has contado tú, ¿qué quieres que les cuente yo? —replicó la

mujer, malhumorada. Sus ojos se suavizaron al volverse hacia Lance—. Yo lo he visto, fui a la granja a ver cómo era él. Parece un caballero, un hombre refinado. Pero el pobre llora sin parar.

Una intuición alcanzó a Lance al oír aquella descripción tan vaga.

—Caballero..., anciano... ¿Podría ser Merlín? —preguntó, mirando a Yvain.

—Por si acaso, tenemos que comprobarlo —razonó el aludido.

La tabernera se ofreció a acompañarlos a la granja que había mencionado. Decidieron que Laudine permaneciera con las tropas mientras Yvain y Lance se acercaban a

comprobar la identidad del anciano que se refugiaba allí.

La granja se hallaba a las afueras del pueblo. Además de la vivienda principal de los propietarios, una amplia construcción con techado de paja, y de los graneros y establos adyacentes, contaba con una choza a la salida de los corrales. La mujer del granjero, una joven rolliza que los recibió con un niño de pecho en los brazos, les informó de que era allí donde habían instalado al anciano que buscaban.

Encontraron a Merlín tendido en un camastro de paja. Un candil de aceite iluminaba su pobre habitación, donde ni siquiera había chimenea.

Al oír que entraba alguien, el viejo sabio se incorporó. Tenía los ojos enrojecidos y brillantes de fiebre.

—Yvain y Lance —dijo, reconociendo al instante a sus visitantes—. Arturo os envía, ¿no es cierto? Demasiado tarde. Ya no hay nada que hacer... Demasiado tarde.

Lance fue hacia la cama y, sentándose en ella, tomó una de las manos del mago en las suyas.

—¿Qué os ha pasado, viejo amigo? ¿Ha sido Mordred? Contadnos qué ocurrió.

Una sombra hostil y temerosa atravesó los ojos de Merlín.

—Yo no pude hacer nada. Intenté

detenerlos, pero eran muchos, y armados. Aunque me hubiera quedado, el resultado habría sido el mismo. Ellos ya... Yo no pude hacer nada.

—Calmaos, Merlín —rogó Yvain—. Necesitamos que os tranquilicéis y que nos contéis pormenorizadamente lo ocurrido.

—No puedo contaros nada. Yo no sé. Solo sé que la vi... Grité... Me abalancé sobre ellos, quise destrozarlos por lo que le habían hecho. Le arrebaté la espada a uno de ellos. Pero eran muchos, y yo estaba solo. Retrocedí. El instinto guio mis pasos, mi mente estaba helada, estaba muerta. Yo me dejé llevar. Y no sé cómo, me salvé.

—No tenéis que justificaros por haber puesto a salvo vuestra vida —observó Yvain con suavidad—. Pero ahora que el peligro ha pasado, debéis ayudarnos. ¿Qué pasó realmente?

Merlín meneó la cabeza varias veces en silencio. Luego, de sus labios brotó una carcajada enloquecida. Su mirada era la de un animal acorralado.

—No lo sé. No he querido saberlo —murmuró, más para sí mismo que para que le oyeran—. La perdí. Eso es todo. Lo demás no me importa; solo deseo que mis días terminen de una vez. Soy viejo, mi vida está acabada... y no me queda nada que hacer aquí.

Capítulo 26

Fue inútil insistir en que Merlín aclarase sus ominosas palabras: el anciano parecía incapaz de concretar lo que había sucedido en los instantes previos a su huida de Ávalon. Y no porque su mente hubiese perdido lucidez, sino porque la vergüenza y la culpa le impedían mirar dentro de sí mismo y evocar lo ocurrido.

Comprendiendo que el mago no

estaba en condiciones de aportar ninguna información, Lance trató de convencerle de que se uniese a sus tropas y, al menos, les sirviese de guía en Ávalon cuando llegase el momento, pero Merlín se negó a moverse del camastro en el que languidecía. Lance e Yvain se dieron cuenta de que no podía serles de ninguna ayuda en las condiciones en las que se encontraba. Después de permanecer a su lado en silencio durante un rato, lo dejaron en su choza y se despidieron de la granjera para regresar al pueblo, donde los aguardaba Laudine.

Los silencios de Merlín habían alarmado a Lance más que sus palabras.

Mientras Yvain le contaba a su esposa lo sucedido en la granja, él trataba de dominar la angustia que le impedía pensar con claridad. Fogonazos de escenas de pesadilla acudían a su mente cada vez que trataba de concentrarse en un plan de acción. Veía el lecho de Gwenn vacío, los cortinajes y las sábanas rasgadas, restos de sangre en las tablas del suelo. O creía respirar el humo ardiente de un incendio mientras llenaban sus oídos gritos desesperados de socorro. Cuanto más se esforzaba por ahuyentar aquellas imágenes, más vívidas se le aparecían. Dominado por ellas, todo lo que le rodeaba le parecía irreal. Lo único que deseaba era

concluir aquella espera insoportable cuanto antes y enfrentarse con lo que quiera que les aguardase en Ávalon.

Obsesionado con esa idea, escuchó solo a medias la exposición que Laudine le hizo sobre las posibilidades que se les ofrecían.

—Me he estado informando, y tardaremos como mínimo dos o tres días en conseguir barcas para todo el destacamento —le explicó con aire grave—. He enviado mensajeras a los pueblos cercanos con el encargo de reclutar a los artesanos locales y ofrecerles un buen precio a cambio de un trabajo rápido y bien hecho. De esa forma podemos conseguir media docena

de barcas. El resto habrá que obtenerlas de los pescadores que aún conserven la suya.

Lance se quedó mirándola como si no la hubiese oído.

—Una es suficiente —se limitó a contestar.

Laudine arqueó las cejas.

—¿Una? Lance, no estaréis pensando... Sería una locura ir solo. No hemos venido aquí armadas y preparadas para consentir eso.

—No lo entendéis —replicó el caballero con impaciencia—. La situación no es la que esperábamos. Todo lo que queríamos evitar viniendo hasta aquí ya ha sucedido. Da igual lo

numerosa que sea la tropa que llevemos a la isla; apuesto a que no encontraremos ningún ejército esperándonos.

—Es posible; ya me ha contado Yvain. Pero aun así... pueden haber dejado un destacamento, Lance. Sería una imprudencia ir solo sin saber cuál es la situación. Y si, como decís, todo lo que tenía que pasar ya ha pasado, la urgencia es mínima, y bien podéis aguardar a que todo esté listo.

—Os equivocáis en eso. No puedo.

En su mirada hervía una cólera desesperada que Laudine debió de captar.

—Dejad que Yvain y yo decidamos

por vos —dijo con suavidad—. No estáis en condiciones de tomar una decisión.

—No puedo elegir, Laudine —insistió Lance—. No me pidáis que lo haga. La decisión ya está tomada: iré a la isla cuanto antes, y por el medio que sea. Si ha ocurrido lo que temo, quiero saberlo cuanto antes. No deseo esperar.

Yvain, que acababa de unirse a ellos después de organizar las guardias nocturnas con Lunette, le puso una mano en el hombro.

—En ese caso, iré contigo —afirmó—. Busquemos un bote y partamos lo antes posible.

—¿A esta hora? Está oscureciendo —

objetó Laudine.

—La travesía no es larga, ahora que el lago ya no puede confundir con sus brumas a los navegantes —aseguró Lance—. Gracias, Yvain, acepto tu oferta de acompañarme. La tabernera habló de un hombre que consiguió salvar su barca de las tropas de Mordred alegando que la madera estaba podrida y que no flotaría. Vayamos a buscarlo y ofrezcámosle un buen precio por alquilárnosla.

—Apuesto a que dijo lo de la madera porque es verdad —opinó Laudine torciendo el gesto—. No me gusta...

Yvain le estampó un inesperado beso en los labios.

—Siento que no te guste, mi amor, pero es lo que hay. Y tú sabes tan bien como yo que no podemos dejarlo ir solo.

Laudine rodeó el cuello de Yvain con sus delgados brazos y apoyó la cabeza en el hombro de su esposo.

—Lo sé —murmuró—. Solo espero que no sea tan malo como él cree.

A pesar del tono murmurante que había empleado la Señora de la fuente, Lance lo oyó.

—Así lo deseo yo también —dijo—. En todo caso, lo sabremos pronto.

Consciente de que su estado no era el más adecuado para tratar con el dueño de la barca, dejó la negociación con él

en manos de Yvain. Mientras los dos hablaban, Lance aguardaba impaciente delante de la casita blanca del pescador, contemplando las tranquilas aguas del lago desde la orilla.

Finalmente se abrió la puerta de la humilde construcción y emergió Yvain acompañado del otro hombre.

—Solo hay trato si es él quien maneja el timón —anunció el esposo de Laudine.

Lance se encogió de hombros. Le daba igual quién se sumase a su pequeña expedición, siempre que partiesen en el menor tiempo posible.

Verdaderamente, la embarcación, pintada de un color rojo roído por la

humedad y el salitre, parecía tan deteriorada que en cualquier otro momento Lance se lo habría pensado dos veces antes de meterse en ella. Pero era tal la zozobra que agitaba su espíritu que ni siquiera reparó en su aspecto. Yvain, decidido a acompañar a su amigo hasta el final, tampoco puso reparos para subir a bordo.

Al menos el pescador conocía bien las aguas del lago. Manejando los remos con vigor y eficacia, los guio en silencio hacia la isla evitando los fondos más someros y rocosos. Distráido, Lance contemplaba el agua que imperceptiblemente se iba filtrando entre las tablas de la cubierta de popa.

No era tanta como para poner en peligro la embarcación, aunque ralentizase la travesía.

Hacia rato que el sol se había puesto tras las colinas del oeste cuando arribaron a un muelle desgastado y desierto. El pescador aproximó la barca al borde de piedra para que desembarcasen. En cuanto lo hicieron, partió de regreso a su aldea.

Lo primero que captó la atención de Lance fue un zumbido remoto de insectos. El murmurante sonido se oía lejano, mezclado con los envites de las olas sobre los muros de piedra de la orilla.

Comenzaron a caminar por el sendero

de grava blanca que ascendía hacia el castillo. Al lado izquierdo vieron restos de un amplio campamento, las marcas negras de las fogatas nocturnas como cicatrices sobre la tierra agostada. Quedaban hoyos mal cubiertos que despedían hedor de excrementos, las lonas descoloridas de una tienda rota y abandonada, y las manchas móviles que formaban los cuervos sobre el paisaje indicaban los lugares donde se acumulaban los desperdicios.

—Formaban un contingente numeroso —observó Yvain—. Yo diría que más de quinientos hombres.

—Quinientos soldados para amedrentar a un puñado de mujeres —

murmuró Lance—. ¿Qué creéis que habrán hecho con las damas?

Yvain no contestó. Aquel silencio, y el zumbido de los insectos cada vez más cercano a medida que se aproximaban al castillo...

Incluso antes de entrar en él, Lance se sintió alcanzado por una vaharada de olor a podredumbre, a muerte. Tensó las mandíbulas, apretó los dientes.

Ni siquiera las habían enterrado. Los cadáveres permanecían allí donde habían caído, semidesnudos, la piel pálida a la luz de la luna que se filtraba a través de los cristales de las ventanas, los cuerpos rotos por las hojas de acero, los ojos y los labios cubiertos de

moscas ronroneantes. Solo los hermosos vestidos de las damas permanecían intactos, al menos allí donde la seda no había sido rasgada por las espadas o teñida de sangre.

Yvain encontró unas velas y yesca para encenderlas. Provistos de aquella débil luz, fueron recorriendo las habitaciones hasta comprobar que no faltaba ninguna. Por lo visto, la intención de Mordred no era hacer rehenes. No había dejado ni a una sola con vida. Ni siquiera a Nimúe.

Con gestos suaves, casi atemorizados, Yvain fue apartando los insectos, cubriendo los rostros con telas que iba cogiendo de aquí y de allá: cortinajes,

tapices, colchas.

Lance, fuera de sí, buscaba.

Había encontrado vacía la cama de Gwenn. Si le habían hecho lo mismo que a las otras, su cuerpo debía de yacer en cualquier lado, allí donde lo hubiera sorprendido la barbarie de los guerreros de su hermano.

Llevaba quizá una hora dando vueltas por el castillo cuando Yvain se plantó delante de él y lo obligó a detenerse.

—Déjalo ya, Lance —le dijo con suavidad—. La reina no está aquí. A ella no la han matado. Se la ha llevado Mordred..., vete a saber con qué propósito.

Los ojos de Lance se encontraron con

los de Yvain.

—Entonces, está viva —murmuró—.
¿Habrá despertado?

—Eso no lo sé. Pero despierta o dormida, nos necesita. Debemos regresar a Camelot cuanto antes para informar al rey.

LIBRO IV

La corona de Meleagant

Capítulo 27

El fin de la oscuridad llegó tan deprisa que tomó desprevenida a Gwenn. Para sobrevivir, se había acostumbrado a sumir su mente durante larguísimos periodos en un letargo parecido al sueño. Mientras permanecía en ese estado, dejaba que los recuerdos aflorasen espontáneamente y fluyesen con rapidez, desbancándose unos a otros sin que su atención retuviese ninguno en

particular.

Llegar a ese desprendimiento extremo le había costado un duro aprendizaje. Pero en su prisión del pasado, privada de sus sentidos y de toda posibilidad de comunicarse con el mundo exterior, disponía de todo el tiempo del mundo para aprender. Gracias a eso, había logrado mantener la cordura. Incluso se había habituado a desterrar la esperanza. No pensaba en el futuro: se limitaba a existir y a ser consciente de su existencia, sin aspirar a nada más.

Luego, de pronto, llegó la luz: y con ella el tacto, los sonidos de su aliento y de su corazón, el dolor en las sienes, el frío. Había olvidado lo brutal que

resultaba tener que enfrentarse al mundo desde la fragilidad del cuerpo.

Abrió los ojos con temor, porque no sabía si su despertar estaba teniendo lugar en el pasado o en su propia época. Y lo primero que vio fue el rostro de Mordred.

No era el niño al que había conocido en el programa Ávalon, sino el adulto, el que se enfrentó a Arturo en el círculo de piedra. Pero el niño debía de seguir dentro de él de algún modo, porque en lo profundo de sus ojos lo reconoció, y supo que había sido él quien la había despertado.

—Gracias —logró pronunciar.

Mordred la observaba con una

sonrisa escéptica.

—¿Gracias? No me las des todavía. Esto no ha hecho más que empezar.

Gwenn se incorporó y miró a su alrededor. Estaban en una tienda de lona gris, y a través de la abertura de la entrada se vislumbraba una pradera de color esmeralda.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Le sorprendía que las palabras brotasen con tal facilidad de sus labios, después de tantos meses, tal vez años, sin hablar.

—Acabamos de entrar en las tierras de Meleagant. Mañana llegaremos a su castillo.

—El país de Gorre —recordó Gwenn

pensativa—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque eres mi prisionera, hermana —replicó Mordred en tono áspero—. Y mi arma contra Arturo. Estoy en guerra con él, aunque no sé si se ha dado cuenta de ello.

Gwenn sonrió. Arturo. Volvía a estar en su mundo, en casa. Antes o después lo vería de nuevo. Mordred no podía imaginar lo que representaba aquella idea para ella. Estar atrapada en el reino de Gorre, a dos pasos de Camelot, no era nada comparado con el destierro del que acababa de regresar. Y aunque sabía que su euforia no haría sino irritar a Mordred, se sentía incapaz de ocultarla.

Su hermano debió de leer en su rostro lo que estaba pensando.

—Quizá fue un error traerte de vuelta —murmuró—. El niño me lo advirtió. Quería que te matara.

Gwenn se estremeció al oírlo. Recordaba los ojos limpios del Mordred de diez años que había conocido en su exilio, la expresión inocente de su rostro.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

Mordred cerró los ojos y frunció el ceño, como si estuviese tratando de ahuyentar una visión inoportuna.

—Cree que aquí puedes hacernos daño. Pero se equivoca. Yo haré que se confunda. Vas a colaborar conmigo, te

guste o no. Me vas a ayudar a destronar a tu marido, hermana.

—¿Sabe Arturo que he vuelto y que me tienes?

Mordred desplegó una mueca que intentaba remedar una sonrisa.

—A estas alturas ya debe de haberse enterado. En Ávalon dejamos un testimonio bastante contundente de lo que pueden esperar de nosotros. Matamos a todas tus amigas, ¿sabes? Las damas. Había que hacerlo. Eran una amenaza potencial, un apoyo muy importante para Arturo fuera de Camelot.

—Las damas no eran mis amigas —murmuró Gwenn, mientras las lágrimas

humedecían sus ojos—. Solo Nimúe lo fue. O al menos, yo intenté que lo fuera. ¿También ha muerto ella?

—Todas —respondió Mordred—. No había motivos para hacer distinciones.

Las damas de Ávalon desaparecidas. Cuando Gwenn era una niña, durante el inestable reinado de su madre, la reina Igraine, todo parecía frágil excepto ellas. Habían estado allí siempre, desde tiempos inmemoriales, y había llegado a creer que seguiría siendo así mientras viviera. Pero ahora, de repente, no estaban. No volverían nunca.

Si algo podía aniquilar su euforia por sentirse viva de nuevo, era una noticia semejante. Desde luego, Mordred sabía

cómo hacer daño.

—Durante un tiempo creí que las damas eran tus aliadas, que apoyaban tu causa —observó pensativa—. ¿No te dolió eliminarlas?

Mordred hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Una parte de mí se resistía —admitió—. Es cierto que, en algún momento, llegué a verlas como aliadas. Pero la desaparición del Grial las transformó y las volvió peligrosas. Había que quitarlas de en medio para simplificar el tablero de juego, como cuando en el ajedrez sacrificas un par de piezas sabiendo que a la larga eso te ayudará a ganar.

—¿Eso es Britannia para ti? ¿Un juego? ¿Una partida de ajedrez?

Mordred sonrió, divertido por la metáfora.

—Tú lo has dicho. Una partida de ajedrez. Y ahora tengo a la reina. Eso significa que en un par de jugadas podré acorralar al rey.

Gwenn se miró las manos. Estaban más delgadas, pero reconocía la forma de las uñas, de los dedos. Tanto tiempo sin sentirse a sí misma, y ahora... allí estaba, entera. Viva. En medio de una guerra, pero viva.

—Arturo no se dejará acorralar tan fácilmente —afirmó, en un tono que no pretendía resultar desafiante—. Es un

estratega, no responderá a tus provocaciones. Aunque me incluyan a mí.

—Eso dependerá de la naturaleza de esas provocaciones —contestó Mordred con frialdad.

—¿Eso es una amenaza? ¿Qué vas a hacer, hermano, arrancarme los dedos uno a uno y enviárselos a mi esposo para torcer su voluntad, como hacen los bandidos que capturan niños y se esconden en los bosques?

Mordred la contempló con la cabeza ladeada, como si estuviese considerando seriamente la posibilidad de hacer lo que su hermana sugería.

—Eso conmovería a Arturo y a sus

caballeros, no me cabe la menor duda —reflexionó, mirándola con fijeza—. Pero a mí se me había ocurrido otra manera de utilizarte para hacer perder la cabeza al rey.

Gwenn se estremeció a su pesar.

—Dime de qué se trata —exigió, obligándose a dominar el temblor de su voz—. Quiero saberlo.

—Todavía es pronto. Lo sabrás cuando lleguemos al castillo de Meleagant. No te preocupes, estamos tan solo a un par de jornadas de camino. Una vez allí, se acabará la incertidumbre, y te dejaremos bien claro lo que vamos a hacer.

Capítulo 28

Gwenn había temido que en cuanto llegasen al castillo de Meleagant la arrojasen a una mazmorra, pero, para su sorpresa, Mordred la instaló en un suntuoso aposento de la torre norte, cómodo y amueblado con gusto. Eso sí, cuando su hermano se ausentó, la puerta se cerró con llave tras él, haciéndole comprender que, pese a todo, seguía siendo una prisionera.

Habría debido importarle más..., pero se sentía demasiado feliz por haber regresado, demasiado ebria de vida para preocuparse de los pormenores de su situación. Con el recuerdo todavía muy presente de los largos meses que había pasado desconectada de su cuerpo, la joven no podía dejar de disfrutar cada sensación, cada humilde detalle que se ofrecía a sus sentidos. El sabor de la carne ahumada le pareció, en su primera comida, comparable al de los más exquisitos manjares, y el aroma del vino caliente y especiado le hacía sonreír cada vez que lo reconocía. En su habitación del castillo, Gwenn acariciaba los tapices de seda sintiendo

cada punto en el sutil entramado de formas y colores; se concentraba en el roce del tejido en las yemas de sus dedos y perdía la noción del tiempo, hipnotizada por su delicadeza.

Pasaron dos días sin que acudiese a visitarla nadie, aparte de la doncella que regularmente se presentaba para encenderle el fuego, servirle la comida y prepararle el baño. Poco a poco, Gwenn se iba acostumbrando a aquel mundo de sensaciones olvidadas. El calor de las llamas cuando se acercaba a la chimenea suponía para ella una deliciosa caricia, y el agua caliente en la bañera de bronce casi llegaba a aturdirle con los aromas de los aceites

de plantas exóticas que contenía. Por más que luchaba contra aquella complacencia, se sentía absurdamente feliz la mayor parte del tiempo. Solo el recuerdo de que Nimúe y el resto de las damas de Ávalon habían muerto le arrebatava a ratos la alegría, pero en cuanto aquella idea abandonaba su mente volvía a recuperarla.

Sabía, por supuesto, que la tranquilidad no podía durar. Mordred había sido muy claro al hablar de sus intenciones respecto a ella. Iba a utilizarla contra Arturo, y probablemente se le ocurriría un modo horrible de hacerlo. Prefería no imaginar lo que su hermano tenía en mente.

A media mañana del tercer día de su estancia en el castillo oyó en el corredor pasos recios de hombres armados. Un instante después su puerta se abrió, y seis guardias irrumpieron en sus aposentos.

Instintivamente Gwenn se cruzó los brazos sobre el pecho. Llevaba puesto un sencillo vestido de lana cruda que, por su suavidad y delicadeza, resultaba perfecto para su encierro, si bien era de líneas muy ceñidas y tenía un profundo escote que, al verse de repente expuesta a las miradas de aquellos hombres, la avergonzaba.

Sin miramientos, uno de los soldados le cogió los brazos y se los llevó a la

espalda, donde los encadenó con unas esposas. Gwenn notó que sus mejillas enrojecían.

—¿Qué hacéis? Soy la reina de Britannia —les recriminó, indignada.

—Seáis reina o no, aquí no se os reconoce ninguna autoridad —le respondió el soldado más viejo del grupo—. Os aconsejo que no compliquéis las cosas, señora, porque tenemos órdenes de usar la fuerza con vos si oponéis la menor resistencia.

Gwenn comprendió que no valía la pena arriesgarse poniendo a prueba a aquellos hombres, de modo que renunció a luchar.

En silencio, los soldados la

condujeron por unas escaleras hasta el patio de armas del castillo, donde una bocanada de aire frío le erizó la piel. Había varios grupos de guerreros armados en el patio, y todos se volvieron a mirarla cuando apareció. Gwenn notó aquellos ojos fijos en su escote desnudo y agachó la cabeza. No estaba preparada para enfrentarse a tantas miradas agresivas, en las que se mezclaban el desprecio y el deseo.

Respiró aliviada cuando la introdujeron en una sala abovedada donde, al menos, ardía un buen fuego que caldeaba el ambiente. El lugar estaba lleno de cortesanos que, al verla, acallaron los rumores de sus

conversaciones y se volvieron a contemplarla. Al menos algunas de aquellas miradas no eran tan groseras como las que había recibido en el patio. Todas, eso sí, eran hostiles.

El más anciano del grupo que la escoltaba la empujó sin miramientos delante del señor del castillo. Gwenn recordaba vagamente haber visto alguna vez a Meleagant en la corte de su madre cuando eran niños. Se había convertido en un hombre alto y apuesto, con una expresión entre burlona y retadora en la cara. A su derecha, Mordred, vestido con una elegante camisa de encaje y calzas oscuras, la contemplaba con una sonrisa satisfecha.

—De modo que esta es Gwenn de Gorlois —dijo Meleagant—. Prometisteis traerla y lo habéis cumplido. Os felicito, Mordred.

—No soy solo Gwenn de Gorlois —se atrevió a decir ella, buscando la mirada del señor de Gorre—. Soy vuestra reina.

—No. Yo soy vuestro rey —replicó Meleagant dando un paso hacia ella—. Cuanto antes lo asimiléis, mejor.

La mirada impertinente de Meleagant recorrió sin prisas la figura de Gwenn. Ella, consciente de lo inapropiado de su atuendo, sintió que se ruborizaba a la vista de todos.

—He traído a la que antaño fue la

esposa de Arturo para ofrecérsela a Su Majestad —anunció pomposamente Mordred—. Como en las guerras de los Antiguos, una mujer es siempre un buen motivo para provocar al enemigo. Que es lo que queremos.

—Loco —murmuró Gwenn temblando de ira—. No sabes lo que dices. Soy la esposa de Arturo. En presente.

—No. Sois lo que yo decida que seáis —contestó Meleagant con exasperante calma—. Si decido entregaros a mis soldados para que hagan con vos lo que les plazca, nadie podrá impedirlo. Pero sería un desperdicio, y hay otras formas de provocar a Arturo.

Los caballeros que llenaban la sala

comenzaron a cuchichear, entre divertidos y anonadados por el atrevimiento de su señor.

—Acercaos —ordenó Meleagant.

Gwenn no tenía intención de moverse, pero alguien la empujó con rudeza por la espalda, haciéndole perder el equilibrio y caer justo a los pies del rey de Gorre. Este, sin ayudarla a incorporarse, se inclinó sobre ella y la agarró de la barbilla para levantarle la cara y obligarla a que lo mirase.

—Sois hermosa —dijo—. Estoy deseando haceros mía.

Gwenn intentó hablar, pero no consiguió que ningún sonido brotase de sus labios. Estaba aterrada.

Meleagant la levantó por fin del suelo y, tomándola por las muñecas encadenadas, la giró para que todos los presentes pudiesen ver su rostro demudado.

—Aquí tenéis a mi futura reina. Sería un estúpido si dejara escapar la oportunidad de emparentar con el poderoso linaje de Igraine. Me la quedaría incluso si fuese una campesina. Es espléndida.

Aturdida, Gwenn se volvió hacia Mordred en busca de ayuda.

—Soy tu hermana —acertó a decir con la voz quebrada—. No permitas esto. Es un escarnio.

Mordred sonrió con frialdad.

—Como hermano vuestro, estaré encantado de hacer los oficios de padrino y de entregaros personalmente a Meleagant la noche de vuestra boda.

Gwenn se volvió hacia los cortesanos, que observaban la escena amedrentados por el atrevimiento de los dos hombres.

—Esa boda no puede celebrarse — protestó, alzando tanto como pudo su voz trémula y entrecortada por el miedo —. Soy una mujer casada. Soy la esposa de Arturo, la reina de Britannia.

—Lo fuisteis —contestó Meleagant en tono burlón—. Ahora, aquí, no sois nada. No sois más que una cautiva en manos de sus captores. Por eso os

aconsejo que guardéis silencio. Si no obedecéis, me veré obligado a castigaros en presencia de toda mi corte, para que aprendáis desde ahora mismo cuál es vuestro lugar.

A pesar del aire jocoso de la respuesta, en los ojos de Meleagant había una seriedad que horrorizó a Gwenn. Aquel hombre no estaba bromeando.

Comprendió que cualquier protesta que añadiese a las que ya había formulado solo serviría para empeorar su situación.

—¿Cuándo se celebrará la boda? — preguntó una voz entre los nobles que llenaban la sala.

Meleagant miró hacia el hombre que había hablado. Gwenn lo reconoció; era un valvasor del norte al que Arturo no había admitido en la Tabla Redonda después de averiguar cómo se excedía con los impuestos que recaudaba en sus dominios.

—No haremos esperar mucho a la dama —contestó el señor de Gorre—. Dentro de tres noches tendrá lugar la ceremonia.

Gwenn cayó de rodillas. Solo le quedaba el recurso de la súplica.

—Ahorradme esta humillación, os lo ruego —murmuró implorante—. Sabéis que esa boda sería solo un simulacro, una farsa. Por favor, si no queréis

devolverme a Camelot, encerradme en una de vuestras mazmorras, donde no pueda representar ningún peligro para vos. Evitemos esta burla de todo lo que es sagrado.

—Y eso lo dice la que se ha burlado de sus votos matrimoniales invitando repetidamente a su lecho al afamado sir Lance —se mofó Meleagant, provocando algunas risas contenidas—. No estáis en condiciones de dar lecciones de moral a nadie, mi señora. Vuestro licencioso pasado impide que vuestras súplicas sean tomadas en serio. Si os entregasteis a sir Lance siendo, como decís, una mujer casada, bien podéis entregaros también a mí. No os

ruboricéis como si fueseis una mujer honesta: aquí todos sabemos que no lo sois.

—Si eso pensáis de mí, ¿por qué queréis unir vuestro nombre al mío?

Meleagant alargó una mano y apartó hacia atrás los cabellos dorados de la reina.

—Porque sois hermosa y deseo teneros. Y porque quiero imaginarme la cara de Arturo cuando le lleguen las noticias de esta boda. No os canséis implorando, Gwenn. Vais a compartir mi lecho con boda o sin ella, así que más vale que os vayáis haciendo a la idea, porque la paciencia no es precisamente una de las virtudes de Meleagant de

Gorre.

Capítulo 29

Gwenn supo que había llegado el día de su boda con Meleagant por la algarabía que inundó los patios del castillo desde primera hora de la mañana. El señor de Gorre debía de haber abierto las puertas de su casa a los campesinos de la comarca y a todo el que quisiera unirse a los festejos, a juzgar por las comparsas de gaitas, panderos y dulzainas que llenaban el aire con sus

melodías toscas y antiguas, que decenas de personas coreaban con voces destempladas. Las letras de casi todas las canciones eran atrevidas hasta la procacidad; y las gentes del entorno habían cambiado algunas de las frases para adaptarlas al festejo que se avecinaba, nombrando en numerosas ocasiones a la reina Gwenn y a su amante, sir Lance.

A la humillación de aquellos cánticos se unió pronto el de los preparativos de la boda. Las damas que acudieron a vestirla por la tarde iban pintarrajeadas como ramera, y en lugar de tratarla como a su señora, comenzaron a aleccionarla entre risas, como si fuera

una doncella recién vendida a un burdel.

El vestido que le pusieron había sido elegido también para escarnecerla. Era una lujosa prenda de brocado escarlata, con un escote más apropiado para una prostituta que para una reina. Después de ajustarle los lazos de la espalda, le soltaron los cabellos y deshicieron una a una todas las trenzas que los sujetaban. Libre de ataduras, su melena dorada cayó sobre sus hombros.

—¿Vais a dejarme así? —preguntó, al ver que aquellas mujeres daban por concluida su labor—. No puedo presentarme en público con los cabellos de esta manera.

—Son órdenes de nuestro señor

Meleagant —contestó una de las jóvenes con descaro—. Quiere que todos puedan ver vuestra hermosa cabellera.

Antes de irse, una de las mujeres le embadurnó las mejillas con unos polvos de intenso color rosa.

Cuando Gwenn se quedó sola frente al espejo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Parecía una prostituta, que era exactamente lo que deseaba Meleagant.

De buena gana se habría frotado las mejillas hasta limpiar aquel ridículo tono rosáceo de sus pómulos, pero sus «damas» habían tenido buen cuidado de dejarle las manos esposadas a la espalda antes de irse. Así, encadenada, con los cabellos cayéndole sobre la cara

como salvajes cascadas de oro y el vestido rojo ceñido a su cuerpo hasta hacerle daño, resultaba la novia más patética que alguien hubiese podido imaginar.

Aun así se prometió a sí misma que caminaría con la cabeza alta hasta el altar en el que pensaban sacrificar su dignidad. Si esperaban verla sucumbir y dejarse aplastar por la vergüenza, iban a llevarse una gran decepción. El orgullo era lo único que le quedaba, y eso no podían arrebatárselo.

La puerta se abrió sin previo aviso y entró Mordred cubierto con una vistosa armadura negra que exhibía el relieve de un sol dorado sobre el pecho.

—¿Lista para la ceremonia? Aquí tienes, tus damas olvidaron el ramo de novia.

Gwenn tomó en sus manos el ridículo ramo que su hermano le tendía. Estaba hecho de lirios y narcisos arrancados con sus bulbos, que colgaban, terrosos y resecos, en la base de las flores.

—¿Tengo que llevarlo? —preguntó con desmayo.

—Por supuesto. Meleagant en persona lo ha confeccionado en tu honor. ¿Preparada para convertirte en la esposa del rey de Gorre?

—Querrás decir en su hazmerreír, en su marioneta.

Mordred soltó una carcajada.

—Esta noche serás más que su marioneta, créeme. Está contento, aunque su papel ante la corte le obligue a fingir que todo es una farsa.

—¿No lo es?

—No. Vas a ser su esposa de verdad. Desde esta noche —replicó Mordred secamente—. La boda puede ser una comedia, pero lo que viene después no lo será. Hazte a la idea; cuanto antes aceptes la situación, mejor para todos. Si usas bien tus cartas, aún puedes tener una buena vida a su lado. Es un hombre apuesto; las mujeres lo adoran.

—Si voy a ser su esposa, ruégale que me quite este disfraz. No me obliguéis a presentarme ante el pueblo así vestida.

—Lo siento, hermana, pero esto forma parte del espectáculo... y de las noticias que queremos que lleguen a Camelot. Vamos, dame el brazo. El novio te espera ante el altar.

Mordred abrió las esposas que le sujetaban las manos a la espalda y se las quitó. Con las muñecas aún enrojecidas, Gwenn dejó que la tomase por un brazo, y ambos salieron con paso solemne de la habitación.

Los murmullos y las risas estallaron por todas partes cuando la gente vio aparecer a la novia ataviada de aquella manera. Gwenn maldijo interiormente su incapacidad para usar la magia de Britannia desde su llegada al castillo.

En cualquier otro lugar habría utilizado el poder del velo para modificar el tono de su piel y la forma de aquel ridículo disfraz que le habían puesto, pero la fortaleza de Gorre parecía existir al margen de Britannia. No era que el velo no estuviese allí, Gwenn podía notar su presencia latente; el problema era que se hallaba dormido, como si una poderosa fuerza lo hubiese logrado inactivar. Por eso no podía servirse de él.

Meleagant esperaba ante el ara de piedra de un templo antiguo, que había sido trasladada para la ocasión a la sala de ceremonias del castillo. Detrás del ara, un anciano con un ridículo disfraz de druida comenzó a murmurar fórmulas

incomprensibles en cuanto ella llegó. De vez en cuando acompañaba su ininteligible letanía con vigorosas cabezadas hacia delante, provocando risas entre los invitados.

La salmodia del improvisado sacerdote se prolongó más de lo esperado, hasta que Meleagant, impaciente, lo interrumpió en medio de una de sus recitaciones.

—Abrevia, amigo, y entrégame de una vez a esta mujer para que pueda llevármela arriba y darle su merecido.

El público estalló en carcajadas y voces al oír las palabras del rey, y en medio del griterío general, el sacerdote dio por terminada la ceremonia. En

cuanto la gente rompió a aplaudir, Gwenn sintió que Meleagant la levantaba en volandas y la besaba brutalmente en los labios hasta dejarla sin aliento.

Cuando tuvo a bien terminar aquella demostración de fuerza, el señor de Gorre la dejó en el suelo. La música había comenzado, y los cortesanos formaban corro para una multitudinaria danza.

Dos hombres la tomaron de la mano y la arrastraron al círculo de los bailarines. Durante los instantes siguientes se vio empujada sin compasión de un extremo al otro de la sala, pasando de un bailarín al otro en

una vertiginosa sucesión de giros y pasos que la dejaron aturdida por el vértigo.

Por fin cesó la música, y ella pudo retirarse a tomar aire cerca de una ventana. Desde allí vio irrumpir a una tropa de juglares que provocaron el regocijo de los presentes. Entraron haciendo mil cosas a la vez: mientras unos exhibían su destreza en los juegos malabares, otros hacían equilibrios sobre cilindros y tablas o formaban torres humanas, y otros más tragaban fuego o hacían bailar a un oso adiestrado. Incluso Gwenn, por un momento, se olvidó de que el propósito de toda aquella farsa era escarnecerla a

ella y observó encandilada las proezas de los artistas.

Hasta que de repente uno de ellos, el que ayudaba en los números de equilibrista, le llamó poderosamente la atención. Al igual que los demás, iba enmascarado, pero habría reconocido la caída de sus hombros y su forma de caminar en cualquier parte del mundo: era Lance.

No le costó mucho atar cabos. Si Lance estaba allí, era para castigar a Meleagant por su atrevimiento. Y después de lo que había presenciado, Gwenn podía imaginarse su rabia interna: no se conformaría con un duelo formal; querría la muerte del señor de

Gorre.

Intentó pensar deprisa: si Lance actuaba, no dudaba de que pudiera lograr su propósito. Mataría a Meleagant, sí. Pero ¿después qué? No tenía ninguna posibilidad de salir con vida del castillo.

No iba a permitir que se dejase matar inútilmente. Necesitaba decírselo.

Abiertamente no podía hablar con él, ya que corría el riesgo de que alguien se diese cuenta. No. Tenía que decírselo a través del velo; aquel velo que en Gorre era invisible y no se dejaba utilizar, aunque estuviera allí.

Ahuyentó de su mente las voces, las risas, las exclamaciones de admiración

del público. Necesitaba concentrarse solo en Lance y en lo que quería decirle.

«No hagas nada —le ordenó, lanzando sus mensajes al vacío transparente del velo—. Vete de aquí, sal vivo de aquí mientras puedas, y quédate cerca para ayudarme».

Lo vio detenerse en seco un momento, como si sus palabras le hubiesen alcanzado. Supo que lo había conseguido: había logrado usar aquel velo mudo para conectarse con la mente de Lance.

Los juglares no tardaron en retirarse, y Lance se fue con ellos. No se había quitado la máscara en ningún momento.

Gwenn suspiró, y por primera vez en

todo el día, una sombra de sonrisa afloró a su semblante.

—Veo que te estás ablandando — observó Mordred, acercándose—. Mejor, porque tu esposo ha subido ya a la alcoba, y te aguarda.

Gwenn asintió con entereza, y se dejó guiar por sus damas escaleras arriba, hasta el cuarto donde Meleagant la esperaba. Si tenía que ser suya, lo sería. Ahora, al menos, tenía esperanza, porque sabía que Lance no se detendría hasta sacarla de allí.

Capítulo 30

Entre risas y chanzas, las mujeres que la acompañaban empujaron a Gwenn al interior de la estancia donde su nuevo «esposo» la aguardaba. Después se retiraron, dejándola a solas frente a Meleagant.

El señor de Gorre llevaba la misma camisa de encaje y mangas amplias que había vestido durante la ceremonia, aunque se había abierto el lazo del

cuello y mostraba parte de su pecho. En el momento en que Gwenn entró en la habitación se hallaba atizando el fuego en la chimenea con aire reflexivo. Cuando levantó los ojos para mirarla, no había en ellos la expresión burlona y libidinosa que había exhibido en público durante todo el banquete; únicamente había curiosidad.

—¿Asustada? —le preguntó—. Sé que no hemos empezado con buen pie, pero no es mi intención convertir este matrimonio en un calvario para vos.

—En ese caso, no deberíais haberme obligado a aceptarlo —replicó Gwenn sin moverse de la puerta.

Él levantó las cejas, entre asombrado

y divertido.

—Quizá estáis menos asustada de lo que deberíais —observó—. No voy a permitir que me faltéis al respeto, Gwenn de Gorlois.

Como ella seguía paralizada junto a la puerta, Meleagant fue a su encuentro, la tomó de la mano y, sin brutalidad pero con firmeza, la condujo hasta el borde de la cama, donde los dos se sentaron.

—Os acostumbraréis a la idea —aseguró con suavidad—. Incluso es posible que llegue a gustaros.

—No necesito acostumbrarme a la idea, porque esta farsa no durará mucho tiempo —repuso Gwenn sin rehuir su mirada—. ¿Creéis que Arturo va a

permanecer de brazos cruzados cuando se entere de esto? Me rescatarán antes de lo que creéis.

Meleagant sonrió confiado.

—No lo entendéis, querida —dijo—. El velo de Britannia no llega hasta Gorre. Eso nos da ventaja sobre las tropas de Camelot. Tenemos capacidad para defendernos de ellos. Y vos no podréis usar la magia del velo para transmitir a la corte ningún mensaje.

Mientras hablaba, Meleagant comenzó a acariciar con delicadeza los cabellos de Gwenn. Ella se estremeció de placer, a su pesar.

—Estáis mintiendo —afirmó en tono sereno—. El velo sí llega hasta Gorre.

Está por todas partes, lo noto. Solo que algo le impide manifestarse.

Meleagant retiró la mano bruscamente. Sus ojos se ensombrecieron.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó—. Nadie lo sabe. A ver si va a ser verdad que sois una hechicera, como todas las mujeres del linaje de Igraine...

—Sin embargo, no sé por qué es así —continuó Gwenn pensativa—. ¿Por qué el velo no protege a los habitantes de Gorre, aunque llega hasta aquí? ¿Se lo impedís vos? ¿Habéis ordenado a vuestros alquimistas que neutralicen su poder sobre vuestro país?

Meleagant se quedó unos instantes

mirando a Gwenn con fijeza.

—Admito que en otro tiempo deseé poder hacerlo. Britannia es una utopía perfecta..., pero solo si estás dispuesto a aceptar el orden de las cosas. Y eso implica aceptar la autoridad de Camelot. Decidí rebelarme. Y decidí hacerlo siguiéndole el juego a Britannia. Puesto que Arturo la había convertido en una meritocracia, debía demostrar mis méritos. Parece que lo hice bien; extraordinariamente bien. Por eso, al final Britannia me concedió lo que quería.

—¿Y qué queríais?

Una mueca de tristeza transformó por un instante la sonrisa segura de

Meleagant.

—Quería ser libre. Independiente. Y el velo me lo concedió. Supongo que Arturo lo programaría para que así fuera. No me miréis de esa forma, no soy ningún ignorante; aunque no sé leer el código en el que está escrita Britannia, estoy enterado de que Arturo lo domina, y de que es con esos saberes de alquimista con los que controla el velo.

—Entonces, el velo se «inactiva» en Gorre, aunque esté por todas partes.

En lugar de contestar, Meleagant se puso en pie y caminó hacia un bargueño de maderas nobles con taracea de marfil que se hallaba en un extremo de la

estancia. De uno de los compartimentos más grandes extrajo un amasijo de piedras refulgentes. Cuando regresó a la cama, lo puso en el regazo de Gwenn. Era una corona.

—Intentad romperla —ordenó—. Estrelladla contra el suelo. Con fuerza.

Gwenn obedeció. Arrojó la corona contra las tablas de madera y se preparó para escuchar el estallido de cientos de diamantes al romperse. Sin embargo, la corona rebotó sin ruido y fue a parar a sus pies completamente intacta.

—Ya lo habéis visto. Indestructible. Ese fue el regalo del velo para mí. O quizá el regalo de Arturo. Mientras yo viva, esa corona impedirá que los

habitantes de Gorre disfruten de las ventajas de Britannia.

—Esto no puede ser cosa de Arturo —murmuró Gwenn—. Él no habría condenado a vuestro pueblo al exilio solo para castigaros a vos.

Meleagant se encogió de hombros.

—Pues lo ha hecho. ¿Entendéis ahora por qué no me queda otra alternativa que la guerra con Camelot? Tengo que devolverle a mi gente lo que ellos le han quitado, y esa es la única forma.

Gwenn asintió con un gesto. Durante los instantes siguientes, ninguno de los dos dijo nada.

—¿Mordred está al corriente de esto? —preguntó la reina finalmente.

—No. Nadie está al corriente. Solo yo lo sé.

—Nadie conoce, entonces, vuestras verdaderas motivaciones para la guerra con Arturo.

Meleagant sonrió con expresión desafiante.

—¿Y para qué necesitan conocer mis motivaciones? Cada uno tiene las suyas. Basta con que me ofrezcan sus armas.

—Tiene que existir otra manera. Yo puedo encontrarla —aseguró Gwenn mirando a los ojos a Meleagant.

Él debió de leer en aquella mirada la sinceridad de la oferta. Parpadeó, sorprendido. Luego bajó los ojos.

—Es demasiado tarde para eso —

murmuró—. Ya no puedo volverme atrás.

—Al menos, no sigáis con esta pantomima. Ahora me doy cuenta de que la deseáis tan poco como yo.

—Aunque así fuera, no es tiempo de arrepentirse. Lo único que tengo es mi reputación delante de esos hombres. Tienen que creer en mí. Y en lo que hago.

—Para eso no necesitáis arrastrar a una mujer indefensa a vuestro lecho.

—No tan indefensa —replicó Meleagant con una sonrisa irónica.

Cobrando valor, Gwenn también sonrió.

—Escuchadme. Nadie tiene por qué

enterarse. Fingiremos que la boda se ha consumado. Yo interpretaré mi papel. A cambio, cuando sea libre yo haré lo que esté en mi mano para devolver la protección de Britannia al reino de Gorre. Si me permitís volver con Arturo, es mucho lo que puedo hacer.

Meleagant meneó la cabeza con gesto grave.

—Olvidad esa locura. No voy a liberaros, ni voy a hacer nada para impedir la guerra. Es mi única salida. Pero lo que sí acepto es vuestra propuesta respecto a la boda. Digamos que... estoy dispuesto a retrasar el momento de consumir el matrimonio. No deseo humillaros ni haceros daño,

Gwenn. Lo que yo desearía es que este enlace fuese auténtico, que realmente quisieseis estar aquí, conmigo. Por eso os ofrezco este gesto de buena voluntad.

Gwenn comprendió que había ganado aquella partida, y que no obtendría nada más si seguía insistiendo.

—Os agradezco inmensamente vuestra oferta —dijo—. Y, aunque no lo creáis, estoy segura de que algún día mi gratitud os será de utilidad.

En los pasillos comenzaron a sonar cantos obscenos, acompañados de una gran algarabía de golpes, gritos e instrumentos desafinados.

—Vienen a amenizarnos la noche —suspiró Meleagant—. Espero que sepáis

estar a la altura cuando salgamos de la habitación. Necesito que os mostréis tan avergonzada y humillada como todos esperan.

—No tengáis cuidado. Lo haré tan bien que incluso Mordred se apiadará de mí.

—Lo veo difícil. Ese hombre no conoce la piedad. Pero si no fuera por él, no estaríais despierta.

Gwenn asintió.

—Lo sé. Podéis estar tranquilo, sabré convencerlo de que las cosas han ocurrido entre nosotros como él había planeado. Pero Meleagant, si cambiaseis de opinión... Aún estáis a tiempo de anunciar públicamente que renunciáis a

esta boda. De ese modo evitaríais provocar a Arturo.

—La provocación es el objetivo de todo esto, y mis hombres lo saben. No insistáis, no voy a cambiar de idea.

El ruido y la vulgaridad de las tonadas que sonaban en el corredor habían subido de tono. Los invitados aguardaban impacientes a que los recién casados saliesen de la alcoba.

—No podemos darles gusto todavía —observó Meleagant con sorna—. Sospecharían si descubren que nuestro encuentro ha durado demasiado poco. Dormid un rato, mi reina. Os despertaré cuando haya que empezar con la comedia... Y más vale que recuperéis

fuerzas para lo que os aguarda, porque ahí fuera no van a tener compasión de vos.

Capítulo 31

—Despertad. Ya les hemos hecho esperar bastante. Llegó la hora del espectáculo.

La voz de Meleagant hizo abrir los ojos a Gwenn. En realidad no había llegado a dormirse del todo en ningún momento, aunque la quietud le había servido para recuperarse un tanto de los sobresaltos de la jornada.

Cuando se puso en pie, Meleagant se

le acercó y le revolvió el pelo sin miramientos. Después, le desgarró el vestido a la altura del hombro derecho.

—¿Qué hacéis? —preguntó ella, enfadada.

—Hay que darle realismo a la escena —respondió el señor de Gorre con una sonrisa irónica—. No os quejéis, ahí fuera esperan todavía más. Dadme la mano, vamos a salir juntos.

En cuanto abrieron la puerta, estalló un griterío ensordecedor en el pasillo. Algunos de los borrachos que yacían en el suelo intentaron incorporarse para ver a los recién casados. Se sucedían los empujones, los insultos y las exclamaciones procaces. Gwenn no tuvo

que fingir para mostrarse avergonzada y asustada, porque era como realmente se sentía.

Con una petulante sonrisa en los labios, Meleagant aceptó las palmaditas en la espalda y las enhorabuenas de cortesanos, soldados y campesinos. Sorteando a los más insistentes de los invitados, que se plantaban frente a él como si quisieran impedirle el paso, fue abriéndose camino hacia el salón de banquetes sin soltar en ningún momento a Gwenn, que se dejaba arrastrar con los ojos bajos, evitando todas las miradas. Ella esperaba que, una vez terminada la humillante procesión, los jueguistas se aburriesen de perseguirlos y los dejaran

en paz, pero en cuanto llegaron al salón se dio cuenta de que la tortura no había hecho nada más que empezar. Mordred los obligó a sentarse en los sitios del centro de la mesa, y comenzó una burlona sucesión de saludos protocolarios que ensalzaban a Meleagant y ridiculizaban a la reina con pomposos elogios de su figura y sus encantos. Gwenn tuvo que soportar estoicamente aquellas bufonerías durante casi dos horas. A medida que transcurría la noche, los efectos del vino se iban haciendo más patentes en los rostros enrojecidos y vociferantes que desfilaban ante ella. Por dos veces le suplicó en voz baja a Meleagant que

pusiese fin a la pantomima, pero el señor de Gorre le contestó con sequedad que se limitase a cumplir su papel. Y Gwenn lo hizo. Permaneció sin moverse en su sitio hasta que los últimos invitados comenzaron a retirarse. Hacía un buen rato que Mordred se había despedido, no sin antes felicitar una vez más a la pareja por su venturosa unión.

Para la retirada, Meleagant la tomó solemnemente de la mano y la condujo una vez más escaleras arriba, como si de nuevo se dirigiesen a sus aposentos. Solo cuando se hubo cerciorado de que nadie los observaba cambió de rumbo, y escoltó a la reina hasta su propia habitación.

—Gracias —musitó ella en la puerta—. Os habéis comportado como un caballero.

—Espero que eso os haya hecho cambiar vuestra opinión sobre mí. De todas formas, no os confiéis, mi señora. Os estoy dando un poco de tiempo, nada más. En la mañana vendré a haceros una visita, para acallar posibles rumores. De cualquier modo, tened en cuenta que Mordred es inteligente. No conseguiremos engañarlo por mucho tiempo.

—Lo sé. En todo caso, os reitero mi agradecimiento. Buenas noches, sir Meleagant.

El aludido se inclinó en una leve

reverencia.

—Buenas noches, mi reina, hasta dentro de unas horas.

Lo primero que hizo Gwenn en cuanto se vio sola fue buscar entre la escasa ropa de la que disponía algo menos llamativo que ponerse. No tenía mucho donde elegir... La única prenda que le servía para lo que se proponía hacer era el vestido gris que llevaba puesto al despertarse.

Después de ponérselo, se recogió el pelo bajo un pañuelo oscuro y se quedó escuchando un rato detrás de la puerta. Aún se oían voces y risas, pero lejanas.

Casi todos los asistentes a la fiesta se habían ido a dormir.

Abrió la puerta con sigilo y se deslizó hasta el extremo del corredor, donde había visto las escaleras de servicio. Descendió por ellas y salió a un patio trasero que comunicaba directamente con las cocinas. Aún no había amanecido, pero la luz temblorosa de los candiles y el borboteo de una caldera en el fuego indicaba que en aquel rincón del castillo la actividad de la mañana había comenzado ya.

Armándose de valor, Gwenn entró y se dirigió a la mujer que trasteaba ante los fogones.

—Buenos días —saludó—. ¿Podéis

decirme dónde duermen los juglares que actuaron esta noche en la boda? Quiero ver de cerca el animal que llevaban.

La cocinera la miró de arriba abajo.

—¿El oso? Estará durmiendo la mona con sus dueños. He oído que le dieron vino hasta que la pobre bestia perdió el conocimiento. Al bicho lo tienen en una jaula con ellos. Les han dejado alojarse en el granero del fondo, detrás de las cuadras, pero yo que tú ni me acercaría por allí. A estas horas de la madrugada no es seguro andar paseándose entre hombres borrachos.

Gwenn dio las gracias apresuradamente y se dirigió al granero que había mencionado la cocinera. Al

entrar no vio más que unos bultos tendidos en la penumbra del amanecer. Pero antes de que pudiera plantearse qué hacer a continuación, uno de ellos se levantó y caminó a su encuentro.

Iba a retroceder, cuando reconoció la figura de Lance.

Sin pensar, se fundieron en un abrazo silencioso, tenso. Uno de los hombres que dormían se removió y gruñó sobre la paja, lo que hizo reaccionar a Gwenn. En silencio, tomó de la mano a Lance y lo condujo fuera del granero. Una vez en el patio, rodearon la construcción para refugiarse en la sombra de sus muros.

Lance se inclinó sobre la reina y la besó casi con violencia. Gwenn se

abandonó en sus brazos. Por primera vez desde que había despertado se sentía segura.

—Estás loco —murmuró por fin, apartándolo lo justo para poder mirarle a los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no me dejaste parar esa insensatez? —preguntó Lance sin esforzarse demasiado por moderar el volumen de su voz—. Me embrujaste, Gwenn. ¿Cómo lo hiciste? Nunca habías hecho nada parecido conmigo. No entiendo cómo lo lograste, si aquí no existe Britannia. ¿Estás bien?

—Sí. Meleagant no me ha hecho nada, no te preocupes. Y en cuanto a Britannia..., sí existe aquí, lo que ocurre

es que hay algo que le impide funcionar, un objeto que posee Meleagant.

—¿No te ha tocado? ¿De verdad? En el salón de banquetes parecía más que dispuesto a hacer valer sus derechos sobre ti.

—Es más razonable de lo que parece. Aunque tampoco me fío completamente de él. Pero todo esto de la boda no ha sido idea suya, creo, sino de Mordred.

—Me lo contarás luego, ahora no hay tiempo que perder. Aprovechemos que la mitad de los centinelas estarán durmiendo la mona para salir de aquí. He visto una tapia medio derruida en el jardín que hay detrás de las cocinas. Habrá que trepar, pero yo te ayudaré.

¿Te ves capaz?

—Lo intentaré.

Lance le apretó la mano y la condujo bordeando el patio para escudarse en las sombras de los muros hasta el jardín que había mencionado. Era un espacio bastante descuidado, donde algunos árboles frutales crecían salvajes entre las malas hierbas.

La luz violeta del amanecer iluminaba el lugar lo suficiente como para permitirles moverse sin tropezar. Lance señaló el lugar donde el muro aparecía roto, como si hubiese sufrido el mordisco de un monstruo de proporciones gigantescas.

—Algunas de las piedras que se han

caído están ahí mismo, a los pies de la pared —explicó Lance en voz baja—. Podemos usarlas para subir. Primero lo intentarás tú. Yo me quedo vigilando.

Gwenn se encaramó a uno de los sillares que yacían por tierra y desde allí se empinó para alcanzar un hueco entre dos piedras del muro. Antes de izarse hasta la siguiente altura, se volvió a mirar a Lance, que había desenvainado la espada.

La reina reconoció de inmediato la empuñadura. Se quedó mirando a Lance aturdida.

—¿Excalibur? ¿Qué hace en tus manos? —preguntó.

A pesar de la oscuridad reinante,

Gwenn creyó captar un leve rubor en las mejillas de Lance.

—El rey me la dio —explicó rápidamente—. Estoy aquí en su nombre, y esta es la prueba.

En ese instante oyeron pasos rápidos y decididos en el patio exterior. Pertenecían a un grupo de tres o cuatro personas.

—Rápido, sube —susurró Lance—. Ahora o nunca.

Demasiado tarde, sin embargo. Cuando Gwenn estaba a punto de culminar el ascenso por el muro, una voz bien conocida la detuvo en seco.

Se trataba de Mordred. Dos centinelas jóvenes lo acompañaban.

—¿Escapando de noche como dos vulgares ladrones? —preguntó en tono burlón—. Suerte que se me ocurrió poner vigilancia en tu puerta. No sé por qué, presentía que algo así iba a ocurrir. Bienvenido de nuevo, sir Lance... Veo que echabais de menos nuestras mazmorras.

—Esta vez no os aconsejo que me apreséis. Vengo en nombre de Arturo, y su espada en mi mano lo demuestra.

—Hace tiempo que Excalibur dejó de ser una obsesión para mí. No vais a impresionarme con eso, amigo. Guardias, apresad al intruso y encerradlo en la celda más oscura del castillo. Estaba intentando raptar a la

reina de Gorre.

Capítulo 32

Después de dos días con sus noches encerrada en su habitación y sin ver a nadie más que a la doncella que le traía la comida, las defensas de Gwenn se derrumbaron.

No sabía qué había sido de Lance. No sabía si lo habían matado o lo mantenían prisionero. El bullicio de la noche de bodas en los corredores había dado paso a un lúgubre silencio, como si el

castillo de pronto se hubiese quedado desierto.

Incapaz de fingir entereza por más tiempo, comenzó a aporrear la puerta cerrada hasta desollarse los nudillos, mientras llamaba a gritos a Meleagant y a Mordred.

Cuando se cansó de golpear inútilmente la recia madera, se quedó sentada en el suelo, con la mejilla apoyada en la pared, dejando que el llanto estremeciera sus hombros.

Intentó contener los sollozos al oír pasos que se acercaban. Trabajosamente, logró ponerse en pie. Le temblaban las piernas, casi no lograba sostenerse sobre ellas. Apenas

había probado bocado en las últimas cuarenta y ocho horas, y por las noches no conseguía conciliar el sueño.

La puerta se abrió y Meleagant apareció en el umbral. Gwenn notó de inmediato su rigidez, su cólera contenida.

—Me avisaron de que estabais armando un gran escándalo —dijo a modo de saludo—. ¿A qué se debe?

—Estoy encerrada. Llevo sin ver a nadie desde la noche de la boda. Y no sé nada de...

—¿De sir Lance? —Meleagant completó la frase por ella—. Eso es lo único que os preocupa, ¿verdad? Me engañasteis, Gwenn. Me hicisteis creer

que teníamos un trato cuando vuestro plan desde el principio era huir con él.

—Os equivocáis, fue todo improvisado. Yo no sabía dónde estaba cuando hablé con vos, no sabía si volvería a verlo. Lo descubrí disfrazado de juglar en la ceremonia de boda e impedí que os atacara. Deberíais estarme agradecido.

—¿En serio? —preguntó Meleagant con sorna—. ¿Acaso pensáis que no sé defenderme solo y que necesitaba vuestra ayuda? Me estáis provocando, Gwenn.

—Perdonadme. No era mi intención —repuso ella, consciente del peligro que suponía enfadar aún más al señor de

Gorre—. Solo intento demostraros que yo no tenía ningún trato con sir Lance. Fui a buscarlo sin saber si lo encontraría o no. Pura improvisación. De haber sido de otro modo, Mordred no nos habría encontrado.

Meleagant hizo una mueca despectiva.

—Es posible que haya sido así, pero eso no cambia nada. Habéis intentado huir de mí cuando yo acababa de daros muestras de mi buena voluntad hacia vos. Eso merece un castigo.

—De acuerdo, castigadme si así lo queréis, pero decidme, por favor, qué ha ocurrido con Lance. No lo habréis...

—Está vivo —la atajó Meleagant—. En una de nuestras mazmorras.

—¿Qué vais a hacer con él? — preguntó Gwenn.

—Antes de que lograsen encerrarlo tuvo tiempo de gritar ante mi gente que venía en nombre de Arturo con su espada Excalibur y que me retaba a duelo. No me ha quedado más remedio que aceptar el desafío.

—Lo decís como si la idea no os entusiasmase.

Meleagant se encogió de hombros.

—Soy un hombre práctico. No me gusta correr riesgos innecesarios, pero no me malinterpretéis: eso no significa que sea un cobarde. Si tengo que batirme con sir Lance, lo haré, aunque me desagrada este retraso en nuestros

planes, y tampoco me gustan los términos que él quiere imponer en el combate.

—¿Qué términos?

—Si gana, tendremos que dejaros partir con él. Si pierde, morirá, y vos quedaréis a nuestra merced.

Gwenn se estremeció.

—Debe de estar muy seguro de lo que hace para proponer algo así —murmuró.

—Su seguridad no garantiza su victoria. No me conoce —afirmó Meleagant con el ceño fruncido—. El duelo se ha fijado para mañana por la noche... Vendrán a buscaros justo antes, para que podáis asistir.

—Preferiría no tener que...

—No lo entendéis —interrumpió Meleagant—. No es una opción. Asistiréis porque así lo quiero yo. Deseo que estéis presente cuando acabe con la vida de vuestro amante. Así sabréis con qué clase de hombre estáis casada; porque seguís casada conmigo, no lo olvidéis.

Con una reverencia un tanto burlona, el señor de Gorre dio por terminada su visita y salió de la estancia. Gwenn oyó los cerrojos al deslizarse al otro lado de la puerta. Suspiró aliviada y se dirigió a la cama, donde se acostó hecha un ovillo bajo el cobertor. Cerró los ojos y, por primera vez desde la víspera de la boda, sintió que se acercaba a la frontera del

sueño. Curiosamente, las palabras de Meleagant, en lugar de amedrentarla, la habían tranquilizado. Si iba a medirse con Lance en un combate público, no había nada que temer. No existía mejor caballero que Lance, ni un espadachín más diestro. Y si además combatía con Excalibur..., el señor de Gorre no tenía ninguna oportunidad.

Reconfortada por tales pensamientos, Gwenn terminó durmiéndose profundamente. Su cuerpo exhausto debía de necesitar el descanso con desesperación, porque no despertó hasta bien entrada la mañana del siguiente día.

Cuando a través de la ventana vio el sol ya en lo alto del cielo, sonrió

confiada. Lance no podía perder. Y Meleagant se había comprometido públicamente a aceptar el resultado del combate. Eso significaba que su liberación se hallaba cerca.

Cuando le trajeron el almuerzo, comió con apetito. Después, se arregló como pudo su vestido gris y esperó sentada junto a la chimenea apagada a que viniesen a buscarla para asistir al combate.

No tardaron mucho en presentarse los centinelas encargados de escoltarla.

—Acompañadnos —le dijo el que parecía ser el jefe—. Os están esperando.

Gwenn había visto desde la ventana

el estrado dispuesto en el patio de armas para el público que iba a presenciar las justas, y daba por supuesto que la conducirían allí. En lugar de eso, sin embargo, los guardias la llevaron a un pequeño salón abovedado en la torre del homenaje. Mordred y Meleagant se hallaban dentro, discutiendo acaloradamente.

Al oír llegar a los guardias con la prisionera, Meleagant se volvió para mirarlos.

—Retiraos —ordenó, mirando al comandante del grupo—. La reina se queda con nosotros.

Los hombres cumplieron la orden sin decir palabra, y Gwenn se encontró sola

en mitad de la sala, frente a su hermano y al señor de Gorre.

—Pensé que iba a empezar el combate —observó, desconcertada.

—Ha surgido un pequeño problema —explicó Mordred sonriendo con frialdad—. Ahora resulta que el cobarde de tu esposo se niega a combatir.

—Cobarde sería combatir en estas circunstancias —replicó Meleagant rojo de furia—. Contádselo todo, Mordred. Contadle lo que habéis hecho con su querido sir Lance.

Aterrada, Gwenn clavó la mirada en Mordred, que le respondió con una mueca burlona.

—Solo pretendía equilibrar un poco

la balanza. No seáis remilgado, sir Meleagant; estamos en guerra. Y él tiene a Excalibur, pese a todo. Será un combate de igual a igual.

—Me estáis insultando, Mordred. Mostradle a la reina cómo lo han dejado vuestros torturadores. Está ahí, en la antecámara. Podéis comprobarlo vos misma.

Gwenn se quedó mirando aturdida el arco ojival que había señalado Meleagant. Al ver que no reaccionaba, él mismo la agarró de la muñeca y la condujo hasta la pequeña habitación que daba acceso al salón desde el interior de la torre.

Gwenn no pudo ahogar un grito al ver

a Lance. Estaba tendido de lado sobre las baldosas de piedra del suelo, con el jubón ensangrentado. Respiraba ruidosamente, como si algún obstáculo le impidiese tomar aire con normalidad. La única mejilla visible aparecía hinchada y amoratada por los golpes.

Gwenn trató de desasirse de Meleagant para arrodillarse junto al caballero, pero el señor de Gorre se lo impidió.

—Ya habéis visto bastante —dijo; y, sin ceremonias, la arrastró de nuevo al otro lado del arco—. ¿Os parece que debo combatir en estas circunstancias?

—Por supuesto que no —acertó a contestar ella con voz trémula—. Y os

honra que no queráis hacerlo.

—Lamentablemente, tendrá que hacerlo de todas formas —afirmó Mordred, y, por primera vez desde que lo conocía, Gwenn vio en su rostro una expresión inequívocamente amenazadora —. Si no lo hace, proclamaré ante toda la corte que la boda fue un simulacro y que no llegasteis a consumar el matrimonio. Vuestros hombres se sentirán burlados, y con razón.

—Lo que decís es ridículo. No podéis probarlo —replicó Meleagant encarándose con él.

—Puedo. Tengo testigos, espías que pueden confirmar mis palabras.

—¿Espías en mis aposentos? Nadie

creerá semejante patraña.

Mordred arqueó las cejas.

—Probemos a ver. Lo que os aseguro que creerán, en todo caso, es que teníais un acuerdo con la reina para engañarnos a todos. Se sentirán estafados.

—Yo no tenía un acuerdo con la reina. Y la prueba es... que sir Lance está aquí —argumentó Meleagant con vehemencia.

Mordred sonrió fríamente.

—A mí no podéis engañarme. Sé lo que estabais tramando. El regreso del velo a cambio de devolver a la reina. ¿Creéis que ese arreglo sería del agrado de los cientos de renegados que han venido a vuestro reino huyendo de los

controles de Britannia?

—Las cosas no son así. Estáis tergiversándolo todo. Y además, no podéis tener pruebas.

—Arriesgaos si lo deseáis —contestó Mordred en tono desafiante—. Pero vos sois un hombre práctico, Meleagant. ¿Por qué correr ese riesgo cuando tenéis una alternativa mucho más sencilla? Tardaremos muy poco en disimular las heridas de sir Lance, de manera que, cuando salga a la arena, parezca perfectamente saludable. Y además, no penséis que lo tenéis todo hecho: es un contrincante temible incluso en las peores condiciones. Por otro lado, si no combatís, independientemente de que os

crean un traidor o no, lo que es seguro es que todos os tomarán por un cobarde. Sacad vuestras propias conclusiones.

Gwenn se dio cuenta de que Meleagant estaba a punto de capitular.

—No le hagáis caso —dijo, arrojándose a sus pies—. Yo lo negaré todo. Nadie le creerá.

Desde arriba, Meleagant la miró con una mezcla de compasión y desprecio.

—Lamento deciros esto, mi reina, pero vuestra palabra no representaría ninguna ayuda. En esta corte no tenéis ninguna credibilidad, lo que afirméis da igual.

Dicho esto, se volvió hacia Mordred y se quedó mirándolo unos instantes en

silencio antes de proseguir.

—Está bien, vos ganáis —admitió por fin—. A fin de cuentas, tenéis razón: soy un hombre práctico, y lo que quiero es terminar con todo esto cuanto antes. Además, no le debo nada a mi querida esposa... y menos a sir Lance.

Capítulo 33

Quedó decidido que el duelo se celebraría dos horas más tarde, el tiempo que Mordred consideraba necesario para que Lance pudiera caminar por sí mismo de nuevo y sostener la espada. Entretanto, Meleagant ordenó que devolviesen a la reina a sus aposentos.

De regreso en su habitación, Gwenn se encontró con un baño caliente

esperándola y dos doncellas para atenderla. Al parecer, el señor de Gorre había dispuesto que compareciese ante su corte ataviada, por fin, como una verdadera reina.

El agua perfumada y humeante de la bañera alivió un poco la tensión de sus músculos, contraídos de rabia y miedo. Con los ojos cerrados, dejó que una de las doncellas le frotase vigorosamente los brazos y la espalda. La fricción de la esponja reanimó su piel, le hizo recordar que estaba viva. Trató de concentrarse en su respiración y de no pensar en nada. Solo quería estar preparada para la pesadilla que se avecinaba. Debía conservar la mente

despejada para encontrar la forma de ayudar a Lance, si es que existía alguna.

Para infundirse ánimos, recordaba el duelo entre Mordred y Arturo, cuando gracias a Excalibur ella y otros caballeros y damas de la corte pudieron contribuir a la derrota de Mordred. Quizá la espada le permitiese ayudar también esta vez. Al menos, debía permanecer alerta, por si se presentaba la ocasión de actuar.

Cuando salió de la bañera, le pusieron un vestido azul de exquisita elegancia que, al parecer, Meleagant había hecho traer para ella la víspera de su boda. Así se lo explicaron las doncellas a Gwenn, aunque no supieron

decirle por qué el señor del castillo había retenido la espléndida prenda hasta ese momento. Una vez vestida, peinaron su cabello en seis trenzas que se entrelazaban sobre su nuca bajo una redecilla de perlas. El conjunto era tan elegante como las combinaciones de vestidos y peinados que solía llevar en Camelot.

Llegó la hora de salir a presenciar el combate. Meleagant en persona acudió a buscarla. Juntos descendieron las escaleras de la torre y salieron al patio de armas, donde la multitud saludó con vítores la aparición de su señor. En esta ocasión, Gwenn no alcanzó a oír ningún insulto ni burla dirigido a su persona. Al

parecer, verla vestida y tratada como una reina había cambiado instantáneamente la actitud de los cortesanos de Gorre respecto a ella.

Antes de abandonarla al pie del estrado para ocupar su puesto en la arena de combate, Meleagant se inclinó hacia su esposa y le habló al oído.

—Supongo que vuestro deseo es que muera en este duelo —le susurró.

—No deseo que muera nadie. Sí deseo vivamente que sir Lance salga victorioso.

—No es probable que eso ocurra, dadas las circunstancias. Sois consciente de ello, ¿verdad?

—No conocéis a sir Lance —replicó

Gwenn en voz baja—. Todavía os puede sorprender.

—Sea cual sea el resultado, no tenéis nada que temer —le aseguró Meleagant—. He tomado medidas para que así sea.

Aquellas crípticas palabras dejaron intrigada a Gwenn. En medio de un silencio antinatural, dada la cantidad de gente que se había congregado para ver el duelo, Meleagant se dirigió hacia su posición. Lance, a unos veinte pasos de él, ya había ocupado la suya.

Gwenn se sobresaltó al sentir una mano que se posaba con firmeza en su brazo. La de Mordred.

—Acompáñame, hermana —dijo—.

Debes ocupar tu lugar en el centro del estrado.

Ambos subieron los peldaños de madera que llevaban a los sitios de honor, hasta entonces vacíos. Las damas y los caballeros sentados a su alrededor se levantaron respetuosamente para saludar a su reina en el momento en que esta tomó asiento. Parecía mentira que aquellas fueran las mismas gentes que la habían escarnecido durante la grotesca ceremonia de boda.

El propio Mordred, sentado junto a ella, fue el encargado de alzar el pañuelo para indicar que el duelo comenzaba.

Solo en ese instante Lance se subió la

visera del yelmo y se giró hacia el estrado. A pesar de la distancia, Gwenn notó sus ojos fijos en ella. En sus pupilas ardía todo el valor y la decisión de sus mejores momentos. Gwenn se sintió renacer. Iba a plantarle cara a Meleagant. Y creía en sus posibilidades. Lo llevaba escrito en la cara.

Un segundo después, Lance se bajó de nuevo la visera y se giró, a tiempo para detener el primer envite de su contrincante. Sus movimientos eran precisos, su juego de pies tan ágil como siempre. O bien los médicos de la fortaleza habían hecho un trabajo asombroso con él justo antes del combate, o las torturas que había sufrido

no eran tan graves como parecía en un principio. Estaba en condiciones de defenderse. No solo eso: desde el comienzo mostró su disposición a pasar a la ofensiva. Meleagant no lo iba a tener nada fácil.

Sin embargo, después del primer intercambio continuado de golpes, cuando los dos rivales se separaron jadeando, Gwenn comprendió que algo iba mal. El problema no era que Lance estuviese fallando; era que Meleagant luchaba mejor. Como por arte de magia, se anticipaba a los ataques de su adversario. Intuía cada uno de sus movimientos, y reaccionaba de un modo que Lance no esperaba. Su combinación

de agilidad y técnica resultaba sencillamente asombrosa.

—Es bueno, ¿verdad? —dijo Mordred inclinándose hacia su hermana.

Gwenn no contestó. El corazón le martilleaba con fuerza dentro del pecho. Nunca había visto a nadie pelear como lo hacía aquel hombre. Si sus aciertos no se debían al azar, si mantenía aquel nivel durante todo el combate, Lance no tenía nada que hacer. A no ser que ella pudiera... Si de algún modo consiguiera conectar con Excalibur...

Probó a concentrarse únicamente en la espada de Arturo; pero al hacerlo, un pinchazo de dolor le nubló la vista. Sus ojos se inundaron de luz y notó que algo

en el interior de Excalibur la rechazaba con violencia.

No lo entendía. Durante el combate de Arturo contra Mordred, en ningún momento había llegado a sentir nada semejante. ¿Qué estaba ocurriendo?

Tomando aire, trató de recuperarse antes de lanzar un nuevo intento. No iba a echarse atrás por el dolor, ni por la sensación de peligro que la había atenazado en el momento de forzar la conexión con la espada. La vida de Lance dependía de su perseverancia.

—Tengo que confesarte un pequeño secreto —dijo Mordred, sacándola bruscamente de su estado de concentración—. La espada con la que

combate Meleagant... es mía. Por supuesto, no se puede comparar con Excalibur, pero los alquimistas que colaboraron en su fabricación hicieron un buen trabajo. Incluso aquí, donde el velo es tan tenue que para muchos resulta invisible, me permite actuar sobre ella a distancia.

Gwenn lo miró estupefacta.

—¿Cómo? —logró preguntar.

—Los túneles en la conciencia. Tú también podrías hacerlo si tuvieras más práctica. Por desgracia para tu amante, esta vez no has llegado a tiempo. Mi pensamiento es capaz de viajar unos instantes hacia el futuro, anticipando cada movimiento del adversario. Pero

no debo distraerme... ¿Ves? En cuanto me desconcentro, Meleagant pierde terreno. Es el niño quien mira hacia delante dentro de mí, pero aun así requiere mi atención.

Gwenn no entendió ni la mitad de la explicación de su hermano, pero a pesar de ello se dio cuenta de que no estaba mintiendo. Meleagant no combatía solo. Quizá sin saberlo, ejecutaba los movimientos que la espada le dictaba. Hiciera lo que hiciera Lance, su rival adivinaría cada uno de sus lances.

Y mientras tanto, ella no podía conectar con Excalibur. ¿Por qué? ¿Qué se lo impedía? Algo dentro de la espada la rechazaba, pero no comprendía la

razón.

Entonces, de golpe, recordó. Excalibur no la estaba rechazando a ella, sino al arma que llevaba dentro: el arma contra Mordred que le había dejado el Grial.

Cerró los ojos y dejó de prestar atención al combate. Ella tenía la llave de lo que estaba sucediendo en la arena. Solo debía vencer la resistencia de la espada y descargar en ella el *software* que podía neutralizar a su hermano.

No lo consiguió a la primera. Ni a la segunda. En cada intento recibía un latigazo de dolor que la estremecía hasta las entrañas. Aun así no estaba dispuesta a rendirse.

Se obligó a abrir los ojos y a mirar hacia los contendientes. Los chasquidos metálicos de las espadas al entrecrocarse se mezclaban con los jadeos de los dos adversarios. Lance había sido alcanzado en el brazo izquierdo y tenía la manga del jubón manchada de sangre.

Con los ojos abiertos, lanzó un nuevo ataque sobre Excalibur. Resistió el dolor, la luz que lo anegaba todo, el miedo. Mantuvo su concentración firme sobre la espada.

Entonces, el dolor cesó bruscamente. No ocurrió nada más, pero bastó para que ella comprendiera que lo había logrado.

Poco a poco, Meleagant comenzó a

perder terreno. Sus ataques ya no eran tan precisos como al principio, cometía errores. Lance supo aprovecharlo y comenzó a sorprenderle con estocadas que el señor de Gorre no esperaba.

Gwenn miró de reojo a Mordred. Parecía perplejo, desorientado.

Unos segundos después, llegó la estocada definitiva. Lance lanzó un ataque en diagonal a la altura del costado de Meleagant y le hundió el acero hacia arriba, hasta encontrarse con las costillas. El caballero se desplomó con la cara hacia el suelo y los ojos vidriosos.

El combate había concluido.

Capítulo 34

—Quiere verte —anunció Mordred entrando sin llamar en la habitación de la torre, donde había hecho encerrar a Gwenn en cuanto finalizó el combate.

Ella se levantó vivamente del asiento que ocupaba junto al fuego y se dirigió a la puerta. Miró a los ojos a su hermano.

—¿Se repondrá? —preguntó.

—No. Va a morir. Tú lo has matado.

Gwenn bajó la mirada, y sus mejillas

se tiñeron de un rubor ardiente. ¿Por qué le dolía tanto aquel desenlace? Meleagant no le había puesto las cosas fáciles. Era su enemigo, el enemigo de Arturo.

—Yo no lo he matado —se defendió en voz baja—. Solo impedí que tú matases a Lance.

Intentó salir al corredor, pero Mordred le cerró el camino.

—¿Cómo diablos lo hiciste? Todo iba bien hasta que de repente... Quiero saberlo. Al menos explícamelo.

Gwenn se enfrentó una vez más con los ojos claros y despiadados de su hermano.

—No tengo por qué explicarte nada.

Ahora ya sabes de lo que soy capaz.
Tenlo en cuenta.

De nuevo trató de pasar, pero Mordred seguía en el medio, desafiante.

—Lo hechizaste. Hechizaste a Meleagant —la acusó—. Se dejó manipular por ti. Incluso ahora, al borde de la muerte, está pensando en ti.

—No entiendes nada —replicó Gwenn sonriendo con tristeza—. Yo no lo seduje. Lo atrajo la idea de ser un hombre mejor. Eso fue lo que vio en mí, esa posibilidad.

Mordred se la quedó mirando en silencio, como sopesando sus palabras. Por fin, de mala gana, se hizo a un lado.

En el pasillo aguardaban dos

centinelas para escoltar a Gwenn. Ella, sin decir nada, se situó entre ambos y dejó que la condujeran hasta los aposentos de Meleagant.

—Esto no ha terminado —le gritó Mordred desde el umbral de su alcoba cuando ya estaba a punto de bajar las escaleras—. Tú y yo volveremos a encontrarnos antes o después.

Aquellas palabras continuaron resonando en los oídos de la reina hasta el momento en que se vio frente al lecho del señor de Gorre. Estaba consciente, con los ojos abiertos y la frente perlada de sudor. Una anciana se ocupaba de limpiarle la cara con un trapo húmedo cada vez que él se lo pedía con la

mirada.

Bastó un débil gesto de la mano de Meleagant para que los centinelas comprendieran que debían retirarse.

—Os presento a Maude, mi vieja nodriza —murmuró el moribundo—. Ella se quedará a mi lado hasta el final. Acercaos, os lo ruego.

Gwenn obedeció y se quedó en pie junto a la cabecera del lecho. Las sábanas y la almohada estaban manchadas de sangre.

—Siento que tengáis que verme en este estado. La muerte nunca es un espectáculo agradable.

—No digáis eso. Estáis vivo. Todavía...

—No. Ahorraos los falsos consuelos. No soy la clase de hombre que los necesita. No os he hecho venir para eso, ni para despertar vuestra compasión. Es necesario que os explique lo que debéis hacer. Os dije, creo que os lo dije, que ocurriese lo que ocurriese todo estaba previsto.

—Sí, pero no entendí a qué os referíais.

Meleagant hizo un gesto vago en dirección a un arcón apoyado contra la pared de enfrente.

—Ahí dentro, encima de todo —dijo con voz desfallecida, como si una repentina debilidad acabase de asaltarle—. Un documento con mi sello.

Cogedlo. Y también la corona.

Gwenn vaciló un momento antes de hacer lo que el señor de Gorre le decía, pero finalmente fue hacia el arcón y lo abrió. En su interior había ropa blanca doblada. Encima de todo se hallaban la corona que Meleagant le había mostrado en su noche de bodas y un rollo de pergamino. Sacó ambas cosas y volvió a cerrar el arcón.

—Es un salvoconducto —indicó Meleagant señalando el pergamino—. Para vos y para sir Lance. Os permitirá salir del castillo sin ser molestados. Nadie, ni siquiera Mordred, podrá impedirlo. En estas tierras, mi sello y mi rúbrica aún tienen un valor.

La anciana nodriza humedeció el pañuelo en una palangana de peltre, lo retorció para escurrirlo y lo puso una vez más sobre la frente de su antiguo pupilo.

Gwenn había vuelto junto al lecho con la corona y el salvoconducto en las manos.

—Yo... No sé cómo daros las gracias —murmuró.

—Ya he dado orden de que sir Lance no sea devuelto a las mazmorras. Mis hombres obedecerán, incluso si Mordred se opone. En cuanto a la corona...

Un acceso de tos interrumpió la explicación, convulsionando el pecho de

Meleagant hasta las entrañas. Con un gesto desesperado, se quitó el pañuelo de la frente y se lo llevó a la boca. Escupía sangre.

Cuando el ataque remitió, permaneció un momento callado, tratando de recuperar el aliento.

—En cuanto a la corona, es hora de cerrar el círculo —logró articular finalmente—. ¿Vos qué pensáis? ¿Se romperá esta vez si la tiro al suelo?

Gwenn clavó los ojos en las brillantes piedras de la joya.

—No lo sé —admitió—. ¿Qué creéis vos?

—Creo que Britannia es inteligente. Que su programación se adapta a los

cambios. Y algo está a punto de cambiar en Gorre. Muy pronto ya no estaré.

—¿Pensáis que Britannia lo sabe?

Meleagant sonrió, a pesar de que el dolor contraía su rostro.

—El velo lo ve todo, lo percibe todo; incluso cuando nosotros no conseguimos percibirlo a él. En el fondo, siempre ha estado aquí. Y ahora... es posible que haya tomado buena nota de lo sucedido. Arrojad la corona.

Gwenn lo miró perpleja.

—¿Queréis que intente romperla?
¿Yo?

—¿Quién mejor que vos? —contestó Meleagant con ironía—. Vamos, estrelladla contra el suelo. Quiero ver lo

que ocurre.

—Si se rompe...

—Si se rompe, Gorre volverá a pertenecer a Britannia, y sus habitantes sentirán la protección del velo. Nunca debí arrebatársela. Antepuse mis deseos a sus necesidades.

—¿Y qué pasará con todos esos hombres que vinieron a Gorre para huir del velo y de Arturo? —preguntó Gwenn—. Hay muchos renegados en vuestro ejército.

Meleagant frunció las cejas en un prolongado gesto de dolor antes de ser capaz de contestar.

—Que Mordred lidie con eso. Ya no es mi problema. Ya nada es mi

problema.

Volvió a toser brevemente. Se llevó una mano al pecho, como tratando de calmar su agitada respiración.

—Vamos —añadió con dificultad—. Haced lo que os he dicho.

Gwenn soltó la corona, que al chocar contra el suelo se rompió en mil pedazos.

El sonido del cristal al quebrarse reverberó unos segundos en el aire como si hubiese eco.

En el mismo momento, sutilmente, la habitación comenzó a cambiar. El rojo de las cortinas se volvió más profundo el brillo de las maderas del suelo, más intenso. En el artesonado del techo,

Gwenn captó detalles de una delicadeza exquisita. Hasta la danza de las llamas en la chimenea se volvió más armoniosa, más viva.

—¿Lo veis? El velo ha vuelto —murmuró Meleagant.

Su expresión se había relajado un tanto. Quizá el dolor había remitido, o tal vez se sentía aliviado por lo que acababa de ocurrir.

—El círculo se cierra —continuó—. Todos en la corte se habrán dado cuenta ya; y si no, no tardarán en hacerlo. Aprovechad el momento, Gwenn. Acudid al capitán de mi guardia: tiene orden de obedeceros en todo lo que concierne a vuestra salida del castillo.

Pedid caballos y provisiones para llegar hasta Camelot. Os los darán.

Gwenn asintió. No sabía en qué momento había comenzado a llorar, pero notaba la humedad cálida de las lágrimas en sus mejillas.

—Meleagant, no olvidaré esto. Si vivís...

—No os preocupéis, no viviré. ¿Sabéis? Me gusta que estéis llorando por mí. Casi como lo haría una esposa de verdad. Yo no habría sido tan mal marido como creéis. Ojalá me hubieseis dado la oportunidad de demostrároslo.

En otro momento, Gwenn se habría sentido ofendida por tales palabras. Sin embargo, pronunciadas en aquellas

circunstancias por un hombre moribundo, le sonaron estremecedoras y tiernas.

Se obligó a sonreír.

—Habríais podido hacer feliz a una mujer —se atrevió a observar.

Meleagant también sonrió, a pesar del dolor.

—Pero no a vos. Lo sé. Nunca fui tan ingenuo como para esperar otra cosa. Adiós, Gwenn. Tenéis que iros ahora, todo el mundo estará pendiente del regreso del velo. No encontraréis momento mejor.

Gwenn posó su mano derecha sobre la izquierda de Meleagant y la apretó levemente. Sus ojos se encontraron con

los de la nodriza, que también estaban húmedos de llanto.

—Partid —dijo la anciana—. Solo cuando os sepa a salvo descansará.

Gwenn asintió en silencio. Miró por última vez a Meleagant, que había cerrado momentáneamente los ojos. Con pasos temblorosos, se dirigió hacia la puerta de la estancia.

Cuando la cerró tras ella, se apoyó un instante en la pared e inspiró hondo.

Miró el salvoconducto que aún llevaba en la mano. Volvía a ser libre... Era el momento de ir a buscar a Lance y de despedirse para siempre del reino de Gorre.

LIBRO V
La batalla de Camlann

Capítulo 35

A veces, Arturo pensaba que había perdido la capacidad para ser feliz. Ni siquiera recordaba lo que se sentía. Por eso, mientras aguardaba en el muelle de Caer Dunar a que arribase el barco que los mensajeros le habían anunciado, no sabía qué hacer con su inquietud ni con sus pensamientos. Para entretenerse, trataba de recordar sus mejores momentos con Gwenn; pero no era fácil.

Su relación con ella nunca había sido tranquila, ni siquiera al principio. Siempre en medio de intrigas políticas, siempre cercados de miradas que escrutaban cada uno de sus movimientos y de murmullos que juzgaban su conducta. Lo habían asumido como una parte de su relación; y sin embargo, después de todo lo que había ocurrido entre los dos, Arturo se preguntaba si las cosas podrían haber sido distintas, si alguna vez podría haber existido entre él y Gwenn una relación sencilla, de pasión y ternura, una relación en la que el poder no estuviese implicado.

Sin quererlo, eso le hizo pensar en Lance. Quizá Gwenn había encontrado

en él ese amor sin complicaciones políticas, sin exigencias dictadas por las costumbres o las leyes o la corte. Y ahora, después de tantos meses, de tanto sufrimiento por ella, iban a llegar juntos. Una vez más, Lance se había convertido en su salvador. La había sacado de Gorre. La había librado de las humillaciones de Mordred y de Meleagant. Mientras él...

Pero no valía la pena lamentarse. Estaban juntos, cierto, pero habían decidido volver a Camelot. Eso era lo único que debía importarle. Era un gesto de lealtad.

Silbando a pocos pasos de él, su hermano Kay parecía completamente

ajeno a sus preocupaciones. Kay no apreciaba a Gwenn, nunca lo había hecho. Sin embargo, una vez olvidada la influencia del Grial, jamás había vuelto a mencionar en presencia de Arturo la relación adúltera entre la reina y sir Lance. Kay era un hombre sencillo, no se permitía el lujo de dispersar su animadversión dividiéndola en diversos objetivos. Para él el enemigo, ahora, era Mordred. Eso le hacía tener claras sus lealtades. Hacía mucho tiempo que Arturo había dejado de ser, a sus ojos, el hermano menor al que despreciaba. Se había convertido en su rey, y como rey lo respetaba y le obedecía. No discutía sus decisiones, ni se le ocurría

enfrentarse a él. Y si alguien se atrevía a hacerlo, se encontraba automáticamente con su escandalizada hostilidad.

La sencillez de Kay tranquilizaba a Arturo, le proporcionaba calma. Al verlo, se daba cuenta de que la vida podía ser mucho más simple de lo que él solía creer. Mientras Kay paseaba arriba y abajo del muelle, Arturo lo estuvo espionando de reojo. Así le habría gustado sentirse, libre, distraído, sin aquel peso muerto en la boca del estómago que por momentos llegaba a cortarle la respiración... Quizá algún día lo lograra.

A lo lejos, el barco apareció por fin, diminuto como una gaviota sobre el

horizonte. Poco a poco, las velas fueron haciéndose más grandes, claras e hinchadas cada vez que sobresalían sobre las olas grises. Kay se acercó al rey para conversar mientras la nave se aproximaba lentamente a la orilla.

—¿Es cierto lo que dicen? ¿Que tu mujer fue casada a la fuerza con Meleagant? —preguntó.

—Eso tengo entendido. Pero no conozco los pormenores. Ahora, cuando lleguen, nos lo explicarán.

Desde su elevada estatura, Kay clavó en su hermano una mirada entre burlona e interrogante.

—¿No te da un poco de pena que aparezca? —preguntó—. Ahora tendrás

que volver a compartir el poder. Y además, siempre te trae problemas.

Arturo lo miró con lástima. Kay nunca comprendería que, pese a los problemas, Gwenn era la gran aventura de su vida, el motivo por el que siempre quería llegar más lejos, ser un hombre mejor.

—Intenta ser amable —le recomendó—. Ha estado meses inconsciente, y cuando despertó, se encontró cautiva, en manos de Mordred. Trata de imaginar lo que habrá sufrido.

Kay se encogió de hombros.

—Lo importante es que han conseguido volver. Una victoria para ti, una derrota para Mordred.

A eso se reducía el mundo de Kay: era un universo de blanco o negro, de sí o no, donde no cabían los matices. Pero no tenía sentido intentar hacerle ver que las cosas no eran tan claras como él se empeñaba en creer. Sencillamente, era incapaz de percibir lo que no encajaba en sus simplificados esquemas.

Más despacio de lo que Arturo habría creído posible, el barco continuó aproximándose al muelle. A una prudente distancia, bajo los toldos de brocado que habían dispuesto para la ocasión, el personal que le había acompañado desde Camelot ya se aprestaba a disponerlo todo para el recibimiento de la reina. Arturo no había

querido dejar nada al azar: iban a servir vino caliente y especiado, cordero asado, pan recién hecho y dulces de nueces y miel para agasajar a los recién llegados. Tampoco se había olvidado de los músicos: tañedores de laúd y flautistas, como a Gwenn le gustaba. Incluso habían contratado para la ocasión a unos titiriteros famosos por sus espectaculares juegos malabares. Temía que la reina no tuviese ganas de aquellos divertimentos después de la larga travesía, pero, por si acaso, había decidido que todo estuviese preparado. En caso de que Gwenn quisiera descansar, siempre habría tiempo para ordenar a toda aquella gente que se

fuera.

Quizá su personal más cercano había captado su sombrío estado de ánimo y había dado instrucciones a los demás: lo cierto era que, bajo los toldos, todo el mundo parecía moverse en silencio, tratando de llamar la atención lo menos posible. Cuando se volvía a mirar al mar, Arturo casi podía olvidarse de que estaban allí. Tanto mejor... Tenía los nervios tan a flor de piel que cualquier ruido brusco o algarada fuera de lugar le habría molestado.

Una vez más, se maldijo a sí mismo por no ser capaz de sentirse feliz. Al fin y al cabo, las cosas no podrían haber salido mejor. Cuando envió a Lance con

Excalibur en representación suya, ese era el desenlace que ambos deseaban, y con el que apenas se atrevían a soñar.

¿O no lo era?

Arturo cerró los ojos y dejó que la brisa marina le acariciase las mejillas. Quería ahuyentar la duda que acababa de atravesar su espíritu: era demasiado monstruosa. Él había enviado a Lance para enfrentarse con Meleagant porque era el mejor de sus caballeros y porque él, con una guerra abierta por delante, no podía sustituirlo. Lo había enviado porque si alguien podía derrotar a Meleagant, era Lance. Quería su victoria.

No podía ser de otra manera. Solo un

monstruo habría deseado que las cosas sucediesen de otra manera.

La luna ya brillaba sobre las aguas oscurecidas del océano cuando los marinos del barco iniciaron por fin las maniobras de amarre. Todavía pasó una eternidad hasta que los pasajeros pudieron bajar a tierra.

Junto a él, Kay fue el primero en saludar con una reverencia a Gwenn, y con una casi imperceptible inclinación de cabeza a sir Lance.

A Arturo le dio un vuelco al corazón cuando la vio. Recordaba la breve conversación que habían mantenido cuando ella despertó de forma momentánea en Ávalon; su aspecto

lejano, ido. Sin embargo, la Gwenn que tenía delante volvía a ser la de siempre: mejillas encendidas, ojos llenos de expresividad, y en sus labios... alegría, sí; una alegría que se traducía en una sonrisa genuina y completamente dedicada a él.

Gwenn se alegraba de verlo.

Detrás de ella, Lance, imperturbable, caminaba con la entereza que le permitían los golpes recibidos durante su cautiverio y en el duelo definitivo contra Meleagant. También sus ojos se clavaron en Arturo con limpieza, sin ocultar nada.

Antes incluso de que tuviese tiempo de abrazar a su esposa, Lance

desenvainó la espada y se la tendió sosteniéndola en horizontal con ambas manos.

—Aquí la tienes —dijo—. Me salvó la vida.

Arturo la cogió con cuidado y le hizo una seña a Kay para que se acercase a recogerla.

Después, se quedó mirando a Gwenn, todavía sin decidirse a abrazarla.

—Temía que este día no llegara nunca —confesó.

Ella asintió gravemente.

—Yo también —dijo—, pero ha llegado. He vuelto, Arturo... He vuelto para quedarme. A partir de ahora, pase lo que pase, no volveré a separarme de

Capítulo 36

Gwenn en Camelot. Arturo la observaba mientras ella, con los ojos chispeantes y una sonrisa más que elocuente en la cara, recorría las estancias que en otro tiempo había hecho decorar, al comienzo, cuando la fortaleza estaba recién construida. A través de su mirada, Arturo veía con ojos nuevos los avances de Britannia. Eran transformaciones sutiles, pero que no pasaban

inadvertidas para alguien que hubiese conocido el lugar anteriormente. El resplandor de los metales, los aromas suntuosos de las maderas nobles, el sutil equilibrio de colores en los frescos de las bóvedas... Todo había cambiado un poco, lo suficiente para que alguien sensible como Gwenn lo captase.

Cada vez que un detalle le llamaba especialmente la atención, se volvía hacia Arturo con expresión de complicidad.

—Esas lámparas de plata —dijo, por ejemplo, en uno de los salones de reuniones—. Las recuerdo de otro modo. La superficie era lisa, sin esos relieves. Y la repisa de piedra de la

chimenea. También es distinta.

Arturo no podía creer que su esposa recordase con tanta exactitud cada detalle de su antiguo hogar. Incluso ella parecía sorprendida.

—He vivido tanto tiempo lejos de Camelot, que a veces llegué a preguntarme si mis recuerdos eran imaginados. Pensaba que algunas cosas las había soñado. Pero están aquí. Todo el tiempo, mientras yo me hallaba ausente, seguían aquí.

Arturo contestaba a sus observaciones más con sonrisas que con palabras. Le costaba recordar la forma en que solían hablar los dos. ¿Qué se decían cuando estaban a solas? No había olvidado

ciertas expresiones cariñosas, algunos nombres secretos que solo se susurraban al oído cuando nadie podía oírlos, pero lo que se había borrado de su mente era el tono, aquel tono de intimidad que no sabía cómo recuperar.

Afortunadamente Gwenn, por el momento, no parecía consciente de tales detalles. Y tampoco, a juzgar por su expresión, le había molestado que Lance se retirase desde el primer momento, dejándolos a solas. La naturalidad con la que aceptaba cuanto estaba ocurriendo resultaba desconcertante para Arturo. Era ella la que había estado ausente, la que había permanecido alejada de todos, más cerca de la muerte

que de la vida. Y sin embargo, ahora que había vuelto, no se sentía extraña.

Por fin llegaron a la alcoba que alguna vez, en los primeros tiempos después de instalarse en el castillo, habían compartido. Gwenn se sentó en la cama, se desperezó discretamente. Lo miró a los ojos.

Arturo entendió. Ella lo estaba llamando con la mirada.

Tímido, más tímido que el adolescente que se había acercado por primera vez a ella, se sentó a su lado y le pasó un brazo por detrás de la cintura.

La besó. Quizá nunca la había besado de aquella forma. Con urgencia, con la torpeza de no estar seguro todavía.

Apenas podía creer que la hubiese recuperado.

El beso solo fue el comienzo. Necesitaba respirar el perfume de su pelo, rozar con la punta de los dedos la delicada piel de sus mejillas. Acercarse. Necesitaba estar lo bastante cerca de ella para que su sonrisa no le distrajese, para concentrarse solo en amarla, en demostrarle con el cuerpo y con el alma cuánto la había echado de menos.

Entonces se dio cuenta de que no la había olvidado. Sus manos recordaban. Sabían cómo recorrer su nuca, sus hombros, su espalda hasta detenerse suavemente en su costado y escuchar un gemido casi inaudible de placer. Cómo

agarrar con firmeza sus caderas y solo entonces, en el momento de entrar en ella, mirarla a los ojos. No, no había olvidado.

Gwenn tampoco.

Las caricias borraron todo lo que los rodeaba, dejaron solo la cama donde los dos se buscaban con la sabiduría de un viajero que regresa a su lugar después de años. La cama se convirtió en una isla y ellos eran dos náufragos. No querían ser encontrados. No querían que el alba destruyese su refugio de sombras e intimidad. Era como si los dos se hubiesen propuesto desdibujarse, acallar en su interior todo lo que alguna vez los había separado para dejar solo la

capacidad de conocerse, de sentirse el uno al otro.

Gwenn se quedó dormida un rato al amanecer. Él permaneció despierto, mirándola.

Regresaron las preguntas.

No sabía si amar tanto a alguien era compatible con ocuparse del velo y escuchar los problemas de los demás. Mucho menos con la guerra que se avecinaba. ¿Cómo iba a concentrarse? Gwenn había regresado y lo único que tenía claro era que no iba a volver a perderla.

Si algo había comprendido aquella noche, era que Gwenn quería estar con él, y que todo lo demás ya no importaba:

la traición, Lance, la humillación de ver publicada su conducta en presencia de toda la Tabla Redonda... La corte apenas recordaba lo ocurrido, porque todo se había enmarcado dentro de una visión provocada por la acción del Grial; pero la sensación de malestar persistía cada vez que Lance llegaba a Camelot. Arturo se había esforzado en normalizar las cosas encargándole misiones de especial relevancia, confiándole incluso su espada. Pero alguna vez también se había planteado la posibilidad de pedirle que se ausentase por un tiempo, hasta que todo lo que había ocurrido entre él y la reina no fuese más que un recuerdo lejano.

Sin embargo, las últimas horas junto a Gwenn le habían hecho comprender que debía cambiar su actitud en aquel asunto. Lance era el pasado; no representaba ya ningún peligro para él. No tenía sentido desterrarlo para castigar una falta que ya había purgado con creces, ni tampoco hacerlo para evitar una traición futura... Gwenn no volvería a traicionarle. Lo había leído en cada uno de sus susurros, en cada silencio, en cada caricia aquella noche.

El sol ya iluminaba lo alto de las torres de Camelot cuando por fin se quedó dormido. Pero el ajetreo de los mercaderes que acudían al castillo cada mañana para servir sus provisiones no

tardó en despertarlo de nuevo.

Cuando abrió los ojos, vio a Gwenn erguida frente a la ventana, con un vestido granate que realzaba la grácil fragilidad de su cintura.

—Sigues aquí —no pudo menos que observar.

Ella se volvió con una sonrisa.

—Y aquí voy a seguir por mucho tiempo..., si no tienes nada en contra.

—Me quedaría aquí contigo el resto de mi vida —confesó Arturo con una sonrisa que le salió sola, sin el menor esfuerzo, algo que no le había ocurrido en los últimos meses—. Pero te recuerdo que tenemos un país que gobernar.

Gwenn asintió gravemente.

—Sobre eso..., hay cosas que quizá deberías saber. Mordred no va a abandonar su decisión de atacar Camelot, a pesar de lo que le ha ocurrido a Meleagant. En cierto modo, yo creo que la muerte del señor de Gorre le ha dejado el camino libre, y el regreso de Britannia a esas tierras no ha hecho más que aumentar el descontento de todos los que se habían refugiado allí huyendo del control del velo. Eso quiere decir que sigue teniendo un ejército.

Arturo frunció el ceño.

—Lo sé. Aunque no entiendo el empeño de tu hermano por atacarnos. ¿No se da cuenta de que no tiene ninguna

oportunidad contra nosotros unidos, contra el velo?

Gwenn lo miró pensativa.

—Yo no estaría tan segura de eso — afirmó—. Mordred puede hacer algo prodigioso con su mente: puede viajar unos instantes al futuro y ver lo que ocurre para después regresar. Cuando digo instantes, podría decir días o semanas o años. Imagínate la ventaja que ese don puede suponer en una guerra. Es como si fuera un adivino. De hecho, lo es.

—Hasta ahora, no le ha servido de mucho.

—Le estaba sirviendo en el combate de Meleagant contra Lance, créeme.

Meleagant combatía con la espada de Mordred, y gracias a eso se anticipaba siempre. Habría matado a Lance si yo no hubiera actuado.

—¿Qué hiciste? —preguntó Arturo sorprendido.

—No lo sé muy bien. En realidad, lo hizo Excalibur. Yo solo descargué en ella algo que el Grial me entregó cuando..., bueno, cuando estuvo en mí.

—Todavía no me has contado cómo fue aquello. Ni qué hiciste para volver.

—Mordred me trajo. Aunque creo que antes o después yo habría conseguido regresar de todas formas. Estuve en el pasado, Arturo, en la época en la que el Grial se construyó. Me pregunto si, con

lo que hice, no ayudé a que la catástrofe se desencadenara. Lo liberé, liberé al Grial..., pero él me dio algo a cambio. Me dijo que era el arma que me permitiría derrotar a Mordred, y que actuaría a través de Excalibur. En aquel momento pensé que me había engañado, porque no sentí nada. Pero no, cumplió su promesa. Eso que me dio está ahora en Excalibur, y quizá pueda volver a ayudarnos.

Arturo le tomó una mano la apretó en la suya. No deseaba pensar en Mordred ni en Excalibur ni en la guerra que se avecinaba. Pero debía hacerlo; y lo que Gwenn acababa de contarle era de extraordinaria importancia.

—Llamaré a Merlín —dijo—. Haré que examine la espada y que estudie qué es eso que el Grial te dio y que ahora está en ella. Necesitamos comprender cómo actúa para utilizarlo contra Mordred.

—¿Crees que Merlín será capaz de desentrañarlo?

Arturo hizo una mueca entre esperanzada y triste.

—No es el mismo desde que ocurrió lo de Nimúe. En algunos momentos parece que no está en sus cabales. Pero un reto como este le hará reaccionar y lo distraerá de su dolor. La única forma de recuperar a Merlín es haciéndole sentir que todavía lo necesitamos.

Capítulo 37

A través del patio, desde las cocinas, a Arturo le alcanzó el delicioso aroma de los corderos que giraban en los asadores, bien aderezados con romero, tomillo y aceite del sur. Se mezclaba con el olor a pan y a bizcochos calientes procedente de los hornos de arcilla que se encontraban al aire libre, justo detrás de las despensas. «Aromas de fiesta», pensó Arturo, aspirando el aire con

delectación mientras entrecerraba los ojos para disfrutarlos mejor. Hacía demasiado tiempo que en Camelot no se celebraba nada, y quizá aquel momento, justo en los albores de una guerra, no fuese el más apropiado para la despreocupación y el regocijo. Pero, a pesar de todo, el rey no podía evitar sentirse contento. La Tabla Redonda iba a reunirse por primera vez desde hacía más de un año. Y en esta ocasión, la presencia ominosa del Grial no lo contaminaría todo. Gracias a Gwenn, el Grial se había quedado en otra época, en un mundo donde ya nunca podría hacerles daño. Y lo mejor era que Gwenn había sobrevivido. Estaba de

nuevo en casa..., y había dejado bien claro que era allí donde quería estar.

A lo largo de toda la mañana fueron llegando caballeros procedentes de las diferentes regiones de Britannia, y también algunos del otro lado del mar. Aunque ya no eran tan jóvenes como la primera vez que la Tabla se reunió, en todos los ojos se leía la misma ilusión de los primeros días, el entusiasmo desbordante, las ganas de hacer cosas. Arturo casi se sintió culpable. ¿Eran conscientes aquellos hombres y mujeres de que los había invitado a regresar para combatir en una guerra? Aunque lo supieran, sus rostros no exhibían la concentración sombría de los soldados

en vísperas de una batalla. Parecían alegres, distendidos, ansiosos por divertirse. Quizá no fuese el estado de ánimo ideal para enfrentarse a un rival de la talla de Mordred, y sin embargo a Arturo le regocijaba verlos así, tan de espaldas a la muerte, con tantas ganas de reencontrarse, de renovar los lazos que los unían, de conversar, de intercambiar recuerdos y experiencias..., en definitiva, de vivir.

Iba a subir a su estudio en la torre cuando vio que Gwenn salía de la cocina con las mejillas encendidas y una sonrisa satisfecha en los labios. Se dirigió a su encuentro.

—No tendremos las delicadezas de

otros festines —anunció la reina—. Ni cisnes rellenos ni pavos reales presentados con su cola. Pero los corderos que han matado eran lechales, las verduras acaban de arrancarlas de la huerta y el caldo de faisán lleva cociendo toda la noche en una olla gigante. ¡Será una buena cena!

—Me han dicho que Yvain y Laudine ya han llegado —comentó Arturo.

—Todavía no los he visto, pero sí... Erec y Enid también están ya aquí. Y no han venido solos. Han traído un escuadrón de más de trescientos arqueros pictos.

—Nos serán de gran ayuda cuando llegue la hora. ¿De Merlín sabes algo?

—He preguntado por él, y me han dicho que no ha salido de la biblioteca en toda la mañana —contestó Gwenn—. Parece que se ha tomado en serio tu encargo de estudiar los cambios de Excalibur. Tanto mejor, eso le impedirá seguir atormentándose..., al menos por unas horas.

Se miraron a los ojos. Los de Gwenn sonreían.

—Va a ser una hermosa noche —aseguró—. Como en los viejos tiempos.

—No. Mejor que en los viejos tiempos —dijo Arturo—. Ahora nos conocemos todos mejor. Hemos pasado por tantas cosas...

—Sí; y las que nos quedan.

Permanecieron callados, sin dejar de sonreírse. Les costaba trabajo separarse, aunque cada uno tenía que atender sus obligaciones.

—Nos veremos después —dijo Gwenn finalmente.

Antes de irse, le estampó un beso rápido en la comisura de los labios. Un delicioso cosquilleo recorrió las mejillas de Arturo, como si le acabase de rozar el aleteo de una mariposa.

Tras un almuerzo rápido de queso y fruta, se personó en las cuadras para comprobar personalmente la calidad de los caballos que había hecho traer del continente de cara a la batalla que se avecinaba, y que habían llegado apenas

dos días antes. Con la aparición de Gwenn, no había tenido tiempo de examinarlos aún. El brío y el porte de los animales lo dejó más que satisfecho.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de enviar a buscar a Lance para que los viera. Sabía que nadie admiraba como él un buen purasangre. Sin embargo, desechó la idea enseguida, diciéndose a sí mismo que no debía entretenerse con aquello, cuando aún le quedaban por hacer tantas cosas antes del banquete.

Después de subir a su estudio para inspeccionar las esferas y comprobar que ninguna alteración sustancial se había producido en el velo en las

últimas horas, se dispuso a retirarse un rato a sus aposentos y descansar. Pero en la escalera se encontró con una de las doncellas de Gwenn, que al parecer iba a buscarlo.

—Majestad, sir Gawain ha llegado a la corte —anunció la joven, risueña—. Se encuentra con la reina en el salón del Roble. Os esperan allí.

Con cierta zozobra interior, Arturo se dirigió al salón que la muchacha le había indicado. Encontró a Gawain en pie junto al fuego, con la capa polvorienta del viaje todavía puesta. Tenía una copa de hidromiel en la mano, al igual que Gwenn, que parecía encantada con la llegada de su primo.

Gawain había cambiado mucho tras su aventura en los dominios del Caballero Verde. No sonreía tanto como antes, ni bromeaba alegremente por cualquier causa. Se había vuelto más sobrio, más reflexivo. Era como si se tomase la vida más en serio. Aquella nueva actitud se reflejaba en sus facciones, que habían ganado profundidad, volviéndose aún más atractivas de lo que eran antes.

—De camino hacia acá he oído malas noticias —anunció—. Mordred y su ejército ya han salido de Gorre. Sin Meleagant, ahora es Mordred el líder absoluto de los descontentos. Nadie le discute sus dotes militares.

—¿Dónde se encuentran ahora? — preguntó Arturo—. ¿Vienen hacia aquí?

—Es seguro que han cruzado la frontera de Gorre. Lo último que sé es que habían acampado en el valle de las Tres Hoces, al oeste del río Duervenn. No creo que estén tan locos como para intentar asediar Camelot. Yo creo que tratarán de provocarnos para que salgamos nosotros a campo abierto.

—Ha sido muy hábil obteniendo en el último momento la neutralidad de Aellas —observó Arturo con gesto sombrío—. Teníamos una alianza con él prácticamente cerrada. Y lo peor es que esa neutralidad ni siquiera es real. Bajo su escudo, cientos de mercenarios

sajones se han unido a su ejército.

—Tendremos que sopesar bien nuestras opciones —murmuró Gwenn—. No hay margen para el error.

Uno de los mayordomos del castillo apareció en la puerta y saludó con una formal reverencia.

—Majestades, el caballero sir Perceval y su esposa, lady Blanca, acaban de llegar a Camelot. ¿Dónde los instalamos? No esperábamos a la dama..., que además llega en estado de buena esperanza.

Gwenn se echó a reír al ver los rostros desconcertados de Gawain y de Arturo.

—Quiere decir que espera un hijo —

aclaró la reina—. Hacedlos pasar aquí, buen Erherd, y ordenad que mientras tanto les preparen las habitaciones más grandes y soleadas del ala oriental.

Pocos minutos después, Perceval y lady Blanca hicieron su entrada en el salón del Roble. Arturo no recordaba haber visto nunca antes a la hermosa joven de cabellos rubios y ojos despiertos que se había convertido en la esposa de Perceval. Su abultado vientre, indicativo de que en menos de tres meses sería madre, no hacía sino realzar la esbeltez del resto de su figura. Tal vez por efecto del velo de Britannia, en su caso la suciedad del camino no parecía haber alcanzado ni al suntuoso vestido

de terciopelo verde que llevaba ni a su deslumbrante toca blanca.

Con una desenvoltura más propia de una dama criada en la corte que de la señora de un feudo remoto, lady Blanca saludó afectuosamente a la reina y esbozó una encantadora reverencia ante el rey.

—Estaba ansiosa por conoceros — observó con calor—. ¡Perceval me ha contado tantas maravillas sobre Camelot!

—Habéis sido muy valiente viajando hasta aquí en vuestro estado —comentó Gwenn admirada—. ¡Nos alegramos mucho de teneros con nosotros!

El rostro de lady Blanca se

ensombreció.

—Lo único que siento es que, en mi situación, no podré acompañaros a la batalla. Porque habrá batalla..., ¿verdad?

Arturo asintió gravemente.

—Esta noche, tras la cena, nuestros informadores expondrán ante la Tabla Redonda, a la que estáis invitada a sentaros, la situación del enemigo y los posibles planes de ataque.

—Parece una fiesta, pero, si lo pensamos bien, no tenemos muchas razones para el regocijo —murmuró Gawain con evidente preocupación.

—Que empiece esta guerra por fin es motivo de alegría —opinó Perceval con

convicción—. Demasiado tiempo hemos pospuesto lo que era inevitable. Si no hubiésemos estado tan perdidos, tan ciegos, dejándonos llevar y traer por el Grial..., esta situación no habría llegado. Habríamos sabido cómo neutralizar a Mordred y a los descontentos mucho antes.

—Lo que debéis tener en cuenta..., lo que quizá nadie aquí en Camelot acaba de comprender del todo, es que Mordred no es un enemigo vulgar —advirtió Gwenn—. No es como Aellas o como los rebeldes pictos. Mordred tiene dones especiales heredados de nuestros ancestros. Puede ver el futuro. Además, es un líder carismático al que muchos

querrán seguir. Y puede esgrimir su derecho legítimo a ocupar el trono.

—Todo eso es cierto —dijo Arturo—. Pero, con todos sus poderes, Mordred es un hombre solo. Y nosotros formamos una comunidad.

—La Tabla Redonda. —Gawain pronunció el nombre con auténtica veneración. Su forma de decirlo estremeció de emoción al rey—. Veremos si esta vez conseguimos estar a la altura de lo que representa.

—Para eso tenemos que creer en nosotros. En la fuerza que podemos tener todos juntos —afirmó Gwenn muy convencida.

—Eso es —corroboró Blanca—. Y

además, Mordred se arriesga solo por sí mismo, por alcanzar el poder. Nosotros lo hacemos para preservar el velo y todo lo valioso que Britannia le aporta a la gente. Mordred puede tener increíbles dones mágicos, pero nosotros tenemos algo mucho más importante: tenemos mejores motivos que él para luchar. Y sobre todo, tenemos la razón.

Capítulo 38

Brillaban a la luz de las velas las bandejas de plata y las copas de cristal tallado, en cuyo interior el vino refulgía como si estuviese compuesto de rubíes líquidos. Hacía rato que los sirvientes habían retirado los restos de la comida; las chanzas y la música no eran ya más que un pálido recuerdo. Las mesas del banquete habían quedado abandonadas, y era la Tabla Redonda la que

acaparaba, en ese momento, toda la atención. Cubierta de mapas y de maquetas tridimensionales, se había convertido en un escenario para simular las distintas alternativas que se les presentaban en la lucha con el ejército de Mordred. Durante más de tres horas habían frugado entre todos una posible estrategia de cara a la batalla que se avecinaba.

Gracias a los espías procedentes de Gorre, Arturo tenía una idea bastante aproximada de las fuerzas con las que contaba Mordred. Su mejor baza eran los lanceros, un cuerpo de élite formado en parte por mercenarios sajones a los que él en persona había entrenado, y que

se habían especializado en hostigar al enemigo con sus largas picas, sembrando el desconcierto y facilitando la penetración de la infantería ligera entre las líneas enemigas. Tampoco había que despreciar a sus jinetes, que probablemente, llegado el momento, ocuparían los flancos de la formación.

Después de prolongadas discusiones tácticas, se decidió optar por una ofensiva en línea oblicua. El grueso del ejército, bajo el mando de Arturo, lideraría el avance contra el centro de las líneas de Mordred y trataría de forzar la retirada de los lanceros; el objetivo en esa zona del campo debía ser alargar lo más posible el combate.

Mientras tanto, un cuerpo de caballería ligera liderado por Lance atacaría el flanco derecho del enemigo, sembrando el desconcierto en una zona del campo en la que, en un principio, Mordred no esperaba sorpresas. Aquella maniobra envolvente serviría para provocar la confusión en las líneas enemigas y para evitar refuerzos. Si salía bien, los jinetes podrían apoyar desde la retaguardia el avance de las tropas de infantería. Se trataba de una táctica arriesgada, porque suponía dividir fuerzas y asumir la posibilidad de que la caballería de Lance quedase desconectada del resto del ejército. Pero si se forzaba la elección del campo de

batalla de manera que el enemigo no encontrase accidente geográfico alguno en el que anclar sus flancos, las posibilidades de éxito eran muchas.

Lance parecía especialmente satisfecho con aquel plan de acción. Aunque la idea había sido de Perceval, él se ofreció a liderar el ataque oblicuo desde el primer momento y, como todos en la Tabla Redonda conocían sus dotes militares, la idea fue acogida con entusiasmo. Arturo comprendió que Lance estaba buscando una manera de distinguirse y de demostrar, una vez más, que estaba a la altura de su reputación de «mejor caballero del mundo». Como rey habría podido fácilmente hurtarle la

posibilidad de acaparar tanto protagonismo; pero no lo deseaba. Quería cederle aquella oportunidad de lucirse, de que toda la corte le admirara. Se lo debía por haberle devuelto sana y salva a Gwenn, y por haber permanecido a su lado incluso en los peores momentos.

Gwenn también parecía contenta con la planificación de la batalla. Se la veía exultante, convencida de la fuerza de Camelot, y capaz de transmitir aquella confianza a quien se le acercara.

—Yo también participaré —le dijo a Arturo cuando se dio por terminada la reunión y todos comenzaron a levantarse de sus asientos—. Esta vez no me

quedaré esperando noticias encerrada en una torre. Quiero combatir.

—Pero, Gwenn, tú no tienes experiencia militar —se atrevió a objetar Arturo.

Gwenn lo miró con el ceño fruncido y con una sonrisa que tenía algo de advertencia.

—Justamente por eso —insistió—. Ya es hora de que la tenga. Soy la reina de Britannia, debo estar en primera línea a la hora de defenderla.

—Pero yo no podré combatir con tranquilidad si tengo que estar pendiente de ti —dijo Arturo sin ocultar su contrariedad—. Una batalla no es un juego de niños.

—¿Crees que no lo sé? —replicó Gwenn ofendida—. No te preocupes, no alteraré en lo más mínimo tus planes ni interferiré en ellos. Solo deseo ocupar mi lugar.

Arturo estaba a punto de contestar cuando se dio cuenta de que Merlín aguardaba a pocos pasos de ellos para hablar con él. Su abatimiento de las últimas semanas parecía haberse desvanecido momentáneamente, y en sus ojos se advertía la viveza de sus mejores tiempos.

—¿Qué ocurre, amigo? —le preguntó—. Si quieres hablar con nosotros, hazlo. Estaremos encantados de escucharte.

El mago vaciló un instante mientras sus ojos se dirigían de forma involuntaria hacia Gwenn. Ella captó el significado de aquella mirada.

—Creo que Merlín prefiere hablarte a ti a solas —observó sin acritud—. No os preocupéis, yo aún tengo que cumplir con mis deberes de anfitriona y despedir a la gente que aún no se ha marchado. Arturo, después te veo.

Arturo se quedó observando a su mujer mientras ella se alejaba hacia un corrillo de damas en el que se encontraban Laudine y lady Blanca, entre otras. Después, volvió los ojos hacia Merlín con expresión interrogante.

—Tú dirás —le animó.

—Aquí no —replicó el anciano—. Necesito calma para lo que voy a explicarte.

—Vayamos a mi estudio, entonces.

En silencio, los dos abandonaron el salón de la Tabla y se encaminaron a las escaleras de caracol por las que se accedía a la guarida de alquimista del rey. Arturo iba delante con una lámpara de aceite. Tras él, oía los pasos inseguros y renqueantes de Merlín.

Una vez en el estudio, Arturo dejó la lámpara sobre una pila de antiguos códices y se acercó a remover los rescoldos moribundos que ardían en la chimenea.

—He estado analizando a Excalibur

—explicó Merlín a su espalda—. Gwenn se quedó corta en su explicación. Lo que el Grial le entregó es mucho más que un arma para vencer a Mordred. Es el compendio de cientos de años de experiencia..., toda su sabiduría condensada en apretadas líneas de código.

Arturo se volvió a mirar al mago asombrado.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿Has podido analizarlo con tranquilidad?

—Estoy completamente seguro. El Grial nos ha devuelto los siglos oscuros: todo lo que pasó desde que la Britannia de los Antiguos colapsó hasta que Uther y yo decidimos resucitarla. En

definitiva, todo lo que el Grial aprendió en ese tiempo.

—¿Y por qué le dijo a Gwenn que era un arma para derrotar a Mordred?

—Porque lo es —contestó Merlín con los ojos brillantes—. Algunas de las cosas que el Grial descubrió pueden cambiar nuestra forma de concebir el mundo..., y también de entender el futuro. Eso afecta directamente a los «dones» de Mordred. Él afirma que puede viajar en el tiempo, observar y regresar al presente con pleno conocimiento de los hechos futuros. No te digo que no lo haga. Creo que, en efecto, Mordred viaja al futuro. Pero de lo que no se da cuenta es de que en

realidad no existe un solo futuro, sino muchos posibles. Él se traslada al futuro más probable, al que encaja con lo que sabe y lo que es, con su visión del mundo. Lo que el Grial me ha revelado, sin embargo, es algo que él denomina la multiplicación cuántica de los universos, y que determina que cada vez que debemos elegir entre dos alternativas posibles, lo hacemos entre dos universos que existen simultáneamente.

—No entiendo muy bien lo que dices —confesó Arturo—. Pero me da la sensación de que la conclusión a la que quieres llegar es que el futuro no está escrito.

—Más o menos —admitió Merlin—.

Quizá podríamos decir que hay infinidad de futuros escritos, tantos como libros en una inmensa biblioteca, y que somos nosotros los que decidimos qué libro vamos a leer.

—O sea, qué futuro vamos a vivir —concluyó Arturo.

—Algo así. Por eso, aunque Mordred adivine el futuro, es posible derrotarlo..., siempre que nos salgamos del libro que él ha escrito para nosotros.

—Eso suena muy bien, pero ¿cómo se hace en la práctica?

—No lo sé —admitió Merlín—. Es algo que tendremos que investigar. Quizá haya que romper las expectativas de Mordred, hacer algo que él no espera

de nosotros. De esa manera estaríamos saliéndonos del camino que nos ha trazado.

—Y podríamos ganarle.

En la penumbra del estudio, los ojos del rey se encontraron con los del anciano.

—¿Crees que el plan de batalla que hemos trazado esta noche puede sorprender a Mordred? —preguntó Arturo—. ¿Es lo que necesitamos?

Merlín meneó la cabeza pensativo.

—Es un plan audaz, y si se logra entablar batalla en la ubicación adecuada, tiene muchas posibilidades de éxito —razonó—. Pero no estoy seguro de que sea tan rompedor como para

pillar a Mordred desprevenido. No es un novato en estas lides, ha combatido en muchas batallas, y la defensa oblicua, aunque no se utilice habitualmente, es un recurso conocido para cualquiera que haya dedicado parte de su vida a la guerra.

—Entonces, crees que habría que pensar otra cosa —dedujo Arturo—. Pero ¿qué, Merlín? En estrategia militar está todo inventado.

Merlín se encogió de hombros.

—Ahí sí que no puedo ayudarte. Pero tal vez el Grial pueda. En Excalibur están grabadas las secuencias de cientos de batallas en diferentes épocas de la historia. Es cuestión de sentarse con

paciencia a leer el código hasta encontrar algún modelo que pueda sernos útil.

—Entonces, me pondré a ello —afirmó Arturo con expresión decidida.

—Hazlo, hijo. Es posible que halles lo que buscas. Además, siempre has sido un hombre ingenioso. Estoy seguro de que, si le das unas cuantas vueltas, algo se te ocurrirá.

Capítulo 39

Tras dejar a Merlín, Arturo regresó pensativo al salón de la Tabla Redonda, que se había quedado vacío y a oscuras. Después de llamar a uno de los sirvientes para que encendiera las diez velas de uno de los candelabros de plata, le pidió que informase a la reina de que aún tardaría un rato en retirarse a dormir.

—Después de eso, tráeme a

Excalibur. Merlín la ha hecho guardar en mi armería —le indicó al joven sirviente—. Regresa con ella lo antes posible.

El muchacho se despidió con una profunda reverencia, y Arturo se quedó solo frente a la bruñida mesa de roble, cubierta todavía en gran parte con los mapas y maquetas que habían desplegado durante la reunión. Sus ojos se detuvieron en uno de los mapas, que tenía marcado el avance de las tropas de Mordred en los últimos días. Viajaban en dirección sureste, directos hacia Camelot, y si nada había cambiado en las últimas horas, debían de encontrarse a unas ocho jornadas del castillo como

mínimo. Contando con que Mordred no tenía prisa por atacar ni esperaba recibir una ofensiva inminente, era probable que el recorrido fuese mucho más lento. Si ellos conseguían organizarse de prisa y se ponían en marcha en dos o tres días, el encontronazo con el enemigo se produciría aproximadamente en una semana, a medio camino entre Camelot y el castillo de Gorre.

Arturo tomó entonces otro mapa más detallado de aquella zona y analizó con detenimiento la orografía y el terreno. Había dos o tres enclaves apropiados para entablar batalla, y un par de ellos que a toda costa debían evitar, porque, viniendo desde el norte, le

proporcionarían al ejército de Mordred lugares elevados en los que anclar los flancos, poniendo en peligro toda su estrategia.

Dedicó unos minutos a comparar con sumo cuidado las dos extensiones que más le gustaban para plantarle cara al enemigo. Una se hallaba a la izquierda de las colinas de Eregann, la otra era una planicie con una región pantanosa al oeste, muy cerca de los altos de Ouden. Ambas ofrecían ventajas al ejército que supiese posicionarse en el lado sur del campo, especialmente la segunda, con una suave elevación en el flanco izquierdo que podría favorecer la carga por sorpresa de la caballería ligera de

Lance.

Una discreta tos a su espalda interrumpió sus reflexiones. El sirviente había regresado con Excalibur en las manos. La sostenía a cierta distancia de su cuerpo, como si el respeto o el miedo le impidiesen acercarla.

—Aquí tenéis, mi señor —dijo.

Arturo tomó la espada y despidió al muchacho con una sonrisa. Mientras regresaba hacia la mesa, escuchó voces apagadas en algún rincón remoto del castillo. Quizá provenían de las cocinas... El resto de la corte se había retirado ya a dormir.

Balanceando la empuñadura de Excalibur para hacerla oscilar adelante

y atrás, Arturo volvió a concentrarse en el mapa. Se fijó en un enclave a dos jornadas al norte de los que había estado examinando, en las orillas del río Camlann. De inmediato, se dio cuenta de que era lo que estaba buscando. Merlín le había aconsejado que sorprendiera a Mordred, que hiciese algo que él no pudiera esperar. Pues bien, algo que sin duda Mordred no esperaba era que lo atacase tan al norte, pues sus espías debían de haberle informado de que su ejército aún no había salido de Camelot, y por lo tanto era difícil que pudiesen alcanzarlos tan cerca del reino de Gorre.

Parecía imposible conseguirlo, en efecto. Pero, pensando de un modo

diferente, podía hallarse una manera. Arturo sonrió para sí cuando la vio clara en el mapa. Barcos. Podía embarcar a todo su ejército y ganar tres jornadas de viaje hacia el norte. La flota estaba lista y, con la ayuda del velo, la organización del embarque no tenía por qué dilatarse más de un día. A sus caballeros les sonaría al principio como un despropósito, pero si lograba transmitirles la confianza que a él le inspiraba aquel plan, el principal obstáculo estaría salvado.

Aquello sí sorprendería a Mordred. No podría imaginarlo en absoluto. Y el enclave de Camlann era idóneo para favorecer la estrategia que había

acordado con sus aliados. En el centro, por el lado sur, el terreno se elevaba en una larga ondulación que proporcionaría ventaja a sus tropas, al menos en aquella zona. Justo donde, probablemente, Mordred trataría de atacar con sus lanceros... Era perfecto.

La quemazón del metal de Excalibur en la palma de su mano lo distrajo. ¿Qué le pasaba a la empuñadura, por qué ardía de aquella forma? Le estaba quemando como si estuviese hecha de fuego.

Intentó soltarla, pero era como si aquel oro ardiente se le hubiese adherido a la piel.

—¿Qué diablos...?

No llegó a terminar la frase. Porque en el mismo momento en que intentó arrojar por segunda vez la espada al suelo, vio ante sí su propia imagen, como en un espejo.

Solo que no era una imagen, porque tenía tres dimensiones y se movía con independencia de lo que él hiciera. No solo eso: también hablaba.

—Sorprender a Mordred. ¿Es eso lo que intentas? —le preguntó con su propia voz—. No has entendido nada de lo que te ha dicho Merlín.

—¿Quién eres? ¿Qué encantamiento diabólico te ha hecho adoptar mi apariencia? —preguntó Arturo.

Consiguió que su voz sonase firme,

pero estaba asustado. Su otro yo, en cambio, parecía absolutamente tranquilo.

—Soy tú, Arturo, rey de Britannia. Soy la parte de ti que has relegado a los infiernos del olvido, que no quieres recordar.

—Lo peor de mí...

—No. Todo lo contrario.

—¿Qué quieres?

El otro Arturo dobló ligeramente las rodillas, echó el cuerpo hacia delante y se situó frente a él en posición de ataque, con la espada en la mano.

—Quiero que luchemos. Quiero vencerte. Y matarte.

Arturo retrocedió un paso.

—Te envía Mordred, ¿no es cierto?
—preguntó—. Eres otro más de sus trucos.

—Mordred no está aquí. Te encuentras solo con tu espada, y con la sabiduría de muchos siglos que late en ella.

—Excalibur. Entonces, te envía el Grial.

En respuesta a su afirmación, el otro Arturo saltó hacia delante y lo atacó, pillándolo desprevenido. Por fortuna, él tuvo el reflejo de echarse a un lado, evitando que lo alcanzase.

—Si me hieres, ¿moriré de verdad?
—preguntó.

El otro, en silencio, le atacó de

nuevo. Intercambiaron una sucesión de estocadas precisas, contundentes y ágiles al mismo tiempo. Como era de esperar, las fuerzas estaban igualadas.

Con el corazón acelerado, Arturo se echó un instante hacia atrás para recuperar el resuello.

—¿Por qué me atacas? —preguntó—. ¿Qué te he hecho yo?

—Te ataco porque te niegas a comprender. —Fue la respuesta que obtuvo—. Crees que lo que Merlín te ha dicho es que debes sorprender a Mordred para que él no pueda anticiparse a tus planes. No es eso. A quien necesitas sorprender es a ti mismo. Mientras Arturo piense como

Arturo, solo existirá un futuro para él, y es el que Mordred ya conoce.

Mientras hablaba, su *alter ego* renovó sus ataques sobre él. La violencia de sus envites no le entrecortaba el aliento ni le dificultaba el habla. Una fuerza sobrenatural parecía animarlo.

Sin dejar de devolver los golpes, Arturo intentó concentrarse en la conversación. Intuía que el desenlace de aquel combate se hallaba más en las palabras que en la espada.

—En tu opinión, ¿qué debería hacer? —insistió—. ¿En qué me estoy equivocando?

—No hay peor ciego que el que no quiere ver —gruñó el otro Arturo sin

dejar de atacarlo—. Tu plan de batalla. Crees que es el mejor, que te dará la victoria. Lo has fraguado de manera objetiva y desinteresada. ¿Es eso lo que piensas?

—Es el mejor plan que he podido concebir. De eso estoy seguro.

Su *alter ego* soltó una estridente carcajada.

—Embustero —le acusó—. Te mientes a ti mismo. Ese plan no tiene como objetivo principal derrotar a Mordred, sino acabar con tu verdadero enemigo.

—No sé qué quieres decir —replicó Arturo desconcertado—. ¿De qué hablas?

El otro le hostigó con una serie de estocadas rápidas que buscaban su cuerpo desde distintos ángulos, obligándolo a retroceder unos cuantos pasos.

—No es a Mordred a quien deseas ver muerto —dijo—. A quien quieres ver muerto es a Lance.

Arturo se olvidó de defenderse por un momento, pero reaccionó cuando recibió una nueva estocada por la derecha.

—Todo el plan de batalla está pensado para colocar a Lance en una situación insalvable —explicó su *alter ego*—. Le otorgas el protagonismo del ataque envolvente, y te engañas diciéndote que lo haces para

proporcionarle la oportunidad de exhibir sus dotes militares. Puede que logres confundir a toda la corte, incluso a ti mismo. Pero él no es tan iluso. Sabe que esa estrategia le aboca a la muerte. Por eso la ha aceptado con entusiasmo. Desea morir como un héroe, ser recordado así por Gwenn. A eso conduce tu plan: a convertir a Lance en un héroe, y a ti en un asesino.

Una rabia sorda fue apoderándose de Arturo a medida que escuchaba aquellas acusaciones. Se trataba de una violencia incontrolable, como la de un animal salvaje. Y lo peor era que, mientras la sentía crecer en su interior, se daba cuenta de cuál era el motivo. No estaba

indignado porque aquellas acusaciones fueran falsas, sino porque de repente había comprendido que eran ciertas.

—No eres capaz de negarlo, ¿a que no? —observó el otro Arturo con sorna—. No puedes seguir dándole la espalda a la verdad.

Ebrio de cólera, Arturo se lanzó rugiendo contra su adversario y, empuñando la espada con las dos manos, se la clavó con todas sus fuerzas en el pecho, a la altura del corazón.

El golpe había sido certero. La sangre comenzó a borbotear sobre la camisa blanca de su rival, cuyos labios se curvaron en una sonrisa rígida, como la que Arturo había visto en otros muchos

moribundos.

—Lo siento —balbuceó, horrorizado—. ¿Qué he hecho? Ni siquiera sé quién eres. Lo siento...

El otro se había derrumbado en el suelo de costado, y allí se encogía lanzando sus últimos estertores. Arturo se arrodilló a su lado. Sus miradas se encontraron.

—Soy tú —dijo el moribundo—. O al menos, una parte de ti. No te preocupes; es necesario morir para renacer. Forma parte del proceso de conocimiento.

En cuanto terminó de decir aquello, la figura encogida en el suelo comenzó a difuminarse. No era, después de todo, más que un artefacto del velo invocado

por el Grial.

Arturo notó un dolor intenso y profundo en el corazón. Tuvo la absurda sensación, por un momento, de que se había herido a sí mismo. Le pareció que estaba sangrando.

Tambaleándose, se arrastró hacia uno de los sitios de la Tabla Redonda y se dejó caer en él. Permaneció quieto, con el tronco apoyado en la mesa mientras su respiración, poco a poco, iba serenándose.

Había comprendido. El Arturo al que acababa de matar, gracias al Grial, no era el avatar que le había revelado la verdad, sino la parte de su conciencia que se ocultaba en la sombra, la que le

había inspirado la idea de sacrificar a Lance en el campo de batalla.

Ahora, esa parte de sí mismo había muerto. Y con ella el odio que, durante tanto tiempo, se había negado a reconocer: el odio hacia el hombre que había estado a punto de arrebatarse a Gwenn y que, a pesar de todo, nunca había dejado de permanecer a su lado. Había tenido que asesinar una parte de su alma para perdonar de manera definitiva a Lance, su amigo.

Capítulo 40

Una lluvia menuda y pegajosa en su insistencia se abatía sobre el valle de Camlann desde antes del amanecer. En el ambiente desapacible de la primavera norteña, Arturo tenía la sensación de que el agua arrancaba el calor de los cuerpos, convirtiéndolo en una neblina caliginosa que embarraba la tierra y enturbiaba el aire.

La humedad restaba nitidez al

panorama, pero aun así, desde su caballo alcanzaba a divisar el ejército de Mordred. Vistos desde lejos, los soldados de la infantería parecían incontables hormigas negras moviéndose con rigidez dentro de sus corazas. Avanzaban deprisa por el centro, haciendo que todo el frente enemigo se deformase en una gigantesca «uve». En el medio de sus propias filas, el grueso de su ejército, liderado por Lance, también había tomado la delantera. Si ambos lados seguían avanzando al mismo ritmo, el encontronazo se produciría en pocos minutos. Mordred no esperaba que los flancos entrasen en batalla hasta que se viera el resultado

del choque central. Era el momento de poner en práctica su táctica y de intentar la maniobra envolvente.

Nadie en Camelot, y menos que nadie el propio Lance, había aceptado de buena gana el cambio de planes ordenado por Arturo. No entendían por qué había decidido, a última hora, ser él quien liderase la caballería ligera del flanco izquierdo, arrebatándole la gloria de la batalla a Lance. La propia Gwenn se lo había recriminado con acritud.

—Le ofreciste en presencia de todos ese puesto de mando —le recordó cuando él le informó sobre sus intenciones—. No puedes humillarle quitándoselo ahora. Lance merece ese

puesto.

—El que le ofrezco es aún mejor — argumentó Arturo—. El de comandante en jefe de las tropas. El mío.

—No te basta con ser el rey —le acusó Gwenn—. Quieres que canten tus hazañas como si te estuvieses ganando el trono todavía. Es una actitud egoísta e infantil.

Arturo sonrió con tristeza. No tenía intención alguna de revelarle a Gwenn lo que había vivido con Excalibur, ni los verdaderos motivos por los que había decidido retirar a Lance de la posición de máximo peligro.

—Camlann nos brindará a todos la oportunidad de dejar hazañas para la

historia. No pretendo acapararlas todas —le replicó—. Y además, haga lo que haga Lance, dejará un recuerdo. Es el perfecto caballero, el héroe idóneo para los cantares épicos de los juglares.

También le costó una discusión explicarle a su esposa que si decidía participar en la batalla, lo haría en el centro de la formación, junto a Lance. La disputa tuvo lugar la víspera misma de la batalla, cuando estaban ultimando los planes de acción. Ella no planteó sus objeciones ante el resto de los generales de la Tabla Redonda. Lo hizo después, cuando los dos se quedaron a solas.

—Ya sé que no me quieres a tu lado. Pero no es justo —protestó airadamente

— Y además, no tengo por qué acatar tus órdenes. Como reina, tengo derecho a decidir mi lugar.

— Como reina, tu poder de decisión es el mismo que el mío. Pero al mando del ejército no puede haber dos voces, y tú no tienes la experiencia necesaria para ocupar ese puesto. Yo decido, Gwenn, y mi decisión es que representes a la corona en el centro de la formación. Es una orden.

Gwenn comprendió que no era el momento de cuestionar su autoridad, pero se retiró enfurruñada, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su descontento.

Lo que Arturo no pudo impedir fue

que Gawain y Perceval fuesen asignados a su flanco. Gawain tenía más experiencia que él en los movimientos de tropas a caballo, y en cuanto a Perceval, afirmó desde un principio que había acudido a Camelot para combatir al lado del rey, y que no se separaría de su lado.

Mientras los ejércitos avanzaban con un ronco bramido el uno contra el otro, Arturo sabía que en el ánimo de muchos de sus hombres estaba presente el recuerdo de la batalla del monte Badón. Aquella contienda contra los sajones la habían ganado, pero a un precio exorbitante en sufrimiento y en vidas. El enemigo, ahora, era en parte el mismo,

porque al menos la mitad de los efectivos de Mordred eran mercenarios sajones; y aunque eso les daba confianza en sus posibilidades de victoria, también les hacía temer que esta se haría de rogar, y que no llegaría con facilidad.

Arturo no esperó a que se produjese el choque en el centro de la formación para dar la orden de ataque. Los suyos sabían bien lo que debían hacer: cabalgar lo más deprisa posible, bordear el flanco enemigo y atacar por detrás cuerpo a cuerpo, mientras los arqueros a caballo que componían su retaguardia cubrían su avance.

En los primeros compases de la ofensiva todo fue ruido y velocidad. Los

cascos del caballo resonaban contra la tierra húmeda con sordos chasquidos de metal, y unidos al del resto del grupo provocaban un rugido atronador que rodaba pendiente abajo, como ellos mismos, en dirección al enemigo. Arturo sentía reverberar la vibración del terreno en cada centímetro de su cuerpo, y eso le produjo una exaltación irracional. Ardía en deseos de entrar en combate. Cuando, a la cabeza de sus fuerzas, estuvo lo bastante cerca del enemigo para distinguir los rostros cenicientos de jinetes y arqueros, de buena gana habría ido derecho hacia ellos con la espada desenvainada; pero se obligó a mantener la dirección de su

galope, que los llevó a bordear el flanco derecho de Mordred sin atacarlo.

Solo una vez rebasado el ejército rival por la izquierda hizo que su caballo girara sin frenar apenas, encarando la espalda de los mercenarios sajones. Gawain, a su altura, desenvainó la espada y emitió un grito primitivo, brutal. Justo detrás de ellos resonó la llamada del jabalí de bronce. Había llegado el momento de mancharse de barro y sangre.

Con Excalibur en su mano derecha, Arturo arremetió contra el enemigo, encontrando espacios entre los jinetes donde parecía que no los había. El ímpetu de su galope bastó para espantar

a algunas de las monturas de los hombres de Mordred, que se encabritaron y trataron de apartarse demasiado deprisa, derribando, al menos en un caso, a su caballero. Pero Arturo no iba a detenerse a contemplar el resultado de su salvaje ataque. Al cruzarse con un sajón en plena carrera, abatió sobre él el filo de Excalibur desde arriba y le seccionó el tronco hasta el abdomen. En el siguiente movimiento, después de un brusco giro sobre el caballo, segó una cabeza. Ni él mismo se sabía capaz de tanta ferocidad; ignoraba de dónde procedía aquella sed depredadora, aquel instinto de matar. Exultante y horrorizado al mismo

tiempo, siguió manejando la espada con la misma destreza: fallaba algunos golpes, pero allí donde alcanzaba al adversario, lo hacía con tal violencia que, o bien lo mataba, o lo derribaba del caballo, mutilado y agonizante.

Quizá esperaba que aquella brutalidad aceleraría su avance, propiciando una victoria rápida. Sin embargo, pronto comprendió que no sería así. De la lluvia surgían continuamente nuevos jinetes que abatir. A veces eran los mismos a los que creía haber derribado ya: reconocía las caras, más inhumanas y atroces a medida que la sangre y el lodo las iban cubriendo con sus salpicaduras.

Redobló la furia de sus embestidas. Excalibur hendía el aire, silbaba en sus oídos, se clavaba con un estallido de líquidos y estructuras esponjosas en las entrañas de los enemigos. Los brazos le dolían de tanto forzarla a hundir el filo en la carne sajona. Y no obstante, seguían estancados. Los cuerpos que caían a su alrededor no eran todos sajones. Reconoció a algunos de los suyos.

En uno de sus bruscos giros a caballo, vislumbró la armadura de Gawain sobre el lodo. La cara, hundida en la tierra, quedaba oculta. Solo los rubios cabellos resultaban visibles.

Olvidándose de todo lo demás, Arturo

desmontó y se arrodilló junto a su leal caballero.

—Amigo, agárrate a mí —le susurró al oído, mientras trataba de voltearlo—. Te sacaré de aquí.

El cuerpo del guerrero pesaba enormemente por culpa de la armadura. Cuando al fin logró darle la vuelta, se quedó mirando fijamente los ojos sin expresión de Gawain. Eran tan claros y limpios como siempre, pero ya no se advertía en ellos ninguna profundidad. El espíritu que solía animarlos se había ido, convirtiéndolos en cristales inertes.

A Arturo no le importó desgarrar la mañana lluviosa con su gemido. Gawain estaba muerto.

Comprendió que una parte de sí mismo acababa de morir con él.

Capítulo 41

Quizá pasaron horas después de la muerte de Gawain; quizá fueron solo minutos. Arturo avanzaba ciego, sin mirar dónde ponía los pies. A veces sentía el crujido metálico de una armadura bajo sus botas, a veces el chasquido de un hueso, la blandura de la carne rota, o solo tierra. No le importaba. Por instinto, atacaba cuando se le acercaban, y sus reflejos, más

certeros que cuando se dejaba guiar por el pensamiento, respondían de inmediato. Así, continuó hiriendo, matando, derribando hombres. Pero daba lo mismo, porque sabía que su avance no conducía a ninguna parte. Al otro lado de los sajones muertos no había nada, solo más muertos; solo una desolación interminable.

El polvo de la batalla se mezclaba con la lluvia embarrando el aire. En cierto momento llegó a preguntarse si no habría muerto él también, porque todo lo que veía a su alrededor se le asemejaba al infierno. A veces, en un fogonazo, le venía a la mente la imagen de Gwenn. Se la figuraba tendida de bruces contra

la tierra, los cabellos rubios desparramados sobre el lodo, como los de Gawain.

Él había provocado aquello. Daba lo mismo que fuese por una buena causa. Miles de hombres habían muerto en aquella carnicería; y al menos uno de ellos era su amigo.

Se dio cuenta de que llevaba un rato caminando sin que nadie le atacara. Miró a su alrededor y solo vio algunos caballos sueltos, un hombre a lo lejos de rodillas, apretándose el vientre como si intentase sujetarse las vísceras. Se preguntó si sería el único que seguía vivo.

Un instante después se metió en la

niebla. Al principio pensó que la lluvia se había dispersado en finísimas gotas sin el peso suficiente para caer al suelo; y luego tuvo la intuición de que la niebla no estaba en el aire, sino en su mirada. Eran lágrimas tal vez; o quizá todo lo contrario, una extrema sequedad en las córneas, como si el llanto se le hubiese acabado para siempre.

—Majestad, volvamos —le dijo una voz a su izquierda—. No queda nada que hacer aquí.

A través de la bruma, reconoció el rostro joven y expresivo de Perceval.

—¿Están todos muertos? —preguntó.

—No lo sé. No sé qué ha pasado en el centro de las líneas. Pero aquí todo ha

terminado. Los sajones que no han muerto se han batido en retirada. Solo hay cadáveres.

—No —afirmó Arturo señalando una figura que avanzaba hacia ellos solitaria, con la espada en alto—. Míralo. Él vive todavía.

Lo veía a contraluz, pero aun así lo identificó a pesar de la distancia. Sabía que era Mordred. Cómo había ido a parar a aquella parte del campo de batalla y por qué se hallaba solo eran preguntas que Arturo ni siquiera llegó a formularse. En la mano derecha apretó convulsivamente la empuñadura de Excalibur. Se iba a enfrentar con Mordred por segunda vez. Pero en esta

ocasión Gawain no podría ayudarle, ni ninguno de los otros.

—Majestad, no tiene sentido un combate cuerpo a cuerpo contra él —dijo Perceval—. Estáis fuera de vuestros cabales. Otro día, en mejores circunstancias. Señor...

Arturo siguió avanzando sin hacer caso. Mordred ya estaba lo bastante cerca como para que ambos pudieran verse las caras.

Había una resolución en el rostro de su enemigo que le estremeció. Había visto aquella mirada alguna vez en los ojos de Uther, cuando era niño. Pero al mismo tiempo, la media sonrisa distante se le apareció de pronto como una

caricatura de la dulce sonrisa de Gwenn.

Hermanos. Era imposible negarlo, lo llevaban escrito en las facciones. Había que estar ciego para no verlo.

—Ya tienes lo que querías —le gritó Mordred a través del silencio sobrecogedor del campo de batalla—. No queda nadie. Tu valioso círculo, tu Tabla Redonda. Esta vez no vendrán a rescatarte.

—Mientes —le contestó sin alzar la voz—. Donde yo estoy, están ellos. Combaten conmigo, porque los llevo en mi interior. No se trata de magia, no es un don especial. Por eso no puedes entenderlo.

—Engáñate como quieras —replicó

Mordred con sorna—. Lo único cierto es que ya no se cuentan entre los vivos. Ni Yvain ni Erec ni Enid ni Lance... Tampoco mi hermana. Uno de mis hombres la vio caer.

—Combatid conmigo si tenéis valor —le desafió Perceval plantándose delante de Arturo—. El rey no va a responder a vuestras provocaciones. No se rebajará tanto.

Arturo lo miró.

—Mi buen amigo, agradezco tu intención, pero es hora de que te retires. Esto no acabará jamás si no se decide entre nosotros. Y la hora ha llegado.

Perceval inició un ademán de protesta, pero algo en la mirada del rey

debió de hacerle cambiar de opinión.

—Estaré aquí por si me necesitáis — dijo en voz baja—. Solo tenéis que llamarme.

Arturo asintió. Sus ojos estaban fijos en Mordred. Se encontraban lo bastante cerca como para alcanzarse con la espada en un solo lance. Durante unos segundos se midieron el uno al otro en silencio. El único sonido que barría el campo de batalla de Camlann era el de la lluvia.

—Lo que me gustaría saber antes de matarte es por qué todo esto — reflexionó Arturo en voz alta—. Al principio creí que se trataba de poder, que era lo único que te interesaba. Pero

ahora creo que estaba equivocado.

Mordred rio de un modo extraño, casi alegre.

—¿En serio? ¿Tanto has tardado en llegar a esa conclusión? No me extraña, entonces, que hayamos llegado a esto.

—Explícame por qué —insistió Arturo—. Si no es por el poder, ¿por qué es? ¿De dónde nace esa obsesión por derrotarme?

—No se trata de ti. Lo que ni Gwenn ni tú habéis logrado entender es que, para mí, nunca se ha tratado de algo personal. Habría combatido contra cualquiera que hubiese estado en vuestro lugar. Tú no eres mi enemigo, Arturo. Mi enemiga es Britannia. He vivido

sometido a ella, atrapado en sus falsedades, y un día me juré a mí mismo que la destruiría. Pero, para eso, antes tengo que destruirte a ti. No hay nada más.

Mientras hablaba, Mordred comenzó a hostigar a Arturo. Lo atacaba insistentemente con la espada, de un lado, de otro. Se movía con agilidad, como si el cansancio de aquel infierno no le hubiese afectado.

—¿Tus aliados lo saben? —preguntó Arturo, deteniendo los golpes como podía—. ¿Saben que quieres destruir el velo?

—Naturalmente que no —contestó Mordred sin cesar en sus ataques—.

Aunque hubiese intentado explicárselo no lo habrían entendido. Ni siquiera Meleagant, con toda su rebeldía. Pero tú sí lo entiendes.

—Aunque yo desaparezca, Britannia permanecerá. Puede que se debilite momentáneamente, incluso que llegue a desaparecer por un tiempo. Pero volverá. Su lenguaje ya no es un secreto en manos de unos pocos alquimistas. Cada vez son más los que lo estudian, los que comprenden.

—Lo sé. —Mordred lanzó una estocada especialmente agresiva, que Arturo esquivó solo en el último momento—. Has puesto las cosas muy difíciles, pero no imposibles. Aún se

puede remediar todo el daño.

En ese momento oyeron voces en la distancia. Una de ellas era de mujer.

A Arturo le pareció que Mordred se crispaba. Y comprendió que había reconocido la voz de Gwenn.

—No está muerta —musitó.

Con un rugido, Mordred se lanzó contra él.

Habría podido esquivarlo con facilidad. Pero decidió no hacerlo.

Si Gwenn estaba viva, Britannia viviría. A veces, en el ajedrez, había que sacrificar una pieza para salvar la partida.

Estaba dispuesto a ser esa pieza.

Esperó a que el acero se le hundiese

bajo las costillas. Y entonces, cuando tuvo a Mordred inmovilizado contra él, le clavó a Excalibur en el corazón e hizo un movimiento de arriba abajo, rasgándole el tronco hasta el abdomen.

Cuando sacó la espada del cuerpo de Mordred, este se desplomó hacia atrás. Su propio acero cayó al suelo.

Mientras trataba de frenar la hemorragia con sus manos, Arturo miró a Mordred a los ojos. Aquellos ojos claros, limpios, que tanto temían el poder del velo. Habían perdido toda expresión; eran los ojos de un hombre muerto.

Como rey, había tenido que enfrentarse a dos grandes enemigos: uno

de ellos, el Grial, había tratado de difuminar las fronteras entre la mentira y la ficción. El otro, Mordred, se había empeñado en confundir la verdad con la ausencia de ficciones.

Los había vencido a los dos. Y al hacerlo, había salvado a Britannia.

Ya podía morir tranquilo.

Capítulo 42

—Está vivo —oyó decir a una voz masculina que no identificó en un principio—. Ayúdame a levantarlo—. ¿A qué distancia estamos del campamento?

—La reina y Merlín se encuentran en una tienda al pie de aquellas rocas —contestó otra voz—. Ella ha hecho transportar allí a los heridos con posibilidades de sobrevivir.

Arturo sintió un desgarró profundo en las entrañas cuando lo levantaron asiéndolo a la vez por los tobillos y por debajo de los brazos. Su cuerpo se bamboleaba a derecha e izquierda mientras lo transportaban. Sobre su cabeza, las nubes se movían a un lado y a otro, al ritmo de la marcha de los hombres que lo llevaban. Una fina llovizna le empapaba el cabello, el rostro. Cerró los ojos.

—Gawain ha muerto —dijo uno de los hombres.

Esta vez, Arturo sí reconoció su voz. Era Perceval.

Removió los labios, emitiendo un suave quejido. Los brazos le colgaban a

ambos lados del cuerpo; las manos, de vez en cuando, rozaban la tierra húmeda del suelo. Con un esfuerzo descomunal, logró subir la mano derecha, colocársela en el vientre. ¿Cuándo le habían vendado la herida? Ya no sangraba.

De todas formas, él sabía lo profunda que era. Había visto heridas así en otros guerreros. Ninguno había sobrevivido.

Quizá perdió la conciencia durante un rato. Cuando volvió en sí, ya no se movía. Lo habían tendido sobre algo blanco. Al abrir los ojos, vio una lona carmesí sobre él que filtraba la luz grisácea del día lluvioso.

Un instante después distinguió un rostro que le hizo sonreír, a pesar del

dolor.

—Me aseguró que estabas muerta — consiguió pronunciar—. Pero algo dentro de mí me decía que no.

Gwenn no tenía lágrimas en los ojos. Estaba, eso sí, mortalmente pálida.

—El médico ha examinado tu herida —contestó con un hilo de voz—. Es grave, Arturo.

—Lo sé —contestó él—. ¿Lance vive?

—Tiene un corte profundo en un brazo, pero por lo demás se encuentra bien. Erec, Laudine, Yvain, Enid... Están todos vivos.

Arturo intentó incorporarse en el lecho que le habían preparado, pero no

lo consiguió.

—Quiero hablar con ellos. Quiero despedirme —dijo en voz baja.

—No voy a permitir que mueras —replicó Gwenn con decisión—. Tiene que haber un modo de salvarte.

—Somos mortales, Gwenn. Britannia, con toda su magia, no puede alterar eso. No hay magia que restaure los órganos dañados. El cuerpo tiene sus límites, y el mío los ha alcanzado.

—Voy a llevarte a Ávalon —anunció Gwenn, ignorando sus palabras—. Allí hay tecnología que no existe en ninguna otra parte; aprenderé a usarla. Sería más sencillo si vivieran las damas. Nimúe me habría ayudado... Pero no sirve de

nada lamentarse, ellas no están. Tendré que hacerlo sola. Aun así lo lograré.

—Tardaremos días en llegar a Ávalon.

—Ya he dado instrucciones para que preparen el viaje. Necesitamos una carreta para transportarte. Eso nos retrasará un poco. Sin embargo, si partimos hoy mismo podemos alcanzar la orilla del lago en dos jornadas. Merlín vendrá con nosotros.

Arturo asintió. Si Gwenn quería intentar salvarlo, lucharía. Haría cuanto estuviera en su mano por resistir hasta llegar a Ávalon. Pero quería asegurarse de que ella entendía la situación.

—Sabes que es probable que no lo

consigamos, ¿verdad? —preguntó.

—Lo sé. Pero hemos logrado cosas más difíciles.

Arturo cerró los ojos para tomar aire. Necesitaba reunir las escasas fuerzas que le quedaban para enfrentarse a la tarea que tenía por delante.

—Haz que vengan —pidió—. Necesito despedirme.

—Lo haré. Están todos pendientes. No puedes imaginarte el dolor, las lágrimas...

—Primero Lance —interrumpió Arturo, consciente de que no disponía de mucho tiempo—. A él tengo que verlo a solas.

Gwenn sonrió con la mirada y se

levantó para cumplir sus instrucciones.

Arturo vio la sombra de Lance antes que su rostro. Llevaba un brazo en cabestrillo. Se arrodilló en el suelo, a su lado. En sus ojos había una tristeza tan profunda que casi le hacía parecer un hombre viejo.

—Aquí se separan nuestros caminos —dijo Arturo—. Quiero darte las gracias y pedirte perdón. Una parte de mí te odió hasta los días previos a nuestra partida de Camelot. Y lo peor es que yo ni siquiera me daba cuenta. Cuando tracé el primer plan de batalla.

—Lo sé —le atajó Lance—. Pero yo estaba dispuesto a aceptar el plan. Quería hacerlo. Nos brindaba una salida

digna a todos. A mí, una muerte heroica. A ti, la posibilidad de seguir adelante sin el recuerdo permanente de una traición que te envenenó la vida.

—El amor nunca es una traición. He tardado mucho en darme cuenta. El corazón es libre. Si uno pierde el corazón de la persona amada, lo único que puede hacer es tratar de recuperarlo.

—Tú lo has logrado —replicó Lance con sencillez—. Gwenn te ama más que antes.

Lo dijo sin rencor, sin ninguna hostilidad. Arturo comprendió que lo había aceptado; lo vio en su mirada.

—Yo nunca dejaré de quererla —añadió, como en respuesta al silencio

del rey—. Pero ahora sé que la mejor forma de quererla es dejándola ir. Y además, yo también lo deseo. Porque la amistad que me une a ti es también una forma de amor, aunque suene extraño.

Arturo sonrió a pesar del dolor.

—Hemos hecho grandes cosas juntos. La Tabla Redonda... No dejes que muera.

—Cuidaré de ella. Hasta que volváis.

Se miraron a los ojos en la penumbra escarlata de la tienda.

—Incluso si sobrevivo, no es probable que vuelva —dijo con voz ronca—. Mi labor en Britannia ha concluido. En estos años se han formado cientos de alquimistas que pueden

cuidar del velo tan bien como yo, o mejor.

—Pero tú eres el rey.

Arturo tuvo que tomar aliento para contestar. Respiraba con dificultad.

—Britannia ya no necesita un rey —murmuró—. Es lo bastante madura como para continuar sin nosotros. Lo que sí seguirá precisando son hombres y mujeres dispuestos a rendir un servicio a la comunidad sin pedir nada a cambio. Por eso hay que cuidar la Tabla Redonda. Transformarla en otra cosa, en algo más grande. Darle voz al pueblo a través de ella. Asegúrate de que sea así.

Lance sonrió a través de las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

—Como siempre, no es nada fácil lo que me pides. Recuerda quién soy, Arturo. Ni siquiera nací en esta tierra. Soy un mercenario, un muchacho de una aldea de pescadores al que la fortuna convirtió en caballero.

—La fortuna no. Tus méritos. Esa es la magia de Britannia. Reconocer el valor de hombres y mujeres como tú.

—Intentaré estar a la altura de tu confianza —contestó Lance.

Su sonrisa se hizo más amplia, más cálida. Se había teñido de fe. Fe en sí mismo, en Britannia.

Lance siempre estaría a la altura.

—Haz entrar a los otros —rogó Arturo—. Quiero decirles adiós.

Mientras Lance se alejaba para cumplir su encargo, volvió a cerrar los ojos. Debía administrar con inteligencia las escasas energías que le quedaban. Necesitaba reservar una parte de ellas para el viaje a Ávalon.

Oyó el rumor de los pasos que se acercaban, los susurros ahogados. Se obligó a despegar los párpados.

Allí estaban casi todos los que le habían ayudado en los momentos decisivos de su reinado: Yvain, Laudine, Perceval, Merlín, Erec, Enid. También Lance. Y Gwenn.

—Debo daros las gracias. Britannia, la Britannia que todos amamos, no existiría sin vosotros.

Las respuestas se mezclaron unas con otras en un rumor confuso e ininteligible. Con infinito esfuerzo, Arturo alzó una mano para pedir silencio.

—Ha llegado el momento de iniciar una nueva etapa. Yo no estaré en ella.

—Yo tampoco —dijo Gwenn, alzando su voz con firmeza—. Empezamos nuestro reinado juntos y, adondequiera que nos conduzca el destino, iremos juntos.

Arturo se encontró con los ojos resueltos de su esposa. Se miraron un instante en silencio, como si no hubiese nadie más en la tienda.

—Os dejamos al mando. Lance os explicará mi idea —prosiguió Arturo—.

Creo que la Tabla Redonda tiene que ser el comienzo de un reparto más equitativo del poder. Britannia está lista para incorporar más voces. A vosotros solo os pido que abráis la mente y que os brindéis a escucharlas.

Una vez más, hizo el esfuerzo de incorporarse para ver mejor los rostros que lo rodeaban. Y lo consiguió.

Su mirada recorrió aquellas caras que conocía tan bien. La fiereza indomable de Yvain, la serenidad reflexiva de Erec, la inteligencia de Laudine... Todos eran importantes para la Tabla Redonda.

Por desgracia, faltaba uno de los más importantes. Los ojos se le

humedecieron al recordar a Gawain. Cuando lo conoció, lo tomó por un cortesano superficial. Tardó bastante tiempo en comprender al hombre que se ocultaba bajo aquella máscara de buen humor y sofisticación. La elegancia de Gawain no se limitaba a su forma de usar la espada o de tratar a las damas; era una distinción interior que en el fondo tenía mucho de humildad. Gawain nunca se había tomado demasiado en serio a sí mismo. Lo daba todo sin reclamar atención. No necesitaba reconocimientos exteriores, porque siempre fue consciente de su valía.

Gawain no volvería jamás. Pero lo mejor de él se había incorporado al

velo, a lo que entre todos habían construido. Formaba parte de Britannia.

—Esto no es el fin, sino el comienzo —logró añadir, y sonrió para subrayar sus palabras—. Ahora empieza de verdad un nuevo mundo. Reconstruiremos lo que perdieron los Antiguos, pero sin cometer sus errores. El velo nos ayudará.

—Volverás, Arturo —dijo Erec, alzando la voz en medio del silencio general—. Prométenos que volverás.

—Prometo luchar. Hasta el fin —contestó el rey. Trató de fijar la vista en Erec, pero no lo consiguió. Estaba exhausto—. Si el destino lo quiere, volveremos a vernos. El futuro no está

escrito en ninguna parte, depende en buena medida de nosotros..., y es posible que nos reserve alguna sorpresa. Esa es la gran lección que nos ha dejado el Grial.

Capítulo 43

En las orillas del lago, los robles exhibían el verde claro y brillante de sus primeros brotes primaverales. Arturo quería empaparse los ojos en aquel verdor. Quizá lo estuviese contemplando por última vez. Despedirse de la belleza del mundo era algo que no podía hacerse sin melancolía.

Entre dos escuderos lo bajaron a la carreta y lo ayudaron a caminar hasta la

barca. Gwenn le ofreció su hombro para que se apoyase en él a la hora de subir a bordo. Merlín, en pie sobre la arena, observaba con expresión abatida.

—¿Estás segura de que no quieres que os acompañe? —le preguntó a Gwenn—. ¿Vas a poder con todo tú sola?

—No estoy sola —replicó Gwenn sonriendo—. Estoy con él. Esto tengo que hacerlo a mi manera, Merlín. Debo explorar mis capacidades hasta el límite, descubrir de lo que soy capaz. Quizá tenga que viajar de nuevo a través de mi conciencia para encontrar la forma de curarlo.

—¿Y eso no te asusta, después de lo que te ocurrió la otra vez? —se extrañó

el mago—. ¿Qué pasará si no encuentras el camino de vuelta? ¡Lo dejarás solo!

—Por eso justamente sé que no podré permitirme el lujo de perderme. Confía un poco en mí —rogó la reina mirándolo con ojos brillantes.

—No insistas, viejo amigo —dijo Arturo—. No existe fuerza más indomable sobre la tierra que la de una mujer que se sabe poderosa. Logrará lo que se propone, aunque solo sea para demostrarle a la muerte que es más fuerte que ella.

Gwenn se echó a reír.

—Me he enfrentado a enemigos peores —aseguró.

Luego, serenando su expresión, se

aproximó al anciano y depositó un beso leve en su mejilla.

—Ayuda a los jóvenes —le pidió—. Te van a necesitar para seguir protegiendo a Britannia.

—Por supuesto que me van a necesitar. Y cuando eso ocurra, ahí estaré —afirmó Merlín—. Pero antes de que os vayáis hay una última cosa que quiero deciros. Arturo, espero que no te lo tomes a mal; no es falta de fe en tu curación. Pero incluso si te curas, hay algo que creo que deberías hacer. Lo he estado meditando estas últimas jornadas, durante el viaje. Es sobre el Grial. Sobre Excalibur.

—Te he visto estudiándola ayer por la

noche, mientras creías velar mi sueño — dijo Arturo—. ¿Has averiguado algo más?

—En cierto modo. Recordáis lo que os dije sobre la información que el Grial había dejado en el programa que envió a través de Gwenn, ¿verdad? La sabiduría de siglos. Todo lo que creíamos que se había perdido con la caída del Mundo Antiguo.

—Es cierto —contestó Gwenn—. Ojalá existiese un modo de aprovechar todo ese saber.

—Existe —afirmó el mago gravemente—. Britannia está madura, no necesita guardianes del conocimiento que filtren lo que llega hasta el tejido

del velo y lo que no. Basta con liberar toda la información que almacena la espada. Y eso se puede lograr a través del agua. Tú convertiste a las aguas del país en las difusoras de las nanopartículas que permiten que Britannia funcione. Pero las aguas más poderosas de tu reino permanecen aisladas de las demás. Son estas, Arturo: las aguas del lago de Ávalon. Las damas vertieron en ellas toda la nanotecnología que lograron salvar. Si a esa sabiduría sumamos la del Grial, podrían convertirse en la biblioteca viva del velo. Bastaría una sencilla obra de ingeniería para comunicar el lago con la cuenca fluvial más cercana. De ese

modo, los secretos de Ávalon dejarían de ser secretos.

Arturo comprendió.

—Ha llegado el momento de devolver lo que recibí —dijo, mirando al mago—. De liberar a Excalibur.

Merlín asintió.

—Solo tienes que arrojarla al agua. Lo demás ocurrirá por sí solo. Y en cuanto a la comunicación del lago con el resto de Britannia, yo me encargaré de explicarlo ante la Tabla Redonda.

—Entonces, lo dejamos en tus manos —afirmó Gwenn—. Buena suerte, Merlín. Resiste. Es nuestro deber; hasta el final.

Por encima del borde de la

embarcación, Merlín tendió su mano nudosa y envejecida a Arturo, que se la estrechó con toda la fuerza que le quedaba.

—Quizá volvamos a vernos — murmuró el anciano.

—Quizá.

Merlín asintió en silencio y se separó de la barca. En sus ojos podía distinguirse el brillo de las lágrimas.

Gwenn subió a bordo y el anciano empujó suavemente la popa. El casco se deslizó con limpieza hasta el agua.

A partir de ese instante, la barca avanzó sola rumbo a la isla.

El casco se bamboleaba suavemente sobre las olas grises. En el cielo, el

viento arrastraba con rapidez gigantescas masas de nubes blancas y grises. Todo era tan inmenso, pensó Arturo. Tan inabarcable.

La muerte podía arrancar una pieza de aquel maravilloso mosaico, pero no podía destruirlo entero. Cambiaría mil veces, tal vez. Se teñiría con nuevas formas de esplendor. Pero allí seguiría.

A lo lejos, Merlín no era ya más que una figura solitaria en el vacío de la playa. Parecía tan pequeño en la distancia, tan desamparado.

Estaban ya lo bastante lejos de la orilla como para hacer lo que el mago les había pedido.

Arturo buscó la mirada de Gwenn.

Ella comprendió.

Arrodillándose a su lado, le ayudó a desenvainar la espada. Él la sujetó sobre la borda con la mano derecha, el filo hacia abajo. Los dedos de Gwenn rodearon con firmeza sus nudillos.

Se miraron una vez más y la soltaron al mismo tiempo.

Excalibur cayó. Se hundió en el agua con un chapoteo casi inaudible, abriendo un anillo de ondas que se fueron propagando hacia el exterior. Enseguida, también las ondas se difuminaron, devolviendo al lago su superficie lisa y oscura. Misteriosa.

—Aquí termina nuestro reinado —
observó Arturo con una sonrisa.

Gwenn también sonrió.

—Aquí empieza lo desconocido.

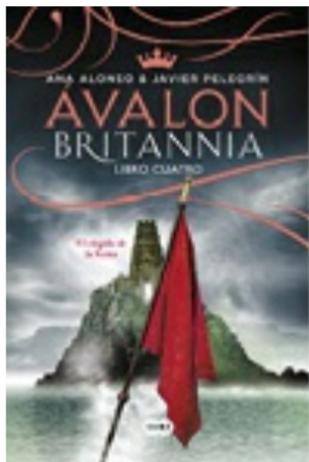
Continuaron navegando. Y muy pronto, en el horizonte, distinguieron los acantilados blancos de la isla. No tardarían en llegar.

Magia, aventura, lucha y una historia de amor que trasciende la leyenda.

Ávalon es la cuarta entrega de «**Britannia**», el cierre de la saga que te redescubrirá el mito artúrico como nunca te lo habían contado.

«-¿Por qué estoy atada? -preguntó Gwenn-. ¿Dónde está Arturo?»

Una cabeza femenina se inclinó sobre la suya. A contraluz distinguió un rostro joven y amable.



-¿Quién es Arturo? -preguntó la mujer-. ¿Tu novio? ¿Un familiar?

-Arturo es mi marido, y el rey de Britannia -replicó Gwenn con toda la firmeza que pudo reunir.

Le extrañó el silencio con que acogió sus palabras. Y más aún los susurros que vinieron a continuación.

-¿Qué ocurre? -consiguió articular-. No es aconsejable conspirar abiertamente en presencia de la reina.

-Un caso más -dijo la voz masculina, y emitió un suspiro de cansancio-. Habrá que derivarla a Psiquiatría.»

Tras la unión con el Grial, la conciencia de Gwenn viaja al origen de Britannia. Allí comprenderá por fin el secreto de las damas de Ávalon... pero ¿le servirán sus descubrimientos para ayudar a Arturo en su lucha contra Mordred cuando llegue la batalla final?

Si te enganachaste a «Juego de Tronos», si te encantó «Los juegos del hambre», si «El señor de los anillos» es tu libro de sobremesa...

¡«Britannia» es tu saga!

Embárcate en el relato de una histórica épica, mágica y llena de

aventuras que te transportará a épocas y lugares únicos, en los que el valor y el ingenio eran fundamentales para salvar la vida y el honor.

Sobre los autores

Ana Alonso, Tarrasa (Barcelona), 1970. Se licenció en Ciencias Biológicas y amplió sus estudios en Escocia y París. Ha publicado ocho poemarios y, entre otros, ha recibido el Premio de Poesía Hiperión (2005), el Premio Ojo Crítico de Poesía (2006) y, recientemente, el Premio Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim Valencia de poesía en castellano (2008).

Firma su obra poética como Ana Isabel Conejo. Junto con Javier Pelegrín, es coautora de la serie de fantasía *La llave del tiempo* y la novela juvenil *El secreto de If*.

Javier Pelegrín, Madrid, 1967. Se licenció en Filología Hispánica y completó sus estudios en París y Turín. Actualmente trabaja como profesor de Enseñanza Secundaria. En coautoría con Ana Alonso ha publicado ocho títulos juveniles, todos ellos pertenecientes a la serie de fantasía y ciencia ficción *La llave del tiempo*. En el año 2008, junto con Ana Alonso recibió el Premio Barco de Vapor por su obra conjunta *El*

Secreto de If.

© 2017, Ana Alonso y Javier Pelegrín
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-116-9

© Diseño de cubierta: Opalworks
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no

reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Ávalon (Britannia. Libro 4)

Cita

Libro I. El viaje interior

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Libro II. El niño y el hombre

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Libro III. Sacrificio

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Libro IV. La corona de Meleagant

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Libro V. La batalla de Camlann

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos